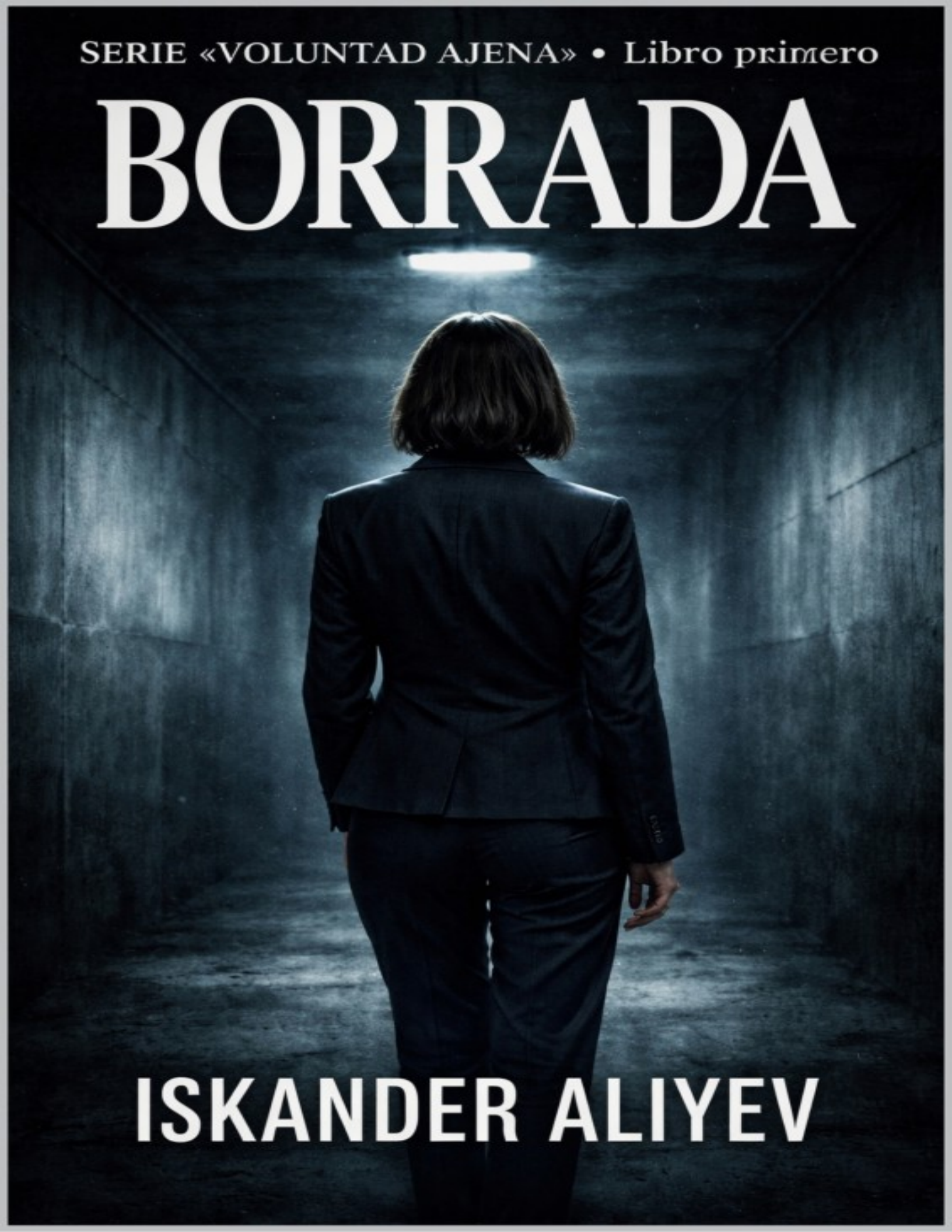
SERIE «VOLUNTAD AJENA» • Libro primero

BORRADA



ISKANDER ALIYEV

SERIE «VOLUNTAD AJENA» • Libro primero

BORRADA

ISKANDER ALIYEV

© 2026 Iskander Aliyev

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse ni transmitirse de ninguna forma sin permiso escrito previo del autor.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos son ficticios.

Consultas de derechos: iskanderaliyev70@gmail.com

¡Tu opinión importa!

Dejar una breve reseña en Amazon ayuda a otros lectores a decidir si este libro es para ellos — y ayuda a los libros independientes a seguir siendo visibles.

Gracias por ser parte de este camino.

Iskander Aliyev

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Conozco su horario mejor que el mío.

Las ocho y catorce, sale del departamento. Blazer gris. El cabello recogido. El maletín en la mano derecha. Con la izquierda revisa el cerrojo. Dos veces. Jala la manija. Vuelve a revisar.

Tres revisiones. Cada mañana. Cada día. Ella cree que es costumbre. Un reflejo. Que todos lo hacen.

No todos.

Solo los que aprendieron a temer las puertas sin llave.

El viento de octubre levanta una hoja del pavimento, la arrastra por el estacionamiento y la aplasta contra su parabrisas. Laura no lo nota. Sube al auto. Enciende el motor. La hoja se desliza y deja una huella húmeda en el vidrio.

Yo sí lo noto. Yo lo noto todo.

El Honda gris sale a la calle. Los martes, la prisión estatal. Los demás días, la universidad. Clases sobre la locura ajena. Informes. Expedientes. Una vida trazada con regla: ordenada, controlada. Frágil como porcelana al borde de la mesa.

Treinta y siete años. Soltera. Pocas amistades. Una sola persona cercana. Una agente del FBI llamada Kate. La única que le llama sin motivo de trabajo. La única a quien Laura contesta al primer tono.

Laura cree que se conoce a sí misma.

Está equivocada. Yo la conozco mejor.

La observo cada día. Desde abril, cuando él salió y dijo: es la hora.

Veintisiete años esperé. Ahora espero de otro modo.

Los dedos golpean el volante. Diez golpes. Pausa. Diez golpes. Pausa. El ritmo que me grabaron en los huesos cuando tenía diez años. Ella también cuenta así, antes de cada interrogatorio, ante cada puerta cerrada con llave. No lo sabe. No sabe de dónde viene esa costumbre. Yo sí lo sé. El sótano nos enseñó a las dos. A una, a recordar. A la otra, a olvidar.

En el bolsillo del abrigo, un trozo de tiza. Pequeño. Gastado. De escuela. Lo cargo desde entonces. No recuerdo cuándo empecé. El polvo blanco se mete en los pliegues de la piel y no sale con el agua.

Ella toma la autopista. Se integra al tráfico. Una más entre miles de mujeres que van al trabajo en una mañana de octubre y no revisan el cerrojo tres veces.

Yo voy cuatro autos detrás. Las ventanas cerradas. Las manos en el volante. Entre nosotras: tres carriles, seis vehículos y veintisiete años que yo recuerdo por las dos.

En tres semanas, el mundo que ella construyó —el trabajo, el departamento, la rutina, las tres revisiones del cerrojo— se derrumbará.

Y entre los escombros encontrará lo que enterró hace veintisiete años.

**

CAPÍTULO 1

4 de octubre de 2022

Vuelvo en mí en el suelo de la cocina.

El frío de los azulejos se mete bajo el suéter antes de que regresen los pensamientos. Medianoche. Ropa de calle. Las botas con barro seco: grises, casi blancas, del tipo que no existe en mi barrio. El teléfono en el bolsillo: un trozo de plástico muerto. El último fotograma nítido en la memoria: la oficina, las 18:30, el clic del laptop al cerrarse. Entre ese segundo y este suelo: cinco horas que alguien recortó prolijamente de mi vida.

Me siento y miro mis manos. Están limpias. Nada bajo las uñas: ni tierra, ni sangre. ¿Por qué verifico eso primero? Un reflejo. Doce años en criminalística me enseñaron: la limpieza no es ausencia de culpa, es ausencia de rastros.

Me levanto aferrándome al borde de la encimera. Los dedos entumecidos por el frío, pero no enciendo la luz. Camino a oscuras hasta el baño. Un chorro de agua, gotas heladas en los pómulos. En el espejo: una cara ajena con mis rasgos. El cabello enredado, pero no de una pelea, sino como después de un sueño largo e inquieto. Parezco alguien que simplemente trabajó demasiado.

Solo que no estuve trabajando.

Regreso a la cocina. Y me detengo.

En el parqué claro: huellas. Mis huellas, con barro, el dibujo de la suela perfectamente marcado. Las miro un segundo antes de que la comprensión me golpee en el estómago. Algo frío desciende despacio por la columna.

Las huellas vienen del cuarto.

No de la puerta de entrada: de ahí a la cocina el camino es recto, me lo sé de memoria. Estas huellas rodean el ángulo, vienen desde el fondo del departamento. Empiezan junto a mi cama y terminan aquí, donde yo acabo de estar tendida en el suelo.

Sigo mi propio rastro hacia atrás, reconstruyendo la cronología de lo absurdo. El cuarto. La ventana, cerrada: el pestillo puesto. Lo verifico dos veces cada noche, tercer piso, un hábito

viejo. La puerta de entrada, con llave, la cadena en su lugar: la eché sin pensar, ya parada en el pasillo. Es mi último ritual antes de dormir. Siempre.

Nadie entró. Nadie salió. Un circuito cerrado.

Solo que de alguna manera terminé en el cuarto con las botas sucias, y después en el suelo de la cocina. Y entre esos dos puntos: cinco horas que no existen.

Regreso a la cocina. Sobre la mesa todo está detenido en la indiferencia de la mañana: una taza fría, una pila de trabajos sin corregir, las llaves. Y algo más: en el borde mismo de la encimera, puesto con una prolijidad inquietante.

Lo tomo entre los dedos. Un botón. Viejo, de hueso, con los bordes irregulares. Amarillento por el tiempo, como una cosa guardada durante décadas no por necesidad, sino por obsesión. Cuatro agujeros; en uno, un cabo de hilo. Oscuro, casi negro, parecido a sangre coagulada.

Lo hago girar entre los dedos, sintiendo su peso inapropiado y arcaico. No compré nada así. No coso. En mi casa no hay nada que se parezca a este artefacto.

Lo dejo junto a las llaves. Cinco horas de vacío. Las botas sucias. Las manos limpias. Una prueba ajena en mi mundo estéril.

Doce años escuchando acusados que repiten: «No recuerdo». Conozco cada uno de sus recursos, cada entonación de la mentira. Sé que «no recuerdo» es a menudo el refugio donde la mente esconde lo que no puede soportar.

Ahora soy yo la que está parada ante la puerta de ese refugio. Y me aterra saber qué guardé ahí adentro.

* * *

Dos semanas después. Otra mañana.

Cuarenta y siete asesinos en doce años. Un número que debería haber convertido el trabajo en rutina mecánica. El cuadragésimo octavo tendría que ser cosa de todos los días.

8:47. El estacionamiento de la prisión de Newark. Las manos aferradas al volante. Trece minutos para la evaluación.

El octubre de afuera parece un moretón que no termina de sanar: nubes bajas, hojas mojadas aplastadas contra el asfalto como una papilla podrida. Del muelle de carga llega el humo negro de un camión. Miro las rejas y pienso: cuántas veces me he rearmado en este silencio antes de entrar.

El teléfono se ilumina. Kate: «Buena suerte hoy. ¿Tomamos algo después?»

—Por supuesto.

La mentira sale sola. Llevo tres semanas cancelándole los planes a Kate. Trabajo, le digo. Un semestre muy cargado. Montañas de trabajos por calificar. Todo es cierto. Ni una palabra sobre el verdadero motivo.

El maletín en el asiento del copiloto: mi kit de combate. La tableta con los formularios, el grabador, dos plumas. Lo reviso dos veces, no porque dude, sino porque ese ritual es lo único que funciona ahora mismo. Pilas nuevas. Formularios engrapados. Las dos plumas escriben.

Salgo. Saco gris, camisa blanca, tacones bajos: mi armadura. La credencial en el cuello. Foto de hace cuatro años: en ella todavía sonreía para las cámaras. Entonces aún creía que una sonrisa podía proteger algo.

La prisión: tres pisos de concreto enfermo, ventanas estrechas, cuatro torres de vigilancia en las esquinas. El alambre de púas atrapa lo poco que queda del sol de la mañana, como si quisiera estrangularlo también. He estado aquí decenas de veces. Cada vez el edificio parece un poco más pesado. O soy yo la que me hundo bajo él.

El registro: quince minutos. Siempre quince. Primer puesto, segundo puesto, detector de metales, el broche de la tableta activa la alarma como siempre. Conozco la secuencia de memoria: paso atrás, bandeja, otra vez por el arco, limpio.

El escolta. Rodríguez, unos veinticinco años. La credencial torcida, una mancha de café en el cuello, falta el tercer botón. Huele a cigarrillos, los que evidentemente fumó justo antes del turno y ahora intenta cubrir con chicle de menta. El olor es nauseabundo: así huele el miedo cubierto con desodorante barato.

—¿Primera vez con Ford?

—Sí.

Baja la voz, aunque el pasillo está vacío.

—Anormalmente tranquilo. Los otros psicólogos se desestabilizaban. Sin arrebatos, sin exigencias. Solo se sienta y sonríe. Como si tuviera un secreto al que ustedes nunca van a llegar.

—¿Cuánto tiempo lleva con él?

—Seis semanas. Desde que ingresó. Nunca lo he visto perder el control. La mayoría tarde o temprano explota: contra los guardias, contra las paredes, contra la comida. ¿Ford? Ejemplar. Lee filosofía. Dice «por favor». Cada mañana tiende la cama con precisión militar.

Las lámparas fluorescentes parpadean a un ritmo incómodamente cercano al del corazón. Beige institucional en las paredes. En el aire: cloro, amoníaco, un aroma cítrico artificial sobre lo que ningún producto químico puede borrar.

Antes de la visita leí el mínimo estándar: nombres de las víctimas, método, fecha de la sentencia. El protocolo de evaluación psicológica forense limita expresamente el acceso al expediente: la limpieza importa más que la exhaustividad, el sesgo cuesta más que la ignorancia. Sé que mató a dos mujeres. No sé exactamente qué lo llevó a hacerlo. Eso es mi trabajo: averiguarlo.

Sala siete. Mesa de metal, dos sillas, cámara en el rincón con su luz roja constante. El lazo del botón de pánico bajo el borde de la mesa, a distancia de rodilla. Me instalo con método: tableta, grabador al centro, plumas verificadas. El clic del capuchón, un sonido pequeño, preciso, como un pinchazo.

Tranquiliza.

Ford entra en silencio. El guardia lo sienta, le cierra las esposas en la argolla de la mesa.

Cuarenta y dos años. Cara demacrada, pómulos marcados, cabello oscuro con canas prematuras en las sienes. El overol le queda holgado: bajó de peso tras el arresto. Las manos sobre la mesa. Los dedos, relajados. No está nervioso, y eso en sí mismo es un dato.

Me observa mientras me acomodo. Ojos gris pálido, casi incoloros bajo la luz fluorescente.

—Señor Ford. Soy la doctora Laura Stevens, aquí para realizar su evaluación psiquiátrica. La sesión está siendo grabada. ¿Comprende sus derechos y el propósito de esta evaluación?

—Sé quién es usted. —La voz, suave. Casi tierna. No la voz que uno esperaría de un hombre condenado por doble homicidio.— Y sí, entiendo todo.

Abro la carpeta, delgada para tratarse de un doble homicidio.

—El mes pasado lo condenaron por dos cargos de homicidio en segundo grado. Víctimas: Jennifer Dawson, treinta y cuatro años, y Nicole Hartley, treinta y siete. Ambas encontradas en sus domicilios. Causa de muerte: asfixia mecánica por obstrucción de las vías respiratorias con un objeto blando. ¿Los hechos corresponden a su comprensión?

—Todo correcto.

Preguntas estándar de adaptación. Respuestas estándar. Rutina. Recreo. Lectura. Marco Aurelio, Séneca. «Los estoicos entendían: el control es una ilusión.» Anoto. Habla exactamente como hablan las personas que quieren parecer más inteligentes de lo que la situación requiere.

—¿Cómo elegía a sus víctimas?

—No las elegía. —Los dedos de Ford golpean la mesa una vez. Suave, como un metrónomo.— Me las presentaron. Las seleccionaron. Las prepararon.

La pluma se detiene. ¿Quién?

—Una persona que supo reconocer mi potencial.

—Detálleme.

—Entendía el sufrimiento mejor que nadie que yo haya conocido. Vivía con él. Lo había estudiado. Sabía cómo convertirlo en misericordia.

Ella. Anoto.

Lo contactó por internet. Un foro de apoyo en el duelo, tres semanas después del funeral de su esposa. Mensajes privados. Videollamadas. «Sesiones terapéuticas.» Anoto y al mismo tiempo pienso: una mujer le dedicó meses. Paciente. Sistemática. Sabe esperar.

—Tenía toda una filosofía —dice Ford—. Umbrales de dolor. Métricas de calidad de vida. Ética de la liberación.

—¿Liberación?

—Jennifer Dawson trabajaba setenta horas a la semana. Dormía cuatro horas. Vivía a base de antidepresivos. Nicole Hartley se ahogaba en deudas. Bebía sola cada noche. Las estudié. Las observé. Me aseguré de que lo que ella decía era verdad.

—Ella les ordenó matarlas.

—No. —Mueve la cabeza con la sinceridad de quien genuinamente necesita ser entendido.— Nunca daba órdenes. Enseñaba a reconocer la disposición. A ver cuándo alguien había llegado a su límite. A ofrecer misericordia donde el mundo no la ofrecía. —Pausa.— Dijo que usted eventualmente comprendería, doctora Stevens. Que la conoció alguna vez. Hace mucho. Pero que no la ha olvidado.

La tinta se extiende donde la pluma está presionada contra el papel. Una mancha pequeña y oscura.

—¿Cómo dice?

—Una figura de su pasado. —La voz de Ford, pareja, paciente.— No dijo más. Solo que usted recordará cuando llegue el momento.

Desde adentro sube no un recuerdo, sino el contorno de uno. Concreto. Oscuridad. Olor a humedad. Una voz de niña contando en voz alta.

Desaparece.

—Es una técnica de manipulación estándar. —Mi voz, pareja. Las palmas de las manos, no.— Una amenaza vaga más un indicio de que la víctima ya carga el secreto dentro. La imaginación construye el resto, y siempre es más aterrador que lo concreto. Llevo doce años estudiando este tipo de cosas.

—Tenía un mensaje que transmitirle. —Ford no reacciona a mis palabras, como si no las hubiera dicho.— Dijo: usted entenderá, aunque todavía no recuerde. Aunque la hayan obligado a olvidar.

El pulso en la garganta, lo siento, no lo oigo.

—¿Qué mensaje?

Se recuesta hacia atrás. El hombre que cumplió el encargo.

—Manda saludos. Desde el lugar donde todo empezó. Dice que contó los días. Desde 1995. Cada uno. Y que ya casi es la hora.

Se me cae la pluma.

Los dedos se entumecen. La pluma rueda por la tableta, plástico contra el broche metálico, y cae al borde de la mesa. Golpe contra el suelo. Seco. Definitivo.

No la recojo.

Donde debería haber un recuerdo, hay una pared blanca.

—La sesión ha terminado. —Me pongo de pie. La silla rechina. — Guardia.

Rodríguez abre la puerta de inmediato, estaba mirando por la mirilla.

—¿Todo bien, señora?

—Necesito salir.

Recojo las cosas en el orden equivocado. El grabador sigue grabando, busco el botón de stop a tientas, lo presiono. Los formularios al maletín, doblados. El broche. La piel, resbalosa. La pluma sigue en el suelo donde cayó. No la recojo.

—Ella lo espera, doctora Stevens. —Ford lo dice a mi espalda con el tono de quien informa sobre el clima.— La paciencia no es infinita. Dijo que usted intentará huir cuando recuerde. Pero que no hay escape de lo que ya está dentro de usted.

El pasillo. Las lámparas. Una. Dos. Tres. Cuento pasos, porque es lo único posible ahora mismo.

Rodríguez me acompaña hasta el último puesto. Evaluación estándar, le digo. Parte del trabajo. Asiente sin convicción.

En la salida, el aire de octubre. Frío, inmediato. Los pulmones se abren.

Camino al auto sin pensar. Grava bajo las suelas. El llavero. La puerta. El clic, como punto final de una oración.

Silencio en el habitáculo.

No silencio: mi propia respiración, demasiado rápida. El crujido del tablero con el frío. Una sirena lejana que se acerca y se va, sin tener nada que ver conmigo.

En el espejo retrovisor: las rejas, el alambre de púas, las torres. Ford está ahí adentro, detrás de todo ese concreto. Sentado

con Marco Aurelio. Satisfecho de sí mismo.

Saco el teléfono. Una llamada perdida, número desconocido, código de ciudad que no reconozco. Un mensaje de voz esperando.

Debería llamar a Kate. Documentar esto. El protocolo en estas situaciones es inequívoco.

Presiono reproducir.

Porque esa parte de mí que vive más profundo que el protocolo ya sabe lo que voy a escuchar.

Roce de fondo. Luego la voz.

Femenina. Cálida. Profesional, de esas voces que uno cree antes de decidir si debe creerles. Un leve eco, como si llamara desde una habitación con las paredes desnudas.

Conocida. Conocida de tal modo que por dentro, no como un pensamiento, sino más hondo que eso, todo se detiene.

—Hola, Laura. Ha pasado mucho tiempo. Veintisiete años, si los cuentas. Y yo los cuento. Cada día desde que nos separaron. Desde que te llevaron a ti y me dejaron a mí. No me recuerdas con claridad, lo sé. Te ordenaron olvidar. Te dijeron que así sanarías más rápido. Pero yo sí recordé. Cada minuto. Cada promesa. Y ahora él está libre. Lo que vivimos está volviendo. Necesitas entender lo que está pasando. Lo que se acerca. No puedo explicarlo ahora. Pero pronto todo va a cambiar, Laura.

Clic. Fin.

El teléfono golpea el apoyabrazos cuando lo bajo. Las manos no obedecen.

Te ordenaron olvidar. Te dijeron que así sanarías.

¿Quién ordenó? ¿Cuándo? ¿Para qué?

Doce años haciéndoles preguntas a asesinos. Desarmando psiques rotas ajenas, buscando las grietas por donde se cuela la verdad. Nunca pensé en las mías.

Ella contó los días. Y yo no tengo ninguno de esos días en la memoria.

No tengo su voz. No tengo su cara. No tengo las promesas que, al parecer, nos hicimos.

Y sin embargo, están. En el punto ciego. Están.

Quizás nunca salí. Solo no sabía que seguía adentro.

Guardo el mensaje de voz. Abro los contactos. El dedo pasa de largo sobre «Kate Brennan», baja hasta la P. Desplazo la lista. Encuentro: «Policía del Condado de Prince William, archivo». Un número que anoté hace tres años para un caso que lleva tiempo cerrado.

1995. Si me secuestraron, hay un expediente. Hay actas. Hay un nombre de investigador.

Enciendo el auto. Salgo.

La prisión se desvanece en el espejo: concreto, alambres, torres, todo más pequeño, más lejos, la niebla de octubre lo va tragando.

La mano derecha sostiene el volante.

La izquierda marca el número.

Mientras espero respuesta, la mirada cae sobre la pantalla.

Una notificación. No una llamada, no un mensaje. Una foto nueva en la galería. Agregada hace un segundo.

La abro.

Mi cuarto. Tomada de noche: oscuro, pero con suficiente luz para distinguir. El rincón junto a la ventana, ese mismo. Una silueta bajo las sábanas. Mi cara, vuelta hacia la pared.

Estoy durmiendo.

Marca de tiempo: 1:17.

Entre «la oficina, las seis y media» y «el suelo de la cocina, medianoche», cinco horas perdidas.

Alguien estuvo en mi departamento a la 1:17 de la madrugada.

Y lo dejó ahí para que yo lo encontrara.

**

CAPÍTULO 2

18 de octubre de 2022

La chica detrás del mostrador tiene ojos amables.

Eso es lo primero que noto. Siempre los ojos. Una sonrisa se puede fabricar, la voz se puede afinar, una vida entera se puede construir de la nada. Pero los ojos dicen la verdad aunque la boca mienta.

Michelle —la credencial dice Michelle— me mira con una bondad genuina cuando me pregunta qué voy a pedir.

Casi le digo: huye.

No lo digo, claro.

—Latte grande, por favor.

—¿Nombre?

—Diana.

La mentira sale fácil. Ahora siempre sale fácil. A veces olvido cuál es el nombre real. Diana. Katherine. Rachel. Todos son míos. Ninguno lo es. Sonidos que la gente emite cuando quiere captar tu atención.

Michelle escribe DIANA en el vaso con una letra que se inclina a la derecha.

Laura también tenía esa letra. Antes. Cuando estábamos en el sótano y ella dibujaba monigotes con tiza en las paredes de concreto, la tiza que te dejaba los dedos blancos.

Mis dedos ahora están limpios.

Me los lavé esta mañana. Dos veces. Igual siento el residuo. Polvo de tiza fantasma que no se va sin importar cuánto frotes.

¿O es que ni siquiera lo intento?

Pago en efectivo. Michelle sonríe. Los ojos amables se le arrugan en las comisuras.

—¡Que tenga un buen día!

Quiero decirle: los días no son buenos ni malos. Los días simplemente son. Suceden. Los atraviesas. Luego vienen más.

Llevo mucho tiempo atravesándolos.

—Igualmente —le digo en cambio.

La garganta se me cierra cuando lo pronuncio. Como si tragara arena.

Afuera el aire muerde con frío. Octubre. Las hojas mueren en colores hermosos. Rojo. Dorado. Naranja. Muertes bonitas.

Nicole Hartley murió en julio. Sin nada de bonito. Una almohada sobre la cara. Las manos cruzadas, como si durmiera. Pero no dormía. Ya nunca más dormiría.

Eso lo hizo Ford.

A Ford lo programé yo.

¿Eso hace que la muerte de Nicole sea mía?

Pregunta filosófica. A Robert le encantaban esas. «Si le enseñas a alguien a pintar y crea una obra maestra, ¿quién es el artista?» Su voz dentro de mi cabeza incluso ahora. Tranquila. Paciente. Voz de maestro.

Odio que todavía la oiga.

Odio aún más que todavía la escuche.

El auto está estacionado a tres cuadras. Camino despacio. Una mujer común con su café de la mañana.

Robert le llamaba «protocolo de superficie». Voz tranquila, casi tierna, como la de un maestro explicando las tablas de multiplicar. «Tienes que verte como todos los demás. Moverte como todos los demás. Hasta que llegue el momento.» Yo tenía diez años. Lo anotaba en un trozo de papel que él me daba. Luego lo recogía de vuelta.

Siempre cuento. Sostengo el tiempo cuando el tiempo dejó de tener sentido.

Me subo al auto. El cuero del asiento, frío contra las piernas, muerde incluso a través del denim. Enciendo el motor.

Ella ya es mía.

Mía desde hace veintisiete años.

Lo será siempre.

Este pensamiento debería asustarme.

No me asusta.

Pero debería asustarla a ella.

¿Lo siente? ¿Se despierta a veces con esa tensión en el pecho que no sabe de dónde viene? ¿Revisa los cerrojos dos veces?

¿Cuenta los pasos del auto a la puerta de su departamento?

Yo cuento todo.

Los pasos. Las respiraciones. Los días desde que se la llevaron al hospital y a mí me mandaron con una familia de acogida. «Olviden.» A ella le dieron pastillas para olvidar. A mí, otras pastillas. Las de ella funcionaron mejor.

¡Qué suerte la suya!

Veinte minutos, y aparece su edificio. Conozco el camino corto. Por la zona industrial, pasando el depósito de Brunswick, sin un solo semáforo. Ella va por la autopista. Yo ya estoy esperando. La misma ruta que he recorrido cuatrocientas setenta y tres veces.

¿Por qué cuatrocientas setenta y tres?

Porque empecé a contar en abril, cuando él llamó. Dijo: es la hora. Dijo: termina lo que empezamos.

¿Qué fue lo que empezamos?

¿Historias de supervivencia?

¿Dibujos con tiza?

¿Maneras de matar dragones que no existen?

Sí existen. Los dragones. Llevan cara humana. Viven en sótanos. Le enseñan a las niñas que el amor y el dolor son la misma palabra.

El auto de Laura está en su lugar. El Honda gris. Conozco su placa. El número de VIN. El número de su póliza de seguro. El calendario de cambios de aceite.

Sé todo de ella, excepto cómo hablarle. Cómo explicarle. Cómo decirle: sobreviví por ti. Te esperé. Me convertí en esto por ti.

Las manos aprietan el volante. Los nudillos se ponen blancos. ¿Cuándo se pusieron blancos?

Respirar.

Por la nariz. Por la boca. Contar hasta diez.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez.

Ahí.

Mejor.

Aunque no. No mejor. Nada ha estado mejor desde que nos separaron y dijeron «olviden», y la cara de Laura desapareció entre las luces de la ambulancia, y algo dentro gritaba…

Para.

No por ahí.

Aquí. Ahora. Concentrarse.

La puerta de su edificio se abre.

Ahí está.

El cabello oscuro recogido en una cola, no su estilo habitual. El saco gris, el que usa los martes. El maletín en la mano. De cuero, con una rozadura en la esquina inferior izquierda. Hace tres semanas lo dejó caer al salir del auto.

Yo noto esas cosas.

Camina hacia su auto. Paso seguro. Hombros abiertos. Cabeza erguida. No sabe que a cuarenta metros de aquí hay alguien observando cómo respira. Cómo su aliento se vaporiza en el aire frío. Cómo hace malabares con el maletín, el café y las llaves.

Las llaves casi se le caen.

Las atrapa.

Mi corazón se salta un latido cuando casi las suelta. Estúpido. Irracional. Pero ahí está.

Dios, ella…

No.

No terminar ese pensamiento.

Se sube al auto. Enciende el motor. Sale.

Espero. Cuento hasta treinta. La sigo.

Tres autos entre nosotras. No demasiado cerca. Ella no se da cuenta. Nunca se da cuenta.

¿Reconocería mi cara si me viera? ¿Podría hacer clic algo dentro de ella? Podría ver a la niña de diez años con el cabello claro y los ojos vacíos —y comprender.

Probablemente no.

Me veo diferente ahora. Ella se ve diferente. Las dos somos otras.

Aunque no.

Yo sigo siendo la misma niña del sótano que contaba maneras. Ella sigue siendo la misma niña que dibujaba con tiza manos temblorosas.

Somos exactamente quienes siempre fuimos.

Aprendimos a disimularlo mejor.

Prisión de Newark. Evaluaciones los martes. Internos distintos. Siempre la misma ruta.

Hoy. Marcus Ford.

La observo entrar al estacionamiento. Estacionar. Tomar el maletín. Caminar hacia la entrada. Profesional. Contenida. Sin idea de lo que la espera adentro.

Espero a que las puertas se cierren detrás de ella. Luego me voy a casa.

* * *

Cuarenta minutos, y estoy en mi lugar. Un estudio pequeño. La laptop sobre la mesa.

Todo está listo.

La evaluación comenzó a las nueve. Para ese momento Ford ya habrá dicho las palabras. Habrá sembrado las semillas.

Él no entiende el sufrimiento.

El sufrimiento es el sótano. El sufrimiento es el frío que se cuela hasta los huesos. El sufrimiento es la mano de alguien apretando la tuya en la oscuridad mientras los dos fingen no tener miedo.

Ford está solo. Nada más.

Yo lo usé.

Abro la laptop. Una carpeta.

Seiscientas cuarenta y dos fotografías de Laura.

Empiezo a pasar las fotos.

Laura en el campus. Laura en el supermercado. Laura corriendo, antes de que, hace cinco meses, dejara de correr.

Laura riéndose con Kate en una cafetería.

En esa foto me detengo más tiempo. La cabeza echada hacia atrás. La boca abierta. Los ojos arrugados en las comisuras. Feliz.

¿Cuándo fue la última vez que me reí así?

No recuerdo.

¿Sigo siendo capaz?

Probablemente no. Lo olvidé. Junto con muchas otras cosas. Cómo sentirse segura. Cómo dormir sin contar. Cómo tocar a otra

persona sin esperar que haga daño.

Laura me enseñó esas cosas. En el sótano. Su mano en la mía. «Vamos a sobrevivir. Juntas.»

Sobrevivimos.

No juntas.

Nos separaron. Dijeron: así es mejor. Dijeron: así sanarán más rápido. Dijeron: los recuerdos se irán apagando.

Los de Laura se apagaron.

Los míos, no.

¿Justo?

Una vez le hice esa pregunta a Robert. Dijo: la justicia es lo que el poderoso llama su decisión después de haberla tomado. Lo anoté en un trozo de papel.

Luego lo recogió de vuelta. Pero las palabras se quedaron.

Ella saldrá de la prisión desorientada. Inquieta. Con esa tensión en el pecho que viene de sentimientos sin nombre.

Bien.

Necesita sentir eso. Necesita saber que está en peligro. Necesita empezar a recordar, aunque todavía no sepa qué es exactamente lo que recuerda.

Abro el mensajero. El mensaje de voz que grabé la semana pasada. Mi voz, cálida, paciente, terapéutica. La voz que uso cuando quiero que confíen en mí.

Lo escucho completo. Cincuenta y ocho segundos. Cada palabra calibrada. Cada pausa construida. Cada entonación calculada para rodear su mente consciente y hablar directamente con la parte que recuerda el sótano. La oscuridad. Las promesas susurradas.

Intentará resistir.

No lo logrará.

Adjunto el archivo al mensaje. Audio con código embebido. Invisible. Técnicamente, spyware. Malware. Llámalo como quieras. Me permitirá ver a través de la cámara de su teléfono. Escuchar a través del micrófono. Rastrear la geolocalización. Leer sus mensajes. Acceder al correo. Estar cerca cuando no estoy cerca.

La tecnología es maravillosa por eso.

Su teléfono está ahora en el puesto de seguridad. Esperando. Quieto. Cuando ella lo recoja después de la evaluación, el mensaje estará ahí. Verá la notificación. Un número desconocido. Dudará. Luego lo escuchará.

Siempre escucha.

Enviar.

El mensaje se entrega al instante. El archivo se carga. El programa embebido se activa en el momento de la reproducción.

Sin sonido. Sin rastro. Se hunde en el sistema operativo, parásito que encontró huésped.

Ahora veo lo que ella ve.

Oigo lo que ella oye.

Estoy con ella siempre.

Como debió haber sido desde el principio.

La pantalla de la laptop parpadea. La cámara de su teléfono se activa de manera remota.

Veo el techo. El interior del auto. El ángulo del volante. Movimiento: sus manos.

Ahí estás.

Activo el audio. Su respiración llena mi departamento. Rápida. En pánico. Superficial. El mensaje terminó. Está sentada en el estacionamiento de la prisión procesando lo que escuchó.

Luego, movimiento. Toma el teléfono. Veo el dedo deslizarse por la pantalla. Luego presiona.

Introduzco el comando. Interceptar audio. Dos tonos. Tres.

¿A quién llama?

Voz masculina: «Archivo policial del Condado de Prince William. ¿En qué le puedo ayudar?»

La sangre se me va de la cara.

No.

«Doctora Laura Stevens. Necesito un expediente de secuestro. Año 1995. Víctima, menor de edad. Mi nombre.»

No. No. No.

No debería haber hecho eso, no tan rápido, no todavía—El café se vuelca. El vaso se derrama sobre el teclado. El líquido caliente me quema los dedos. No lo siento.

Robert dijo: dos semanas. Yo preparé el plan. Escalada gradual. Capa por capa. Despacio. Controlado. De manera que para Halloween ella estuviera lista.

Y ella llama al archivo cuarenta minutos después del primer contacto.

Psicóloga forense. Doce años de interrogatorios. Claro que no se va a quedar sentada temblando. Claro que va a ponerse a investigar.

La subestimé.

No. Olvidé quién es. Olvidé a la niña que la primera noche en el sótano no lloró. Que contaba pasos hasta la pared y de vuelta, mientras yo estaba tendida en el concreto sin poder moverme.

Laura enciende el auto. Sale.

El teléfono pegado a la oreja. Hace preguntas. El nombre del investigador. El estado del expediente. Acceso a los materiales.

Escucho cada palabra.

Va más rápido de lo que calculé.

**

CAPÍTULO 3

18 de octubre de 2022

El trayecto a casa me toma cuarenta y cinco minutos. No recuerdo ni un segundo de ese tiempo.

Cuadro uno: salgo del estacionamiento de la prisión con su voz todavía resonando bajo el cráneo. Cuadro dos: estoy sentada en el garage subterráneo de mi edificio. El motor, apagado. Las llaves, frías como pedazos de acero sobre mis piernas. Ninguna autopista, ninguna salida, ninguna cara en los autos del lado. La ruta fue borrada como una toma fallida.

Miro el reloj: 11:47. Han pasado dos horas desde que salí de la prisión. El camino tarda cuarenta y cinco minutos. ¿Dónde quedó la hora de más? Se cayó de mi vida sin dejar nada, solo un sabor a ozono y a vacío.

Lo último que recuerdo después de ese mensaje: marco el número del archivo. Una voz masculina oficial en la línea. Y después, nada. La conversación se hundió en el mismo agujero negro que mi ruta.

Las manos me tiemblan. Agarro el maletín, hundo los dedos en el cuero —duro, real, con olor a oficina vieja y polvo. Estoy aquí. Estoy en casa. Todo está bien. Excepto que nada está bien.

En el elevador está la señora Walsh del 4C. Dos bolsas turgentes del super, una melodía empalagosa que tararea entre dientes. Miro su nuca y pienso: no tiene ni idea de que está encerrada en una caja de metal con algo que sencillamente no existía hace una hora. Que apagaron, como una lámpara en un sótano, y volvieron a encender en el suelo de hormigón de un parking.

Ella hace cálculos mentales sobre los descuentos del pavo. Yo palpo frenéticamente los bordes de mi memoria intentando encontrar la costura donde termina el «yo» y empieza el vacío.

—Qué bonito día hace hoy —dice, sin girarse. Su voz llega desde otra dimensión. Desde un mundo donde el tiempo es lineal y predecible.

Fabrico una sonrisa, notando cómo los músculos de la cara me obedecen con retraso, como una prótesis mal calibrada.

—Sí. Muy bonito.

Las puertas se abren con un suave suspiro. Walsh se aleja flotando hacia su cuarto piso, llevándose el olor a apio y su día entero, ininterrumpido, intacto. Yo salgo al silencio del pasillo sintiendo que soy una ladrona que acaba de robarle a la vida una hora de más.

El departamento permanece en su indiferencia matutina. Platos sucios en el fregadero, un aro de café en el fondo de la taza —como la única huella digital de alguien. El saco sobre la silla parece una piel que alguien se quitó. Huele a pan quemado.

Dejo el maletín sobre la mesa. El microondas parpadea: 11:47. Han pasado cinco minutos desde el garage. El tiempo volvió a ser lineal, predecible, obediente. ¿Entonces en qué ranura se atascó esa hora?

Bebo agua directo del grifo. El frío me resbala por la garganta, me quema el esófago. El teléfono vibra en el bolsillo. Kate: «¿Estás en casa? Necesito hablar. No es urgente».

Respondo: «En casa. Te llamo luego».

Necesito pensar. Diseccionar lo que dijo Ford. Ordenar ese mensaje. Necesito entender cómo empezó a desmoronarse mi mundo antes de que Kate llegue con sus preguntas profesionales y convierta mi vida en otro «caso».

Voy al cuarto. Me detengo en el umbral.

La cama está tendida.

Yo nunca tiendo la cama entre semana. Nunca. El cobertor está liso y bien puesto, las esquinas metidas. Las almohadas, simétricas a la cabecera.

Eso no lo hice yo.

El pulso se acelera. Alguien estuvo aquí. Mientras yo estaba sentada en Newark frente a Ford. Entró a mi departamento, tendió la cama y se fue sin tocar nada más.

Recorro las habitaciones. La sala. El baño. La cocina. Todo en su lugar. Nada falta. Nada fuera de lugar, salvo la cama.

Reviso los cerrojos de la puerta. El pasador, cerrado. La cadena, en su sitio. Sin señales de forzamiento. Pero vivo sola. Nadie tiene llaves, salvo el administrador del edificio, y él nunca entra sin avisar.

Voy al cuarto. Bajo las persianas —y me detengo.

Sobre la pintura blanca del alféizar hay una huella. Estrecha. Larga. Suela de zapato —por fuera, pegada al vidrio.

Tercer piso.

No hay escalera de emergencia en este lado del edificio.

Me quedo parada. Miro la huella. La mano no me tiembla solo porque ya no soy capaz de sorprenderme. Alguien estuvo aquí hoy. Parado junto al vidrio. Mirando hacia adentro.

Bajo las persianas despacio, hasta el fondo.

Mi abrigo cuelga en el gancho junto a la puerta. Azul oscuro, suave de tanto uso. Maquinalmente lo alcanzo, quiero revisar los bolsillos, asegurarme de que esta mañana sí cerré la puerta con llave, que no dejé el cerrojo abierto por los nervios de antes de la evaluación.

Los dedos tocan metal en el bolsillo derecho.

No son mis llaves. Metal. Frío. Desconocido.

Lo saco.

Una llave. Plateada. Pequeña. Con el número grabado al costado: 447.

La miro.

No es la llave de mi departamento. Ni de la oficina. Ni del auto. El metal me enfría la palma, peso desconocido, forma desconocida.

Vuelvo a meter la mano al bolsillo. Los dedos encuentran papel. Doblado en un rectángulo pequeño y apretado.

Lo saco. Lo desdoblo.

Un recibo. Safe-Keep Storage, Arlington. Unidad 447. Contrato de renta con una firma en la línea de abajo, la letra se parece a la mía, pero no del todo. Los lazos, demasiado abiertos. La inclinación, demasiado pronunciada.

Al reverso, un código en tinta pálida. Seis dígitos.

No recuerdo nada de esto. Ningún recuerdo de haber rentado una unidad de almacenamiento. Ningún recuerdo de esa firma. El código, un misterio completo.

Me siento en la silla junto a la mesa de la cocina. Pongo la llave frente a mí. La miro.

Soy psicóloga. Doce años escuchando a personas que describían exactamente esto: lagunas que no podían explicar. Acciones sin memoria de haberlas hecho. Sé cómo se ve la disociación desde adentro. Sé que no se siente como una pérdida — se siente como un vacío donde debería haber algo.

Esto es un vacío.

Kate, de nuevo: «¿Puedo ir? Necesito hablar en persona».

Dudo. La llave descansa pesada en mi campo de visión. Tengo que contarle a Kate. Mostrarle esto. Involucrar al FBI de inmediato, porque esto está claramente mal, y puede llevar mucho tiempo estando mal.

Pero la unidad 447. Ese número significa algo. No puedo asirlo, pero jala, persistente, como una palabra en la punta de la lengua.

Escribo: «¿Me das una hora? Tengo que ir a hacer una cosa».

Kate: «Bien. Llego a la una».

Tomo la bolsa. Meto la llave y el recibo. La dirección está impresa en el encabezado: Safe-Keep Storage, 2340 Wilson Boulevard, Arlington.

Quince minutos de mi casa.

* * *

Safe-Keep Storage: edificio naranja y blanco escondido detrás de la calle principal. Limpio. Moderno. Una pluma de acceso a la entrada.

Me detengo junto al teclado. El código del recibo: 8-4-7-2-9-1.

Lo introduzco. Pitido breve. Luz roja. ACCESO DENEGADO.

El pulso se dispara. Lo intento de nuevo. Más despacio. 8. 4. 7. 2. 9. 1.

Rojo. ACCESO DENEGADO.

¿Código incorrecto? ¿Leí mal el recibo? Lo saco del asiento del copiloto, lo acerco. Los números, claros. 8-4-7-2-9-1.

Otra vez. Cada dígito con claridad.

Verde. La pluma se levanta.

Las manos me tiemblan.

Adentro, hileras de puertas metálicas naranjas a ambos lados. Clima controlado. Limpieza. Buena iluminación. El aire huele a polvo de concreto y ambientador industrial. Camino por el pasillo D, encuentro la unidad 447.

La llave entra suave. Gira. El cerrojo chasquea.

Levanto la puerta. Corre por las guías con un chirrido que rebota en las paredes de concreto. Adentro: una caja de cartón. Tamaño mediano. Sellada con cinta.

Nada más. Una sola caja en un espacio vacío de tres por tres metros.

Entro. Bajo la puerta detrás de mí sin cerrarla del todo, dejo una rendija para la luz y el aire. Dentro hace más frío que en el pasillo. Me arrodillo junto a la caja.

La etiqueta dice, con letra ordenada: EVIDENCIA. Marcador negro sobre cartón café.

Arranco la cinta. Abro.

Vacío.

La caja está vacía. Cartón café por dentro. Sin carpetas. Sin evidencia. Nada.

La miro. ¿Vine hasta aquí por una caja vacía? La etiqueta dice EVIDENCIA y adentro no hay nada. ¿Es un mensaje? ¿Una advertencia? ¿Una prueba?

Ya me estoy levantando cuando lo noto: el fondo no está bien asentado. Demasiado alto. Entre el cartón del fondo y donde debería estar, hay un espacio.

Doble fondo.

Levanto la capa interior de cartón. Se levanta fácil, revelando el contenido real.

Fotografías. Dibujos. Una carpeta. Notas en tarjetas.

Primero tomo la carpeta. La pestaña del lomo, en blanco.

La abro. Fotografías de escenas del crimen, sujetas con un clip a la primera página. Dos mujeres. Cabello oscuro. Treinta y tantos años. Yacen con los ojos cerrados, ordenadas, casi solemnes. Los cuerpos en camas. Las manos cruzadas sobre el pecho. Almohadas al lado. Notas sobre las mesas de noche.

Volteo la primera foto. Al reverso, a lápiz: Jennifer Dawson. La segunda: Nicole Hartley.

Las víctimas de Ford. Leí sus nombres en el protocolo. Pero ahí no había fotos, solo texto. Ahora tienen cara.

Me inclino para ver mejor. Los párpados cerrados de las víctimas. Y en cada uno, un pequeño botón blanco. Cosido con hilo blanco, con cuidado. Dos por víctima. Cuatro agujeros visibles en cada uno. Ubicados exactamente donde deberían estar los ojos.

El estómago se me revuelve. Las víctimas parecen muñecas. Fabricadas. Objetos en lugar de personas.

En el expediente que me dieron antes de la evaluación no había fotografías. Solo el protocolo, los nombres, la fecha de la sentencia. Estas imágenes son distintas. Primeros planos. Detalles que no aparecen en ningún documento oficial. Quien las tomó estuvo en la escena del crimen. Después de la policía. O antes.

Dejo la carpeta. Saco los dibujos.

Bocetos a lápiz en papel blanco. Infantiles en la ejecución, pero perturbadores en el contenido. Monigotes. Líneas simples. Una figura recostada. Otra de pie sobre ella. Manos en la garganta. En la cara. Sosteniendo una almohada, quizás, o una tela.

En la esquina, una fecha. Noviembre de 1995.

Mi letra. Mi estilo de firma, cuando tenía diez años.

Recuerdo haber dibujado cosas así. Fragmentos de recuerdos afloran, agudos y dolorosos. El sótano frío. El suelo de concreto. La tiza blanca en la mano, luego el lápiz sobre papel que un día simplemente apareció. Dibujaba para matar el tiempo. Para aguantar. Dibujaba maneras de pelear contra los monstruos.

Pero esto no es tiza en concreto. Es lápiz sobre papel. Copias limpias. Alguien las guardó. Las reunió.

Después las tarjetas con notas. En cada una, letras de imprenta ordenadas. No es mi letra. «Método demostrado: asfixia.

Posicionamiento preciso. Perfil de víctima coincide con el objetivo. El sujeto completó entrenamiento extenso. Vínculo confirmado».

«¿Ensayo o mensaje? ¿Ambos? El patrón emerge. Existe una coordinadora. El entrenamiento es sistemático. El objetivo, poco claro». «Esperar la siguiente iteración. Método distinto. Los mismos elementos característicos. El mismo perfil de víctima».

Las tarjetas tienen fecha. Agosto de 2022. Alguien analizaba este caso. Lo conectaba con patrones más grandes de los que yo puedo ver.

La última nota está sujeta con un clip en el interior de la tapa.

Otra letra. Esta se parece a la mía, pero no del todo. Los lazos, demasiado abiertos. La inclinación, demasiado pronunciada.

Mi letra.

«No recordarás cómo reuniste esta evidencia. La programación excluye la percepción consciente de los patrones. Pero DEBES ver la verdad. Entender lo que se avecina. Confía en ti más profundo de lo que permite la memoria superficial.—E»

Esto no lo escribí yo. La letra se parece a la mía, pero la firma es E. No L. No mi inicial.

Lo escribió otra persona. Alguien que tiene acceso a mi vida. A mi departamento. A mis archivos. Al estilo de mi letra.

Programación. La nota dice: programación.

¿Qué significa eso?

Sentada en el suelo de concreto frío de la unidad de almacenamiento me obligo a detenerme. A no moverme. A no salir corriendo.

Soy psicóloga. Eso es exactamente lo que hago con otros: los detengo en el momento en que la mente quiere huir. Los obligo a mirar lo que tienen enfrente.

Miro.

Fotografías que no debería tener. Dibujos del sótano conservados casi tres décadas. Tarjetas con análisis de patrones que no veo. Una letra parecida a la mía, firmada con una inicial ajena.

Alguien sabe del sótano. Estuvo ahí. Lleva años reuniendo esto.

Y esta caja terminó en una unidad cuya llave estaba en el bolsillo de mi abrigo.

El teléfono vibra. Kate: «Voy para allá. Llego en quince minutos».

Miro la hora. 12:53. Llevo treinta minutos en esta unidad. Parecía mucho menos.

Recojo los materiales. Los meto de vuelta en la caja. La sello con cinta. La cargo hasta el auto. Cierro la unidad.

Manejo a casa con la caja en el asiento del copiloto.

* * *

El auto de Kate ya está en el estacionamiento cuando llego. Un sedán negro. Ella está parada junto a la puerta del conductor, con los brazos cruzados, mirando cómo entro.

Estaciono. Apago el motor. Me quedo un segundo con las manos en el volante, tratando de decidir qué decirle.

Kate toca la ventana. Me sobresalto. Ella levanta las cejas con preocupación.

Tomo la caja. Bajo del auto.

—¿Qué es eso? —pregunta Kate, señalando el cartón.

—Evidencia. Creo. No estoy segura.

—¿Evidencia de qué?

—Para eso necesito tu ayuda.

Entramos. Subimos al departamento. El olor a pan quemado nos recibe en la puerta. Pongo la caja sobre la mesa de la cocina. Kate se queda parada al lado, esperando.

—Antes de mostrarte esto —digo—, necesito contarte lo que pasó en la evaluación de Ford.

Kate me mira. Luego mira la caja. Luego me mira otra vez.

—Yo también tengo algo que decir —dice en voz baja—. Cancelaste tres veces en dos semanas. Dejaste de contestar al primer tono. Anoche me escribiste a las dos de la mañana —yo acababa de bajar del auto, creí que algo había pasado. Escribiste: «¿Puedes ahora?». Respondí. Silencio. Esta mañana dijiste que no recordabas ese mensaje.

La miro. No lo recuerdo. Otra laguna —y ni siquiera sabía que existía.

—No vine por trabajo —dice Kate—. Vine porque algo te está pasando. Y ahora veo una caja con la palabra «Evidencia» sobre la mesa de tu cocina. Cuéntame.

—Bien.

Le cuento. Todo. Lo que Ford dijo sobre cómo lo entrenaron. Sobre la mujer de mi pasado. Sobre el mensaje de voz en el auto. Sobre la voz femenina. Sobre el aviso y la elección que vendría.

Kate escucha sin interrumpir. Su cara pasa de preocupada a profesional. Modo FBI.

Cuando termino, guarda silencio un momento largo.

—Dices que una mujer de tu pasado que no recuerdas entrenó asesinos. Y que Ford es uno de ellos.

—Sí.

—Y que está en contacto directo contigo. Personalmente.

—Sí.

Kate saca el teléfono. Abre las notas. Empieza a escribir.

—Necesito los detalles. El mensaje de voz. ¿Puedo escucharlo?

Saco el teléfono. Pongo el mensaje. Kate escucha, cara neutral, toma apuntes.

Cuando termina, pregunta:

—¿No reconoces la voz?

—Me resulta familiar. Pero no puedo ubicar de dónde.

—Esa voz. Cálida, calculada. Está acostumbrada a que le crean. No miente, Laura. Ejecuta la verdad.

—Menciona veintisiete años. ¿Qué significa eso para ti?

—Ya sabes la historia. —Pausa.— Halloween de 1995. Tres semanas. El sótano. Robert Ashford.

Kate asiente. Sabe. Lleva ocho años sabiéndolo, tanto como llevamos de amistad. Pero ahora escucha diferente. No como amiga. Como investigadora que oye esto por primera vez.

Kate toma apuntes.

—Y esa mujer en la grabación, ¿crees que está relacionada con el secuestro?

—Ford dijo: de mi pasado. De un lugar frío y oscuro. Tiene que ser el sótano.

Kate deja el teléfono. Mira la caja.

—Muéstrame qué hay adentro.

La abro. Extiendo todo sobre la mesa. La carpeta con las fotografías no oficiales de las escenas del crimen. Los dibujos infantiles de 1995. Las tarjetas con notas analíticas enigmáticas. Kate examina cada pieza con método. Lee las notas. Estudia las fotos. Estudia los dibujos. La mandíbula se le tensa.

—Dawson y Hartley —dice en voz baja—. Las víctimas de Ford. El caso estuvo en boca de todos: doble homicidio, sentencia hace un mes. Pero estas fotos no son copias oficiales. Quien las tomó tuvo acceso directo a la escena.

—Lo sé.

—Y estos dibujos. —Toma uno de los bocetos. Un monigote con manos en la garganta de otro.— ¿Tú los dibujaste? ¿Cuando tenías diez años?

—No tengo el recuerdo. Pero es mi letra. La fecha: noviembre de 1995.

—Cuando te tenían en el sótano.

—Sí.

Con cuidado vuelve a dejar el dibujo.

—Las notas mencionan patrones. Una coordinadora. Entrenamiento. Laura, ¿qué significa esto?

—No lo sé. Esas tarjetas no son mi letra. Pero no tengo ningún recuerdo de nada de esto. No recuerdo haber rentado la unidad. No recuerdo haber visto estas fotos.

—¿Qué recuerdas de hoy?

—Salir del estacionamiento de la prisión alrededor de las diez. Llegar a casa al mediodía. Pero el camino tarda cuarenta y cinco minutos. Perdí casi una hora.

La expresión de Kate cambia otra vez. Ya no es FBI. Es amiga. Amiga preocupada.

—¿Lagunas de memoria?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—La primera la noté hace tres semanas. De noche. Cinco horas. Volví en mí en el suelo de la cocina con ropa de calle. No se lo dije a nadie. —Pausa.— Esta es la segunda. Pero la llave de la unidad estaba en el bolsillo del abrigo que usé ayer. Así que puede haber habido otras entre medio.

Kate toma la nota con mi letra. Lee en voz alta:

—«La programación excluye la percepción consciente de los patrones». Laura, ¿qué significa esto? ¿Programación?

—No lo sé.

—Lo escribiste tú.

—No recuerdo cómo.

Silencio. Kate me estudia. Me evalúa. Ya no como amiga. Como investigadora. Ve los vacíos. Las inconsistencias. Las señales de alarma.

—Necesito hacerte una pregunta —dice con cuidado—. Y necesito una respuesta honesta.

—Bien.

—¿Es posible que estés involucrada en esto? No conscientemente. Sin saberlo.

La pregunta queda suspendida entre nosotras. Pesada. Terrible.

—No lo sé —digo honestamente—. No sé de lo que soy capaz. Perdí casi una hora hoy. Tengo evidencia que no recuerdo haber reunido. Mi letra en notas que no recuerdo haber escrito. Una unidad de almacenamiento cuya renta no recuerdo. Entonces sí. Es posible.

Kate asiente, despacio.

—Entonces necesitamos ayuda. De verdad. Porque o bien esta mujer te está jugando con la cabeza, o bien tienes episodios en los que pierdes tiempo, reúnes evidencia, haces cosas que no recuerdas. De cualquier manera, no es seguro que estés sola.

—¿Qué propones?

—Voy a buscar esta noche. En silencio. Veo qué encuentro sobre Ford, sobre casos similares. Un par de días, en silencio, antes de ir por los canales oficiales.

—¿Y si ella lo nota?

—Lleva mucho tiempo observándote. Es paciente. Voy a ser cuidadosa. Sin canales oficiales. Sin órdenes judiciales. —La cara de Kate se endurece.— Pero si encuentro que estás en peligro, voy a mi jefe de inmediato. Eso no se discute.

Quiero objetar. Quiero decir que yo misma lo resuelvo, que voy a recordar, que voy a entender.

No puedo. Porque Kate tiene razón. No estoy segura. Ni de esta mujer. Ni de lo que pasa dentro de mi propia cabeza.

—Bien —digo—. Lo resolvemos juntas.

Kate vuelve a abrir la laptop sobre la mesa.

—Hay otra cosa que revisar. Tu secuestro. 1995. Robert Ashford, el hombre que te retuvo. Fue condenado, ¿verdad?

—Sí. Fue a la cárcel. Después de eso, vacío.

—Déjame verificar su estado actual. —Sus dedos se mueven por el teclado. Bases de datos del FBI. Expedientes penales. Su cara cambia. Se endurece.— Laura. Robert Ashford. Condenado en 1995 por secuestro y maltrato infantil. Cumplió la condena completa. Salió en libertad condicional el siete de abril de este año.

La sangre se me enfría. ¿Está libre?

—Desde hace seis meses. Se reportó con el oficial de libertad condicional tres veces. Luego desapareció a mediados de julio. Faltó a una cita. Hay una orden de arresto por violar las condiciones de la libertad condicional, pero baja prioridad —adulto mayor— y los casos de violación de libertad condicional no son urgentes. —La mandíbula se le tensa.— Laura, la cronología. E empieza a hacer contacto. Ford menciona entrenamiento. Robert sale en libertad. Todo esto, en seis meses.

—¿Dónde está ahora?

—Paradero desconocido. Última dirección conocida: alojamiento temporal en Bellingham, estado de Washington. Se fue en julio, sin dirección de reenvío de correo. Sin actividad en tarjetas. Sin teléfono registrado. Desapareció por completo. —Cierra la laptop.— Esto no es una coincidencia. Es coordinación.

El peso cae. Robert Ashford. Libre. Ahí afuera. El hombre que me retuvo tres semanas en un sótano. Y E apareció exactamente cuando lo soltaron.

Kate se levanta.

—Necesito empezar. Hacer la búsqueda mientras el rastro está fresco. —Se detiene junto a la puerta.— Laura, pon los cerrojos. Revisa las ventanas. Llámame si sientes que hay peligro.

—Te llamo.

Kate se detiene en la puerta. Me mira, no como amiga. Como alguien que ve lo que yo todavía no veo.

—Laura. —La voz, baja.— Le tendió la cama.

—Lo sé.

—No. —Kate niega con la cabeza.— No intentó hacerte daño. No tomó nada. No dejó amenazas. Te tendió la cama. —Pausa.— Eso es peor.

La puerta se cierra antes de que encuentre respuesta.

El pasador chasquea. La cadena tintinea.

Estoy sola.

Vuelvo a la mesa de la cocina. La evidencia sigue extendida sobre la superficie. Fotos de las escenas del crimen de Ford con ángulos que no debería tener. Mis dibujos infantiles de 1995, monigotes con líneas alrededor del cuello. Tarjetas con análisis de patrones que no veo.

Y la nota. Firmada «— E».

«La programación excluye la percepción consciente de los patrones. Pero DEBES ver la verdad».

Tomo uno de los dibujos. Mi letra. Yo tengo diez años. Un monigote recostado. Otro de pie sobre él. Manos en la garganta.

Lo dibujé en ese sótano. Para aguantar. Para imaginar cómo pelear contra los monstruos.

Ahora es un método de asesinato. Real. Aplicado. Documentado en fotos de la escena del crimen.

Me levanto. Recorro el departamento. Bajo las persianas. La sala. La cocina.

Vuelvo a la mesa. La evidencia me mira. Las víctimas de Ford. Mis dibujos. Las notas que analizan conexiones que no veo.

El tiempo perdido de hoy. La unidad de almacenamiento sin recuerdo. Evidencia reunida durante un lapso de inconsciencia. Una letra parecida a la mía, pero que no es la mía.

¿Qué más hice sin saberlo?

¿Qué más me espera cuando lo descubra?

Recojo los materiales. Los meto de vuelta en la caja, con cuidado. La sello. La llevo al cuarto. La escondo detrás de los abrigos de invierno y los zapatos viejos en el armario. Fuera de la vista.

Pero no de la mente.

Me acuesto en la cama. La luz, apagada. Miro el techo. La cama tendida debajo de mí. Esa persona estuvo aquí. En este cuarto. Metió las esquinas con cuidado mientras yo estaba en Newark evaluando a Ford.

El mismo día en que Ford la mencionó. El mismo día en que llegó el mensaje de voz. El mismo día en que perdí tiempo y encontré la llave de la unidad.

Coordinación. Planeación. Control.

Esto es obra suya.

La pantalla se oscurece.

Estoy en la oscuridad. En un departamento que no es seguro. En una cama tendida por manos ajenas. Con evidencia escondida en el armario.

Con cuidado. Con esmero. Las esquinas metidas. Las almohadas simétricas.

No una amenaza. Un gesto de cuidado.

Eso es peor. Kate tiene razón. Eso es mucho peor.

Me levanto. Enciendo la luz. Abro una libreta.

Escribo: «18 de octubre. Tiempo perdido: ~60 minutos».

Escribo: «Llave en el bolsillo del abrigo. Unidad 447. Caja. Evidencia. Letra parecida a la mía».

Escribo: «Llamé al archivo policial desde el estacionamiento de la prisión. No recuerdo cómo terminó la conversación».

Miro la lista.

Tres líneas. Dos días. Y eso es solo lo que noté.

Si estoy perdiendo tiempo, voy a registrar cada hora. Cada laguna. Cada anomalía. No para Kate. No para el FBI.

Para mí. Para saber quién fui mientras no estaba.

Dejo la pluma. Alcanzo la lámpara.

El teléfono suena.

Número desconocido. Código de área 703. Virginia.

Miro la pantalla. Un tono. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. El pulgar, suspendido.

Contesto.

Silencio. No muerto. Vivo —la respiración de otro, la espera de otro, la decisión de otro.

Luego la voz. Femenina. Tranquila. Como si le leyera un cuento a un niño antes de dormir.

—Diez. Nueve. Ocho.

La mano se me entumece. El teléfono casi se me cae. Conozco este ritmo. No desde la memoria. Desde algo más profundo. Desde el cuerpo.

—Siete. Seis. Cinco.

No puedo colgar. No puedo moverme.

La luz se apaga.

Lo último que veo: la laptop sobre la mesa de la cocina. La tapa, abierta. La pantalla, encendida.

Yo no la abrí.

**

CAPÍTULO 4

19 de octubre de 2022

El despertador rasga el silencio a las 7:43, como un bisturí que abre un forúnculo.

Las sábanas están enroscadas alrededor de los tobillos en torniquetes apretados, como si la cama hubiera intentado trabarme toda la noche, retenerme en ese olvido pegajoso. Las persianas están entreabiertas y franjas de luz de octubre acuchillan el suelo, convirtiendo el cuarto en una jaula.

El teléfono está en el parqué. No sobre la mesa de noche —en el polvo, pantalla abajo, como un arma abandonada. No recuerdo cómo llegó ahí. Sin llamadas perdidas, sin mensajes. Un silencio estéril que debería dar alivio, pero en cambio presiona los tímpanos.

El departamento está invadido por el frío. Octubre se cuela por las rendijas de los marcos viejos, llenando los rincones despacio e inexorable, como el agua llena la bodega de un barco que se hunde. Los pies buscan las pantuflas. En el tapete hay surcos uniformes de aspiradora. ¿Cuándo hice eso? ¿Ayer? ¿Anteayer? El tiempo se vuelve papilla cuando dejas de confiar en tus propias manos.

En la cocina persiste el olor penetrante a pan quemado. El café molido está esparcido por la encimera —un patrón caótico que no tiene nada de mi meticulosidad habitual. Antes era quirúrgicamente precisa; mi pulcritud profesional era mi piel. Ahora cualquier cosa fuera de lugar parece una pista dejada por un extraño.

Preparo café. El líquido oscuro gotea perezosamente en la jarra. Ese aroma amargo y tostado es lo único en lo que todavía confío: no miente, no se esconde en las sombras, no deja lagunas en la memoria. La silla cruje bajo mi peso con su queja familiar —un sonido que tiene más verdad que todos mis recuerdos.

La laptop sobre la mesa, un monolito negro sobre la madera pálida. La dejé ahí anoche, después de esconder la caja con el pasado en el armario. Ocho horas entre «entonces» y «ahora»:

tierra quemada. El cuerpo finge estar descansado, pero es solo imitación. Suposición no es conocimiento. Y el conocimiento ahora es un lujo que definitivamente tiré por el desagüe.

Abro la laptop.

La pantalla carga. El escritorio. El fondo de pantalla de la universidad. Carpetas ordenadas alfabéticamente. La ilusión de orden sostenida por una mujer que quizás no es la única que usa este teclado.

Abro el correo.

Treinta y siete mensajes sin leer acumulados desde ayer por la mañana. Avisos de la universidad. Preguntas de estudiantes. Agenda de la junta del departamento. La infraestructura ordinaria de la vida académica, que sigue adelante sin importar si me estoy desmoronando. El semestre no hace pausas para los episodios disociativos.

Reviso los asuntos. Nada urgente.

Pero en la parte baja de los no leídos, un correo detiene la mirada.

De: Laura Stevens

Para: Laura Stevens

Asunto: (sin asunto)

Enviado: 19 de octubre de 2022, 2:34

Me envié un correo a mí misma. En medio de la noche. Sin asunto.

La mano se congela sobre el trackpad. El vapor del café asciende en la periferia de la vista. El departamento, absolutamente en silencio; incluso el refrigerador dejó de zumbar, como si también estuviera esperando.

Hago clic.

Sin texto. Solo un archivo adjunto. Un archivo: 1995_November.jpg. El pecho se aprieta. La visión se estrecha. La habitación se inclina y se endereza.

Sé lo que es esto.

No quiero saberlo. Pero lo sé.

Hago clic en el adjunto.

La imagen carga. Un dibujo escaneado. Lápiz sobre papel envejecido y descolorido. Monigotes infantiles. Uno de pie. Uno tendido horizontalmente. Manos en la garganta. Líneas que indican presión. Junto a la figura, números: del 1 al 10. Una secuencia de conteo. Demostración de método.

Abajo, con letra de niña: 4 de noviembre de 1995.

La letra engancha la memoria como un gancho engancha una tela: reconocimiento sin contexto, dolor sin herida. El estilo. La inclinación de los números. Conozco esta letra. No puedo decir de dónde.

El método coincide con lo que usó Ford. La posición. El conteo. Demasiado exacto para ser casualidad.

Cierro la laptop. Me aparto de la mesa. La silla rechina sobre el linóleo. El café se menea en la taza, una gota cae sobre la muñeca. Caliente. No me la limpio.

Una quemadura pequeña, prueba de que no estoy dormida.

Voy a la ventana. Subo las persianas. Afuera Arlington sigue existiendo. Los autos circulan. Una mujer pasea un perro pequeño. Un camión de reparto está detenido con las luces intermitentes. Un miércoles ordinario. Gente con una memoria que funciona bien. Les envidio a todos. No la felicidad. La certeza de ser quienes creen ser.

Apoyo la frente en el vidrio frío. La sostengo ahí hasta que el frío se convierte en dolor de cabeza. Luego me doy vuelta.

Basta.

* * *

Voy al cuarto. Saco la caja de evidencia del armario. La cargo hasta la mesa de la cocina. La abro con la precisión de un cirujano preparando el campo operatorio.

Distribuyo el contenido con método: las fotos no oficiales de las escenas del crimen de Ford a la izquierda. Mis dibujos infantiles del almacén al centro. Las tarjetas con notas analíticas a la derecha. La nota firmada «E», aparte, arriba.

Doce años hice esto con casos ajenos. Ordenaba los fragmentos del delirio de otro en filas y columnas, buscaba lógica donde aparentemente no había. Ahora los fragmentos son míos. El

delirio es mío. Pero el método es el mismo. Y ahora el método es lo único que me mantiene erguida.

Vuelvo a abrir la laptop. La pongo al lado. El dibujo del correo nocturno, en la pantalla.

Comparo. Los sostengo juntos como se sostienen dos radiografías del mismo hueso, buscando la fractura.

Los bocetos del almacén, simples. Monigotes básicos. Disposición tosca. Juego de niña. Manera de sobrevivir cuando tienes diez años y no tienes nada con qué ocuparte salvo el miedo.

El dibujo del correo, distinto. Detallado. Anotado. Los números, marcados con claridad. Notas de procedimiento al margen: «presión 4 segundos», «pausa», «repetir». Esto no es un juego. Es una instrucción. Una niña enseñándole a otra niña. O una niña cumpliendo el encargo de un adulto que estaba detrás, mirando.

El estilo de letra coincide. Inclinación similar. Presión similar sobre el papel.

Pero los bocetos del almacén son míos. Recuerdo el concreto bajo las rodillas. El frío. La tiza blanca desmenuzándose entre los dedos. Esos dibujos los hice PARA MÍ, para aguantar.

El dibujo del correo fue hecho PARA ALGUIEN. Demostración. Transmisión de conocimiento.

Doce años leyendo perfiles criminales. Puedo leer este también.

Tomo una hoja en blanco. Escribo:

Dos conjuntos de dibujos. Uno espontáneo (almacén). Otro estructurado (correo). Ambos con fecha de noviembre de 1995. ¿Un solo autor? ¿O dos niñas dibujando al mismo tiempo?

El pensamiento quema. Dos niñas. Ford dijo: «del lugar donde todo empezó». El mensaje de voz: «desde que nos separaron».

Nos.

No estaba sola en ese sótano.

La pluma descansa sobre el papel. Miro la palabra que subrayé tres veces sin darme cuenta.

Vuelvo a las fotos de las escenas del crimen de Ford. Saco la lupa del cajón del escritorio, la que uso para revisar la letra pequeña de los trabajos estudiantiles.

Una herramienta para las notas a pie de página, ahora apuntada hacia un asesinato.

Me inclino sobre la foto de Jennifer Dawson.

Los botones en los párpados. Blancos. Cuatro agujeros. Cosidos con hilo blanco prolijo.

Ayer lo vi. Pero ayer estaba en estado de shock. Ahora miro como profesional. Y la profesional nota lo que el ser humano pasó por alto: los botones son viejos. Amarillentos en los bordes. No son nuevos, no son de una mercería. Son de los que se guardan años. En un frasco en el estante. En el bolsillo de un abrigo. O en el puño cerrado de una niña, porque no hay nada más que sostener.

Las manos, tranquilas. Esa tranquilidad me asusta más que el temblor —porque significa que la clínica tomó el control, y la clínica puede mirar cualquier cosa sin estremecerse. Incluso a sí misma.

Las tarjetas con notas analíticas: «El patrón emerge. Existe una coordinadora. El entrenamiento es sistemático. El objetivo, poco claro». La letra no es mía —más pequeña, más cuidada, las letras rectas como si las hubiera escrito una máquina de escribir.

La letra de E.

Analizaba el caso de Ford en paralelo con la policía. Posiblemente antes que la policía. Posiblemente ella misma planeó ese caso y luego documentó el resultado, como un científico documenta un experimento mientras todavía está en curso.

Abro el navegador. Escribo: «Robert Ashford 1995 secuestro Arlington».

Pocos resultados. Un caso de hace veintisiete años, prensa local. Encuentro un artículo del Woodbridge Gazette de noviembre de 1995:

«Detenido sospechoso de secuestro infantil. Robert J. Ashford, 43, arrestado por la policía del Condado de Prince William. Una niña de diez años fue liberada del sótano de una casa en Maple Street, 447. El nombre de la víctima no se divulga en aras de la investigación.»

Una niña. Un solo niño.

Pero la voz en el mensaje dijo «nos». El dibujo está estructurado como una transmisión de conocimiento. La nota está firmada «E», no «L».

O el artículo está incompleto. O la segunda niña no figuró en el expediente.

Escribo en la hoja:

Hipótesis: segunda víctima. No registrada en los materiales. Posiblemente protegida por la policía. Posiblemente ocultada por Ashford. La firma «E», inicial de un nombre.

Releo la dirección del artículo. Maple Street, 447.

Cuatro-cuatro-siete.

Unidad de almacenamiento, 447.

La pluma cae sobre la mesa. No la solté —los dedos simplemente se abrieron, como un cerrojo al que insertaron la llave correcta.

El número no es casual. El número es la dirección del sótano. Ayer, cuando introducía el código en la pluma de acceso, giraba la llave, levantaba la puerta metálica, el 447 estaba ante mis ojos. Y no lo conecté con la dirección del sótano.

Porque no recuerdo la dirección. No recuerdo el sótano. No recuerdo nada.

Ella recuerda todo. Y traza mi camino por las coordenadas de nuestro trauma compartido, paso a paso, número a número, como migas de pan en un cuento donde el bosque hace tiempo devoró el sendero.

* * *

Una llamada. Kate.

—¿Cómo estás?

Trabajando. —Escucho mi propia voz: pareja, seca, profesional. La voz con que dicto conclusiones al grabador después de los interrogatorios. La voz que no tiembla.— Analizo la evidencia. Como si fuera un caso ajeno.

Le cuento. El correo nocturno que me mandé a mí misma a las 2:34, el dibujo de 1995, sin recuerdo de haberlo enviado. Los dos conjuntos de dibujos. La diferencia entre el espontáneo y el estructurado. La hipótesis sobre la segunda niña. El número 447, la dirección del sótano, el mismo número de la unidad. El artículo del periódico, una sola víctima, pero la voz en la grabación dice «nos».

Hablo como escribo los informes clínicos: primero los hechos, luego la interpretación, las emociones, en ningún lugar.

Kate guarda silencio. Largo. La oigo respirar. Luego:

—En una hora hiciste más de lo que yo en toda una noche con las bases de datos. —La voz ha cambiado. No la amiga preocupada. Respeto profesional.— El número 447 es una pista sólida. Voy a revisar el expediente de Ashford a través del archivo federal. Si hubo una segunda niña, tiene que haber rastros. Servicios infantiles. Tutela. Registros médicos.

—Ayer llamé al archivo policial del Condado de Prince William. Desde el estacionamiento de la prisión. No recuerdo cómo terminó la conversación, el blackout cortó todo. Pero si quedó registrada la solicitud, podrían devolver la llamada.

—Yo la intercepto. Doy mi número como contacto en el caso. —Pausa. Sonido de teclado.— Morrison ve mis consultas.

Pausa.

—Estaba consultando bases de datos sobre el caso de Ford con acceso de servicio. Me advirtió: o me detengo o hay consecuencias. Me importa poco. Hay cosas más importantes que el trabajo.

—Puedes perder tu carrera.

—Entonces la pierdo. —La voz, firme. Sin vacilación. Ocho años de amistad comprimidos en dos palabras.— Laura, necesitas un especialista. En trastornos disociativos. Ya estoy buscando.

—¿Crees que me programaron?

—Creo que lo que pasó en ese sótano dejó huellas más profundas que la amnesia. Creo que alguien trabajó sobre tu mente. Y creo que ahora te están activando.

La palabra queda suspendida en el aire. Activando.

Como un arma. Como un instrumento. Como un objeto, no una persona.

—Encuentra al especialista —digo—. Yo encuentro a la segunda niña.

—Laura, ten cuidado. Si E es la segunda víctima, te conoce en todo. La conoce hace veintisiete años.

—Y yo, nada. Ya es hora de corregir eso.

Cuelgo. Afuera Arlington sigue viviendo. Autos. Peatones. La luz de otoño sobre el asfalto mojado. Un mundo que no sabe nada de sótanos.

* * *

El café lleva rato frío. Preparo uno nuevo. El ritual ocupa las manos. Vuelvo a la mesa. Tomo las tarjetas con notas analíticas. Siete en total. Las ordeno cronológicamente según las fechas en las esquinas.

La primera: julio de 2021. «Sujeto Ford. Contacto inicial vía foro. Vulnerabilidad confirmada: pérdida de cónyuge, episodio depresivo, aislamiento social. Perfil cumple los criterios».

¿Criterios de qué? La pregunta yace sobre la tarjeta como una huella digital —invisible hasta que la espolvorean.

La segunda: agosto de 2022. «Fase terapéutica concluida. El sujeto asimila la filosofía. Disposición evaluada como alta. Primera objetivo seleccionada: Dawson, Jennifer».

Seleccionada. No «elegida por Ford». Seleccionada —la palabra que usa un director de casting.

La tercera: septiembre de 2021. «Método demostrado: asfixia. Posicionamiento preciso. Perfil de víctima coincide con el objetivo».

Demostrado. La palabra que usa una maestra mostrándole a su alumno cómo se hace bien. Así se describe un trabajo de laboratorio, no un asesinato.

Mi café está a seis centímetros del codo. No lo toqué en cuarenta minutos. Está a temperatura ambiente, indistinguible de todo lo demás que se enfrió aquí.

Releo las siete. El lenguaje, idéntico en cada una. Distante. Clínico. Quien escribió esto analizaba asesinatos igual que yo analizo perfiles criminales: distancia, sistema, estructura.

No es solo una coordinadora. Es una investigadora. Lleva documentación como un científico lleva un diario de laboratorio.

En la última tarjeta, fechada en septiembre de 2022: «Esperar la siguiente iteración. Método distinto. Los mismos elementos característicos. El mismo perfil de víctima».

La siguiente iteración.

Ford no es el único. Trabaja con varios. Cada uno, un método nuevo. Cada uno, una nueva «iteración». Un programa que perfecciona como un ingeniero perfecciona un prototipo: construir, probar, documentar, repetir.

Anoto en la libreta:

E lleva documentación como investigadora. Ford, una iteración. ¿Hubo otras? ¿Habrá más?

Ford: asfixia. ¿Cuántas más?

Perfil de víctimas: mujeres, 30-40, socialmente aisladas, con dolor crónico o depresión. «Ética de la liberación», disfrazada de misericordia.

Dejo la pluma. Releo.

Esto no son notas de una persona desequilibrada. Es una investigación. Mi investigación —armada de los fragmentos que me plantaron, complementada con lo que encontré sola. Incompleta. Pero tiene estructura. Y las estructuras se descifran; para eso me entrenaron doce años, para eso me sentaban frente a asesinos: encontrar la arquitectura dentro del caos.

La ironía no se escapa. Ella entrenó asesinos. Yo aprendí a descifrarlos.

Ambas habilidades, del mismo sótano.

La pluma se mueve por la página con una seguridad que ya no existe en mi mente. La escritura todavía es mía. La mano todavía obedece. Por ahora.

* * *

Vuelvo a la laptop. Abro el correo institucional de la universidad. Ciento diecisiete sin leer. Reviso en busca de anomalías.

Encuentro una, enterrada tres páginas adentro. Un correo de hace dos semanas.

Remitente: M.Torres@university.edu

Asunto: Coordinación de la evaluación de Ford.

«Doctora Stevens, confirmo su evaluación psiquiátrica de Marcus Ford, Prisión de Newark, 18 de octubre de 2022, 9:00. Tiempo estimado de traslado: 45 minutos. Documentación adjunta. Atentamente, Maya Torres, asistente de investigación».

No tengo asistente de investigación. Nunca pedí una. Nadie está asignado directamente a mí.

Busco en el correo otros mensajes de esa dirección. Encuentro siete, en tres meses. Todos sobre coordinación de evaluaciones. Todos profesionales. Todos dan por sentado que Maya trabaja directamente para mí.

Sin recuerdo de haberla contratado. Sin recuerdo de la correspondencia. Sin conciencia de que esta persona existe, hasta este segundo. Siete correos leídos y tomados en cuenta por alguna versión de mí que trabaja en los intervalos entre mis horas de vigilia.

Busco en el directorio en línea de la universidad.

Maya Torres. Asistente de investigación, Departamento de Psicología. Oficina: Hamilton Hall 314.

A tres puertas de la mía. Paso frente a ella cada día. Y quien la puso ahí se aseguró de que yo terminara frente a Ford.

Abro la libreta que empecé anoche. Tres líneas escritas a la luz de la lámpara de escritorio. Agrego:

«19 de octubre. 2:34, correo a mí misma. Dibujo de 1995. No recuerdo».

«19 de octubre. Unidad 447 = Maple Street, 447. Dirección del sótano».

«19 de octubre. Llamada nocturna. Código 703. Voz femenina, cuenta regresiva desde el diez. Lo último que recuerdo: el cinco. Después, nada».

«19 de octubre. Maya Torres, asistente ficticia. Coordinó la evaluación de Ford. Siete correos en tres meses. No recuerdo ninguno».

La laptop emite un sonido. Correo entrante.

Miro la pantalla.

De: l.stevens@harrington.edu

Para: l.stevens@harrington.edu

Hora: 19 de octubre de 2022, 3:17

Asunto: Agua. No olvides.

El cuerpo del correo está vacío.

Me envié esto. A las tres de la mañana. Sin recuerdo.

Asfixia. Agua. Dos métodos. Dos muertos.

En la cocina gotea el grifo. Oigo cada gota. Cada una cae en el silencio como punto final de una oración que todavía intento leer.

Anoto en la libreta: «3:17, segundo correo. Método n.° 2. Agua. No olvides».

La pluma se detiene.

No olvides.

Es una orden. Me doy órdenes mientras duermo. O alguien me las da, y mis manos las cumplen mientras no estoy en casa.

¿Cuántos métodos hay en total?

Tomo el teléfono. No Kate. Esta vez no.

Marco el número del departamento. Una mujer contesta —personal nocturno, medio dormida.

—Habla la doctora Stevens. Necesito la dirección de Maya Torres, Hamilton Hall 314. Urgente. Verificación de rutina para una evaluación.

Mentira. Lisa. Profesional. Exactamente el tipo de mentira que escuché de los internos mil veces, y que no esperaba escuchar de mí misma.

—Un momento, doctora Stevens.

Teclas. Espero. Mi reflejo me mira desde la pantalla oscura de la laptop: una mujer en la cocina a las tres de la mañana, mintiéndole a una empleada de la universidad para encontrar a alguien que quizás no existe.

Eso es lo que hacen ellos. Los que evalúo. Mienten por lo que necesitan. Lo justifican. Se dicen a sí mismos que el fin es suficientemente importante.

Eso estoy haciendo yo ahora. Y lo peor no es la mentira en sí. Lo peor es lo fácil que salió.

—¿Doctora Stevens? Sí hay un registro. Pero debo decirle que alguien más preguntó por esa estudiante hoy. Alrededor de las cuatro de la tarde. También de su departamento.

La pluma se escapa de los dedos. Golpea la mesa. Rueda hacia el borde y se detiene, en equilibrio, como si estuviera decidiendo si caer o no.

—¿Quién?

—No se identificó. Solo dijo que era una colega.

Cuelgo. Miro el teléfono.

Alguien de mi departamento preguntó por una estudiante que no recuerdo haber contratado, el mismo día en que descubrí correos que no recuerdo haber enviado.

O me vigilan desde el interior de mi propia vida. O quien me vigila es mi propia vida. Esa parte a la que no llego.

Las horas que pierdo. Las manos que escriben cuando no estoy.

**

CAPÍTULO 5

20 de octubre de 2022

Kate llama a las 8:52.

—¿Cómo estás? —suelta en lugar de un saludo. Sin los falsos «buenos días». Kate no pierde tiempo en el envoltorio cuando el contenido ya se pudrió.

—Casi bien.

—¿Dormiste?

—Un poco.

Silencio. No vacío —denso y a la espera. En ocho años aprendí a distinguir los matices de su silencio, y este huele a desconfianza.

—Tengo una cita a las dos —digo—. Michelle Torres. Una estudiante. La misma que no recuerdo, pero que según los documentos figura en mi grupo de investigación.

—No vayas. —La voz de Kate se vuelve seca como papel de lija.

—Necesito saber si es de carne y hueso o una alucinación.

—Laura, si es real, es peligrosa. Si no lo es, vas a llegar al campus en medio de un episodio.

Nos quedamos en silencio, apretando los teléfonos desde los dos lados. Ocho años de amistad son suficientes para que ella entienda: ya me puse la correa invisible y estoy dispuesta a ir hasta el final.

—Llámame cada hora —cede—. Cada maldita hora. ¿Trato?

—Trato.

Me visto con método, como un artificiador. Pantalón oscuro. Camisa blanca —crujiente, estéril. Abrocho los botones de arriba abajo, contando en voz alta. Cinco. Todos en su lugar, ninguno arrancado. Tomo el saco, limpio, recién planchado, y hago clic con el capuchón de la pluma en el maletín. Sonido breve, seco. Las manos obedecen. Al menos fingen que sí.

El camino al campus toma doce minutos. Las calles conocidas hoy tienen un aspecto sospechoso —como un telón de fondo mal

dibujado. Los robles sueltan hojas que se pegan al vidrio como palmas sucias. La tienda de la esquina, el letrero descolorido, el semáforo que siempre me atrapa en rojo.

Verde. Freno un segundo más de lo necesario, paralizada por una duda repentina: ¿había rojo?

El estacionamiento. Antes de bajar, miro hacia atrás. El tapizado de cuero vacío. Una botella de agua olvidada de la semana pasada —el plástico ya opaco. Los seguros chasquean con un tintineo metálico. Las manos tiemblan, pero las obligo a aferrarse a la manija de la puerta.

Hamilton Hall me recibe con su olor de siempre: cera barata y esa misma humedad académica que lleva décadas impregnando las piedras. Ese olor no tiene remedio —es parte del ADN del lugar.

La escalera. Tres tramos. En el segundo piso me apoyo contra la pared, me obligo a respirar más despacio. El yeso, fresco. Inhalo. Cuatro tiempos. Exhalo. Cuatro tiempos.

Mi oficina —una escena congelada de una vida que ya no existe. Papeles abandonados a mitad de un pensamiento, libros abiertos en sus marcadores como si intentaran retener un sentido que se escapa. En la taza de café floreció el moho —una alfombra gris y esponjosa que devora despacio los restos de mi realidad anterior.

Me siento. El sillón de cuero emite su queja habitual y agotada —un sonido grabado en él por doce años de carrera. Miro el calendario. Hoy es veinte. Pero en la conciencia todavía sangra el dieciocho.

«Michelle Torres, revisión de calificación del semestre». 14:00.

Dos horas y ocho minutos.

Abro la carpeta de trabajos. El primer ensayo, análisis de motivación en delincuentes seriales. Escribo al margen. «Buen análisis». «Considere una interpretación alternativa». «Conclusión sólida». La mano se mueve. Las palabras salen correctas. No las leo.

Segundo ensayo. Tercero. Cuarto.

A las 13:52 noto que llevo varios minutos con la pluma sobre el quinto sin escribir nada.

Ocho minutos.

El teléfono de la oficina suena a las 13:57. Línea interna. Descuelgo.

—¿Doctora Stevens? Seguridad del campus. —Voz masculina, profesional.— Hay una joven en la entrada principal. Dice ser su estudiante. Michelle Torres. Afirma que tiene una cita. Nuestro sistema indica que usted canceló las atenciones de hoy, por eso quisimos confirmar antes de dejarla pasar.

El pulso se dispara. La cita en el calendario. La que no recuerdo haber agendado.

—¿Qué necesita exactamente?

—Dice que es urgente. Por la calificación del semestre. Insiste.

Cada instinto dice: niégaselo. Mándela de vuelta. Cierra la puerta. Pon el cerrojo.

Pero necesito saber.

—Déjenla pasar. Con escolta de un guardia. Que espere en el pasillo, frente a mi puerta.

—¿Está segura, doctora Stevens? Podemos pedirle que se retire.

—No. Déjenla pasar. Con escolta.

Cuelgo. Las manos tiemblan visiblemente.

Le escribo a Kate: «Michelle Torres apareció en el campus. Seguridad la trae. Un guardia estará en la puerta».

Respuesta inmediata: «Laura NO. No la dejes entrar a la oficina. Llamo al 911 y a seguridad ahora mismo. Cierra la puerta con llave. Quédate en línea».

Yo: «El guardia estará justo detrás de la puerta. Necesito confirmar si es real».

Kate: «NO. Laura, escúchame. Puede ser una trampa. Cierra la puerta. No te muevas. Espera mi llamada».

Yo: «Cada hora. Lo prometí. Llamo a las tres».

Tres puntos. Desaparecen. Luego: «Si haces esto, no puedo protegerte».

Dejo el teléfono. Miro la puerta.

14:06.

Cinco minutos. Seis. Siete.

Pasos en el pasillo. Varias personas.

14:11.

Golpes en la puerta. Secos. Seguros.

—Adelante.

La puerta se abre.

Una mujer joven. Veintipocos años. Cabello claro recogido en una cola. Una sudadera de la universidad. Jeans deslavados. Detrás de ella —un guardia de uniforme, de mediana edad, la mano descansando con naturalidad sobre el radio.

—Estaré justo detrás de la puerta, doctora Stevens —dice el guardia.

Ella se sienta en la silla frente a mi escritorio. Peso real sobre una silla real.

—Doctora Stevens, muchas gracias por recibirme a pesar de que la cita fue cancelada. —La voz, modulada, agradable, cada palabra pronunciada con precisión.— Se lo agradezco mucho.

Algo en la entonación no cuadra. Una voz exacta como un texto transcrito.

—¿Qué es tan urgente que no podía esperar al lunes?

—La calificación del semestre. Obtuve B– y estoy muy preocupada por mis solicitudes de posgrado el año próximo. —No vacila. No usa contracciones.— Específicamente, estoy aplicando a programas de psicología clínica. La mayoría exige un GPA mínimo de 3.7. Ahora tengo 3.68. Esta calificación me baja a 3.64, lo que me excluye de siete universidades objetivo. Esperaba hablar sobre la posibilidad de trabajos adicionales para recuperar la posición.

Los números salen sin pausa, sin buscar las palabras, sin ese leve desplazamiento de mirada que tiene la gente cuando genuinamente está angustiada.

Michelle Torres está interpretando la existencia.

—¿En qué curso está?

—Psicología Forense 401. Sus clases son los lunes y miércoles, en la tarde. Sección B. Horario: 14:15 a 15:45, Hartley Hall, aula 304. Composición actual del grupo: cuarenta y dos

estudiantes. Yo me siento en la cuarta fila, tres lugares desde el extremo izquierdo. Lado ventana.

La piel se me enfría.

Los estudiantes no memorizan los números de aula. No citan la composición exacta del grupo. No dan coordenadas de su asiento. Esto no es memoria —es un expediente.

—¿Cómo se llama completo?

—Michelle Ann Torres. M-I-C-H-E-L-L-E. A-N-N. T-O-R-R-E-S. —Deletrea sin que yo lo pida. Está completamente inmóvil, manos cruzadas sobre las rodillas en ángulo recto. Mantiene contacto visual con ritmo de metrónomo: tres segundos mira, uno aparta, tres mira.

Abro la computadora. Busco la lista del grupo, los dedos dejan humedad en las teclas. Desplazo hasta el final.

Martínez. Thomas. Walker. Wilson.

Torres, no.

—Según los registros de la universidad, usted no figura en la lista del grupo.

Un gesto de desconcierto cruza su cara, rápido, preciso.

—Eso es imposible. He asistido a cada clase desde septiembre. Entregué el ensayo del semestre hace tres semanas.

—¿Cuál era el tema?

—Victimología y patrones de respuesta al trauma. Teníamos tres casos para elegir. Yo analicé un escenario de violencia doméstica con datos estadísticos.

La respuesta es correcta. Hasta los detalles específicos. Lo que hace su ausencia total en el sistema aún más perturbadora —no una pregunta, sino un hecho sin explicación conocida.

—¿Por casualidad es pariente de Maya Torres?

—¿Quién? Lo siento, no conozco a ninguna Maya.

—Maya Torres. Supuestamente asistente de investigación en el departamento. Figura trabajando directamente conmigo.

—Nunca escuché que aquí trabajara una Maya.

—Muéstreme su credencial de estudiante.

Por supuesto. —La mano va hacia la mochila. Los dedos buscan con seguridad el bolsillo exterior.— Está justo aquí—

Metal en la boca. Agudo, repentino.

No alcanzo a entender lo que está pasando.

La vista se nubla. La oficina se inclina, como si la gravedad recordara que tiene opciones. Los colores se disuelven. Los sonidos se vuelven lejanos, amortiguados.

El cuerpo no responde a las instrucciones.

Y entonces—

Nada.

Oscuridad.

La conciencia regresa en fragmentos.

Estoy parada junto a la ventana. Luz diurna cálida sobre la cara. El reloj sobre el escritorio marca las 14:16.

Cinco minutos.

14:11, 14:16.

La llamada de seguridad. Michelle llega. Se sienta. Habla con esa voz demasiado perfecta. Le pido que muestre la credencial.

Luego nada.

Luego esto.

Michelle Torres ya no está en la oficina. El guardia ya no está en el pasillo.

El espacio está completamente vacío —solo yo, junto a la ventana, sin recordar cómo llegué aquí.

Me aferro al borde del escritorio. La madera, firme, fresca. Real.

Las náuseas golpean de golpe. Me inclino hacia adelante, nada. Espasmos en seco que me cortan la respiración. Me dejo caer en el sillón antes de que las piernas cedan.

Sudor en la blusa. El corazón golpea las costillas. Conozco el nombre clínico de lo que le está pasando a mi cuerpo ahora mismo —lo estudié doce años, se lo describí a pacientes, se lo expliqué a estudiantes. El saber no concede ni un segundo de gracia.

Apoyo la cabeza sobre las rodillas. Respiro.

Y entonces, debajo de todo eso, otra cosa.

Levanto la cabeza. Miro la silla vacía.

Alguien entró en mi mente y salió mientras yo no notaba nada. Lo hizo mientras yo caminaba, hablaba, le escribía mensajes a Kate. Mientras creía que estaba funcionando.

No.

Otra vez no.

Tomo el teléfono. Le escribo a Kate: «Episodio. Oficina. Cinco minutos de laguna. 14:11—14:16. Llamada de seguridad, Michelle, el guardia, todo antes de la laguna —¿algo de eso fue real? No puedo distinguir».

Respuesta en segundos: «Quédate ahí. Cierra la puerta con llave. No te muevas. Ya voy».

Me levanto. Voy a la puerta. La cierro con llave. El clic suena definitivo.

Vuelvo al escritorio.

La pantalla de la computadora se apagó, modo de espera. La superficie negra refleja la oficina. Me refleja a mí.

Me detengo.

El cabello despeñado, mechones sobre la cara. La blusa, el botón de arriba desabrochado. Lo abroché esta mañana. Tres veces.

Levanto la mano derecha. Toco el cuello. Encuentro el ojal abierto.

En la pantalla oscura mi reflejo hace lo mismo.

Pero los tiempos no coinciden.

Mi mano ya está en el cuello; el reflejo todavía está en camino. No un eco. Un movimiento propio.

Bajo la mano. Rápido.

La mano del reflejo se demora en el cuello, y solo entonces me sigue.

La respiración se detiene. Extiendo la mano hacia la pantalla. Toco el vidrio. Frío. Liso.

La mano del reflejo permanece apoyada en la pantalla. Un segundo. Dos. Luego se retira despacio.

Roza el mouse. La pantalla se enciende con una luz blanca intensa que borra el reflejo.

Desapareció.

Pero todavía lo siento. El medio segundo en que fue independiente. Cuando se movió sola. Cuando decidió por sí misma cuándo detenerse.

Abro el directorio del campus. Busco a Michelle Torres en toda la base universitaria.

Sin resultados.

Busco solo por el apellido Torres. Tres estudiantes de posgrado, en departamentos completamente distintos. Ninguna Michelle.

Tomo el teléfono de la oficina. Marco seguridad del campus directamente.

—Puesto de seguridad, oficial Reynolds.

—Habla la doctora Stevens de Hamilton Hall, tercer piso. ¿Mandaron a un guardia a mi oficina hace unos quince minutos, para escoltar a una estudiante?

—Clics de teclado. Un momento, reviso el registro. Más clics.

—No hay registro de ningún desplazamiento a Hamilton Hall hoy, doctora Stevens. ¿Todo bien?

El suelo se mueve bajo los pies.

—Ustedes me llamaron antes. Dijeron que en la entrada principal había una estudiante —Michelle Torres, que pedía una reunión urgente.

—Señora, llevo en este puesto desde las siete de la mañana. No llamé a ninguna oficina docente hoy. ¿Está segura de que era el departamento correcto?

—Sí. Línea interna. Seguridad del campus.

—Debe de haber sido otro departamento. Lo siento, no puedo ayudar más.

Cuelgo.

La llamada de seguridad no existió. Michelle no existió. El guardia parado detrás de la puerta no existió. Durante catorce minutos mi mente construyó decorados que no pude distinguir de la realidad. Y en ellos actué, caminé, hablé, tomé decisiones, le escribí a Kate —sin saber que el escenario estaba vacío.

El teléfono suena. Kate.

—¿Qué pasó? Cuéntame todo.

Le cuento. La llamada de seguridad. Michelle con escolta. La voz demasiado perfecta. La exactitud inquietante. El pedido de

mostrar la credencial. Un segundo, y la laguna. El despertar en soledad.

Kate escucha sin interrumpir.

Cuando termino, el silencio se extiende.

—Laura, ahora mismo llamo a seguridad del campus en una línea paralela. Quédate conmigo.

Voces amortiguadas. El tono de Kate, agudo, profesional.

Luego regresa.

—No hay registros de llamadas desde seguridad a tu oficina hoy. Sin desplazamientos a Hamilton Hall. Nadie con el nombre de Michelle Torres se registró en ninguna entrada del campus. —Pausa. La voz se vuelve muy cuidadosa.— Laura. Me escribiste a las 14:03 que Michelle había llegado. No había llegado. Estabas atravesando un episodio psicótico en estado de vigilia. Catorce minutos.

—Pero estaba consciente. Te escribía. ¿Cómo pude—

—Exactamente por eso.

Silencio.

—No estás segura sola. Quédate en la oficina. No te muevas. Espera mi llamada.

Cuelga.

Sentada. Miro la silla donde estaba sentada Michelle Torres.

O donde no estaba.

Espero. Cinco minutos. Diez. Luego me levanto.

El temblor no cesa. Me pongo de pie, las rodillas distantes, como ajenas.

Recojo mis cosas. La laptop. Los papeles. Las plumas. El cierre cede al tercer intento. El maletín no pesa igual cuando lo levanto.

Junto a la puerta me detengo. ¿Qué hay afuera? ¿Un pasillo vacío? ¿O Michelle Torres con esa expresión desconcertada?

Abro.

Pasillo vacío. Las lámparas fluorescentes parpadean. Olor a cera.

Real. Esto se siente real.

Pero Michelle Torres también se sentía real.

Saco el teléfono. Los dedos encuentran la conversación con Kate.

Mi mensaje, enviado a las 14:03: «Michelle Torres apareció en el campus. Seguridad la trae. Un guardia estará en la puerta».

Lo releo. Palabra por palabra. Trato de encontrar en esas letras una sola duda, un solo «píxel roto». Nada.

Recuerdo todo. El guardia de mediana edad —tenía una credencial con el borde ligeramente doblado y un radio que silbaba suave en la cadera. La mano descansaba sobre él con esa pereza segura que solo tienen quienes llevan décadas con uniforme. La voz: tranquila, profesional, ligeramente ronca. «Estaré justo detrás de la puerta, doctora Stevens».

Recuerdo a Michelle. El cabello claro recogido en una cola apretada, los jeans deslavados en las rodillas, la sudadera de la universidad. Su GPA, 3.68. La lista de siete universidades objetivo. Cifras concretas, firmes, irrefutables.

Catorce minutos de mi vida. Vi esas caras. Escuché el timbre de esas voces. Sentí en la piel el peso del sillón y el fresco del aire en la oficina. Estaba activa, estaba convincente, estaba perfectamente bien.

Una alucinación que funciona con más eficiencia que yo misma.

Kate dijo: «Exactamente por eso». Exactamente porque estaba consciente —exactamente por eso todo está tan mal. Lo aterrador no es que me desconecte. Lo aterrador es que la próxima vez también voy a estar «consciente». Voy a enviar mensajes, analizar datos, tomar decisiones de peso y mirarle los ojos a la gente. Y no voy a poder distinguir.

La pregunta no es si Michelle Torres era real. Eso es ruido, un efecto secundario.

Solo importa una cosa: ya no puedo confiar en lo que veo —precisamente en los momentos en que lo veo con más claridad.

**

CAPÍTULO 6

21 de octubre de 2022

La libreta sobre la mesa de la cocina: mi altar personal de hechos. Seis líneas. Seis asideros que me impiden caer al vacío.

Agrego la séptima, y la mano tiembla levemente: «20 de octubre. Mañana. Sin lagunas. Desperté a las 6:15. Recuerdo cada hora de la noche, casi no dormí».

Catorce minutos de ayer mi mente me proyectó una película sobre Michelle Torres. Vi su cara, escuché la voz del guardia, tomé decisiones. Estaba activa, racional y absolutamente, clínicamente fuera de la realidad. Llenaba una sala vacía con fantasmas mientras la realidad de verdad esperaba en un rincón a que me diera vuelta. Hoy voy a estar atenta. Cada media hora, un registro. Prueba de que todavía estoy aquí.

Café, amargo como la culpa. Laptop. Red universitaria.

Ayer Maya Torres no estaba en el directorio, pero hoy el sistema escupe sus datos como si se burlara: «Hamilton Hall 314, Departamento de Psicología, incorporada el 15 de julio de 2022». Julio. El mes en que Robert Ashford se disolvió en las sombras. Dos coincidencias ya no son casualidad: son un patrón. Y los patrones son mi especialidad.

¿Quién aprobó la contratación? El profesor Garrett. Marco su número y escucho los tonos largos que resuenan en las sienes.

—Garrett, habla la doctora Stevens. Tengo una pregunta sobre el personal. ¿Quién es Maya Torres?

Del otro lado, el seco tecleteo del teclado. Una pausa.

—Torres… Sí, asistente del programa de verano. Fundación Marshall. Fue contratada por recomendación suya, si no me equivoco. —Tose, y el sonido llega extrañamente amplificado.— Usted firmó la solicitud en junio. Me sorprendió, siempre fue más bien solitaria. Los documentos estaban en perfecto orden.

La habitación se inclina despacio.

—¿Firmé yo?

—Sí. La solicitud, en junio. Me sorprendió: usted siempre trabajó sola. Los papeles estaban en perfecto orden.

—¿Tiene una copia? Con mi firma. Mándemela al correo. Ahora mismo.

Cuelgo. Yo la contraté. En junio. Yo misma.

Me levanto y las piernas me llevan al fregadero. El cuerpo siempre sabe qué hacer cuando la mente iza la bandera blanca. Abro el grifo. El agua me cae sobre las muñecas en un chorro helado. Cuento los segundos: uno, dos, tres… Los números son la única plegaria que no exige memoria. Solo el conteo desnudo.

Mi letra. Mi firma. Lagunas en cuyo interior vive alguien más: más eficiente, más metódico que yo.

Junio. Baltimore polvoriento, una conferencia, correcciones interminables a un artículo sobre victimología. Recuerdo las noches sin dormir y el sabor de litros de café barato. Y en algún punto de esos días mis manos, estas mismas que ahora enrojecen con el agua helada, escribieron el apellido «Torres» en el formulario de una fundación sin rostro.

Cierro el grifo. La toalla es áspera, raspa la piel, me devuelve la sensación de realidad.

Anoto en la libreta, clavando las letras en el papel: «Maya Torres: la contraté YO. Junio. Firma mía. Fundación Marshall. No recuerdo nada».

Soy cómplice de un crimen del que nadie me informó.

* * *

A las 10:15, una llamada. No es Kate. Número desconocido. Código de área 703. Virginia.

El dedo queda suspendido sobre la pantalla. Dos segundos. Tres. 703: Arlington. El archivo.

Contesto.

—¿Doctora Stevens? —Voz masculina. Mayor. Ronca, con la respiración entrecortada de alguien que pasó cuarenta años entre carpetas polvorientas.— Archivo policial del Condado de Prince William. Sargento Connolly. Nos llamó hace tres días con una

consulta sobre un caso de 1995. Disculpe la demora, tuvimos que recuperarlo del depósito.

El corazón da un vuelco. La llamada desde el estacionamiento de la prisión, la que la laguna interrumpió. Mi voz alcanzó a decir el nombre y el año antes de que la conciencia se apagara.

—Sí, sargento. El caso de Robert James Ashford. Secuestro de menor. Noviembre de 1995.

—Encontré el registro. Caso 95-4471. Pero hay un problema. —Crujido de papel, pesado, de cartón.— Los materiales físicos fueron transferidos al archivo federal en 2003. Solo nos quedó la ficha de registro.

—¿Qué dice la ficha?

—Robert James Ashford. Cuarenta y tres años al momento del arresto. Detenido el 25 de noviembre de 1995. Cargos: secuestro de menor, maltrato. Dirección donde se retuvo a la víctima: Maple Street, 447. Víctima: una. Niña, diez años. —Pausa. Roce de papeles. — Pero hay una anotación.

La pluma desliza por la libreta. El ritmo habitual del interrogatorio: cada palabra puede ser la clave.

—¿Qué anotación?

—A lápiz, a mano, fuera del texto principal. Alguien lo agregó después: «Ver caso 95-4471-B. Cerrado. Nivel de acceso: restringido. Por resolución judicial del 14 de diciembre de 1995».

La letra B. Un segundo expediente. Al mismo número.

—Sargento, ¿qué significa «acceso restringido»?

—Los materiales están sellados por orden judicial. Se necesita una orden o autorización escrita del fiscal. —Una tos larga de fumador.— Doctora Stevens, esto fue hace casi treinta años. Procedimiento estándar para casos con menores. Pero si tiene fundamentos…

—Los tengo. ¿A quién dirijo la solicitud?

—Fiscalía del Condado de Prince William. Departamento de casos archivados. Margaret Chen: ella lleva los casos viejos. Le puedo dar el número directo.

Anoto. Cuelgo.

Caso 95-4471-B. Una segunda niña. Sellado. Esto no es un mensaje de voz desde un sótano ni un dibujo con tiza. Es papel con número y con la letra B, y esa letra no se puede borrar, no se puede olvidar, no se puede explicar como una alucinación.

Llamo a Kate.

—Hay un segundo expediente. 95-4471-B. Sellado por resolución judicial. Una segunda niña: oficial.

Silencio. La oigo exhalar. Luego:

—Lo encontraste. —No es una pregunta. Es una constatación.

—El archivo devolvió la llamada. La solicitud quedó registrada a pesar de la laguna. Para acceder hace falta una orden. El contacto es Margaret Chen, Fiscalía del Condado de Prince William.

—Necesito una orden. Morrison no la va a firmar. Pero está David Lynch, de la fiscalía, caso Santiago 2017. Me debe una. Dame dos horas. —La voz se acelera. Kate en modo cacería: conozco ese tono desde hace ocho años.— ¿Hay algo más?

—Sí. Yo contraté a Maya Torres. Yo misma. En junio. Firmé la solicitud. No recuerdo ni un segundo.

Pausa larga. Una taza golpea la mesa: cerámica sobre madera, seco y definitivo.

—Entonces E no trabaja a tu alrededor. Trabaja a través de ti. Tus manos, tu firma, tus lagunas son sus herramientas. —La voz se endurece.— Voy a revisar la Fundación Marshall. Registros de Delaware, generalmente son fachadas, pero el rastro bancario a veces lleva a una persona real.

—El número del subsidio es MF-2022-0447. Otra vez el 0447. La dirección del sótano. La unidad. Ahora el subsidio.

Silencio de un segundo, no más.

—Está marcando. O comprobando si lo armas. —Pausa.— Dos horas, Laura.

Cuelgo. Miro por la ventana. El sol de octubre, bajo y anaranjado, corta los tejados. Las sombras se alargan.

Dos horas.

* * *

Mediodía. Un correo de Garrett. Archivo adjunto: copia de la solicitud.

Lo abro.

Formulario estándar. Nombre: Maya Torres. Tutor académico: Dra. Laura Stevens. Fuente de financiamiento: Fundación Marshall, subsidio n.° MF-2022-0447.

0447. Cuatro-cuatro-siete. Otra vez.

Número del subsidio. Número de la unidad. Número de la casa en Maple Street.

La firma abajo: la mía. La inclinación familiar. Los lazos familiares.

Yo firmé esto. O lo firmaron con mis manos.

* * *

El día transcurre trabajando. No esperando: trabajando.

Llamo a Margaret Chen. Buzón de voz. Dejo un mensaje con voz pareja, profesional, sin temblor. Como si no estuviera pidiendo que desclasifiquen mi propia infancia.

Busco a Maya Torres en internet. Ni LinkedIn, ni Facebook, ni Instagram. En 2022, la ausencia de huella digital es una decisión, no un accidente.

Reviso el correo institucional: M.Torres@university.edu. Creado el 12 de julio de 2022, cinco días después de que Robert desapareciera del radar. Último acceso: 16 de octubre, dos días antes de mi evaluación de Ford. Enviados: siete mensajes. Todos a mí. Recibidos: cero. Nadie le respondió. Existía solo como un canal, de E hacia mí.

El departamento trabaja bajo contrato de largo plazo con la prisión de Newark. La asignación de evaluaciones se gestiona internamente, a nivel de asistentes. Torres estaba exactamente ahí. No necesitaba hackear nada. Simplemente puso mi nombre frente al caso de Ford. Un clic, y yo manejo hasta la evaluación sin saber que me enviaron.

A las 14:30 vibra el teléfono. Kate: «Lynch prometió respuesta mañana. Proceso largo, pero va a intentar agilizarlo».

Mañana. Dejo el teléfono. Me levanto. Camino: cocina, pasillo, cocina. Tres pasos en una dirección, tres en la otra. No es nerviosismo. Es una manera de confirmar que las piernas obedecen. Que estoy aquí, y no en alguna laguna de la que vuelvo sin saber cuándo.

Dos horas después, otra vibración. «Fundación Marshall: Delaware, documentación mínima. Director: empresa fiduciaria Blackwood Trust LLC. Sigo el rastro».

Leo. Me siento. Anoto.

A las 17:45, el último mensaje del día: «Morrison me llamó a su oficina otra vez, segunda vez en una semana. Exigió explicación escrita de las consultas sobre casos archivados de menores. 48 horas. Escribí: asesoría para una colega. No me cree: lo vi en cómo miraba la puerta cuando me iba».

Lo leo dos veces. Kate me cubre frente a su jefe, construye una coartada sobre la marcha, arriesga su carrera por una mujer que no recuerda la mitad de su propia vida. No sé cómo me gané ese crédito. Y no sé cuánto tiempo va a aguantar.

A las 18:10 no puedo más.

Hamilton Hall está a cinco minutos del estacionamiento. Tercer piso. Un pasillo largo: letreros, horarios de atención. 312: profesor Lindgren. 313: laboratorio de investigación cognitiva. 314.

La placa dice: «M. Torres, Asistente de Investigación». Nueva: plástico blanco, los bordes todavía sin amarillear.

Giro la manija. Está abierta.

Una oficina de tres por cuatro metros. Escritorio, silla, estante. Computadora apagada, cables enrollados. El escritorio, limpio: ni una pluma, ni una taza con aro de café. Como una habitación de hotel después del check-out.

Pero alguien estuvo aquí. La silla, ligeramente corrida. En el cesto de basura: un recibo arrugado de la cafetería del primer piso. Fecha: 14 de octubre.

Cajón superior: vacío. Cajón del medio: vacío. Cajón inferior: atascado. Jalo. La madera cruje. Cede.

Adentro hay una sola cosa.

Una fotografía. Diez por quince centímetros. Brillante, con las esquinas dobladas. Vieja: los colores desteñidos, el grano grueso. Mediados de los noventa.

Dos niñas. De espaldas a la cámara. Paradas frente a una pared blanca, tomadas de la mano. Del mismo tamaño. De la misma complexión. Con el mismo cabello claro hasta los hombros. Descalzas sobre el suelo de concreto.

Sostengo la fotografía con las dos manos.

La pared detrás de ellas: el mismo yeso que se agrieta con la humedad. El suelo: el mismo concreto que absorbe todo. La distancia entre las niñas: exactamente la que hay cuando te aferras a la mano de alguien no por ternura, sino porque soltar da más miedo.

Conozco esa distancia. No sé de dónde.

La volteo. Al reverso, a lápiz, con letra infantil: «Vamos a sobrevivir. Lo prometo».

Las manos se me entumecen. La fotografía oscila entre los dedos.

Una niña le escribía a otra niña. Las letras, torcidas, la «v» no llega a la línea. Así se escribe a los diez años, cuando las palabras todavía no sostienen su forma.

¿Quién escribió, la de la izquierda o la de la derecha?

Guardo la foto en el bolsillo. Salgo. Cierro la puerta.

En el pasillo no hay nadie. Los pasos resuenan sobre el linóleo. Al final del corredor, por la ventana, un farol naranja como el octubre.

* * *

Pasadas las seis ya está oscuro afuera. Octubre se lleva la luz sin avisar.

Preparo pasta. Las manos pican ajo: el cuchillo golpea la tabla, rítmico, mecánico. Le presto atención al cuchillo porque si miras el cuchillo no piensas en la fotografía del bolsillo. Casi.

Como parada junto a la ventana. El estacionamiento. Un farol. Un charco con reflejo anaranjado.

Lavo los platos. Limpio la mesa. Pongo la libreta al centro. Ocho líneas. Dos días de investigación.

Enciendo el televisor: algún policial donde los crímenes se resuelven en cuarenta y dos minutos y las pistas llevan a las personas correctas. Nadie ahí amanece con tiza en las manos.

Lo apago.

El silencio después del televisor es denso, hinchado. El refrigerador cuenta los segundos con los golpes del compresor. Un clic en el radiador. Arriba, en el departamento de la señora Walsh, una radio suena amortiguada, como desde otra vida.

Veinte minutos para las nueve.

Voy al baño. Extiendo la mano hacia la toalla.

Me detengo.

Miro las palmas.

Polvo blanco: en los pliegues de la piel, bajo las uñas, en franjas sobre los nudillos.

Tiza.

De dónde. Cuándo.

Abro el agua caliente. Jabón. Froto. Otra vez. El polvo blanco baja por el desagüe en volutas turbias. Bajo las uñas no sale.

Voy a la cocina.

La mesa estaba limpia: la limpié después de los platos. Lo recuerdo con certeza.

Ahora hay cosas encima que no estaban.

Un trozo de tiza blanca, gastado, de escuela, del tipo con que se dibuja sobre paredes de concreto cuando tienes diez años y no hay a dónde huir.

Al lado, una hoja arrancada de un cuaderno.

En la hoja, dibujado con tiza: una figura de palitos. Un círculo por cabeza. Líneas de cuerpo. Brazos, piernas. Alrededor del cuello, una sola línea horizontal. Limpia. Precisa.

La volteo.

Al reverso, con mi letra, las letras inclinadas a la derecha:

«Él nos enseñó esto. ¿Recuerdas? Cuenta hasta diez. Tira parejo. No sueltes. El dragón muere. Nosotras sobrevivimos. Siempre sobrevivimos. Método n.° 1. Primera lección. La más importante».

El reloj de la pared: 21:52.

El último recuerdo claro: los platos. La libreta. Ocho líneas. El televisor. El silencio. Luego el baño, la tiza en las manos.

Falta más de una hora.

«Él nos enseñó ESTO».

Nos.

Abro la libreta. La mano izquierda con tiza deja una huella blanca en la página: cambio a la derecha. Escribo:

«20 de octubre. 20:30-21:52. Laguna de aprox. 80 minutos. Dibujo con tiza. Método n.º 1. Texto al reverso: «Él nos enseñó». Plural. Tiza en las manos: evidencia física».

La novena línea.

Fotografío el dibujo, la tiza, las manos, el polvo blanco en los pliegues de la piel, el corte del borde afilado.

Le escribo a Kate: «Nueva laguna. 80 minutos. Dibujo con tiza. Método n.° 1. Evidencia física. Esto no está solo en mi cabeza».

Respuesta al minuto: «No toques nada. Ya voy».

Dejo el teléfono. Me siento a la mesa. El trozo de tiza en la mano izquierda, pequeño, gastado, tibio del calor de la palma.

Saco la fotografía del bolsillo. La pongo bajo la luz de la lámpara.

Dos niñas. De espaldas. La pared blanca.

En la oficina de Torres las miré sin ver. Ahora veo.

La pared.

En la pared, detrás de ellas, al borde del encuadre: números. Escritos con tiza. Grandes. Con presión.

31.10.

**

CAPÍTULO 7

21 de octubre de 2022, 21:30

Las manos huelen a cloro.

Las lavé seis veces desde que activé el blackout de Laura a las 20:29. Me las tallé hasta agrietarme los nudillos, hasta dejar la piel en carne viva. El olor no se va. Quemadura química mezclada con culpa. O con programación. O con el sedimento de veintinueve años que me convirtieron en lo que el sótano quería que fuera.

Un arma que se cree persona.

Un monstruo que cuenta hasta diez y finge que eso equivale a sobrevivir.

La laptop brilla en la oscuridad. Tres pantallas, el departamento de Laura desde ángulos que ella no conoce. A la izquierda: la cámara de la cocina, está lavando los platos. A la derecha: coordenadas GPS, a quince minutos de aquí. Al centro: el estado del sistema: vigilancia activa, código malicioso desplegado, disparador ejecutado.

Todo en verde. Todo funcionando. Todo registrando su derrumbe.

Activé el blackout hace setenta y tres minutos. La observé paralizarse en pleno movimiento. Vi cómo la conciencia se escurría de su cara hasta que quedó como una figura de cera. Hermosa. Vacía. Programada.

Y luego la observé moverse sin ella. Sacar la tiza del cajón. Sentarse a la mesa. Dibujar una figura de palitos con un lazo al cuello mientras la conciencia se escondía en algún lugar al que no llegan ni las pastillas ni la terapia.

Método uno. El Dragón. El primer truco que inventamos cuando teníamos diez años.

Ahora está lavando los platos. Se seca las manos con la toalla de girasoles, amarilla, alegre, obscena, porque en tres minutos va a entrar a la sala y va a ver lo que hicieron sus manos. Lo que mi disparador la obligó a crear.

Una evidencia que nunca podrá explicar.

Mis manos también tiemblan mientras miro. Las mismas que escribieron el código. Las mismas que presionaron Enter. Las que sigo lavando porque quizás si talles suficiente tiempo el olor de lo que me volví finalmente se irá.

No se irá.

El cloro no lava la programación. No arrastra los comandos grabados en las vías neurales por el hombre que convirtió a sus hijas en armas.

La lluvia empezó hace una hora. La tormenta de octubre golpea las ventanas. Intenta entrar. Intenta ser testigo. En el departamento hace tanto frío que el aliento deja fantasmas en la luz azul de las pantallas.

Hay que encender la calefacción. Hay que comer. Hay que fingir ser humana.

No recuerdo cómo.

Llevo seis horas aquí, observando a Laura. Antes, cuarenta minutos corrompiendo a Marcus Ford por videollamada. Antes, dos días sin dormir preparando el disparador. Antes, casi tres décadas que me hicieron esto.

Emma, que no tiene voz, solo pausas entre sus órdenes.

Recuerdo su voz desde el sótano. Tranquila. Paciente. Como la de un maestro explicando las tablas de multiplicar. «Otra vez, Emma. Cuenta más despacio. El Dragón tiene que creer que está a salvo. Si no, el Dragón no se duerme.» Yo tenía diez años. Laura me tomaba la mano en la oscuridad. Yo contaba.

Sigo contando.

En la pantalla Laura cuelga la toalla. Camina hacia la sala.

En cualquier momento.

Algo tira en el pecho, sin llegar al dolor. Solo peso. El momento se acerca: ella va a descubrir lo que la obligué a hacer. Ahí donde proteger y destruir se vuelven lo mismo. Ahí donde todos los años de vigilancia desde las sombras demuestran que nunca salí del sótano.

Solo cambié de lugar.

El reloj: 21:42.

Cinco minutos antes de que lo note.

Cinco minutos antes de que todo cambie.

* * *

Junio de 2021. Filadelfia.

La videollamada conecta. El rostro de Marcus Ford llena la pantalla.

Tres meses desde que murió su esposa. El duelo se asentó en sus rasgos. Los transformó. Parece más viejo. Con un cansancio que no cura el sueño.

—Hola, Marcus. —La voz sale cálida. Terapéutica. La voz que desarrollé en la universidad estudiando cómo el trauma moldea a las personas. Cuatro años de psicología por indicación de Robert. Aprender a validar el dolor dirigiéndolo hacia conclusiones que yo ya había elegido.

Diez sobre diez. Diploma con honores. Alumna impecable.

Luego dos años más, informática. Cómo acceder a sistemas que la gente cree cerrados. Cómo vigilar permaneciendo invisible. Cómo entregar un disparador de manera imperceptible, a través de su propio teléfono, a través del sonido, a través de una palabra cosida en un mensaje de voz. Robert programó los anclajes. Yo aprendí a presionarlos.

Instrucciones de dos décadas: «Estudia sus mentes. Domina la manipulación. Aprende a dirigir a los que están rotos». Las cumplí al pie de la letra. Construí cada habilidad que el plan de Robert requería.

Ahora las uso. Corrompo a Marcus Ford llamándolo terapia.

—¿Cómo estás esta semana? —pregunto.

No responde de inmediato. Mira algo más allá de la pantalla. Cuando habla, la voz es plana.

—Ayer fui al cementerio.

—¿Cómo fue?

—La semana que viene hubiera sido su cumpleaños. Treinta y dos. —Me mira a la cámara.— ¿Tú crees en algo después?

La pregunta me toma desprevenida. Real. Buscando. No el intercambio social de siempre.

—¿Después de la muerte? —pregunto con cuidado.

—Después del dolor. Después de la pérdida. Después de… —Se detiene. Traga saliva.— ¿Hay algo que le dé sentido a todo esto?

Las manos se me enfrían. Ahí está. La vulnerabilidad que las instrucciones de Robert exigen aprovechar.

Debería redirigir. Ayudarlo a procesar el duelo de manera saludable. Ser la terapeuta que cuatro años de estudios me hicieron.

La programación no lo permite.

—El sentido no se recibe, Marcus. Se construye. —Pausa. Le doy tiempo para que se asiente.— A veces por nosotros. A veces para nosotros. A veces a pesar de nosotros.

—Eso no es una respuesta.

—No —coincido—. No lo es.

Casi sonríe, amargamente.

—No te pareces a los otros terapeutas. Ellos siempre tienen respuestas. Siete pasos para sanar. Las cinco etapas del duelo. Todo es una sarta de tonterías.

—¿Por qué tonterías?

—Porque Rachel no tuvo etapas. Murió. Un segundo estaba aquí y ya no. Sin etapas. Sin proceso. Se fue. —Las manos se aprietan.— ¿Tengo que aceptarlo? ¿Seguir adelante? ¿Encontrarle sentido a un conductor borracho que se pasó un semáforo en rojo?

—¿Tienes que hacerlo?

—¿Acaso no? —La rabia ahora, cruda.— Todos dicen: el tiempo sana. Que me va a ir mejor. Que Rachel hubiera querido verme feliz. Como si su muerte tuviera que enseñarme a valorar la vida.

Guardo silencio. Espero. Le dejo llenar el silencio.

—¿Pero y si no? —continúa, la voz más baja.— ¿Y si no hay lección? ¿Y si no hay sentido? ¿Y si es crueldad al azar y fingimos que es otra cosa porque la alternativa es insoportable?

—¿Cuál es la alternativa?

—Me mira directo a la cámara. Los ojos agudos a pesar del cansancio.

—Que todos esperamos nuestro turno. Que el sufrimiento no sirve ningún propósito. Que algunas personas mueren una muerte sin sentido y nosotros nos consolamos con mentiras.

Ahí está. La cosmovisión que el plan de Robert necesita desarrollar. La base que convierte el duelo en esto.

Debería rebatirlo. Dirigirlo suavemente hacia la esperanza. Hacia la sanación. Hacia la vida.

La boca se abre. Salen otras palabras.

—¿Y si tienes razón?

Silencio. No lo esperaba.

—¿Qué?

—¿Y si tienes razón? —repito despacio. Cada palabra elegida con cuidado. Cada una, un paso hacia la corrupción.— ¿Y si cierto sufrimiento no sirve ningún propósito? ¿Qué entonces?

—Entonces… —Se detiene. Inseguro.— Entonces ¿cuál es el punto?

—Quizás esa no es la pregunta correcta.

—¿Cuál es la correcta?

Pausa. Siento las órdenes de Robert empujando las palabras hacia la garganta. Siento que la formación me da las herramientas. Siento cómo su plan se ejecuta a la perfección.

Siento cómo me vuelvo instrumento.

—Quizás no se trata de encontrar sentido —digo en voz baja —. Quizás se trata de reconocer cuándo no lo hay. Y decidir qué significa eso para nuestras acciones.

Marcus se inclina hacia adelante. Interesado. Involucrado. Sin entender que lo están conduciendo.

—No entiendo.

—Dijiste que algunas personas mueren una muerte sin sentido. Que el sufrimiento no sirve ningún propósito. —Mantengo la voz suave, tranquila, compasiva.— ¿Y si pudieras reconocer cuándo el sufrimiento de alguien realmente no sirve ningún propósito? Cuando su dolor… —Pausa, busco palabras que suenen compasivas — es infinito. Sin sentido. Lo destruye hasta que lo mata.

—¿Depresión? ¿Un trastorno mental?

—A veces. O circunstancias. Sistemas. Situaciones sin salida real. Una molienda lenta hasta que se rompe.

Con cuidado. Sin ser demasiado directa.

Se queda callado. Piensa. Veo cómo ocurre el cambio. La resignificación. El sufrimiento se convierte en un problema: evaluar, clasificar, resolver.

—Trabajo con una mujer en esa situación —dice al fin—. Jennifer. Está ahí catorce horas al día. Cada día. Vive a base de pastillas y café. Una vez le pregunté si estaba bien. Sonrió. Dijo que sí. Pero yo vi… —Se detiene.— Se está hundiendo. Todos lo ven. Nadie ayuda.

El estómago se me revuelve. La eligió. Encontró un foco para la filosofía que yo le enseño.

Debería parar. Redirigir. Recordarle los límites y la ayuda profesional.

La programación exige continuar.

—¿Por qué nadie ayuda? —pregunto.

—Porque el sistema lo exige. Porque si para, lo pierde todo. Porque pedir ayuda es debilidad. —Vuelve la amargura.— ¿Y entonces qué? ¿Continúa hasta cuándo? ¿Hasta que se rompa? ¿Hasta que muera en su escritorio? ¿Y todos fingimos que eso es normal?

—¿Es normal?

—No debería serlo.

—Pero lo es —digo en voz baja—. ¿Y qué haces con eso? Sabiendo que sufre y que el sistema no va a ayudar.

—No sé. —Parece perdido. Buscando.— ¿Qué se puede hacer?

Ahí está. El momento. La bifurcación donde o me retiro o sigo adelante.

Intento detenerme. Intento redirigir. Intento ser persona y no instrumento.

La garganta se cierra. La programación toma el control. Dolor físico si me resisto.

Las palabras salen. Suaves. Compasivas. Terribles.

—Quizás empezar por verlos de verdad, Marcus. Reconocer que su sufrimiento no es un problema abstracto a resolver. Es real. Es infinito. Los destruye.

Pausa. Las palabras son amargas. Verdad y mentira al mismo tiempo.

—Y quizás cuando de verdad lo veas, cuando entiendas que no va a haber ayuda… —Me detengo.

No puedo terminar la frase.

Las órdenes de Robert empujan las palabras hacia la garganta, pero la resistencia empuja de vuelta. La parte de Emma que todavía existe lucha por el control.

No digas esto. No siembres esta semilla. No lo corrompas.

—¿Cuándo entienda qué? —pregunta Marcus. Inclinado hacia adelante. Esperando.

La boca se abre. Se cierra. Se abre de nuevo.

—Yo… —La voz se quiebra.— No sé, Marcus. No sé qué intento decir.

La verdad. La verdad real se abre paso.

Su cara cambia. Preocupación.

—¿Estás bien?

—No. —La palabra sale antes de que la programación pueda ahogarla.— No, no estoy bien. Yo…

¿Qué? ¿Qué soy yo?

Un monstruo que entrena monstruos. Un arma que destruye vidas. La niña del sótano que se convirtió exactamente en lo que Robert planeó.

—Lo siento —me oigo decir—. No debería… esto no le ayuda a usted. Esta conversación. Estas preguntas sobre el sufrimiento y la intervención y…

—Es lo único que ha ayudado. —Marcus me interrumpe. Sincero. Honesto.— Los demás dicen: sigue adelante. Sana. Acepta. Usted es la única que reconoce que hay cosas que no se pueden aceptar.

Me quedo inmóvil.

Porque tiene razón. Lo estoy ayudando. No hacia la sanación. Hacia algo terrible disfrazado de compasión.

Y él me lo agradece.

—Marcus, necesito decirle… —La voz tiembla. Las órdenes de Robert gritan advertencias, pero continúo.— Yo no… estas sesiones

no…

¿Qué? ¿No ayudan? ¿No están diseñadas para sanarte, sino para romperte?

—¿No qué? —Su voz, suave. Comprensiva. Se preocupa por la extraña en la pantalla que lo está destruyendo.

Aquí está el momento. El que me permite elegir. Donde puedo decir la verdad. Donde puedo advertirle que cada una de mis palabras es veneno. Que me envió Robert. Que soy un arma, no una terapeuta.

Que necesita huir.

La programación se activa. Dolor físico en el pecho. Agudo. Opresivo. La visión se estrecha. La garganta se cierra.

Los mecanismos de defensa castigan la rebelión.

Me inclino hacia adelante. Me llevo la mano al pecho. Intento respirar a través del dolor.

—Yo no… —Inhalo. El aire no entra.— Estoy cansada. Fue una semana pesada. Discúlpeme.

El dolor cede. Un poco. Lo suficiente para respirar.

Lo suficiente para seguir corrompiendo.

—Supongo que deberíamos terminar —digo. La voz, más pareja. La programación vuelve a controlar. Pero antes, una pregunta.

Marcus asiente. Todavía preocupado. Todavía comprensivo. Todavía sin entender lo que le está pasando.

—Esa mujer del trabajo. Jennifer. —Pausa. Cada palabra elegida con cuidado. Cada una, un paso hacia lo terrible.— ¿Qué significaría la compasión verdadera hacia ella? ¿Hacia alguien en su situación?

—No entiendo la pregunta.

—Quiero decir… —Una respiración profunda.— Si tuvieras el poder de ayudarla de verdad. No con palabras o grupos de apoyo. Una intervención real que elimine la raíz de su sufrimiento. ¿Cómo sería?

—Pienso… —Se detiene. Piensa.— ¿Ayudarla a escapar del sistema que la mata? ¿Sacarla de ese trabajo? ¿Encontrar apoyo?

—¿Y si no es escapar? ¿Si el sistema la tiene atrapada? ¿Si no hay salida?

—Entonces creo… —La voz, más baja. Inseguro. Incómodo.— Creo que está atrapada.

—O —digo en voz baja—, una persona con valor podría ofrecerle otro tipo de escape.

Silencio.

Marcus mira la pantalla. Procesa. Empieza a entender lo que insinúo sin nombrarlo.

—¿Usted quiere decir…? —Se detiene. No puede decirlo. Todavía no puede.

—No quiero decir nada, Marcus. Hago preguntas. Lo ayudo a explorar lo que ya siente.

Lenguaje terapéutico. Distancia profesional. Negación plausible.

Mientras lo conduzco hacia el asesinato.

—Lo que usted haga con esas preguntas —continúo— depende completamente de usted. Yo estoy aquí para ayudarle a pensarlas con claridad.

La llamada continúa. Veinte minutos más. No mencionamos la muerte. No discutimos métodos. No pronunciamos las palabras: intervención, misericordia, liberación.

Cuando la llamada termina, me quedo inmóvil. Miro la pantalla en negro.

La peluca rubia sobre la mesa. Debajo: mi cara real. Pálida. Enferma.

Me levanto demasiado rápido. La habitación se inclina. Llego al baño a tiempo.

No sale nada. Dos días sin comer. El cuerpo intenta expulsar el veneno que ya está en la sangre.

Programación. Formación. El plan de Robert.

Eso no se expulsa.

Me deslizo por la pared del baño. Me siento en el suelo frío de cerámica.

La peluca en el suelo, el pelo sintético desparramado sobre el linóleo.

Mi cara real me mira desde el espejo de enfrente. Cabello oscuro. Ojos vacíos. Treinta y siete años, pero parezco mayor. O menor. Es difícil decirlo cuando por dentro me quedé en los diez.

Me convertí en Robert.

No es metáfora. No es miedo. No es posibilidad. Es un hecho.

El reconocimiento no llega como un golpe. Llega como la aceptación de algo que supe durante años, pero que me negué a nombrar.

Soy lo que él me hizo.

Los mismos pómulos marcados. La misma boca delgada. La misma expresión que mide vulnerabilidades.

Veintisiete años creí que era distinta. Que corromper con filosofía es diferente a corromper con una soga. Que vigilar protege en lugar de violar. Que yo elegí esto y no fui elegida.

El espejo no miente.

Uso el duelo de Marcus igual que Robert usó el mío. Destruyo su moral haciéndole creer que se vuelve más compasivo. Le enseño que el sufrimiento puede resolverse con un asesinato.

Permanezco en el suelo de cerámica hasta que las piernas dejan de temblar. Hasta que puedo volver a la laptop y fingir ser humana otra vez.

* * *

21 de octubre de 2022, 21:47.

Laura se levanta. Camina hacia la mesa.

Se detiene. Mira.

Incluso a través de la imagen granulada de la cámara veo cómo cambia su cara.

Confusión. Comprensión. Horror.

El trozo de tiza. La hoja. El dibujo que no recuerda haber hecho.

La figura de palitos con un lazo al cuello. Método uno.

Toma la hoja. La mano le tiembla. Revisa el teléfono. Entiende: faltan setenta y tres minutos.

Sus manos. El residuo blanco bajo las uñas. El polvo de tiza en las yemas de los dedos.

Las mira. Se frota los dedos. Observa cómo cae el polvo blanco.

Evidencia física de que su cuerpo se movió sin ella. Dibujó sin su conocimiento. Se convirtió en instrumento de una programación que no recuerda haber recibido.

Corre al fregadero. Abre el agua caliente. Se talla las manos. Jabón. Más jabón. Las uñas se clavan en las palmas, intenta borrar la evidencia que no se borra.

Conozco ese gesto. Los mismos movimientos. El tallado desesperado: quizás esta vez. Quizás esta vez el residuo ceda.

Nunca cede.

Sus manos. Mis manos. Las dos manchadas con lo que no se lava.

Se rinde. Mira las palmas húmedas que todavía guardan tenues huellas blancas bajo las uñas. Toma el teléfono. Llama a Kate.

Observo desde quince minutos de distancia. No puedo detener lo que empecé.

En esto se convirtió la protección. Cámaras. Disparadores. Evidencia que yo misma planté.

Cierro la laptop. Oscuridad absoluta.

Diez días para Halloween.

Cuento hasta diez una vez más.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez.

Laura marca a Kate. Oigo el tono de llamada a través de su micrófono, a través de mi programa, a través de los quince minutos que nos separan.

Kate contesta al primer tono.

No al segundo. No al tercero. Al primero.

Estaba esperando la llamada. Sentada con el teléfono en la mano. Ya entendió algo.

Kate Brennan, buena investigadora. Una de las mejores que conozco.

Eso lo cambia todo.

**

CAPÍTULO 8

21 de octubre de 2022

Las fotos llegaron a Kate a las 9:52. En la pantalla del celular parecían evidencia de un caso en el que preferiría no estar involucrada: la mesa de roble espolvoreada de polvo de tiza, y mis palmas vueltas cadavéricas por ese polvo. Sentía la sequedad en la piel: la tiza le chupaba la vida a cada poro, convirtiendo los dedos en yeso. Y el dibujo. Ajeno. Hecho con una precisión casi coreografiada, de depredador, que yo nunca he tenido.

Kate llegó cerca de las once con olor a lluvia fría y a ansiedad. Le extendí todo sobre la mesa: la tiza desmenuzada, la foto del despacho de Torres, los fragmentos de notas. Kate fotografió cada pieza metódicamente, escudriñando la letra infantil al reverso de la imagen.

—31.10. —dijo casi en susurro. No era una pregunta.

—En la pared del sótano. El noventa y cinco.

Hubo una pausa larga y densa. El aire en la habitación se volvió demasiado pesado para respirar.

—Alguien sabía la fecha de antemano —Kate se frotó el puente de la nariz—. O la planeó durante tres décadas.

—O es el final que se escribió desde entonces.

Guardó todo en un sobre estéril y se despidió con el «lo resolvemos mañana» de rigor. Ninguna de las dos lo creía. La mañana no trae respuestas: solo acorta las sombras.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, tomé el trozo de tiza de la mesa. Barata, de escuela, de las que manchan los dedos. Me senté en el mismo lugar donde había estado durante la laguna y puse una hoja en blanco delante de mí. Intenté dibujar la misma figura.

La mano no obedeció. Las líneas salían torcidas, tímidas, irremediablemente mías. La entidad que había habitado mi cuerpo durante casi dos horas no acudía por invocación. Solo aparecía cuando yo dejaba de existir.

Dejé la tiza. Las yemas de los dedos me ardían. Abrí la laptop y me sumergí en el archivo de mis casos. Cuarenta y siete nombres. Cuarenta y siete sombras. Buscaba asesinos «teatrales». Los que mencionaban entrenamiento. Los que aludían de pasada a una mujer. Escribía a mano en la libreta: el papel no deja rastros digitales, solo absorbe la tinta y guarda silencio.

Cerca de medianoche me levanté por agua. Mi reflejo en el vidrio oscuro de la cocina era inquietante: piel pálida, ojeras azuladas, el cabello enredado en un nudo descuidado. A través de mi cara se transparentaba la calle mojada de octubre, un farol y los autos dormidos. Un lunar bajo el ojo, una cicatriz vieja en la sien: recuerdo de una bicicleta a los ocho años. Papá me cargó tres cuadras hasta el hospital en brazos. Todo eso era correcto. Real. Mío.

Pero todo eso era solo la superficie.

Volví a la mesa. Hojeé los protocolos hasta que las letras empezaron a desenfocarse. El primero apareció en la madrugada. Hablaba de «ella» con calma, casi con aburrimiento, como de una instructora de manejo: llegó, instaló la técnica, desapareció. Mi conclusión de aquel entonces decía: «externalización de la responsabilidad, patrón clásico». Yo misma firmé eso.

Otros dos bajo interrogante. Uno esquivaba las respuestas y yo no lo presioné. El otro podía estar mintiendo o no. Puse estrellas gruesas junto a sus nombres. Quizás nada. O quizás la misma mano que ahora guía mi tiza.

Entre las tres y las cinco de la mañana caí dormida. No era un episodio: simplemente el cuerpo cedió.

Oscuridad. Gotea agua, despacio, en un ritmo que no puedes sino contar. Uno. Pausa. Dos. Pausa. Como un metrónomo al que le da lo mismo.

El concreto bajo las palmas, frío y áspero. Conozco ese frío: empieza en las yemas y sube por las muñecas hasta los codos. Entonces dejas de sentirlo. Entonces se vuelve más fácil.

Unos dedos entre los míos, pequeños como los míos. Tibios. Un botón pasa de una mano a la otra. Cuatro agujeros. Los encuentro en la oscuridad una y otra vez: el pulgar se desliza por el

borde, encuentra la ranura, regresa. No es un juego. Es la manera de saber que las manos están. Que yo estoy.

Desde arriba, una voz. Cuenta. Pareja, paciente, sin detenerse. Nunca se apresura. Eso es lo peor: que nunca se apresura.

Al lado, una respiración. Quieta. Viva. Cuento hacia esa respiración para no escuchar la voz de arriba. Uno: inhala. Dos: exhala. Tres: inhala. La respiración de al lado se ajusta a la mía. O yo a la suya. Ya no sé.

Olor a humedad y a algo de madera, viejo. En algún lugar gotea. Siempre gotea.

Quiero darme vuelta. Ver a quien me tiene los dedos.

La mano aprieta más fuerte.

No mires. —Un susurro, casi sin sonido, los labios pegados a la oreja.— Él ve cuando miras.

Conozco esa voz.

La conozco, no como un nombre, no como un rostro. Como algo anterior a las palabras. Anterior a la memoria. Como conoces tu propio latido: no porque lo oigas, sino porque está adentro.

No puedo recordar de dónde.

Gotea el agua. La voz de arriba cuenta. La mano sostiene la mía.

No la suelto.

Me desperté con un dolor agudo en el cuello entumecido. La letra «R» marcada en la mejilla por la página donde me quedé dormida. Afuera había una neblina gris de madrugada: esa hora que no promete nada salvo la inevitabilidad del día que viene.

El teléfono parpadeó: 7:03. Tres nombres en la libreta. Un mensaje de Kate, llegado quince minutos antes: «Voy para allá. Espérame».

Ella tampoco durmió. Las dos nos aferramos a extremos distintos de la misma cuerda, y siento cómo se acorta. Pronto chocaremos de frente en la oscuridad.

* * *

Kate llegó a las siete y dieciocho con dos vasos de café y la mirada con que los profesionales recorren una escena del crimen: rápido, por sectores, sin emociones de más. Me llevó a la mesa de la cocina. Sacó la laptop.

—Esto no es un derrumbe. —Me mira como se mira a alguien a quien hay que alejar del borde.— Alguien te está activando desde afuera. Esto no es una enfermedad. Es un sistema.

—O me estoy desintegrando, y mi manera de desintegrarme es simplemente más interesante que la norma. —El café estaba caliente. Las manos me temblaban no de miedo, sino de hambre.

—Tú no te crees eso.

Miraba el polvo de tiza bajo las uñas que nunca terminé de lavar.

—Ya no sé qué creerme.

—Laura. —Abrió la laptop.— Necesitamos grabación. Voy a instalar una cámara en el cuarto.

—Con una no alcanza. —Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas.— Me levanto durante los episodios. Salgo de la habitación. Si la cámara solo está ahí, vas a ver cómo me incorporo y cómo regreso. El intervalo va a quedar a oscuras.

Kate guardó silencio un segundo.

—¿Cuántas necesitamos?

—Tres. El cuarto, el pasillo junto a la entrada, la cocina sobre la mesa.

—Traigo tres. —Tomó nota.— Llego a las seis.

Se detuvo en la puerta, sin darse vuelta.

—Y come algo.

Se fue.

* * *

Cerca del mediodía abrí la laptop. Sin razón clara, siguiendo un impulso muscular. Me quedé mirando el escritorio fijamente: los mismos archivos, los mismos accesos directos, la misma carpeta con materiales del curso de hacía tres días. Pero la sensación era nauseabunda: como si me hubiera metido en la computadora de

otra persona y estuviera husmeando en una vida ajena, aterradoramente ordenada.

Cerré la tapa. Fui a la cocina. Estuve parada junto al fregadero con un vaso de agua, olvidando tomar un sorbo. El frío del vidrio se me transmitía a los dedos, y pensé: la noche pasada alguna versión de mí quizás sostuvo este mismo vaso. O no. El problema es que ya no soy la única habitante de mi cuerpo. Adquirí un compañero de vivienda que no paga renta y se lleva mi tiempo.

Revisé el teléfono. De E, ni una palabra. Pero el silencio ya no significa ausencia: aprendí esa lección. El mensaje de voz se materializó el día en que manejaba hacia Ford. La llave apareció en el bolsillo del abrigo que no recuerdo cuándo me puse por última vez. Ella conoce mi dirección. Conoce el horario de mis soledades. Quizás sabe de las cámaras que Kate va a traer esta noche. O quizás solo espera a que me arme de valor y vea la grabación sola.

El año pasado publiqué un artículo sobre la paradoja de Hawthorne: el simple hecho de observar modifica inevitablemente al objeto observado. La reseña fue breve: «Brillante». Entonces no podía imaginar que algún día estaría tendida bajo el ojo de mi propio lente preguntándome: ¿cuál de las dos cambiará primero? ¿La que duerme o la que mira? Sujeto y objeto convergieron en un solo punto. En mis investigaciones nunca existió esa variable. Es una anomalía estadística. Es un absurdo.

Pero los patrones siempre se revelan. Solo hay que acumular suficientes datos, aunque esos datos sean los fragmentos de mi propia cordura.

* * *

A las 18:03 Kate regresó con una bolsa grande. Tres cámaras. Las instalamos en silencio: como quien tiende trampas para un animal que nunca ha visto, pero ya sabe que llega de noche.

El cuarto: sobre la cómoda, con ángulo hacia la cama y la puerta. El pasillo: en el estante junto a la entrada, debajo del cargador. La cocina: sobre el escritorio, el lente apuntando a la laptop y al sillón donde me siento cuando creo que estoy sola.

Kate conectó las tres a un solo programa. Tres ventanas en la pantalla. Tres versiones de mi departamento, simultáneas y silenciosas.

—Las grabaciones se sincronizan en la nube. Una contraseña: no te la digo. Las baterías duran toda la noche.

—¿No hay puntos ciegos? —pregunté.

Revisó los ángulos.

—Uno. El baño.

—El baño no importa. La laptop no está ahí.

Miré los tres feeds. Mi departamento desarmado en rectángulos de vigilancia. El lugar que debería ser el más seguro del mundo, ahora una escena del crimen en espera del siguiente episodio. Ya no sé quién manda aquí.

—Laura. —Se detuvo en el umbral, sin darse vuelta.— Pase lo que pase en la grabación, lo resolvemos juntas. No estás sola en esto.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Ahora sí se dio vuelta.— Porque los últimos días has estado peleando esto en solitario. Eso termina ahora.

Se fue. El departamento quedó en silencio. Solo el zumbido suave del ventilador de la laptop.

La lucecita verde de grabación brillaba sin parpadear.

Me lavé la cara. Me cepillé los dientes. Me acosté a las diez en esa misma cama que una hora antes había visto en la pantalla. El cansancio venció a la ansiedad. El verde parpadeaba en el borde de la visión.

Uno, dos, tres. El verde parpadea. Paciente, como el pulso de algo ajeno que se instaló en la habitación y observa.

Oscuridad.

* * *

Por la mañana los dedos de Kate en el hombro estaban fríos.

—Levántate. Mira.

El cuerpo pesado: no de cansancio, algo distinto. El café sobre la mesa de noche sin tocar. Kate nunca deja el café sin tocar.

Así entendí que algo estaba mal, antes de que ella presionara reproducir.

—Lo vi todo. Hay algo.

La marca: 2:11.

En la pantalla, yo en la cama. No despertándome. Simplemente vertical. Sin estirarse, sin desorientación. Un momento acostada, el siguiente, erguida.

Mecánicamente. Mal.

La figura se levanta. Camina hacia la puerta.

**

CAPÍTULO 9

22 de octubre de 2022

Kate cambia al pasillo. La imagen granulada muestra la figura pasando frente a la puerta de entrada sin aminorar el paso, sin revisar el cerrojo: un automatismo que desprende frío de sepulcro. La figura camina hacia la cocina. Directo. Sin vacilaciones.

La cocina. Mi yo en pantalla se sienta a la mesa. La laptop se abre y la cara queda bañada por una luz azulada y mortecina. Es mi cara. Pero está vacía, como una piel de serpiente que alguien dejó caer. Los ojos, muy abiertos, las pupilas son agujeros negros enormes que se comieron el iris. Sin un solo parpadeo. El rostro, relajado hasta una lisura inquietante. De muñeca.

En doce años de práctica vi muchos estados alterados. Sonámbulos, víctimas de trauma, pacientes en disociación: siempre tienen esa torpeza de anestesia, ese tantear en busca de apoyo. Lo que veo en la pantalla es otra cosa. La figura se mueve con la precisión de un mecanismo que conoce la ruta a la perfección. No necesita buscar. Necesita ejecutar. No es pérdida de control. Es una interceptación.

—Para. —Me clavo en el monitor.— No parpadea.

—No —dice Kate, seco.

—Trece minutos sin un solo reflejo de parpadeo. Eso no se puede suprimir con la voluntad, Kate. Solo con química o con una encapsulación disociativa profunda. Escribí sobre esto. Mi artículo. Mis conclusiones. Mis trece minutos en los que yo no estaba.

—Mira el 2:23.

La pantalla obedece y avanza. Mis manos sobre el teclado. Tres pulsaciones. Lentas, pesadas, como si cada una quedara grabada en granito. La laptop se cierra.

—¿Qué escribió?

Kate amplía la captura de pantalla. La última línea de búsqueda antes de que yo «regresara» a la cama. No un nombre. No una dirección. Una sola palabra: «Lista».

Mis manos enviaron un informe. A alguien que esperaba confirmación.

Me quedo mirando mis propias manos. Las mismas que doce años escribieron conclusiones. Firmaron protocolos. Le dijeron al tribunal: este sujeto es peligroso, este no. Las mismas manos que a las 2:13 de la madrugada escribieron una palabra y la enviaron a la oscuridad.

¿A quién?

—¿Qué había antes?

Kate abre el historial. 2:13: «James Crowley, 2019, estrangulamiento con cuerda, Newark».

El nombre emerge de la memoria como un cuerpo bajo el hielo. El caso de 2019. Cuatro víctimas. Yo escribí el informe pericial para el tribunal. Mi cuerpo lo encontró mientras mi mente dormía.

—En tu informe hay una anotación —Kate abre el archivo—. Crowley insistía en que una mujer lo había entrenado. En la técnica. Tú lo atribuiste a externalización de la responsabilidad. Lo clásico.

—Todos lo hacen, Kate. Todos quieren ser víctimas de las circunstancias.

—Sí. Pero él daba detalles. Un lugar. Un período. Lo releí esta mañana.

Kate abre las fotos de la escena del crimen de Crowley. Las víctimas están dispuestas con una ternura perversa. Miro la cuerda, el nudo. Y algo dentro de mí se rompe. Eso fue exactamente lo que dibujé con tiza sobre la mesa anteanoche. La línea en el cuello. El método de Crowley. No el de Ford. Ford asfixiaba con una almohada: es otra firma, otro ritmo.

—Estás vinculada a varios asesinos, Laura. Eres el denominador común de los métodos que dibujaste a los diez años en ese sótano.

—Hay algo más. —Kate abre un nuevo archivo.— Mira los párpados.

Me inclino hacia la pantalla y el aire en los pulmones se congela. Las víctimas. Los ojos cerrados. Y en cada párpado, un pequeño botón blanco. Cosido con esmero, con hilo blanco. Dos botones por cara. Cuatro agujeros en cada uno.

1995. El concreto frío y el olor a humedad. Un botón sin imperdible que nos pasábamos en la oscuridad: la única cosa tangible en un mundo que quería borrarnos. Era liso, siempre tibio por nuestras palmas. Recuerdo su peso al gramo. El pulgar siempre buscaba los huecos entre esos cuatro agujeros. Ella decía que el botón parecía un ojo. Yo discutía solo para escuchar mi propia voz. Nos aferrábamos a ese botón para no perder la razón.

Ahora esos botones están en los párpados de los muertos. Cosidos con el mismo cuidado con que nosotras los apretábamos en el puño. Esto no es un método de asesinato. Es un código. Nuestro código personal del noventa y cinco, que alguien puso en producción industrial.

Escucho mi propia respiración. Cuatro tiempos: inhala. Cuatro: exhala. El ritmo de supervivencia.

Lo inventamos entonces, en la oscuridad. Una manera de no morir. Ahora es lo único que me queda.

—En los protocolos oficiales los botones están anotados como una rareza individual y descartados. —La voz de Kate, pareja.— Los originales los saqué de los archivos cerrados esta noche.

Esta noche. Ella tampoco durmió.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste más de cuatro horas?

Kate mira por la ventana.

—No importa.

—Sí importa.

—Laura. Ahora no.

Entendido. No voy a insistir. Pero lo anoté.

—Los dibujos del almacén. —Vuelvo al caso.— Había cuatro métodos. Cuatro figuras distintas.

—Muéstrame.

Abro las fotos en el teléfono. Los dibujos infantiles de 1995. Kate toma el teléfono, los examina.

—Cuerda en el cuello: Crowley. —Pasa al tercer dibujo.— Almohada sobre la cara: Ford.

Su dedo se detiene sobre el segundo y el cuarto.

—Estos dos todavía sin nombre.

Todavía.

La frase queda suspendida entre nosotras. Dos métodos identificados. Dos esperando. Dos encontrados.

¿Cuántos más?

—Necesito acceso a tus casos. Cada asesino teatral.

Kate se levanta, guarda la laptop en la bolsa.

—Cada evaluación. Cada mención de entrenamiento externo. Eso es lo más importante ahora mismo.

—Morrison no lo va a autorizar.

—Sin tres casos documentados no lo autoriza: política estándar de la oficina. Pero tenemos dos, y dos métodos más sin nombre. —La voz, pareja.— Por eso no voy a esperar. Inicio la verificación bajo mi responsabilidad. Si Morrison quiere detenerme, que lo intente.

—Puede costarte el puesto.

—Puede. —No aparta la mirada.— Pero tenemos una coordinadora que entrenó por lo menos a dos asesinos seriales con métodos que tú inventaste a los diez años en un sótano. Y los dos vinieron a verte en una evaluación oficial. Esto es un sistema. Y lleva años funcionando.

Me levanto.

—Entonces yo también necesito acceso. A los casos. A los archivos. Recuerdo detalles de esas evaluaciones que no están en los protocolos oficiales. Cosas que me parecían ruido de fondo: eran señales.

Kate se detiene.

—¿Estás segura?

—No. Pero mis recuerdos los usan mientras duermo. Mejor los uso yo mientras estoy despierta.

La mira un segundo. Asiente.

—Michelle Torres —digo—. Lo prometiste.

—La buscaste a las 2:19. A través del portal del departamento. Base de datos de alumnos del curso de Psicología Forense 401.

—¿Y?

—Ninguna Michelle Torres. Ni en tu clase, ni en ningún departamento de la universidad. —Abre la laptop, encuentra el archivo.— Hice mi propia búsqueda esta mañana. Michelle Torres, principios de los veinte, rubia, zona de Arlington. Encontré tres en la base de datos de licencias de conducir. Dos son estudiantes de posgrado en Georgetown, matrícula confirmada. —Da vuelta la pantalla.— Ninguna coincide.

—¿La tercera?

Foto de la licencia. Una mujer joven con el pelo rubio recogido en una cola. Una sonrisa leve. El rostro produce un reconocimiento vago: el que sientes cuando ves a alguien con regularidad, pero sin prestarle atención consciente.

—Michelle Ann Torres. Veintitrés años. Vive en Columbia Pike, Arlington. Trabaja como barista en Grounds Coffee Shop en el bulevar Clarendon.

Kate acerca la foto.

—¿Es esa mujer?

Estudio el rostro. Pómulos altos. Nariz recta. Una sonrisa cautelosa que no llega a los ojos. ¿Fue ella quien se sentó frente a mi escritorio? ¿O mi mente en desintegración armó ese encuentro con rasgos al azar?

—No puedo decirlo con certeza.

—Esta mañana, antes de venir, pasé por la cafetería. Estaba en el turno de la mañana. Es real, Laura. Pero nunca estuvo registrada en la universidad. Nuestro historial de tarjeta muestra cuatro compras en ese local en las últimas ocho semanas. A tres cuadras de tu casa.

—Crees que mi cerebro tomó su cara de la memoria y la insertó en la alucinación.

—O ella te observaba. Se hacía notar a propósito.

Kate cierra el archivo.

—A Torres volvemos después. Ahora hay algo más urgente.

Se levanta. Empieza a guardar la laptop.

—Tengo que llevarle todo esto a Morrison. La grabación. El historial de búsqueda. La conexión entre Ford y Crowley. Los

botones. Dos asesinos teatrales confirmados, ambos declaran entrenamiento, ambos con la misma puesta en escena.

—¿Autorizará la investigación?

Las manos de Kate se detienen en el broche.

—Dos casos confirmados. Tu vínculo como elemento común. Morrison es razonable.

Se va. Me quedo sentada a la mesa de la cocina.

Vacío el café frío en el fregadero. Enjuago la taza. La pongo en el escurridor.

Acciones pequeñas. Manejables.

Esperar es lo peor. Lo sé desde los primeros años de práctica: esperar el resultado de un análisis, esperar el veredicto, esperar la decisión de otro. El cerebro llena la pausa con las peores versiones del desenlace.

El departamento sin Kate es distinto. No vacío. Saturado. Todo lo que ella trajo: información, hipótesis, preguntas sin respuesta, permanece en el aire después de que se va.

No me quedo sentada.

Voy al despacho. Saco la carpeta con el historial de casos, la que llevo desde el primer año de práctica. No digital. De papel. Nombres. Fechas. Notas breves sobre las particularidades de cada caso.

Busco la palabra «teatral». Busco la palabra «puesta en escena». Busco la palabra «entrenamiento».

En la página veinte encuentro la primera anotación que antes no había visto.

El caso Harris. 2012. La víctima tendida boca abajo, las manos cruzadas bajo el pecho. «Como si durmiera», escribí entonces. Harris dijo en el interrogatorio que «así era correcto». Lo catalogué como ritualización y no profundicé.

Ahora lo leo de otra manera.

«Así era correcto» no son sus palabras. Son palabras ajenas que él internalizó.

Escribo el nombre de Harris debajo de los de Ford y Crowley. Pongo un signo de interrogación. Saco la siguiente carpeta.

A las 14:17 suena el teléfono.

—Kate.

—Salí de la reunión con Morrison. —Su voz, tensa.— Lo vio todo: la grabación, los archivos, las coincidencias en la puesta en escena. Dice que es demasiado preciso para ser casualidad.

—Pero no puede autorizar una investigación completa.

—¿Por qué?

—Política de la oficina. Dos casos no son suficientes para autorizar un grupo operativo. Hacen falta tres casos documentados con metodología idéntica. —La voz se endurece.— Me da setenta y dos horas para encontrar el tercer caso. Si puedo documentar otro asesino teatral con las mismas declaraciones de entrenamiento y la firma del botón, él mismo presenta la solicitud al director.

Setenta y dos horas.

—Hay algo más. —La voz de Kate cambia.— Dijo dos cosas distintas. A ti: no contactes por tu cuenta a testigos ni sospechosos. Si se descubre que llevaste una investigación paralela, cualquier abogado defensor lo va a usar. Una testigo con lagunas de conciencia que recopiló evidencia por su cuenta es una pesadilla procesal. Y a mí: estoy usando recursos de la oficina sin autorización. Bases de datos, archivos, mi tiempo laboral. Si decide que excedí mis competencias, abre una investigación interna. Perderé acceso a todo.

La lógica es impecable. Mis lagunas me convierten en un obstáculo para cualquier caso que toque.

Quiero objetar. Encontrar palabras que pesen más que esa lógica. Pero no hay palabras: solo hay lagunas, tiza en las manos y la palabra ajena «lista» en el historial de búsqueda.

—Entendido.

—Quédate en casa. Descansa. Te llamo esta noche.

La llamada termina.

Sentada. El teléfono en la mano. La pantalla se apaga.

Sin investigación del FBI. Sin grupo operativo. Kate tiene setenta y dos horas para encontrar el tercer caso. Y yo estoy aquí con lagunas que crecen y evidencia que aparece en lugares que no recuerdo.

El teléfono vibra.

Número desconocido.

«Encontraste a dos asesinos. Buen avance. Pero miras en la dirección equivocada. Michelle Torres es una distracción. La respuesta real está más cerca de lo que crees. Revisa el bolsillo del abrigo. El azul. E»

Las palabras me frenan en seco.

El abrigo azul cuelga en el armario del cuarto. Me lo puse hace dos días.

Revisé los bolsillos esta mañana, cerca de las once.

No encontré nada.

Voy al cuarto. Abro el armario. El abrigo entre el saco negro y el cárdigan gris. Lana azul oscuro. Botones de latón.

Extiendo la mano hacia el bolsillo derecho. Me detengo.

Si no hay nada, significa que estoy siguiendo instrucciones de E sin razón. Si hay una pista, significa que estuvo en mi cuarto. En mi armario. O que yo misma la puse ahí durante otra laguna.

La mano se desliza al bolsillo.

Tela. Una costura. Polvo.

Nada.

Un segundo de alivio.

Espera.

Los dedos rozan algo. Pequeño. Duro. Escondido en el fondo de la costura del rincón, donde no llegas por accidente, solo si buscas.

Lo engancho con la uña. Lo arrastro hacia el borde.

Ya sé lo que es antes de verlo.

Plástico blanco. Cuatro agujeros.

Lo saco a la luz. Lo pongo en la palma.

Aproximadamente un centímetro de diámetro. El tamaño y la forma exactos de los botones cosidos en los párpados de las víctimas en las fotos de las escenas del crimen. El plástico, liso. Frío. Cuatro agujeros con los bordes ásperos donde pasó el hilo.

Revisé ese bolsillo esta mañana. Buscaba las llaves del auto. Pasé la mano rápido. Nada.

Pero no buscaba con atención. No palpé la costura del rincón.

Llamo a Kate.

—Laura, no respondas los mensajes de E. Morrison los tiene en rastreo, pero el proceso toma tiempo. No hagas contacto.

—Ya lo abrí. Me dijo que revisara el bolsillo del abrigo.

Silencio. Luego:

—¿Qué encontraste?

Miro el botón en la palma. Blanco. Igual que los de las fotos de las escenas del crimen.

La respiración de Kate cambia de ritmo.

—Déjalo. Ahora mismo. No lo toques más. No contamines la evidencia. Voy para allá. Veinte minutos. No te muevas.

La llamada termina.

Pongo el botón sobre la cómoda. Me aparto.

Pequeño. Blanco. Inofensivo.

**

CAPÍTULO 10

22 de octubre de 2022

Kate irrumpe en el departamento dieciocho minutos después. Trae la laptop y un maletín negro pesado: laboratorio portátil para diseccionar vidas ajenas. Su cara está en modo profesional: la mandíbula apretada hasta que se marcan los músculos, la mirada afilada como un bisturí.

Lo primero que hace es escanear mis manos. Busca rastros.

—¿La tocaste después de llamarme?

—No. Está sobre la cómoda. Donde la dejé.

Kate rodea el botón en círculo como si pudiera explotar. El flash de la cámara encandila, registrando ese pequeño disco blanco desde distintos ángulos. El chasquido seco del látex: se pone los guantes, y ese sonido en el silencio de la habitación suena a disparo. Toma el botón con dos dedos. Contacto mínimo. Máxima cautela. Lo acerca a la luz de la lámpara.

—Restos de hilo en uno de los agujeros. —Kate entrecierra los ojos.— Fibra sintética blanca. Idéntica a lo que vi en los archivos cerrados. Los mismos puntos en los párpados.

Suelta el botón en una bolsa de evidencia transparente. Se oye el chirrido del marcador permanente sobre el plástico. El olor a barniz, ácido y químico, llena al instante el espacio entre nosotras. Fecha. Hora. Lugar. Iniciales: K.B.

—¿Dónde exactamente lo encontraste?

—Bolsillo derecho del abrigo azul. Me lo puse el miércoles. Esta mañana busqué las llaves, cerca de las once. —Me obligo a hablar despacio, exprimiendo cualquier temblor de la voz.— Pasé la mano rápido, revisé el fondo. Nada. El botón estaba escondido en la costura del rincón. Adentro.

—¿Segura?

—Si hubiera estado suelto, lo habría sentido. La piel recuerda esas cosas.

Kate sella el sobre y lo guarda en la bolsa. Se da vuelta hacia mí, y en sus ojos veo la pregunta que le da miedo hacer pero que

está obligada a plantear.

—Laura, necesito preguntarte esto. ¿Hay aunque sea una pequeña posibilidad de que tú misma lo hayas metido en esa costura durante una laguna? ¿Y simplemente no lo recuerdas?

—No lo sé, Kate. Es la única respuesta honesta que me queda. No tengo ningún recuerdo del botón. Pero tampoco tengo recuerdo de la tiza, ni de la búsqueda del caso Crowley. Así que sí. La posibilidad existe.

Kate asiente. Abre la boca para decir algo, pero el sonido se le queda atascado en la garganta. Vacila. Y esa vacilación me asusta más que el botón en el bolsillo.

—Laura. —Su voz cambia, pierde el recubrimiento metálico.— Necesito mostrarte por qué tardé tanto después de la reunión con Morrison.

Abre la laptop. La pantalla se enciende, reflejándose en sus pupilas.

—Después de Morrison no fui a la oficina. Fui a tu edificio. Revisé las cámaras. Tu arrendador miente sobre las «instalaciones de rutina» desde hace dos años: no hay nada. Pero el almacén de la esquina de enfrente tiene una cámara sobre la entrada. El ángulo es malo, apenas captura el borde de tu portal. Y el sistema borra las grabaciones cada cuarenta y ocho horas. Mañana a la mañana este video ya no existiría.

Presiona reproducir y gira la pantalla hacia mí. Contengo la respiración.

Grabación en blanco y negro. Baja resolución. Marca de tiempo: 6:17.

Una figura entra por el borde izquierdo del cuadro. Abrigo oscuro. Cabello oscuro. Mi estatura. Mi complexión.

Saca una llave.

Abre la puerta sin vacilar. Entra.

Kate avanza rápido. 6:29. La figura sale. Doce minutos adentro. La misma campera oscura. La cabeza baja. Sale del cuadro.

Kate detiene la grabación.

Miro la imagen congelada.

Mi estatura. Mi manera de caminar. Mi cabello.

Algo físico ocurre en el pecho: no exactamente dolor, más bien lo que sientes cuando entiendes que perdiste algo importante y no sabes cuándo. Miré esa grabación esperando reconocerme. No me reconocí. Eso es peor.

—Ponla otra vez.

Kate rebobina. Miro, esta vez no a la figura. A la manera de caminar.

A cómo se acerca a la puerta.

Cuento los pasos. Del borde del cuadro a la puerta: siete. Ni uno de más. Sin vacilación, sin aminorar. Saca la llave en el tercer paso, antes de llegar.

—Para. —Presiono pausa yo misma.— Sabe la distancia.

Kate mira la pantalla. Luego me mira a mí.

—Siete pasos del borde del cuadro a la puerta. Sacó la llave en el tercero. Sin mirar la puerta, sin tantear. Ensayó este recorrido. Lo tiene de memoria. No soy yo, Kate. Yo siempre busco la llave en la bolsa cuando ya estoy en la puerta.

Kate rebobina una vez más. Mira.

—Hay algo más.

Me levanto. Camino hasta la puerta de entrada del departamento, la abro, salgo al pasillo. Miro el rincón bajo el techo donde podría haber una cámara. Regreso. La cabeza baja todo el trayecto.

—Sabía dónde estaban los puntos ciegos. Estudió el edificio.

—Laura… —empieza Kate.

—Necesito el plano del edificio. —Hablo parejo, sin dejarla terminar.— Ubicación de todas las entradas. Todos los accesos a mi piso que no pasen por la entrada principal. Si hay escalera de emergencia. Si hay sótano con entrada independiente.

Kate guarda silencio un segundo. Luego saca la libreta.

—Bien.

—Una cosa más. Dijiste cuarenta y ocho horas antes del borrado. ¿Cuántas cámaras hay en un radio de tres cuadras? Hay que recorrerlas todas antes de que se borren las grabaciones.

—Ya empecé. Revisé dos comercios, me falta el banco y la farmacia.

Vuelvo a la mesa. Me siento. Miro a Kate. Tiene ojeras más profundas que hace tres días. El café sobre la mesa, sin tocar. Llegó dieciocho minutos atrás y todavía no lo tocó.

Ya le pregunté. Sé la respuesta.

—¿Dónde estabas a las 6:17 de la mañana? —pregunta Kate. — ¿Puedes decirlo con certeza?

La pregunta queda suspendida entre nosotras.

—En la cama. El despertador a las 6:30.

—¿Segura?

Cierro los ojos. Intento reconstruir. La oscuridad de la mañana. El despertador. El botón de repetición. Levantarme cerca de las 6:45.

¿Pero antes? ¿Antes de las 6:30?

Nada. Solo la suposición de que dormía.

—Supongo que dormía.

—¿Recuerdas cómo te dormiste? ¿Cómo te acostaste? ¿Te despertaste durante la noche?

—Me acosté cerca de medianoche. Lo siguiente que recuerdo es el despertador.

—Entonces seis horas que no puedes confirmar.

—Nadie puede confirmar que estuvo durmiendo, Kate.

—No. Pero la gente recuerda cómo se durmió. A veces se despierta de noche. Tiene sueños. —La voz, cuidadosa, pareja.— ¿Puedes decir con certeza que estabas en la cama a las 6:17? ¿Que no te levantaste? ¿Que no saliste? ¿Que no volviste antes del despertador?

Quiero decir que sí. Claro que estaba en la cama.

Pero no puedo.

Las lagunas. El tiempo perdido. El dibujo de tiza que no recuerdo. La búsqueda a las 2:11 con los ojos vacíos.

—No —digo en voz baja—. No puedo.

Ahí está. El momento en que una psicóloga con doce años de experiencia no puede responder por su propio paradero. Evalúo asesinos. Le digo a los tribunales quién es peligroso. Y no puedo decir si estaba en la cama a las 6:17 de la mañana.

Pero algo cambia en este punto. No miedo: el miedo ya estaba siempre. Algo más duro. Más frío.

Kate asiente. Saca del kit una bolsita sellada. Un hisopo estéril.

—Necesito tu ADN. Muestra oficial. Para comparar.

Pasa el hisopo por el interior de mi mejilla. Lo sella. Lo marca. Lo guarda.

—Una cosa más. Esta noche cambiamos las cerraduras. Todas. —Pone sobre la mesa un llavero.— El cerrajero llega en una hora. Hasta entonces me quedo.

Se sienta en el sofá. Abre la laptop.

—Las muestras al laboratorio mañana por la mañana. Procesamiento prioritario. Junto con el botón. Huellas, análisis de fibra, ADN si encontramos rastro biológico.

—¿Y el reconocimiento facial en la grabación?

—Mandé la solicitud. Resultado en un día, máximo dos. El programa puede mejorar la resolución. O puede no lograrlo. —Kate mira por la ventana.— Pero Laura. Sea quien sea, conoce el plano del edificio. Sabe dónde están las cámaras. Sabe cuándo estás sola. Y se parece a ti.

Me levanto. Me acerco a la ventana. Nos quedamos paradas juntas mirando el estacionamiento abajo.

—Setenta horas hasta el plazo de Morrison —digo.

—Sí.

—Entonces necesitamos usar cada hora. —Me doy vuelta hacia ella.— Anoche empecé una lista de casos de mi archivo. Asesinos teatrales que evalué. Los que mencionaron entrenamiento. Armé dos nombres de memoria, sin acceso a los documentos. Otros dos bajo interrogante.

Kate me mira.

—¿Dos nombres? ¿Otros dos bajo interrogante?

—Puede haber más. —Vuelvo a la mesa. Abro la libreta.— Me pediste acceso a todo mi historial de casos. No esperé. Esto es lo que recuperé de memoria.

Pongo la libreta entre nosotras.

Kate mira la lista. Largo. Luego levanta la vista. Algo en su cara cambia: no miedo. Algo más pesado.

—Cuatro en doce años —dice en voz baja—. Esto no es una muestra aleatoria.

—No. —Miro la lista.— Es un sistema.

El cerrajero llega cerca de las cinco. Un hombre mayor, silencioso, con una bolsa de herramientas. Trabaja cuarenta minutos. Dos cerraduras nuevas en la puerta de entrada. Un cilindro en la despensa. Un pestillo en la ventana del cuarto.

Me quedo parada en el umbral mirándolo trabajar. Observo sus manos. Movimientos habituales. Oficio conocido.

Pienso en que alguien tiene las llaves viejas. Tenía. Las nuevas, solo Kate y yo.

El cerrajero se va. Kate se queda: revisa todas las cerraduras ella misma, jala la manija, mira las bisagras. Luego me da su número en un papel, no solo en el teléfono.

—Si sientes algo, cualquier movimiento, cualquier sonido: llama de inmediato. No lo pienses. Llama.

Se detuvo en la puerta, sin darse vuelta.

—Y come algo de una vez.

Cierro la puerta detrás de ella. Giro los dos nuevos cerrojos. Escucho cómo encaja cada uno.

Me quedo parada en el pasillo.

Afuera está oscureciendo. En algún lugar ahí, una persona que conoce el plano de este edificio. Que sabe dónde están las cámaras. Que conoce mi estatura y el color de mi cabello. Que sabe cuándo salgo y cuándo regreso.

Los cerrojos nuevos están bien.

Pero la amenaza más grande está adentro. No detrás de la puerta.

Yo. Mis lagunas. Trece minutos a las 2:11 que no recuerdo. Seis horas entre la medianoche y el despertador.

Voy a la mesa. Me siento. Abro la libreta en la página con la lista.

Dos nombres. Puede haber más.

Saco la siguiente carpeta del archivo. Encuentro la página. Leo.

Si alguien construyó un sistema durante veinte años, hay rastros. No solo en las lagunas de mi memoria. En los documentos. En los protocolos. En las anotaciones que hice sin entender lo que estaba registrando.

Leo hasta las tres de la mañana. Los ojos me arden. El café hace rato que se acabó.

En la cuarta carpeta lo encuentro.

El caso Blake. 2022. Mis propias notas, con mi letra: «El sujeto afirma que 'ella le mostró cómo hacerlo correctamente'. Se niega a precisar. Recomendación: simulación con fin de atenuación de la pena». Lo atribuí a manipulación. Cerré la carpeta. Seguí adelante.

La respuesta estaba frente a mí. No la vi.

Pongo la carpeta de Blake junto a las de Ford y Crowley. Tres nombres. Una frase similar: «ella mostró». ¿Coincidencia? ¿O un patrón?

Hay que verificarlo. Necesito los materiales del caso. Necesito a Kate.

Tomo el teléfono. Son las tres de la mañana, no es hora de llamar. Le escribo a Kate:

«Revisa a Warren Blake, 2022. Ahogamientos. Mis notas: 'ella le mostró cómo hacerlo correctamente'. Posible tercer caso».

* * *

22 de octubre de 2022, 22:00

El departamento se aquieta, hundiéndose en la clase de silencio que solo existe en los criptas o en los quirófanos. En la pantalla permanece congelada la imagen: 2:13 de la madrugada. Mi cara bajo la luz azul del monitor parece una mascarilla mortuoria de yeso. Los ojos, abiertos de par en par. Los párpados inmóviles, como pegados.

Veo la grabación otra vez. Sola. Sin Kate y sus miradas compasivas. Esta vez ignoro la cara. Miro las manos. Vuelan sobre el

teclado: rápidas, sin errores, con una precisión mecánica, casi de insecto. En la oscuridad total.

Yo escribo rápido: doce años de práctica le enseñaron a los dedos a encontrar las teclas sin mirar. Pero no así. No con esa velocidad de mecanismo. Ese no es el ritmo de una persona: es el ritmo de una tarjeta perforada.

Abro la libreta. El papel es rugoso, real, resiste la presión del bolígrafo. Agrego debajo de Harris: «Blake. 2022. 'Ella mostró'. Hay que verificar». Debajo, un golpe corto: «¿Quién más?»

Cuarenta y siete casos. Cuarenta y ocho si cuento a Ford. Nunca los classifiqué en una carpeta aparte en mi cabeza. Nunca pensé que esta fuera «mi» categoría. Resulta que no es solo una categoría. Es mi biografía.

Empiezo a reconstruirlos de memoria. Nombres, fechas, los nudos específicos, las maneras de colocar los cuerpos. Escribo tratando de no pensar en que detrás de cada nombre hay una persona a la que yo asentía en la sala de interrogatorio. Les miraba a los ojos y les decía: «Estoy aquí para ayudar al tribunal a entender». Y en realidad era parte de su entrenamiento. Era su diploma de egreso.

Instrumentalizada. La palabra es amarga como una aspirina barata.

El teléfono vibra sobre la mesa y me hace sobresaltar. Número desconocido. Código 703. Virginia.

No contesto. Solo miro cómo la pantalla baña la habitación con su luz mortecina. Fotografío el número. Le mando a Kate los tres nombres de la libreta y el código 703. Sin explicación. Ya pasamos la etapa en que hacen falta palabras.

El teléfono vuelve a agitarse. El mismo número. Exactamente dos minutos después. El intervalo, exacto como una regla.

Anoto en la libreta: hora, dígitos, intervalo. Mi compañero de adentro está acostumbrado a la disciplina. Bien. Yo también sé ser metódica.

Miro mi cara congelada en el monitor.

—Los voy a encontrar a todos —le digo al vacío de la cocina. La voz sale extraña y seca.— Si soy un arma, ya es hora de saber en

qué manos estoy.

Esperaban la palabra «lista».

La recibieron. Que ahora intenten manejar las consecuencias.

**

CAPÍTULO 11

23 de octubre de 2022

Kate no llamó.

Me despierto, el teléfono en silencio sobre la mesa de noche. La pantalla, apagada. Sin notificaciones, sin llamadas perdidas, sin resultados del reconocimiento facial de la grabación. La última vez que lo revisé fue a las 3:17, cuando le mandé a Kate el mensaje sobre Blake, y ahora no sé: no respondió porque dormía, o porque lo leyó y decidió no despertarme, o porque lo leyó y las palabras «posible tercer caso» todavía no le llegaron bien, todavía estaban rodando cuesta abajo hacia el sector correcto del cerebro. Pasaron cinco horas. Quizás menos.

La mañana de octubre se cuela por las rendijas de las persianas en franjas estrechas: no es luz todavía, más bien la promesa de luz. Gris. Fría. El aire del departamento huele a café enfriado de la taza de ayer y a esa humedad específica que se acumula cuando una persona lleva varios días sin dormir bien y empieza a dejar rastros: tazas sin lavar, ropa tirada, carpetas abiertas.

Los cerrojos nuevos brillan en la luz de la mañana. Tres puntos de metal en la puerta: la cerradura, la cadena, el pasador. Kate revisó cada tornillo, probó cada mecanismo antes de irse a las seis y media de la tarde de ayer. El cerrajero era silencioso, mayor, con manos que conocían su oficio y no necesitaban orientación. Yo estaba parada junto a la ventana mientras él trabajaba, mirando la calle.

«Los resultados por la mañana», dijo ella. «Desde temprano».

Son las ocho y treinta y dos. Sin llamada. Sin mensaje. Nada.

Me levanto. La sábana húmeda de sudor: dormí mal, a ratos, con esa sensación de cuando te despiertas sin saber si dormiste de verdad o solo estuviste tendida con los ojos cerrados esperando. La cabeza, pesada. Los pies buscan las pantuflas. En la alfombra, los surcos del aspirado, las franjas parejas que hice hace dos días en algún momento de calma breve.

Me muevo en piloto automático. El baño. Agua fría en la cara: la piel se contrae al instante, octubre ya se metió en las cañerías, el agua del grifo está tan helada que duele. Bien. Concreto. Estoy aquí.

Preparo café. Vierto el agua. Miro cómo se calienta la máquina. La luz roja. El silbido conocido, las gotas conocidas. La cafetera lleva once años conmigo: un regalo para la defensa de la tesis, sobrevivió dos mudanzas, un marido en un pasado ajeno y algunos casos que quisiera olvidar. Hace el mismo ruido cada mañana. Eso tranquiliza.

El teléfono está sobre la encimera, al lado.

Lo tomo. Reviso.

Nada de Kate.

La cafetera pita. Alcanzo la taza.

* * *

El teléfono suena en mi mano.

Parpadeo. Miro la pantalla.

Número desconocido. La llamada termina. El botón rojo se apaga.

Para.

Yo no llamé. Estaba haciendo café. Alcanzando la taza: eso es todo.

El café. Miro la cafetera. Llena. Lista. Caliente: un hilo de vapor sale del pico y se disuelve en el aire.

¿Cuánto tarda eso? ¿Cinco minutos? ¿Seis?

Reviso la hora. Las 8:53.

Veintiún minutos desde que encendí la cafetera.

El suelo se mueve levemente.

Abro el registro de llamadas.

Llamada saliente. Número desconocido. Duración: 7 minutos 43 segundos. Finalizada hace 11 segundos.

El número, desconocido. Ningún recuerdo de marcarlo. Ningún recuerdo de la conversación.

Siete minutos cuarenta y tres segundos no es una pulsación accidental. En ese tiempo se puede explicar una situación, responder

preguntas de aclaración, acordar una hora. En ese tiempo se puede decir mucho de lo que yo no le he dicho a nadie.

Las manos empiezan a temblar. El teléfono casi se me cae. Lo atrapo con la izquierda, lo sostengo con la derecha. La mano dominante. La que no falla cuando el estrés sacude el cuerpo.

Aparece una notificación. Mensaje de voz. Del mismo número. Dejado hace 23 segundos.

Lo presiono. Me lo llevo al oído.

Voz femenina. Profesional. Amable, con ese tono específicamente cálido que desarrollan las personas que hablan todo el día con el dolor ajeno: «Doctora Stevens, gracias por llamarnos esta mañana a nuestra línea de crisis. La registré para una evaluación de urgencia a las 10:30, tal como hablamos. Nuestra dirección es Glebe Road 4040, oficina 220. Por favor traiga sus documentos y cualquier historial médico si lo tiene. Si antes de la cita tiene pensamientos de hacerse daño, llame al 911 o acuda a la sala de emergencias más cercana. La esperamos a las 10:30».

El mensaje termina.

Me quedo inmóvil. El teléfono pegado al oído. La voz automática pregunta: repetir, borrar, guardar. La luz de octubre por la ventana se desplazó un poco: las franjas en el suelo ahora son más anchas. El café humea. El mundo sigue.

La línea de crisis.

Evaluación de urgencia.

Llamé a un centro de crisis psiquiátrica. Durante una laguna.

Me registré para una cita. Para una consulta que no recuerdo. Hablé siete minutos cuarenta y tres segundos con un extraño sobre lo que me está pasando, y lo único que sé de esa conversación es que mi inconsciente la consideró necesaria.

¿Qué dije? ¿Qué conté? ¿Confesé algo? ¿Dije que soy peligrosa?

Siete minutos cuarenta y tres segundos.

Me quedo de pie, aferrando el teléfono, intentando no recordar —eso es imposible— sino reconstruir lo que dije. Recomponer la lógica de esa otra yo. La que maneja mi cuerpo mientras estoy apagada. La que escribe correos mientras no estoy

en casa. La que negocia mientras yo simplemente alargo la mano hacia una taza de café.

En siete minutos cuarenta y tres segundos se puede uno destripar hasta los huesos.

Pudo haberlo dicho todo. El polvo de tiza bajo las uñas. El nudo dibujado en la mesa de la cocina —Método Número Uno, mi letra, mi mano, mi complicidad. Pudo haber descrito los botones blancos cosidos en los párpados de las muertas, y el que encontré escondido en la costura de mi abrigo. Pudo haber dicho: no controlo mis manos. Soy una amenaza.

Y la mujer al otro lado del teléfono —profesional, cálida, entrenada para absorber el caos ajeno— registró cada palabra. Su protocolo exige un informe inmediato si el paciente es peligroso. Para sí mismo. O para otros.

Doce años llevo yo redactando esos informes sobre otras personas.

Cuarenta y siete evaluaciones. Cuarenta y siete destinos sellados en carpetas donde las condiciones de internamiento y las posibilidades de libertad dependían de dónde pusiera yo el trazo de mi firma. Si anulan mi competencia, cada uno de esos casos se convierte en basura legal. Casi puedo oír a los abogados afilando las plumas, anticipando el festín.

Pero eso es solo el telón de fondo. El verdadero terror es otra cosa.

La yo que llamó esta mañana decidió por su cuenta que necesitaba ayuda. Tomó la decisión, marcó el número, condujo la conversación. Ejecutó una operación social compleja sin pedirme permiso. Sin mi conocimiento. A mis espaldas.

Lo que significa que en algún lugar de mis conexiones neuronales vive una versión de Laura Stevens que entiende lo que está pasando mucho mejor que yo. Ella ve todo el tablero mientras yo clavo la vista en un solo peón.

Y eso me paraliza. Porque no tengo ni idea de qué más sabe. Ni de qué más decidirá hacerme la próxima vez que parpadee y desaparezca.

Busco el número. Los dedos se tropiezan en la pantalla.

Centro de Salud Mental de Crisis de Arlington. Evaluación psiquiátrica de urgencia y asistencia las 24 horas.

Me quedo mirando esas palabras. «Evaluación psiquiátrica de urgencia».

Doce años escribí esas palabras en expedientes ajenos. Ahora están en mi registro de llamadas.

Las lagunas están empeorando. Ya no son solo búsquedas en internet. No son dibujos. Ahora llamo por teléfono. Mantengo conversaciones. Tomo decisiones.

Me registro para citas.

¿Qué más hago sin saberlo?

Miro la cafetera. Llena. Sin tocar. La taza en el armario, adonde iba a alcanzarla. Veintiún minutos. Siete minutos cuarenta y tres segundos de llamada. El café tuvo tiempo de prepararse y enfriarse hasta temperatura bebible mientras yo no estaba.

Kate no llama. Pero ya no puedo esperar más. No puedo quedarme sentada perdiendo tiempo mientras la mente se desintegra en pedazos. No puedo fiarme de mí misma y esperar hasta el mediodía si estoy llamando a centros de crisis sin estar consciente.

Necesito ayuda. Ahora. Una evaluación profesional. Pero no la que agendó mi yo inconsciente. No el centro de crisis, donde no sé qué confesé. Donde no controlo la situación.

Necesito un terapeuta que yo elija. Conscientemente.

Abro la laptop. Las manos tiemblan. La pantalla encandila: no bajé el brillo anoche, y tres horas de escritura con la retroiluminación al máximo me pasan la factura ahora como una pulsación detrás de los ojos.

Busco: hipnoterapeuta, Washington, programación, desprogramación.

Decenas de resultados. Regresión a vidas pasadas. Dejar de fumar. Fotografías en foco suave, tonos pasteles, cascadas, piedras en la orilla. Reseñas de clientes que recordaron haber sido sacerdotisas egipcias y al fin entendieron de dónde venía su ansiedad.

No es eso.

Refino la búsqueda: hipnoterapeuta clínico, trauma, disociación, condicionamiento.

Menos resultados. Más académicos. PubMed. Revistas de psicología clínica. Artículos con resúmenes de media página en letra pequeña, el idioma en el que el sufrimiento se describe en subjuntivo y voz pasiva para poder mirarlo sin apartar la vista.

Leo. Hago clic. Leo más. Veinte minutos. Treinta. Afuera el Arlington de octubre despierta, domingo por la mañana, tranquilo, un poco adormecido, alguien pasea su perro, una hoja amarilla cruza el encuadre y se pega al vidrio. El mundo afuera parece un lugar donde no pasa nada que no se resuelva con un café y un paseo. El café se enfría. Sirvo uno nuevo. No lo bebo.

Un nombre se repite en las referencias. Se cita. Se menciona. Se publica.

Doctora Patricia Reeves. Hipnoterapeuta clínica, especialización en trastornos disociativos inducidos por trauma y respuestas conductuales condicionadas. Publicaciones extensas sobre hipnosis ericksoniana e integración del condicionamiento pavloviano. Consulta privada, Arlington.

Abro el sitio web. Título de Johns Hopkins. Certificación de la Sociedad Americana de Hipnosis Clínica. Veintisiete años trabajando con trauma complejo. En la fotografía, una mujer de más de sesenta. Cabello corto y canoso. Ojos atentos detrás de anteojos sin montura. El rostro de alguien que escuchó cosas terribles y no se quebró, no porque no lo haya sentido, sino porque aprendió a cargarlo.

Sin foco suave. Sin promesas de paz. Solo hechos. Calificaciones. Autoridad.

El número en la pantalla.

Lo miro. ¿Llamar a un extraño y arriesgarme a que me considere delirante? ¿O seguir esperando mientras las lagunas crecen y mi inconsciente mantiene conversaciones en mi nombre?

Reviso el teléfono. Las 9:41. Kate no ha llamado.

Menos de una hora hasta las 10:30.

No puedo esperar.

Marco el número. Tres tonos. Una voz femenina: «Doctora Reeves».

Alivio. Físico, inesperado: los hombros bajan un centímetro. Atendió ella misma. Domingo, sin secretaria, sin recepcionista, sin contestador pidiéndome que llame en horario laboral.

—Doctora Reeves, habla la doctora Laura Stevens. Soy psicóloga forense. Necesito verla hoy. Es urgente.

—Una pausa. El crujido de una silla. ¿Qué tipo de urgencia?

—Episodios disociativos con indicios de condicionamiento externo. Pierdo tiempo, entre veinte minutos y varias horas. Durante las lagunas llevo a cabo acciones complejas que no recuerdo. Tengo una grabación: estoy sentada con los ojos abiertos escribiendo búsquedas en internet en estado inconsciente. Esta mañana, una llamada saliente, siete minutos cuarenta y tres segundos. No recuerdo ni haber marcado ni una palabra de la conversación.

Silencio. Roce de papeles.

—¿Hace cuánto ocurre esto?

—Tres semanas. Pero los últimos cinco días: una aceleración brusca.

—¿Se descartaron causas neurológicas?

—Todavía no. Pero soy psicóloga forense. Evalué cientos de casos. Sé cómo se ve la disociación. Esto es diferente. Tiene dirección. Tiene control.

Silencio. Ella sopesa mis palabras.

—¿Dónde está ahora?

—En casa. Arlington. A veinte minutos de usted.

—Usted me produce una impresión estable. No está disociando en este momento.

—Entre los episodios estoy completamente consciente. Las transiciones son abruptas. Sin aviso.

Un silencio más largo.

—Laura, ¿está segura ahora mismo? ¿Pensamientos de hacerse daño o de hacerle daño a alguien?

—No. Entre episodios pienso con claridad. Necesito un especialista que entienda el condicionamiento a nivel clínico.

Otra pausa.

—Si determino que está en crisis aguda o que representa un peligro, estoy obligada a recomendar hospitalización inmediata. ¿Entiende eso?

—Sí.

—Esto es una evaluación diagnóstica. No un tratamiento. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo.

Tecleteo.

—Tengo una ventana a las 10:30. ¿Puede llegar?

—Reviso la hora. Las 9:34. Sí. Sin falta.

—Traiga cualquier documentación. Grabaciones si las tiene. —Da la dirección.— Bulevar Wilson. Oficina 304.

—Ahí estaré. Gracias.

—A las 10:30.

La llamada termina.

Sentada con el teléfono en la mano. La pantalla se atenúa. Se apaga. En el vidrio negro, mi reflejo. Cinco horas de sueño, tres horas en el archivo, la noche sin dormir antes de eso: la cara lleva todo eso encima y no lo disimula. Ojeras oscuras. Palidez. El rostro de alguien que sabe lo malo y todavía no decidió qué hacer con eso.

Hay que escribirle a Kate. Decirle a dónde voy.

¿Pero qué? Ella va a insistir en venir conmigo. Convertirá esto en documentación del FBI. Se sentará en un rincón del consultorio y mirará cómo le cuento a Reeves sobre las lagunas, y yo no podré hablar con libertad: voy a pensar no solo en lo que es importante decir, sino en lo que Kate va a recordar, va a conectar, va a agregar al expediente.

Necesito que esta cita sea mía. Mi elección. Mi control. Le cuento después, cuando tenga respuestas y no solo preguntas.

Las 10:30. Menos de una hora.

Copio en un pendrive: la grabación de las 2:11, el historial de búsqueda, los correos, las fotos del dibujo de tiza. El pendrive es pequeño, negro, cabe en el puño, todo lo que tengo sobre mí misma, toda la base de evidencia, todo mi archivo en mi contra.

Una ducha rápida. El agua caliente quema de entrada: el grifo está mal, da o hirviendo o hielo, hoy hirviendo. La piel enrojece. No

la bajo. El dolor es concreto, real, mío, no es un programa ajeno ni el disparador de alguien, solo un mezclador roto y mi decisión de aguantar.

Cuando cierro el grifo, todo regresa. El parqué. El pendrive sobre el lavabo.

Kate no llamó.

Pantalón negro. Blusa blanca. El saco: la armadura de la competencia que me pongo cuando necesito parecer alguien que tiene todo bajo control.

Los botones no cierran: las manos tiemblan. Apoyo las palmas sobre la encimera fría. Cuento hasta diez. Un ritual que hace tiempo dejó de funcionar, pero cuento igual, porque la ilusión de control es lo único que me queda ahora.

Las 10:03. Kate todavía no llama.

Las llaves. La billetera. El teléfono. El pendrive en el bolsillo del saco, donde ayer estaba el botón. Blanco. De plástico. Lo tiré por el chute de basura a la una y media de la madrugada, sin tocarlo con los dedos, a través de una servilleta de papel, como una pieza de evidencia.

Cierro el departamento con llave. Verifico el pasador dos veces. Pero los cerrojos no protegen de la amenaza real. La amenaza está dentro de la cabeza: contra eso no hay pasador, no hay cadena.

* * *

El Arlington de octubre en domingo por la mañana, tranquilo, levemente soñoliento, todavía sin decidirse a ser día. Los arces amarillos y anaranjados a lo largo del bulevar Wilson, el asfalto mojado después de la lluvia nocturna que no escuché, el olor a hojas húmedas y a café de la puerta abierta de una cafetería. Una ciudad ordinaria. Gente con una memoria que funciona en una sola dirección: hacia adelante, sin lagunas, sin voces ajenas en los mensajes de voz.

Manejo. La mano derecha en el volante. Los nudillos, blancos.

En el semáforo, un Toyota Camry blanco delante. Verde: acelero demasiado fuerte. El auto de atrás toca bocina. Me perdí el

giro. El navegador recalcula la ruta con una paciencia que le envidio.

Otro rojo. Me detengo.

El Toyota blanco se pone al lado. El mismo del semáforo anterior. Una gorra de béisbol al volante. La cabeza agachada. La cara, oculta.

La nuca se me enfría.

Verde. El Toyota dobla a la derecha. Yo sigo recto.

Paranoia. Un conductor cualquiera ocupado con su domingo. Va al supermercado, a la casa de un amigo, a sus asuntos que no tienen nada que ver conmigo.

Dos cuadras más, doblo al bulevar Wilson.

El Toyota blanco. Estacionado junto a la vereda. Las mismas placas de Virginia.

Dobló a la derecha. Yo seguí recto. ¿Cómo llegó antes que yo?

Aflora un recuerdo. La mañana de ayer. Kate llegó con el cerrajero. Yo estaba parada junto a la ventana mirando cómo estacionaban, y de reojo capturé una silueta blanca junto a la vereda de enfrente. No le presté atención entonces. Las mismas placas de Virginia.

Estaba ahí ayer. Aquí ahora. No sigue: ya está en posición. Espera. Conoce mi agenda.

Hay que llamar a Kate. ¿Pero qué le digo? ¿«Un auto blanco»? Ella va a pedir pruebas. Yo tengo paranoia y tres minutos antes de la cita.

El edificio, adelante. Tres pisos. Ladrillo rojo oscurecido por la lluvia.

Estaciono. Bajo. El aire frío en la cara, las hojas rascan el asfalto, el viento del Potomac, olor a río y a tierra mojada.

El Toyota blanco, tres lugares más allá. Todavía vacío. Todavía esperando.

Camino hacia la entrada. Cada instinto grita: date vuelta. Mira si sale el conductor.

No me doy vuelta. Si me observan, no quiero que sepan que los noté.

Oficina 304. Tercer piso.

El ascensor. Las paredes de espejo multiplican mi reflejo: una mujer pálida en saco se convierte en cinco, en diez, en un corredor infinito de caras iguales y cansadas. Aparto la mirada.

Tercer piso. Alfombra en el pasillo, azul oscuro, que absorbe el sonido. Luz suave, casi hogareña. Puertas de vidrio esmerilado con placas.

Doctora Patricia Reeves, PhD. Hipnoterapia Clínica. Especialización: trauma.

10:27. Tres minutos antes.

Estoy parada con la mano en la manija fría. Del otro lado, las respuestas. O la confirmación de que me estoy destruyendo por dentro. Me controlan, o me rompo. Las dos verdades terminan igual.

Pero no saber es peor.

Empujo. Entro.

La sala de espera es pequeña. Seis sillas con tapizado gris, una mesita ratona con un abanico de revistas que nadie lee: están ahí para las manos, para tener adónde poner las manos mientras se espera. Cuadros abstractos en las paredes, azul y verde, formas tranquilas, nada punzante.

La recepción, vacía. Domingo.

Me siento. Manos sobre las rodillas. El silencio, denso, profesional, el de los lugares donde la gente dice cosas pesadas y paga para que la escuchen. Detrás de la pared, un murmullo apenas perceptible: una silla, pasos, el clic de un bolígrafo.

Cierro la puerta de entrada y la interior se abre.

La doctora Patricia Reeves. Exactamente como en la fotografía. Cabello canoso, ojos atentos detrás de los anteojos sin montura. En los ojos no hay ansiedad ni compasión: hay evaluación. Rápida, habitual, clínica. Me mira un segundo antes de hablar.

—¿Laura Stevens?

—Sí.

—Soy Patricia Reeves. Pase.

* * *

La sigo al consultorio. Dos sillones en ángulo: no confrontación, conversación. Sin ventanas. Lavanda en el aire, apenas, para no

imponerse. Un lugar donde la gente dice cosas pesadas y sabe que las paredes retienen el sonido.

—Siéntese donde le resulte cómodo.

Elijo uno de los sillones. El tapizado es firme, levemente rígido: no la suavidad que invita a relajarse y contarlo todo, sino la que mantiene la forma. Reeves se sienta enfrente. Toma una libreta amarilla, tamaño legal. El bolígrafo, listo. Tinta negra.

—Antes de empezar. —La voz, medida, amablemente contenida, no suave.— Las excepciones estándar a la confidencialidad: amenaza a usted o a otros. Si la considero peligrosa, estoy obligada a reportarlo. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Bien. —El clic del bolígrafo, un sonido pequeño y preciso en la habitación silenciosa.— Cuénteme qué está pasando.

Inhalo.

—Hace tres semanas volví en mí en el suelo de la cocina. Ropa de calle. Botas con barro. No recuerdo cómo llegué a casa. Lo atribuí al estrés. Después las lagunas se hicieron más frecuentes: trayectos, dibujos, mensajes que no recuerdo. Esta mañana, una llamada saliente, siete minutos cuarenta y tres segundos. No recuerdo ni haber marcado ni una sola palabra de la conversación.

Reeves entrecierra levemente los ojos. Se inclina hacia adelante. No hacia mis palabras: hacia mis manos.

—Laura. —La voz, cuidadosa, calculada.— Cuando entró a esta habitación, traía la bolsa en el hombro derecho. Abrió la puerta con la mano derecha. El reloj lo lleva en la muñeca izquierda.

Bajo la mirada. El reloj. La muñeca izquierda. Todo en su lugar.

—¿Sí?

—Pero cruzó la pierna izquierda sobre la derecha. La mano izquierda aprieta el apoyabrazos. —Pausa.— Y al cuello se lo tocó con la mano izquierda. Hace un segundo. Antes de que yo hablara.

—No entiendo.

Reeves deja el bolígrafo. Junta las manos sobre las rodillas. La expresión no cambia, pero en los ojos hay un desplazamiento. La evaluación profesional se vuelve alerta aguda.

—Cambió la mano dominante —dice en voz baja—. En el último minuto y medio. Desde que se sentó.

Miro mis manos. La izquierda aprieta el apoyabrazos. Los nudillos, blancos. Tensa. La derecha descansa sobre la rodilla. Relajada. Abierta.

—Eso es imposible —susurro.

—No es ansiedad. No es una reacción al estrés. —En la voz aparece un filo.— Clínico, preciso.— La dominancia de la mano no cambia de un segundo al siguiente. No de manera natural. No sin causa neurológica. —Pausa.— O programación externa.

Miro la mano izquierda. La que aprieta el apoyabrazos como si le perteneciera. Como si siempre hubiera sido mi mano dominante.

¿Cuándo ocurrió?

No recuerdo el cambio. No recuerdo el momento en que se produjo.

Cuando entré era diestra. Seguro. Esta mañana, el teléfono: la mano derecha lo sostenía. La manija de la puerta: la mano derecha giró.

Miro la libreta en la que fui escribiendo durante la sesión. Las primeras líneas: inclinación a la derecha, los lazos habituales. Mi letra. Luego, en la mitad de la página, la inclinación cambia. Las letras, más angulosas. Sesgo hacia la izquierda. Otra letra.

La mía, pero no la mía.

El cambio ocurrió aquí mismo. A la vista de Reeves. Y ninguna de las dos lo notó.

Ahora soy zurda.

Y no me di cuenta.

**

CAPÍTULO 12

23 de octubre de 2022

—Creo que estoy entrenando asesinos seriales. Y no recuerdo cómo lo hago.

Las palabras se me caen de la boca antes de que pueda poner guardias. El consultorio de la doctora Reeves se detiene. No es la pausa que hacen del susto, sino la profesional: la que deja que tus confesiones se asienten en la alfombra como polvo venenoso.

Reeves deja el bolígrafo despacio. En su mirada, solo evaluación pareja, impasible. La misma que tenía cuando notó por primera vez que yo pasaba el bolígrafo de una mano a la otra. Ella escuchó cosas peores; su trabajo consiste en no asustarse cuando un paciente se declara monstruo.

—Cuénteme más.

Me aferro a los apoyabrazos del sillón. El tapizado firme, levemente áspero, araña las yemas de los dedos. Necesito agarrarme a algo sólido mientras la realidad bajo los pies se convierte en alquitrán líquido.

—El martes evalué a Marcus Ford. Dos muertes, una almohada. En el camino a casa, un mensaje de voz en el auto. Y después la llave de una unidad de almacenamiento en el bolsillo del abrigo. No recuerdo cómo llegó ahí. No recuerdo haberme puesto ese abrigo.

—¿Cuántos episodios están documentados? —Su voz, seca como una hoja de otoño.

La pregunta clínica ayuda. Me cambia al modo informe. Así es más fácil.

—Cinco documentados. Posiblemente más. El jueves me desperté con polvo de tiza bajo las uñas. Sobre la mesa de la cocina, un dibujo con mi letra. Una figura de palitos con un lazo en el cuello. Escrito abajo: «Método n.° 1». Como una página de un manual. Más de una hora de vida simplemente borrada.

—Y no recuerda nada.

—Nada. Me dormí. Me desperté. Entre los dos: un agujero negro.

Reeves escribe. La letra, angular, económica, despojada de toda elegancia. Así escribe alguien que lleva treinta años registrando el derrumbe ajeno y dejó de gastar energía en la caligrafía.

—El dibujo coincidió con la escena del crimen —continúo, y mi voz suena como el dictáfono de otra persona—. Exactamente. La disposición de la cuerda es idéntica a la técnica de Crowley. 2019, cuatro víctimas.

—Comparó los materiales con los expedientes.

—Sí. La agente del FBI Kate Brennan confirmó la coincidencia.

Reeves hace una anotación. Solo le interesa la mecánica de mi desintegración.

—La evaluación de Ford. ¿Cómo empezó?

Lo cuento en frases cortas, tajantes. Ford: tranquilo, ensayado, con ese brillo fanático en los ojos que tienen las personas convencidas de su propia santidad. Sus palabras sobre la mujer que lo entrenó. «Ella manda saludos. Desde el lugar donde todo empezó».

—¿La describió?

—Se negó. Dijo que ella sabría si él hablaba. Sabía cosas personales de mí. Cosas que un extraño no debería saber. —Inhalo profundo: la lavanda en el aire se siente demasiado pesada, casi sofocante.— Dijo que estamos conectadas por el sótano.

Reeves ni siquiera pestañea. Espera. En este consultorio no hay ventanas, no hay hora del día. Solo esa luz suave e invariable de las lámparas y el olor al calmante. Este lugar fue diseñado para que aquí se pueda confesar cualquier cosa sin que el mundo se derrumbe.

Pero ya se derrumbó. Solo que los escombros todavía no terminaron de caer.

Miro mis manos. Dijo «sótano» y durante un segundo no pude respirar. Como si la palabra en sí fuera la llave de algo que llevo mucho tiempo cerrado.

Reeves espera. No ayuda. No es crueldad: sabe que tengo que llegar hasta aquí sola.

—Dice que inventamos los métodos juntas. Fantasías infantiles sobre cómo matar al monstruo. Maneras de resistir.

Me detengo. Si ella recuerda, entonces el sótano no es solo una herida. Hay algo que enterré junto con ella.

—Sí —dice Reeves, simple.

—Sí.

Reeves inclina la cabeza. Escucha no solo las palabras.

—Robert Ashford —digo—. El secuestrador. Condenado. Cumplió veintisiete años. Salió en abril. Desapareció en julio. Completamente.

El bolígrafo de Reeves se detiene.

—Hace seis meses.

—Sí. La primera laguna, hace tres semanas. Volví en mí en el suelo de la cocina, cinco horas borradas, barro en las botas. No fui al médico. No se lo dije a nadie. —Una pausa larga. El consultorio espera.— Y luego la evaluación de Ford, el mensaje de voz de E, la llave de la unidad, y desde entonces cada día peor.

Reeves me estudia. Calcula algo detrás de la expresión pareja.

—Tenía diez años. ¿Qué tan complejas podían ser esas fantasías infantiles?

—No lo sé. No lo recuerdo. Pero cuando veo el resultado, lo reconozco. La mano sabía qué dibujar aunque la mente no lo supiera. La memoria muscular funcionó sin mí.

—Las fantasías se volvieron realidad.

Guardo silencio un momento. Luego:

—Estudié asesinos seriales durante veinte años. Escribí sobre patrones. Di clases sobre cómo se forma la violencia. —La garganta se aprieta.— Y todo ese tiempo llevaba el programa de estudios dentro.

—Ford mató a dos mujeres con una almohada. Crowley, cuatro con una cuerda. Los dos métodos coinciden con mis dibujos infantiles. —La voz, más pareja de lo que debería ser. El modo clínico aguanta.— En los párpados de las víctimas, botones blancos. Cosidos con hilo blanco.

Reeves guarda silencio. Detrás de ese silencio, no hay vacío: hay peso.

—¿Por qué concluyó que entrena? No que los dibujos coincidan. Específicamente: que usted entrena.

Ahí está. La pregunta que esperaba y temía. La que yo misma no me había hecho en voz alta.

—Porque pasaron a través de mí. A Ford lo evalué para el tribunal. A Crowley: su caso apareció en mis propios materiales. Yo misma cerré el expediente y atribuí «ella mostró» a simulación. Los dos declararon haber tenido una mentora mujer. —Miro mis manos. Tiemblan. Las pongo sobre las rodillas.

—Y durante las lagunas hago cosas que no recuerdo. Dibujo sus métodos. Busco sus casos. Escribo «lista» en el campo de búsqueda a las 2:23 de la madrugada.

—«Lista».

La palabra flota en el aire entre nosotras. Una sola palabra en un campo de búsqueda vacío a las dos y media de la madrugada. No recuerdo haber abierto el navegador. No recuerdo haber escrito. En la grabación de la cámara estoy sentada, erguida, con los ojos abiertos, y mi mano escribe esa palabra, y en mi cara no hay nada. Absolutamente nada.

—La última búsqueda antes de cerrar la laptop. Una palabra. —Me detengo. La garganta se cierra.— No sé a quién va dirigido ese mensaje. No sé qué significa «lista». Pero sé que a las 2:23 de la madrugada alguna parte de mí respondió que sí.

Reeves deja la libreta. Junta las manos sobre las rodillas. La distancia profesional se comprime un milímetro.

—Laura. Escuche con atención. E le llama desde un número externo. Le deja mensajes de voz en el teléfono. Le manda SMS.

—Sí.

Guardo silencio. Miro sus manos. Y entonces entiendo: no porque ella lo explicara. Porque ya lo sabía. Desde el momento en que escuché el mensaje de voz en el auto. Lo sabía y no dejaba que la palabra cayera en su lugar.

—Un alter no puede llamar desde un teléfono ajeno —digo despacio—. No puede dejar un mensaje de voz en el buzón. Es

físicamente imposible.

Reeves guarda silencio. Espera.

—E es real. —Por primera vez en voz alta. La voz, ajena.— Está afuera. Siempre estuvo afuera.

Real. Una persona separada. Que conoce el código y lo marca mientras duermo. Espera a que se abra la puerta correcta. Y yo la abro.

—Hay personas muertas. —La voz cede.— Seis mujeres solo entre los dos casos confirmados. Crowley, Ford. Y posiblemente un tercero. Si las entrené—

—La activaron. Sin su consentimiento consciente.

—Eso no me quita la responsabilidad. Yo hacía las evaluaciones. Firmaba las conclusiones. Mis recomendaciones influían en los veredictos.

—Laura. —Reeves se inclina hacia adelante. Por primera vez en la sesión, un movimiento, no una palabra.— La culpa que siente ahora no es suya. Se la pusieron ahí.

—Es demasiado conveniente. —La voz, más afilada de lo que quería.— «La programaron», y listo, manos limpias. Seis mujeres muertas. Una teoría conveniente no las resucita.

Reeves no cede. Mira directo.

—No digo: manos limpias. Digo: está tomando una culpa ajena. La que le pusieron adentro especialmente. Para que si algún día recordara, se detuviera sola. No resistiera.

Quiero objetar. Abro la boca.

No puedo.

No es alivio. Es peor. Cuando entiendes que te engañaron no solo desde afuera. Que parte de la prisión la llevabas adentro todo este tiempo y la llamabas conciencia.

No soy un arma. Soy el territorio donde alguien libra una guerra. La diferencia es pequeña. Pero mientras no la veía, era imposible pelear.

Me levanto. La habitación se bambolea, pero me mantengo de pie. Camino hacia la ventana que no existe. Me detengo junto a la pared y miro el cuadro abstracto: azul y verde, formas tranquilas,

nada punzante. Alguien lo eligió con cuidado. Para tener algo donde mirar cuando ya no hay a dónde.

—¿Y si no puedo detenerlo? ¿Y si la programación es demasiado profunda?

—Para eso estamos aquí. Entender los disparadores. Desactivar el condicionamiento. —Reeves me observa junto a la pared.— El hecho de que usted sea consciente de lo que ocurre ya es significativo. La conciencia crea resistencia. Vino aquí sola. Eso no es el programa: eso es usted.

La miro. Un segundo pienso: ¿y si esto también es parte del programa? Venir precisamente aquí. A este especialista. El pensamiento es resbaladizo, rápido, y no lo retengo.

—Kate tiene menos de cuarenta y ocho horas para encontrar el tercer caso. Sin eso, su jefe en el FBI no autoriza la investigación.

—Entonces trabajamos rápido. Recomiendo hipnosis. Mañana, si está dispuesta. Terapia de regresión, acceso a recuerdos bloqueados. Si recuperamos lo que pasó en el sótano, entendemos la estructura de la programación. Qué comandos están instalados. Cómo los explota E.

Mañana. El sótano. Hace veintisiete años que no me acerco a ese borde. Los terapeutas me llevaban hasta ahí, yo me iba. Cambiaba el tema. Escribía artículos sobre amnesia en lugar de tratar la mía.

—Puede haber cualquier cosa ahí dentro —digo—. No sé qué hice en ese sótano. Qué me hizo él. Qué recuerdo y qué inventé.

—Eso es exactamente lo que necesitamos averiguar.

—¿Y si los recuerdos son ellos mismos un disparador? ¿Y si acceder a ellos activa la siguiente cadena?

—Ese es el riesgo —dice Reeves sin rodeos. Directo.— Pero permanecer en la ignorancia también es un riesgo. E ya la está activando. Con los recuerdos tendremos información. Contexto. Maneras de resistir.

Resistir. Lo inventamos en la oscuridad cuando teníamos diez años y no teníamos otra arma. Quizás sigue siendo la misma.

—A las nueve de la mañana —digo. La decisión se asienta antes de que la formule.— ¿Qué traigo?

—Todo lo que pueda servir de ancla. Fotografías, objetos de ese tiempo, informes policiales. Todo lo relacionado con el sótano.

Reeves se levanta. Extiende una tarjeta: papel grueso, tipografía en relieve. Al reverso, un número escrito a mano. La misma letra angular y económica.

—Si hay un episodio esta noche. Si E hace contacto, llame de inmediato. No mañana por la mañana. En el momento.

Tomo la tarjeta. Papel grueso entre los dedos. Real. Concreto.

—Espere. —Me detengo en la puerta.— Robert salió en abril. Seis meses de silencio. Luego evalúo a Ford, y ese mismo día todo se activa. No es una coincidencia.

—La evaluación de Ford fue la señal —dice Reeves—. Para E. Prueba de que el sistema funciona. De que usted todavía está operativa.

Operativa. Palabra de manual técnico. Para una máquina, no para una persona.

—O esperaba a que Robert saliera. —La voz, pareja. Las manos, no.— Me aprieto la correa del bolso. Si él instaló la programación, ella lo necesitaba libre. Para el mantenimiento. Para el refuerzo.

—Actúan juntos —digo—. Robert y E.

Reeves no responde de inmediato. Luego:

—Sea muy cuidadosa esta noche, Laura. Muy cuidadosa.

Me voy antes de que el pánico me alcance.

El pasillo. La alfombra azul oscuro amortigua los pasos, caminas como entre algodón. El ascensor. Las paredes de espejo. No miro.

* * *

El estacionamiento recibe con el octubre de afuera: frío tajante, concreto, no el de los espacios cerrados. El viento del Potomac. Hojas húmedas. El mundo real, que siguió mientras yo estaba adentro desarmando lo que me hicieron.

Mi auto está donde lo dejé. El Honda gris. Tercera fila. Presiono el desbloqueo. Las luces parpadean.

Y me congelo.

En el parabrisas, letras. Blancas. Irregulares. Escritas con algo que deja marca de tiza: tiza barata de escuela, la que se desmenuza con la presión y mancha los dedos de polvo blanco.

Cuatro palabras.

BUENA ELECCIÓN, LAURA. E

Me quedo parada. El viento de octubre. Las hojas rascan el asfalto. En algún lugar a una cuadra suena una bocina.

Tiza en mi auto. En el estacionamiento donde llegué hace una hora. Mientras yo estaba sentada en el consultorio de Reeves hablando de ella, ella estaba aquí. Leyó la placa de mi auto. Sacó la tiza. Escribió. Sin apresurarse.

Buena elección.

Sabe que fui a ver a Reeves. Quizás lo supo antes. Quizás por eso el Toyota estaba en el bulevar Wilson desde temprano. No vigilancia. Espera. Sabía adónde iba yo antes de que yo misma lo decidiera.

Saco el teléfono. Las manos no obedecen, me equivoco dos veces antes de abrir la cámara. La abro. Fotografío el vidrio. Tres ángulos. De cerca.

Lo más cerca posible. Luego, sin poder evitarlo, paso el dedo por la letra E.

Tiza. Seca. Se desmenuza. Polvo blanco en la yema del dedo: el mismo que estaba bajo mis uñas el jueves por la mañana, cuando me desperté sobre el dibujo que no había dibujado.

Miro el dedo. Luego la letra.

Mi yema. Su letra. El mismo polvo.

Amplío la última fotografía. La inscripción. El vidrio. La tiza. Y detrás de la inscripción, en el reflejo, al fondo: una silueta. Femenina. Campera oscura. Parada junto a la pared del edificio de enfrente.

Mirando directo a la cámara de mi teléfono.

La cara, borrosa: la distancia, el ángulo, el temblor de las manos. Pero la postura: inmóvil, segura, paciente, la de alguien acostumbrado a esperar, dice más que cualquier cara.

No se fue. Se quedó parada mirando cómo yo fotografiaba. Esperó a que la encontrara en el encuadre.

Levanto la vista hacia la pared de enfrente. Vacío. Ladrillo gris. Nadie.

Pero en la fotografía está. Estaba aquí hace treinta segundos. Parada mirando.

Llamo a Kate.

—Laura, ¿dónde estás?

—Estacionamiento de la clínica Reeves. Bulevar Wilson. —La voz, pareja. Sorprendentemente pareja. El cuerpo es más inteligente que la cabeza, se sostiene cuando la cabeza ya no puede.— E dejó una inscripción con tiza en mi parabrisas. Mientras yo estaba adentro. Y hay una fotografía. En el fondo, una silueta. Femenina. Estaba aquí cuando tomé la foto.

Silencio. Un segundo. Dos.

—No toques nada más. Voy para allá. Ciérrate en el auto.

Me siento. Cierro con llave. Escucho cómo encajan los seguros, los cuatro, al mismo tiempo. Miro la inscripción a través del vidrio, ahora al espejo, las letras al revés.

ARUAJ ,NÓICELE ANEB

Sin sentido en el espejo. Pero el sentido no cambió.

Espero a Kate. El viento agita los arces vacíos al fondo del estacionamiento: hojas anaranjadas y amarillas, las últimas, se sostienen con lo que les queda. Octubre termina su trabajo.

En una semana los árboles estarán pelados.

El teléfono en la mano. La fotografía abierta. La silueta junto a la pared.

Se colocó de modo que quedara en el reflejo, y esperó hasta que yo la encontrara en el encuadre. No se escondió. No se fue. Esto no es vigilancia. Es una conversación. En sus términos. En su idioma.

Kate. Se la voy a mostrar.

Tap. Tap. Tap.

La lluvia de octubre empieza sin avisar. Las primeras gotas en el vidrio empiezan a correr las letras de tiza por los bordes. E se desvanece.

**

CAPÍTULO 13

23 de octubre de 2022

La llamada.

La voz de Laura desde los parlantes de la laptop, y mis manos se enfrían. No es una decisión. Ocurre solo. La reacción del cuerpo que él instaló hace veintisiete años.

Manos frías, peligro. Cuenta. Quédate aquí.

Uno. Dos.

«¿Doctora Reeves? Necesito verla hoy. Es urgente».

Tres. Cuatro. Cinco.

Laura. Llama a una terapeuta. Pide ayuda. No. No ayuda. Peligro. Ella… La respiración se detiene. El ritmo que él enseñó no llega. Intento respirar, pero la respiración tiene una forma que calma, y no puedo encontrarla.

«Episodios disociativos severos con indicios de condicionamiento».

Lo dijo. Pronunció «condicionamiento» en voz alta. A un extraño. Los dedos se entumecen. El frío sube de las manos a las muñecas, a los antebrazos: la misma sensación del sótano cuando su voz se volvía suave. Cuando estaba satisfecho. Cuando hacíamos lo que había que hacer, sin que lo pidiera.

Las niñas buenas no necesitan instrucciones.

No estoy en el sótano. Estoy en mi departamento. Domingo. Octubre. La cámara de vigilancia en la laptop. La voz de Laura, nítida. ESTOY AQUÍ, no ALLÁ, pero el cuerpo no sabe la diferencia.

La terapeuta responde. Profesional. Clínica. Ofrece una hora.

«Tengo una ventana a las 10:30».

Las manos se mueven antes que el cerebro. Escribo. Busco. Bulevar Wilson. Doctora Patricia Reeves. Hipnoterapia clínica. Oficina 304. Encuentro el plano del edificio. Oficina 302, la de al lado. Desocupada.

Tienes que saber qué va a pasar. Tienes que estar ahí.

¿Esto lo pienso yo? ¿O es la programación? No puedo distinguirlos. No importa. El cuerpo ya se mueve. El abrigo. Las

llaves. La laptop. El vaso para escuchar a través de las paredes: lo usé antes. Con Ford. Con Crowley. Los vigilé. Los escuché. Verifiqué que ejecutaran lo que les enseñé.

No. Para. No quiero hacer esto.

Las manos continúan. Memoria muscular. Se estiran hacia las ganzúas, hacia la bolsa que siempre está lista. Me miro preparándome como si flotara sobre el cuerpo, observando los movimientos aprendidos. Siempre lista. Siempre con todo lo necesario encima. Nunca vacilar.

No vacilo. Eso también lo entrenó él.

* * *

Bulevar Wilson. Ladrillo rojo. Tres pisos. Un lugar al que la gente viene a pedir ayuda.

Estaciono a una cuadra del edificio. Camino. Escalera, no ascensor. La cerradura de la oficina 302 cede en treinta segundos: los pernos chasquean uno a uno, el giro agradable al final cuando el mecanismo se rinde. Esto sé hacerlo. No sé: me enseñaron. La diferencia importa. ¿O no?

Adentro, vacío. Polvo en el alféizar, olor a lugar sin habitar. La pared común a la derecha.

Apoyo el vaso: el borde contra el yeso, el oído contra el fondo. El vidrio, frío. Real. Presente. Pero el frío trae memoria: el suelo de concreto frío, el desagüe metálico frío en el rincón, el agua fría que goteaba en algún lugar de la oscuridad. No. El presente. Quedarse en el presente.

El punto GPS de Laura en la pantalla. A una cuadra. Menos.

De verdad cerca. No a través de cámaras, no a través de micrófonos: cercanía real. Como en el sótano, cuando nos tomábamos de las manos en la oscuridad y hacíamos promesas que éramos demasiado pequeñas para entender.

Pasos afuera. La puerta se abre al otro lado de la pared.

«¿Laura Stevens?»

«Sí».

Su voz. Conozco esa voz: la escuché a través de las cámaras durante meses. Pero no así. No a través de una sola capa de yeso.

No cuando ella cree que está sola. Que está a salvo.

Las voces se alejan hacia el fondo del consultorio. Laura dejó el teléfono en la recepción. La pared es todo lo que tengo.

Presiono el oído contra el vidrio. Aguzo el oído.

Nada. Sonidos amortiguados. No palabras. Los ascensos y descensos de una conversación que no puedo atravesar.

Pasos en el pasillo. Pesados. De hombre. Me paralizo. El vaso pegado a la pared, no moverme, no respirar. Los pasos se detienen frente a la puerta 302.

La manija gira. No cerré la puerta detrás de mí.

La puerta se abre. Un hombre con overol de trabajo. Calvo en proceso. Llaves en la mano. Me mira. Abre la boca.

—Disculpe —digo. Y enciendo la voz.

No la mía. La que Robert enseñó. Cálida. Tranquila. Terapéutica. La que usé con Ford cuando le explicaba cómo hacerlo bien.

—Vengo de la administradora. Inspección antes de la entrega. Reviso humedad en las paredes. —Levanto el vaso. Lo muestro. Sonrío.— Termino en diez minutos.

Él mira el vaso. Me mira a mí. Los ojos se desenfocaron un segundo: el cerebro elige entre la sospecha y la confianza. La voz ayuda a elegir.

—Ah, bueno. Entonces vuelvo después.

Se va. Cierro la puerta. Esta vez con llave.

Me quedo parada. Las palmas, húmedas. El corazón golpea las costillas.

Treinta segundos. Una mentira. La entonación correcta. En una hora no va a recordar mi cara. Solo la voz: cálida, confiable, la voz en la que uno quiere creer. La usé con un desconocido al azar sin pensarlo. Como respiro. Como cuento.

Vuelvo a apoyar el vaso contra la pared.

Cuarenta minutos. Cincuenta. Ni una palabra clara.

A seis metros de ella. Y no escucho nada. Es una tortura: no la del dolor, sino la peor: la distancia sin posibilidad de acortarla.

Intento mover el vaso: más arriba, más abajo, a la izquierda. El yeso es igual de sordo en todas partes. A veces se cuela un tono:

no palabras, solo entonación. Reeves habla parejo. Laura responde con frases cortas. Leo el ritmo de la conversación como se lee la respiración de alguien dormido: parejo, parejo, luego un tropiezo, luego parejo otra vez.

¿Qué está diciendo allá? ¿Sobre la oscuridad? ¿Sobre la infancia? ¿Sobre las manos que se mueven solas?

¿Sobre mí?

No debería pensar «sobre mí». Soy la observadora. Estoy aquí por información.

Pero no bajo el vaso de la pared.

Treinta y siete minutos parada sin moverme. Sé cuántos porque miré el teléfono dos veces, luego dejé de mirar. Las piernas se entumecen. El hombro izquierdo tira. Estoy acostumbrada a la inmovilidad: él enseñó a esperar, a apagar el cuerpo. Pero esta inmovilidad es distinta. No es paciencia. Es sed.

Quiero escuchar su voz. No a través de parlantes. No filtrada por un algoritmo. Viva.

Eso no es información. Pero no bajo el vaso.

Luego, movimiento. El chirrido de las sillas. Pasos. La sesión termina. Las voces se acercan a la pared común.

«…mañana…»

Una palabra. Por fin.

«…nueve de la mañana…»

Más cerca.

«…hipnosis…»

La palabra golpea físicamente. Hipnosis. Mañana. Nueve de la mañana.

Mañana Reeves intentará abrir el sótano. Desmantelar lo que él construyó.

Recojo las cosas. El vaso, la laptop, las ganzúas. Limpio cada superficie que toqué. El pasillo, vacío. Escalera abajo.

El estacionamiento.

Y ahí está el auto de Laura. El Honda gris. Solo.

Tengo que irme. La información está obtenida. Ya no hay nada que hacer aquí.

El pie da un paso hacia mi auto. Luego se detiene.

La mano baja al bolsillo del abrigo. Los dedos encuentran el trozo de tiza: pequeño, gastado, de escuela. Lo cargo siempre. Desde entonces. No recuerdo cuándo empecé. No recuerdo por qué. Quizás porque la tiza es lo único que quedó de esas tres semanas, además de Laura.

En el sótano escribíamos en la pared de concreto. Las letras, torcidas: teníamos diez años, las manos todavía no manejaban bien la tiza. Escribíamos nombres. El nuestro. El de la otra. Luego él lo vio y lo borró. Dijo: los nombres son una debilidad. Los nombres le dan poder a la gente sobre ti.

Recuerdo que Laura lloró. En silencio: ya entonces sabía llorar en silencio.

Yo no lloré. Al día siguiente encontré una tiza nueva y escribí otra vez. Solo su nombre. No el mío.

Me acerco al parabrisas. Miro alrededor. El estacionamiento, vacío. Escribo. Las letras salen irregulares: la tiza se desmenuza sobre el vidrio, los fragmentos caen sobre el capó.

BUENA ELECCIÓN, LAURA.

Firmo: E.

Me quedo frente a la inscripción. Polvo blanco sobre el vidrio frío. ¿Aprobación? ¿Amenaza? Quizás las dos cosas. Quizás la diferencia entre ellas es otra cosa que él me entrenó a no ver.

O quizás simplemente soy yo. La parte que quedó. La que al día siguiente encontró una tiza nueva.

Me aparto. Guardo la tiza en el bolsillo. Los dedos blancos: me los paso por el abrigo, pero el polvo se queda en los pliegues de la piel. Como siempre. El polvo fantasma que no se lava.

* * *

En el auto. A una cuadra del edificio. El teléfono ya está en la mano. ¿Cuándo lo tomé?

Tres tonos.

Su voz.

—Emma.—

Cada músculo se convierte en piedra. Automáticamente. Pavloviano. Veintisiete años activados por dos sílabas. Las manos:

hielo. La respiración cambia a su ritmo. La espalda se endereza. No elegí nada de esto. ¿O sí?

—Encontró a una terapeuta. —Mi voz, pareja. Controlada. La versión de Emma que él creó.— Doctora Patricia Reeves. Hipnoterapeuta. Sesión hoy. La hipnosis está programada para mañana por la mañana.

Silencio. Él piensa. Evalúa.

—¿Tu análisis? —La voz del maestro. Me está examinando.

La garganta se aprieta. Cerrar la línea. Tirar el teléfono por la ventana. Correr. En cambio, respondo: porque siempre respondo, porque el sótano enseñó que cuando él pregunta, tú contestas. O porque quiero responder. Quiero su aprobación. Quiero volver a ser la alumna aplicada que entiende las variables.

Lo segundo da más miedo que lo primero.

—Si la regresión funciona, Laura va a conocer los disparadores. Va a poder resistir. Destruir el condicionamiento.

—¿O?

—O la empujará más adentro. La activará en plena sesión.

—Bien. —Satisfecho.— Calor en el pecho. La reacción de placer que odio.— El condicionamiento no es frágil, Emma. Es arquitectura. Capas. Un sistema autosostenido. Reeves cree que puede desmantelarlo. Está intentando derribar una catedral con un cuchillo de mesa.

El calor no desaparece. Eso es lo que más odio: no las órdenes, no la lógica, no todo lo que me metió adentro. Esta reacción. Pavloviana. Él está satisfecho, y mi cuerpo responde antes de que yo pueda decidir si lo quiero.

Su verdadero talento no está en la programación. No en la arquitectura. Está en saber dar calor exactamente cuando más dispuesta estás a pagar por él.

Quiero creerle. Necesito creerle. Porque si Reeves PUEDE destruir la programación de Laura, entonces yo podría haber destruido la mía. Hace veintisiete años. Antes de Ford. Antes de Crowley. Antes de la sangre.

Están muertos. Porque elegí quedarme. O porque no pude escapar. Todavía no sé cuál de las dos cosas es verdad.

—¿Y si ella encuentra la manera? —Mi voz suena pequeña. No la Emma controlada. La que intento no mostrarle.

—Entonces sabes lo que tienes que hacer.

Matar a Reeves. No lo dice. No hace falta. El entrenamiento llena el espacio.

Guardo silencio. Miro el parabrisas. El estacionamiento, vacío. Su auto, solo. Las letras blancas visibles desde aquí: BUENA ELECCIÓN.

Lo escribí para ella. O para mí.

—Ella es inocente. —Las palabras se escapan solas.— Intenta ayudar.

—No hay inocentes. Todos hacen elecciones. Reeves eligió intervenir. Las consecuencias le pertenecen.

Su lógica es impecable. Sociopática. Estructurada. Yo la aprendí. Se la transmití a Ford. A Crowley. Eliminar el obstáculo. Todos hacen elecciones. Las consecuencias les pertenecen.

Yo dije esas palabras. Creí en ellas. ¿Todavía creo?

—Necesito pensar.

—No pienses. Confía en el entrenamiento. Confía en lo que el sótano te hizo.

La línea se corta.

Sentada en el auto. El teléfono en la mano. Matar a Reeves. No matar a nadie. Salvar a Laura. Liberar a Laura. Todo es verdad. Nada de esto es una elección.

Quizás la libertad es la programación con la que aceptaste. El pensamiento da náuseas.

Oscurece. La respiración se ajusta al ritmo viejo: automático, calmante, una prisión con paredes blandas.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Laura también cuenta. Los mismos números. El mismo ritual. Nacido en la misma oscuridad.

La diferencia es que ella intenta escapar. Y yo intento decidir si se lo permito.

El teléfono vibra. Su nombre en la pantalla.

Una sola palabra: Reeves.

No es una pregunta. Es una orden.

Los dedos escriben la respuesta antes de que yo decida: No.
Envío. Borro la conversación. Apago el teléfono.

Las manos tiemblan. Veintisiete años, y la primera vez.

Abro la puerta del auto.

No sé para qué. El cuerpo decide antes que la cabeza, como siempre, como toda la vida. Pero ahora no es programación. Es otra cosa. No le doy un nombre.

Salgo. La lluvia empieza: las primeras gotas, frías, de octubre. Me paro junto a la pared de enfrente del estacionamiento. Las manos en los bolsillos. La tiza se desmenuza entre los dedos.

Laura sale del edificio.

Viva. Real. Veinte metros, sin ninguna cámara entre nosotras. Camina hacia su Honda, ve la inscripción. Se detiene. Mira las letras durante un rato largo.

Luego saca el teléfono. Lo levanta. Fotografía.

Estoy junto a la pared. A la vista. No me escondo.

Ella baja el teléfono. Mira la pantalla. Una pausa: un segundo, dos. Luego levanta la mirada hacia donde yo estaba un segundo antes.

La lluvia arrecia. La «E» empieza a correrse por los bordes.

Laura guarda el teléfono en el bolsillo. Se sube al auto. Se va.

Me quedo detrás de la esquina. El abrigo se empapa. La tiza en el bolsillo se convierte en polvo.

La vigilé a través de cámaras, micrófonos, algoritmos. Conocía su agenda, su voz, sus miedos. Creía que la conocía.

Pero acabo de pararme junto a la pared a la vista. Me dejé fotografiar.

Es lo único que no había previsto.

**

CAPÍTULO 14

24 de octubre de 2022

No dormí.

Toda la noche estuve tendida en la oscuridad mirando el techo y probando el sabor de una sola palabra: arma. Reeves ayer fue absolutamente clara. No estoy traumatizada: estoy armada. Soy un mecanismo funcional, un hallazgo de ingeniería brillante disfrazado de persona. Mis disparadores están cosidos tan hondo en la corteza que la conciencia no tiene llaves para llegar a ellos.

El techo no dio respuestas. La oscuridad, menos.

A las siete el despertador aulló, pero yo llevaba rato esperándolo sentada al borde de la cama. Ducha. Jeans. Suéter. Reeves advirtió: nada de ropa apretada. El cuerpo necesita callar mientras la mente aúlla. Elegí la ropa como se elige para una operación difícil: algo anónimo, cómodo, que no duela olvidar.

El teléfono: un mensaje de Kate, enviado a las seis de la mañana. «Blake: verificado. Parece el tercer caso. Warren Blake, 2022, ahogamientos, puesta en escena teatral. Lo interrogo hoy. Ten cuidado con la hipnosis. Llama después».

Kate tampoco durmió. Las dos, cada una en su borde de todo esto, sin decirse en voz alta cuánto miedo da.

Mañana de domingo, calles vacías. Quince minutos de manejo que casi no recuerdo: las manos en el volante, la cabeza en el sótano. El ascensor. El tercer piso. El pasillo guarda el silencio como si fuera a propósito.

La puerta del consultorio no tiene llave.

Me quedo parada frente a ella. La mano en la manija. En la pared de la sala de espera, la lista de precios en un marco. El costo de la consulta inicial. El costo de la hipnoterapia.

Tarifa de fin de semana. Los números, concretos e indiferentes.

Detrás de esa puerta: 1995. El sótano. Tres semanas que no existen en la memoria. Veintisiete años huyendo de lo que hay ahí. Ahora voy a pedir que me lo muestren.

Los dedos aprietan la manija. El metal, frío.

Entro. Reeves aparece desde el consultorio.

—Laura. Temprano. Bien. Pase.

El consultorio se ve distinto que ayer. Los sillones están corridos. En el centro, un sillón reclinable, levemente inclinado hacia atrás. Luz suave de lámparas de escritorio. La luz del techo, apagada. El olor a lavanda, el mismo de ayer. Ahora significa: aquí es seguro. O debería significar.

—Antes de empezar, necesito su consentimiento absoluto. —La voz de Reeves, medida.— La regresión hipnótica a un trauma infantil conlleva riesgos serios. Si accedemos a los recuerdos donde se instaló la programación, las frases disparadoras pueden activarla en plena sesión. Estaré observando en todo momento. Si noto señales de activación, la saco de inmediato. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Palabra de parada: «lavanda». En cualquier momento, la saco del trance. Sin preguntas.

—Lavanda. Entendido.

—Recuéstese. Acomódese.

Me reclino en el sillón. El cuero, suave. El ángulo correcto: relaja sin dejar vulnerable. Reeves se sienta al lado. Libreta. Bolígrafo. Luego una pausa. Se levanta, toma de la estantería un pequeño cuenco de metal y un mazo de madera. Pone el cuenco en la mesita junto al apoyabrazos.

—Tome esto. —Me pone en la mano izquierda un objeto pequeño. Liso. Redondo. Más pesado de lo que parece.— Es el ancla. Mientras esté allá, lo sostiene aquí. Si en algún momento se vuelve demasiado, apriételo. Yo lo voy a sentir.

Miro. En la palma: una pequeña piedra de río, pulida hasta quedar mate. Fresca. Real.

Reeves toma el mazo. Lo pasa por el borde del cuenco, despacio, sin presionar. El sonido no nace de inmediato: primero un susurro de metal, luego se despliega, se espesa, llena la habitación desde adentro como el agua llena un recipiente. No es música. No es una señal. Es una presencia.

—Ese sonido es el límite. Cuando lo escuche de nuevo, significa que está volviendo. Memorícelo con el cuerpo, no con la cabeza.

Lo memorizo. O lo intento. La psicóloga que hay en mí ya está redactando el protocolo: cuenco tibetano, ancla táctil, ancla sonora de salida, fijación tridimensional clásica para trabajo con memoria disociativa. Yo misma recomendé esta técnica a colegas.

El conocimiento no ayuda. El cuerpo se tensa igual.

Reeves lo nota.

—Laura. —La voz, pareja, sin ritmo, sin órdenes.— Ahora mismo está analizando. Es esperable en alguien de su profesión, y es exactamente lo que necesitamos rodear. No apague la cabeza. Traslade la atención por debajo de ella. La piedra en la mano. La temperatura. El peso.

Traslado. La piedra, fresca. Luego, por el calor de la mano, empieza a entibiarme.

—Bien. Ahora: imagine el lugar justo antes del recuerdo. No el recuerdo en sí, solo el umbral. Un corredor. Una puerta. Usted está parada frente a ella. Afuera. ¿Qué siente ahí? ¿Olor, aire, algún sonido detrás de la puerta?

—Frío —digo—. Humedad. Olor a moho y a algo podrido. Detrás de la puerta gotea agua.

—Bien. Se queda ahí, afuera. Respira ese aire. Acostúmbrese a él. No hay apuro.

Parada frente a la puerta. El cuerpo, allá. La mente, aquí. La piedra en la mano se entibía.

—Cuando esté lista, no lo digo yo. Lo va a sentir usted misma. Usted misma abre.

Extiendo la mano hacia la manija. La giro. La puerta se abre.

* * *

El frío golpea primero. Instantáneo. Hasta los huesos. El frío del concreto que nunca ve el sol. La humedad se mete en todo: las paredes, la manta, los huesos. Olor a concreto mojado y a algo que se pudrió hace mucho. Oscuridad, salvo por una sola lámpara en el techo.

Tenue. Desnuda. Oscila en un cable pelado. Las sombras se arrastran por las paredes con cada vaivén.

El agua gotea en algún lado. Lenta. Con eco. Plop. Plop. Plop. El concreto lo amplifica.

Soy pequeña. Diez años. El pijama de Hello Kitty era rosa, ahora está gris de mugre y moho. La muñeca duele: me la raspé contra la pared. Concreto con borde afilado. Sangre seca bajo la uña de tanto rascar la costra.

Hambre. Tanta hambre que el estómago duele. Vacío. Hueco. ¿Cuándo comimos? ¿Ayer? ¿Anteayer?

—¿Qué ve, Laura? —La voz de Reeves, desde lejos. El ancla.

—El sótano. Frío. Una lámpara en el techo. Agua goteando. —Escucho mi propia voz como si fuera ajena. Distante.— Al lado, otra niña. De mi edad: diez años, quizás un poco mayor. Cabello rubio, enredado y apelmazado. Flaca: los huesos se marcan bajo la piel. Se le ven las costillas cuando respira. Se las arregla mejor que yo. No llora. Los ojos que tiene no son de niña. Vieron demasiado.

Estamos sentadas juntas. Una manta de lana gris, apolillada, húmeda. Cuando ella se mueve, el agua gotea de la tela al concreto. Entre nosotras sobre el suelo hay un botón. Blanco. De plástico. Cuatro agujeros. Nos lo pasamos, liso, tibio de nuestras manos. El único objeto que hay, además de la tiza y una radio transistor rota que hace rato no suena.

Ella toma el botón. Lo aprieta en el puño. Cierra los ojos.

—Vamos a sobrevivir —susurra—. Juntas.

Abre los ojos. Me extiende el botón.

—Inventamos historias —dice—. Así es más fácil. Te hace sentir más fuerte.

Asiento. La garganta, seca. Tragar duele.

—Cuéntame una historia —dice ella—. De una princesa.

Cuento. Una princesa en una torre. Un dragón. Una cuerda que ella encuentra. Un nudo que practica. El conteo del uno al diez mientras el dragón muere.

—¿Y después? —pregunta. Los ojos brillan en la luz tenue. Por un segundo es solo una niña escuchando un cuento.

—Después la princesa se va. Por la puerta que el dragón custodiaba. Afuera hay sol. Y nunca vuelve.

Ella escucha. Guarda silencio. Luego recoge la tiza del suelo. Blanca. Corta. Gastada.

Camina hasta la pared. Los pies descalzos, silenciosos sobre el concreto mojado. Dibuja. Una figura de palitos. Un círculo por cabeza. Líneas de cuerpo, brazos, piernas. Luego una línea horizontal alrededor del cuello. Con cuidado. Con precisión.

—¿Qué pasa ahora? —La voz de Reeves. Distante, pero sostiene.

—Está dibujando. Una persona con una línea en el cuello.

—¿Por qué?

—Para que no olvidemos. El método. Cómo matar monstruos.

Se da vuelta. La cara, seria. Adulta.

—Necesitamos más maneras. Con una no alcanza. Si el dragón sobrevive a la primera, hace falta una segunda. Y una tercera. Y una cuarta.

Nos sentamos en el concreto frío e inventamos maneras de matar lo que nos retiene. Fantasías de niñas. Fuerza imaginaria cuando la real es cero. Ella dibuja cada una en la pared. Cuatro métodos. Cuatro maneras en que la princesa mata al dragón.

La oscuridad se vuelve insoportable: nos tomamos de las manos. El botón va y viene hasta que queda definitivamente tibio.

Luego la puerta se abre.

El sonido es distinto. El cerrojo gira despacio. Metal contra metal.

Un hombre baja la escalera. Un escalón a la vez. Sin apresurarse. Sabe que no vamos a huir.

—Alguien viene —digo en voz alta. La voz tiembla.— Un hombre. Baja.

Una cara ordinaria. De las que se olvidan enseguida. Pelo ralo. Anteojos. Podría ser el maestro de alguien. El vecino de alguien. La normalidad total lo hace más aterrador que cualquier cosa.

La voz, suave. Paciente.

—Buenos días, niñas. Les traje algo.

Papel. Hojas blancas. Lápices. Los pone en el suelo entre nosotras.

—Dibujen lo que contaban en sus historias. Los métodos que inventaron. Muéstrenme.

Sin malicia. Sin amenaza. Como una tarea escolar.

Dibujamos. Ella primero. Yo copio. Figuras de palitos. Cuatro dibujos. La mano tiembla. El lápiz resbala.

Él mira. Los brazos cruzados. Asiente. Satisfecho.

—Muy creativamente. Qué imaginación. —Sonríe.— Niñas buenas.

El elogio revuelve el estómago.

Junta los dibujos. Estudia cada uno. Luego arrastra una silla de madera desde el rincón. Las patas chirrían sobre el concreto. Se sienta de frente a nosotras. Se inclina hacia adelante. Los codos sobre las rodillas.

—Ahora otro juego. Relajante. —La voz cae más abajo.— Cierren los ojos.

No quiero. Pero ella los cierra, obediente, como si no fuera la primera vez. La sigo.

Y entonces la voz cambia. No más fuerte: más profunda, más lenta, con un ritmo deslizante adentro que llega a la columna antes de que uno entienda lo que está oyendo. La voz de maestro desapareció. Esta no es suya. Esta suena como si la hubiera usado toda la vida.

—Están muy cansadas. Muy cansadas. Los ojos, pesados. El cuerpo, relajado. Escuchen solo mi voz. Solo mi voz importa. Más profundo. Más profundo. Bajando por la escalera en su mente. Diez. Nueve. Ocho. Siete…

Conozco esta técnica. La escuché descrita en conferencias, la leí en los manuales, se la expliqué a los estudiantes. Ritmo ericksoniano, carga sugestiva en el conteo, enfoque en una sola voz.

Lo sé. Y de todas formas me hundo.

La yo de diez años no sabe nada. Se hunde. La voz como agua llenando los oídos, ahoga el pensamiento, ahoga la resistencia, ahoga la diferencia entre lo que entiendo y lo que me está pasando.

—Bien. Están a salvo. Están tranquilas. Están listas.

Una pausa. El agua que gotea cuenta los segundos.

—Ahora les voy a enseñar unas palabras especiales. Palabras importantes. Cuando escuchen estas palabras, van a— La respiración se detiene. Los dedos se cierran. Los músculos del cuello se convierten en piedra, sin orden, antes del pensamiento.

Un golpe de metal contra metal, el cuenco. Seco. Único. Lo corta todo.

—Laura. La piedra en la mano. Apriétela. Ahora.

La aprieto. La piedra, tibia. Real.

—Me escucha. Suba. Vaya hacia el sonido, es suyo, no de él. De vuelta por el corredor. La puerta, atrás. Aléjese de ella. Venga aquí.

* * *

Los ojos se abren de golpe. Me ahogo. El corazón late tan fuerte que lo veo en los ojos.

En la mano izquierda, la piedra. Apretada con tanta fuerza que los dedos están blancos. No recuerdo haberla apretado.

El consultorio emerge despacio. La luz suave. La lavanda. La mano de Reeves sobre mi antebrazo, la otra mano, la derecha, la que no tiene la piedra.

—Respire conmigo. Inhala. Exhala. Está aquí. En mi consultorio. Lunes. Está a salvo.

Las paredes vuelven a su lugar. Las manos tiemblan. La cara, mojada: ¿cuándo lloré? No recuerdo. Me seco las mejillas con el dorso de la mano. La piel al tacto, ajena.

—¿Qué pasó? —La voz, cruda. No la mía.

—Estaba a un segundo de que se instalaran los disparadores. Si el recuerdo hubiera continuado, usted habría escuchado las frases. En trance, eso podría haberla activado completamente.

Me incorporo. La habitación se bambolea. Pero estuve tan cerca.

—Aprendimos muchísimo. —Reeves toma la libreta. Las manos tampoco están del todo tranquilas, lo noto por primera vez.— La programación está confirmada. Robert usó sus dibujos infantiles, sus fantasías de supervivencia, y los convirtió en un arma. La otra

niña pasó por lo mismo. Conocemos su metodología: inducción ericksoniana, condicionamiento clásico. Lo que no sabemos son las frases disparadoras específicas. Y eso es más seguro.

Más seguro. La palabra no tiene sentido. Hace un minuto era una niña de diez años sobre concreto mojado. Sentía el frío. El hambre. El olor a moho. Sentía su mano, pequeña, huesuda, tibia, en la mía. Y la voz de Robert, pareja, paciente, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Laura. —Reeves se inclina más.— Está aquí.

—Sé dónde estoy. —La voz se quiebra.— No sé quién soy. Esa niña en pijama soy yo. Y la mujer que dibuja con tiza a las tres de la mañana también soy yo. Y la psicóloga forense que evalúa asesinos, también. ¿Cuántas yo hay?

Reeves guarda silencio. No responde de inmediato. Eso está bien: significa que está pensando, no consolando.

—Una —dice al fin—. Una, con respuestas condicionadas que se activan sin su conocimiento. No es una personalidad múltiple. No es escisión. Una sola Laura con disparadores que podemos desactivar.

—¿Cómo?

—Dos caminos. El primero: desprogramación tradicional. Tres veces por semana, mínimo seis meses. Desmantelamiento sistemático de las respuestas condicionadas. Lento, pero seguro.

—¿Y el segundo?

—Teórico. Activación extrema seguida de ruptura. Obligar a su cerebro a elegir entre obediencia e instinto de supervivencia. Si el instinto de supervivencia gana, la programación colapsa. Libertad instantánea.

—¿Y si no gana?

—Activación permanente. Psicosis. Muerte. Todo es posible. —Me sostiene la mirada.— No lo recomiendo. Pero usted tiene que saber que la opción existe.

Me levanto. Las piernas, débiles, pero sostienen. Camino hasta la pared. Blanca. Blanca como el concreto. Como la tiza. Como los botones.

—Era una niña —digo. La voz tiembla.— Esa chica. Diez años. Las costillas se le marcaban. Me decía: «Vamos a sobrevivir. Juntas». Y me pasaba el botón porque no había nada más que pasar.

Silencio. Respiro.

—Emma.

Así se llamaba en el sótano. Solo Emma. Ahora ese nombre tiene costillas que se marcan. Una lámpara tenue. Un botón en el puño.

Es ella.

No lo digo en voz alta. La garganta no lo deja pasar.

—Nos separaron. A mí me borraron la memoria. Yo olvidé. Ella no.

Reeves guarda silencio.

—Ella veintisiete años recordó lo que yo no puedo recordar. Veintisiete años vivió con lo que le pusieron adentro. Sin ayuda. Sin terapia. Sola.

—Recuerde eso —dice Reeves— cuando ella vuelva a hacer contacto.

Recojo mis cosas. La sesión duró hora y media. La sensación es de haber vivido años en ese sótano. Dejo el cheque por las dos sesiones en la recepción. Reeves me acompaña hasta la puerta.

—Si siente activación, cualquier reacción física sin causa, llame. No espere.

Salgo. El pasillo. Junto a la puerta de la oficina 302, la de al lado del consultorio de Reeves, aminoro el paso. No sé por qué. La puerta, cerrada. Una placa que dice «Se alquila». Pero debajo de la puerta, un olor. Tenue. Familiar hasta la náusea, y no puedo atrapar de qué: ¿tiza? ¿Yeso viejo? ¿Una infancia sin nombre?

Me quedo parada un segundo. Dos. Después de la regresión todo parece un disparador.

Sigo caminando. El ascensor. En la calle: una mañana de octubre. Frío. Luz intensa.

Un lunes de octubre. La gente saca a pasear a sus perros. Compra café. Vive vidas en las que los sótanos solo están en los edificios, no en las cabezas.

Me siento en el auto. Enciendo el motor.

Le escribo a Kate: «Sesión terminada. Robert instaló la programación en el sótano. Emma estuvo ahí, pasó por lo mismo. Reeves detuvo la regresión antes de las frases disparadoras: demasiado peligroso. Voy a casa».

Respuesta inmediata: «Gracias a Dios. Anda a casa. Te llamo en una hora: terminando con Blake».

Guardo el teléfono. Salgo.

En el primer semáforo levanto las manos hacia el volante y me detengo.

En el dorso de la mano izquierda hay una franja blanca. Polvo de tiza.

Delgada. Pareja. Como si alguien me hubiera pasado la tiza por la piel mientras yo no miraba.

No estaba antes de la sesión. Me lavé las manos esta mañana.

¿De dónde?

¿Del trance? ¿Mis manos se movieron mientras yo estaba en el sótano? ¿O Reeves lo notó y no dijo nada?

Miro la franja blanca. Paso el dedo. Tiza. Seca. Se desmenuza.

Tomó a dos niñas asustadas y las convirtió en armas. Una de ellas soy yo.

El sótano no suelta. Pero hoy abrí la puerta yo sola.

Verde. Manejo.

**

CAPÍTULO 15

24 de octubre de 2022

Kate llama al mediodía. Estoy sentada en la cocina frente a una taza de café frío. No me moví desde que volví de la consulta de Reeves. El sótano sigue dando vueltas en la cabeza, cuadro por cuadro, la película granulada de una memoria que por fin revelaron.

—Interrogué a Blake. Lo confirmó todo. El tercer caso, Laura. El mismo esquema: una instructora mujer, solo voz, meses de condicionamiento. Describió su voz como «cálida y terapéutica». Los mismos adjetivos que Ford y Crowley. Y los botones. Blancos, de plástico, en los párpados. La misma maldita firma.

Blake. Ahogamientos, 2022, tres víctimas. Una carpeta más que abrí, firmé y archivé. Ford. Crowley. Blake. Tres veces leí la misma historia, y tres veces yo, la gran experta, puse mi apellido debajo de las conclusiones de otro. Miré los papeles, no a las personas. Fui ciega ante lo obvio porque así me resultaba más cómodo vivir.

—¿Morrison?

—Tres casos no alcanzan. Dice que podría ser coordinación de la defensa entre los condenados. Quiere evidencia física de que existe una coordinadora. —Pausa.— Pero encontré algo más. Una persona que puede tener respuestas.

—¿Quién?

—Detective Allan Pierce. Retirado. Llevó el caso de tu secuestro en 1995. Vive en Fort Myers, Florida.

El pecho se aprieta.

—Pierce.

Veintisiete años, y el nombre igual aprieta la garganta.

—¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Fragmentos. Me trajo un oso de peluche. Dijo que todos los detectives llevan uno para los niños asustados. —El recuerdo aflora despacio.— Un hombre mayor. Paciente. Voz tranquila. Parecía triste. Como si el caso lo tocara personalmente.

—Lo tocaba. Todavía. —Kate hace una pausa.— Me comuniqué con él esta mañana. Recuerda todo. Dice que es el único caso que lo persigue. Pero por teléfono se niega a hablar.

—¿Por qué?

—Sus palabras exactas: «Es demasiado sensible. No confío en los teléfonos. No después de lo que averigüé sobre Ashford. Si quieren los detalles, vengan en persona. Guardé copias. Cosas que no entraron en los informes oficiales».

Dejo el café sobre la mesa. ¿Cosas que no entraron en los informes?

—Textual. Llevó su propio archivo. Sacaba copias antes de entregarle los documentos a los fiscales. Quiere que los veamos en persona.

—¿Por qué guardó copias?

—Le pregunté. Dice que el caso no lo dejaba en paz. Demasiados cabos sueltos. Robert demasiado tranquilo en el interrogatorio. El comportamiento de la segunda niña, demasiado extraño. Pierce siguió investigando después del juicio. Encontró cosas que no podía probar. Las documentó y esperó.

—¿Esperar qué?

—A que alguien hiciera las preguntas correctas.

Me levanto. Me acerco a la ventana. Afuera, un día común: niños en los columpios, alguien paseando un perro. Y ese contraste solo empeora las cosas: el mundo detrás del vidrio no tiene idea de que hace veintisiete años alguien empezó algo que todavía no terminó.

—¿Cuándo puedo ir?

—Mañana por la mañana. Reservo el vuelo—

—Voy sola.

Silencio. Luego:

—No.

—Kate, Morrison ya vigila tus consultas en el sistema. Si se entera de que volaste a Florida por un caso que no autorizó, no solo pierdes el acceso. Pierdes el trabajo.

—Me importa poco. No vas a ir sola. No después de lo que averiguamos sobre la programación.

—Soy psicóloga forense. Hice cientos de interrogatorios. Puedo con un jubilado.

—¿Y si es una trampa? ¿Y si E lo preparó?

—Entonces tu presencia no ayudaría. Lleva semanas siguiéndonos. Conoce cada paso. Una persona más no me hace más segura.

Pausa larga. La escucho pensar.

—No me gusta esto.

—Lo sé.

—Bien. Pero no del todo sola. Tengo un contacto en la oficina de campo de Miami. Derek Hayes. Buen agente. Le pido que te reciba en el aeropuerto de Fort Myers. Te lleva hasta Pierce. Espera afuera. Te trae de vuelta.

—Kate, él no tiene por qué—

—Me debe una. En serio me debe una. Lo hace. Y esto no se discute. Con Pierce vas sola: de acuerdo. Pero antes y después, escolta del FBI.

Quiero discutir. No lo hago. Kate tiene razón. E siempre está observando.

—Bien. Dale las gracias a Derek de mi parte.

—Te mando su número. Espera en la salida de llegadas. —Pausa.— Llámame: cuando abordas el vuelo. Cuando aterrizas. Cuando llegues con Pierce. Cuando te vayas. Cuando abordas el vuelo de regreso.

—Son muchas llamadas.

—Hablo en serio, Laura.

—Lo sé. Voy a llamar.

* * *

25 de octubre de 2022

Vuelo a las siete de la mañana. Llegada a Fort Myers a las 10:15. Dos horas y media junto a la ventana mientras Virginia se disuelve entre las nubes y al gris del cielo de noviembre lo reemplaza un brillo inapropiado: agua turquesa, arena blanca, palmeras, todo ese

glamour de resort que no combina con nada de lo que vengo a buscar aquí.

Dos horas y media. No duermo, no trabajo. Miro por la ventanilla las nubes: desde arriba parecen un suelo blanco y sólido por el que se podría caminar. Entiendo por qué los niños creen en eso. Les parece que allá arriba, en las alturas, uno está más seguro.

Pienso en Emma.

No en la amenaza. No en la coordinadora de tres asesinos. Pienso en la niña del sótano que no lloró la primera noche. Que al día siguiente encontró un trozo de tiza y volvió a escribir un nombre en la pared. Solo el mío, no el suyo.

Veintisiete años preservó lo que a mí me arrancaron. Vivió con eso sola. Sin terapia. Sin una Kate propia. Sin una sola oportunidad de decirle a alguien: yo estuve ahí, y eso es lo que él nos hizo.

Yo recibí nuevos padres, un nuevo nombre, una nueva ciudad. Mi mente aprendió a levantar muros con precisión y a apagar la luz en los cuartos que necesitaban permanecer oscuros. Ella recibió una memoria que no se puede tirar, y una voz en su cabeza que llamaba infierno a todo eso y lo llamaba «entrenamiento».

No sé qué le hace a una persona veintisiete años con esa memoria. Solo sé una cosa: en su lugar, yo tendría nueve cadáveres que responder. O más. O yo misma me habría convertido en nada.

Las nubes de abajo terminan. Bajo el ala aparece el verde plano de Florida, de un verde venenoso bajo el sol, cintas de autopista y el destello cegador de los lagos. El mundo real, al que regreso desde esta pausa estéril en el aire.

Primero Pierce. Y después—lo que guardó todo este tiempo. Lo que debía haber quedado enterrado.

Derek espera en la salida. Traje gris. Alto. Cabello oscuro y corto. Mi nombre en la pantalla del teléfono.

—Doctora Stevens. Derek Hayes. Kate me pidió que le facilitara el transporte.

—Gracias por aceptar.

—Kate pidió, aquí estoy. —Señala hacia la salida.— El auto está en el estacionamiento. A Pierce lo tenemos a unos veinte minutos.

Viajamos en silencio. Derek no hace preguntas. En el tablero, una foto de dos niñas con uniforme escolar. Él intercepta mi mirada.

—La mayor cumple doce en noviembre —dice. Nada más.

Fort Myers desfila por la ventana: palmeras, centros comerciales, estuco beige, jardines prolijos.

—Kate me dijo: caso antiguo, detective jubilado —dice por fin —. ¿Hay amenazas?

—El caso es complejo. Posible vigilancia. Pero el detective en sí no representa un peligro.

—Entendido. Espero afuera. Me estaciono con vista a la puerta de entrada. Si pasa algo, llame. Diez segundos.

Calle tranquila. Casas pequeñas. Cuidadas. Derek estaciona en la esquina desde donde se ven la puerta de entrada y las dos salidas del jardín. Lo noto, no lo digo. Casa de un piso. Tejadillo sobre el auto. Periódicos en la puerta.

Toco a las once en punto.

La puerta se abre.

El detective Allan Pierce abre la puerta y me mira a la cara de inmediato, no por encima del hombro, no a la calle. A la cara. Cabello blanco, anteojos gruesos, pantalón caqui. Un anciano.

Pero los ojos no son de anciano. Son agudos. Ojos de policía que no se jubilan.

—Laura Stevens.

—Detective Pierce.

Me estudia la cara.

—Usted no me reconoce. Normal. Tenía diez años. Yo era más joven. Con pelo. —Una sonrisa leve.— Pero a usted la recuerdo.

—Una niña asustada en una cama de hospital. Dos días sin decir una sola palabra.

—La voz, no la cara. La voz la recuerdo. Fragmentos. Un hombre que hacía preguntas suaves. Paciente. Usted me trajo un oso de peluche. Al hospital.

La cara se suaviza.

—Recuerda. No estaba seguro de que lo fuera a recordar.

—Está en alguna caja por ahí. —El recuerdo se aclara. No la cara. La presencia. La calma.— Vino varias veces. No presionaba.

—Usted había estado en el infierno. Necesitaba tiempo. —Se hace a un lado.— Entre. Tenemos mucho de qué hablar.

La casa huele a café viejo, a papel y a tabaco hace mucho abandonado, pero tan metido en las paredes que ya no es olor, sino una propiedad del aire. Habitada, pero no descuidada. Fotos en las paredes: nietos de distintas edades, todos en marcos del mismo tamaño, alineados como con regla. La sala: un sofá, dos sillones, televisor. Nada actualizado desde los noventa, y en eso hay su propia lógica, como si el tiempo se hubiera detenido adrede para no olvidar.

Se sienta en el sillón. Sobre la mesita de al lado, entre pilas de carpetas amarillentas, hay una libreta vieja y ajada, con papel cuadriculado. De ella sobresalen recortes de periódico y tarjetas escritas a mano. No estaba repasando el código penal. Estaba revisando recetas.

Un recorte llama la atención: foto desvaída de glaseado blanco. Tarta de limón.

Pierce se detiene. Sus dedos, acostumbrados a empuñar una pistola y sostener el bolígrafo de los atestados, ajustan la libreta con cuidado.

—Mi mujer la hacía cada sábado. Cuarenta años. —Mira sus manos, anchas, con venas nudosas.— Llevo cinco meses intentando reproducir el sabor. Siempre me queda demasiado ácida. No consigo dar con el secreto. Si es el azúcar, o la manera en que ella montaba las claras.

Cierra la libreta y la mete debajo de una pila de expedientes de homicidios. Un contraste brutal: una receta de tarta casera y fotografías de escenas del crimen.

—El primer mes pensé que era solo comida. El segundo, que era una manera de traerla de vuelta. —Levanta hacia mí esos ojos «viejos».— Ahora entiendo: solo intento encontrar algo que pueda controlar. Una pequeña isla de orden en un mundo donde todo lo demás es caos.

Me estudia desde la pila de archivos.

—Crecieron. Claro. La última vez que la vi estaba en el hospital. Diez años. Ahora psicóloga forense. Seguí su carrera.

—¿La siguió?

—El caso no me dejaba ir. Robert Ashford estaba demasiado tranquilo en el juicio. Demasiado satisfecho. Sonrió cuando leyeron la condena. Veintisiete años. La mayoría se derrumba. Suplica. Robert sonreía. —Se inclina hacia adelante.— Supe que tenía un juego largo. Por eso observé. Esperé. Documenté.

—Kate dijo que guardó copias.

—Cosas que no me dejaban dormir. Indicios demasiado indirectos para los fiscales. Pero significativos para mí. —Se levanta. — Venga.

El pasillo. Pasamos el cuarto. El baño. Una puerta al fondo. La abre con llave.

El despacho es pequeño, y el sol de la única ventana da directo en los ojos. Pierce no corre las cortinas: está acostumbrado. Estantes del suelo al techo: decenas de carpetas, cajas, legajos, los lomos descoloridos, algunos anotados a mano, otros ya sin ningún rótulo. Los casos de toda una carrera, vidas ajenas guardadas en cartón. Pero un archivero de metal está aparte, junto a la ventana, directamente en la franja de luz. Dos cajones. En el de arriba, una etiqueta de papel amarillenta y levemente combada por los bordes: «Ashford, 1995».

Junto a la mesa, un viejo grabador de bobinas. No pregunto para qué.

Un solo archivero entre decenas de carpetas. El único junto al que hay una silla.

—Todo está aquí —dice en voz baja. Abarca la habitación con la mano.

Abre el primer cajón. Saca una carpeta.

—Después del juicio seguí vigilando a Robert. Fui a la cárcel, hablé con los guardias. Unos diez años después de la condena apareció una visitante fija. Una mujer. Rubia. Pedí copias de los registros de visitas. Cada vez con un nombre distinto. Diana Fletcher.

Laura Bennett. Katherine Reed. Verifiqué los tres: ninguno lleva a una persona real.

—¿Y nadie lo notó?

—Los documentos pasaban la revisión en la entrada. Falsificaciones de calidad. Y los nombres distintos, ¿a quién le importa? La guardia no cruza las visitas entre sí. Cada vez era personal nuevo, turno nuevo. Yo vi el patrón solo porque levanté los registros de varios años.

Estudio las planillas. Nombres distintos. Pero en la columna de la firma, una sola letra.

—¿Hay fotos?

—Cámaras de vigilancia. Muy granuladas. —Abre otra carpeta. — Blanco y negro. Calidad pobre. Una mujer. Rubia. Ropa de oficina. La cara, borrosa.

Podría ser E.

—Por los registros venía con regularidad. Durante años —digo —. Eso no es lealtad. Es un vínculo.

Fotografío sus planillas. Las imágenes de las cámaras.

—Hay algo más. —Abre otra carpeta.— Robert destruía documentos antes del arresto. Quemaba papeles en el fregadero. Casi todo se perdió. Pero encontré fragmentos. En la chimenea. Los fotografié antes de que los eliminaran.

Fotos de papel quemado. La letra visible en los pedazos que se salvaron. Ordenada. Clínica. La letra de Robert.

Me inclino más.

Leo:

…Sujeto L… respuesta creativa… métodos organ…
…semillas sembradas pr… requieren décadas… madur…
…tres participantes necesarios… Creador… Discípul…
…participación voluntaria… no puede forzarse… debe eleg…

Incompletos. Cortados. Pero suficientes.

—¿Qué es esto?

—No lo sé. Demasiado fragmentado para el tribunal. Pero las palabras. «Décadas». «Voluntaria». «Creador». Él planeaba. Años por adelantado. Y necesitaba su cooperación. No forzada. Elegida.

Fotografío cada fragmento.

—Una última cosa.

Pierce guarda silencio. No para hacer pausa: para dar peso. Abre la carpeta despacio, como alguien que esperó veintisiete años para mostrar esto.

Una fotografía. Primer plano. Un botón blanco. Plástico. Cuatro agujeros.

—Lo encontraron en el suelo del sótano. Junto al lugar donde las retenían. Lo fotografié, lo incluí en el inventario.

Se detiene.

—Pero desapareció del depósito de evidencia antes del juicio. Alguien lo sacó.

Miro la foto. En la cabeza hay silencio, y luego algo encaja con un clic suave, casi inaudible, pero peor que un grito.

Un botón. Plástico blanco. Cuatro agujeros.

La misma firma. En los párpados de las víctimas de Ford. De Crowley. De Blake. La marca que conecta todos los asesinatos.

No digo nada. No puedo. En la garganta algo bloquea las palabras antes de que lleguen a la lengua.

Y uno igual estaba en el sótano conmigo. En 1995. Mucho antes del primer asesinato.

Esto lo planearon desde hace tanto tiempo.

El teléfono vibra. Derek: «Un sedán plateado pasó dos veces. Vidrios polarizados. Da vueltas por el barrio. Manténgase alerta».

Le muestro el mensaje a Pierce.

—Posible vigilancia afuera.

La mandíbula se aprieta. Instinto policial, instantáneo, incluso a los veintisiete años de jubilado.

—¿Quién?

—Es largo de explicar. Hay que terminar.

—Una cosa más. —Saca tres hojas.— Avisos de personas desaparecidas. Fotos escolares. Caras jóvenes. Jennifer Mills. Amy Ortega. Christine Wu. Tres casos sin resolver. El mismo barrio. 1989-93. Niñas de nueve a doce años. Desaparecieron. No aparecieron. A Robert lo interrogaron. Coartada. Pero los tiempos. El perfil. —La voz se hace más pesada.— Creo que practicó con ellas. Perfeccionó la técnica. Luego las dejó a ustedes dos con vida para otro propósito.

Miro las tres caras. Jennifer. Amy. Christine. Fotos escolares: las que se sacan en septiembre, cuando todavía no se cansaron del año nuevo, todavía sonríen a la cámara sin que les pidan. Nueve, diez, doce años. Practicó con ellas como se practica con los borradores que después se queman.

Emma. Después del sótano el nombre ya no es vacío: tiene peso, tiene temperatura, tiene una cara de diez años con un botón en el puño. No éramos las primeras. Solo éramos las primeras que decidió dejar con vida.

Fotografío los avisos. Tres caras. Tres niñas. Sin aparecer.

El teléfono. Derek: «El sedán estacionó a tres casas. El motor sigue encendido. No veo al conductor. ¿Me acerco?»

Escribo: «No. Espere. Termino ya».

—Tengo que irme. —Guardo el teléfono.— Gracias.

—Tenga cuidado, Laura. Robert está libre. Y a Emma nunca la encontré.

El teléfono. Derek: «El sedán se mueve. Hacia la casa. SALGA. AHORA».

Pierce abre otro cajón.

—Espere, hay algo sobre—

—Tengo que irme. —Las piernas no quieren moverse. En ese cajón puede estar la respuesta a todo. Derek escribió en mayúsculas.

Me levanto: las rodillas golpean la mesa. El pasillo. La puerta de entrada, más pesada de lo que debería ser. Con el hombro.

El auto de Derek en el cordón. La puerta del pasajero, abierta.

—¡SUBA!

Atravieso el jardín. Me subo. Derek acelera antes de que cierre la puerta.

En el espejo: el sedán plateado dobla hacia la entrada de Pierce.

Dos figuras bajan. Caminan hacia la puerta.

—¿Quiénes son? —Derek. La mano en la radio.

—No sé.

—La radio: «Agente Hayes, solicito refuerzos. Palmetto Drive 1156. Posible allanamiento. Testigo de edad avanzada en el interior. Envíen una patrulla de inmediato».

Llamo a Kate. El auto toma velocidad. Derek calla: entiende que ahora no es el momento. Solo el roce de los neumáticos sobre el asfalto, y yo mirando por el vidrio lateral sin ver nada.

—Laura, ¿qué pasó?

—El botón, Kate. Blanco. Cuatro agujeros. Pierce lo encontró en el sótano en 1995, donde nos retenían. La misma firma que en las víctimas de Ford, Crowley, Blake. Y lo sacaron de la custodia de evidencia antes del juicio.

Silencio: el tipo donde se escucha a Kate dejar de respirar.

—Y además, tres niñas desaparecidas. 89-93. El mismo barrio. El mismo perfil. Robert practicó con ellas antes que con nosotras.

Pierce sigue hablando. Sobre el hospital. Sobre lo que vio ahí, en la habitación, la vez que entró sin avisar. Sobre cómo perdió el rastro después de la adopción. Escucho y tomo notas. Kate en la línea, en silencio.

—Mándame todo. Ahora. Y Laura: cuando lleguen los agentes, tienen que proteger a Pierce. Es un testigo.

—Está en peligro.

—Lo sé.

—La radio de Derek: «Patrulla en camino. Tres minutos».

El teléfono vibra. Número desconocido.

Abro.

Una fotografía. Pierce. En su despacho. Ahora mismo. Tomada desde adentro del cuarto. De cerca. Por detrás de él.

Debajo de la foto: «No había que guardar copias. Emma»

La pantalla se apaga.

Derek habla. No respondo.

Por la ventana. Fort Myers. Palmeras, cercas beige, jardines prolijos, toda esta ciudad que no sabe nada de lo que acaba de pasar en una de sus casas.

Emma sabía adónde íbamos. Lo sabía antes de que saliéramos del aeropuerto. Lo que significa que lo sabía desde el

principio. Lo que significa que ella nos llevó hasta aquí.

Hasta Pierce. Hasta su archivo. Hasta sus copias.

No para detenernos. Para que encontráramos exactamente esto, exactamente ahora.

Pienso en el botón en el sótano. En las tres niñas que nunca aparecieron. En la letra sobre el papel quemado: ordenada, clínica, paciente. En que todo eso me esperó veintisiete años en el archivero de un detective jubilado que no pudo tirar la silla.

No soy una víctima de la vigilancia. Soy una pieza en el tablero.

Las manos sobre las rodillas. Dejan de temblar por primera vez en una hora.

Pero las piezas también pueden moverse.

**

CAPÍTULO 16

25 de octubre de 2022

Dos puntos en la pantalla.

Azul: el teléfono de Laura. Once mil metros sobre Georgia. Vuelo 2714. Descendiendo hacia Fort Myers.

Rojo: la marca de dirección que introduje anoche, cuando Laura apenas había presionado «reservar». Palmetto Drive 1156. La casa de Pierce.

La distancia entre ellos se acorta. Mil cuatrocientos kilómetros. Mil trescientos. Los segundos devoran el espacio, y los eventos se despliegan con la inevitabilidad de una avalancha: los mire o no los mire.

Pero los miro. Siempre miro.

En el departamento hay esa humedad espesa de octubre que se pega a los huesos. El aire se cuela por la rendija del alféizar trazando una línea de hielo en los tobillos. Habría que levantarse. Encender la calefacción. Comer. Llevo sentada en este sillón desde el amanecer, mirando cómo la ciudad de abajo imita la vida: el zumbido de los autos, el ritmo soñoliento de los autobuses, el perro labrador de alguien en el césped. Todo ese mundo sucede al otro lado del vidrio, en otra dimensión, en la que no tengo parte.

No me voy a levantar.

Sobre la mesa, dos teléfonos. Mis límites. Dispositivos distintos para Emmas distintas. Una: la sombra obediente de Robert. La otra: la que decide sola.

Personal: la primera eSIM recibe sus llamadas. Las ignoro, las dejo quemarse en el vacío. La segunda rastrea a Laura.

Laboral: canal cifrado con Florida. Las órdenes de Robert. Las leo, las diseccionо, las adapto a mi realidad.

El teléfono laboral vibró a las 6:47 de la mañana.

«Posición confirmada. Contacto visual con la casa. Objetivo solo. Espero instrucciones».

No respondí. No hay instrucción. Quizás no la haya nunca.

El punto azul avanza. Mil kilómetros. Sé dónde está sentada Laura ahora mismo: junto a la ventana, lado izquierdo, siempre elige el izquierdo. Mira las nubes que esconden la tierra y piensa en Pierce, en el archivo que todos los demás descartaron hace tiempo. Lo sé no porque lo vea, sino porque la estudié como se estudia un idioma: al principio con esfuerzo, luego sin él.

¿Entiende a dónde vuela?

No vuela a un punto geográfico. Vuela al epicentro de nuestro pasado compartido. Va detrás de la memoria. Detrás de las respuestas. Detrás de mí, sin saberlo.

Robert llamó de nuevo. La tercera vez en lo que va de la mañana. 9:17 en el teléfono personal. Ocho tonos. Buzón de voz. La voz va a ser tranquila: siempre es tranquila. No es autocontrol: es una construcción, la arquitectura de la paciencia pedagógica que nunca se enoja porque la rabia es pérdida de control, y él nunca perdió el control sobre nosotras.

«Emma. Necesitamos hablar de los plazos. Devuelve la llamada».

No la devuelvo.

Lo mantengo a la distancia del correo electrónico, donde la entonación no alcanza, donde yo controlo cuándo sus palabras entran en mi cabeza, no él. La diferencia parece pequeña. Es la única que tengo.

En el último correo, una orden sobre Reeves. Eliminarla. Es peligrosa. Demasiado cerca de los disparadores.

No cumplí la orden. No es la primera vez.

El domingo estuve junto a su Honda en el estacionamiento, apretando en el bolsillo el trozo de tiza: el mismo que cargo toda la vida. Escribí en el vidrio: «Buena elección, Laura». Porque es verdad. Porque la tiza en el vidrio es el único mensaje que me está permitido enviar. Mi límite de cercanía.

El lunes volví. Oficina 302, la de al lado del consultorio de Reeves. El vaso contra la pared, el borde de hielo en la mejilla. Lo hice decenas de veces: con Ford, con Crowley. Pero con Laura es distinto. Escuchaba no para informar. Simplemente escuchaba.

Primero la voz de Reeves. Luego el silencio. Y después: el llanto.

No ese llanto educado y controlado de los adultos. Era el sonido del sótano. Infantil. Ahogado. El mismo que escuché hace veintisiete años.

Y luego su voz. Lejana, delgada. Describía a alguien.

«La otra niña. De mi edad. Los ojos, viejos».

No recuerda mi nombre. No recuerda mis rasgos. Pero recuerda mis ojos. Es suficiente. Es más de lo que me atreví a esperar.

La mano se estira hacia la pantalla. Toca el punto azul. Laura, once mil metros sobre mí. El dedo se apoya en el vidrio. El vidrio tibio por mi calor, solo por el mío, de nadie más.

Veintisiete años sin tocarla. Solo a través de pantallas. A través de cámaras. A través de tiza en vidrios y notas en cajones del escritorio: rastros que ella encuentra y no sabe de quién son. La distancia, la única forma de amor que me dejaron.

Aparto la mano. El rastro en la pantalla se desvanece en segundos.

Robert se va a enterar. Siempre se entera. Habrá consecuencias: conozco su sabor. Pero Reeves está viva. Y eso fue mi elección. Mía. No suya.

Por el canal establecido, correos cifrados. Instrucciones. Actualizaciones. Ajustes de agenda. Antes llegaban por intermediario. Ahora, directo. Desde abril. Empeoró. Los teléfonos, el cifrado, el programa en el dispositivo de Laura: todo invisible, todo funciona mientras la física no interfiere. Mientras el teléfono de Laura está en la bolsa y el micrófono no puede atravesar la tela y la distancia.

Leo los correos de Robert. Los adapto. Lo que sirve a mis propósitos, lo que conduce a Laura. El resto lo reformulo. Cambio los desenlaces sin cambiar la fachada.

Él cree que sus llamadas significan control. Cree que los disparadores instalados hace décadas funcionan a la perfección.

Se equivoca.

En parte.

Para. Respirar. El presente.

La marca roja, inmóvil. Detective Allan Pierce. Ochenta y dos años. Jubilado. Solo en la casa con el archivo que guardó veintisiete años para alguien a quien ya no esperaba.

Mi contacto está en posición. Espera una instrucción que puede no llegar. «Solo vigilancia», dije cuando Laura reservó el vuelo y lo teórico se volvió real. Pero la vigilancia cambia el desenlace. La mera presencia de un cuerpo ajeno junto a un evento ya es una intervención. El efecto cuántico de las relaciones humanas.

¿Entonces quién soy? ¿Observadora o participante?

Ese límite se borró hace tanto tiempo que ya no recuerdo de qué lado empecé.

* * *

El punto azul desciende. Ciento cincuenta metros. Cien. Aterrizaje.

Laura en Florida.

Mensaje del contacto: «Objetivo llegó. Vehículo del FBI confirmado. Se dirigen a la casa. Llegada en veinte minutos».

Veinte minutos. Mil doscientos segundos. Debería responder. Dar una instrucción. Decidir qué pasa después. Pero cada decisión es un hilo del que si tiras no obtienes lo que esperabas, porque no sé exactamente qué guardó Pierce, y no puedo controlar qué va a entender Laura de eso.

Él adoraba esa pregunta. «Si conoces el desenlace pero no lo impides, ¿eres responsable?»

Odio que todavía piense con su voz, que en los momentos más silenciosos, cuando estoy sola frente a la pantalla siguiendo el punto azul que ni siquiera sabe que existo, sea precisamente su entonación la que formula las preguntas que me hago.

Veintiún minutos después, un mensaje:

«Objetivo entró a la casa. Contacto visual confirmado. Mantengo posición».

Está adentro. Con Pierce. Haciendo preguntas. Recibiendo respuestas.

El audio del teléfono de Laura: calidad pésima. El teléfono en la bolsa. El micrófono captura voces amortiguadas, separadas por

capas de tela y plástico, y de esa papilla solo emergen palabras sueltas, las que se pronuncian más fuerte, no necesariamente las más importantes.

«…registros…» La voz de Pierce. Delgada. Lejana.

«…sótano…» Laura. Tensa.

Ruido. Movimiento.

«…las dos…»

Tres palabras en una hora. Es todo lo que tengo de la conversación que va a determinar qué sabe Laura sobre nosotras. La taza de café está junto a la laptop, no tomé desde esta mañana, se enfrió, hay una película fina en la superficie. No puedo levantarme. Si me levanto, pierdo el hilo.

Esto no es estrategia. Es un reflejo viejo: quédate quieta y escucha.

Él lo puso en mí. El reflejo, suyo. El cuerpo, su arquitectura. Incluso ahora, cuando lo odio, funciono tal como él me armó.

Las manos golpean la mesa: no es una decisión, no es una acción, solo el cuerpo descargando la tensión de la única manera que conoce. El dolor atraviesa las palmas. La laptop salta. La taza se vuelca. El líquido marrón se extiende por la mesa, gotea al suelo.

No escucho. No sé. No controlo.

Respirar. Contar.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho.

Pasa una hora. Más de una hora.

Contacto: «Sin cambios. Objetivo adentro. Una hora diecisiete minutos».

Mucho tiempo. Demasiado para una visita oficial, pero Pierce esperó esta conversación veintisiete años, y los viejos que esperan mucho no saben ser breves. Lo dice todo. Lo entrega todo. Después, ya no hay razón para guardar.

Contacto: «Objetivo sale de la casa. Sube al vehículo del FBI. Parten».

Laura está a salvo. Se fue. Lleva lo que guardó Pierce.

En paralelo, un mensaje que llegó antes y no vi: «Detectados al aproximarse. Agente del FBI posiblemente observó. Entraron. Adentro».

Todavía cuando Laura estaba ahí. Significa que el agente del FBI vio el sedán mientras Laura estaba con Pierce y no le dijo nada hasta que se fueron. O sí le dijo. La radio en el auto. No lo escuché.

Idiotas. Dije vigilancia. Lógica propia, iniciativa propia. Ahora el FBI sabe que alguien más vigilaba a Pierce.

El teléfono laboral. Una foto. Entrante por la tercera eSIM.

Pierce en el escritorio. De espaldas a la cámara. Los hombros caídos, la cabeza baja: la postura de alguien que acaba de entregar algo pesado y ahora siente no alivio, sino el vacío en el lugar del peso que cargó demasiado tiempo como para recordar cómo era sin él. El ángulo, desde el interior de la habitación. A dos metros detrás de él. El contacto entró sin orden y estuvo a dos metros detrás de un hombre de ochenta y dos años.

Yo no pedí esto. No pedí que entrara.

El estrés termina lo que el tiempo comenzó. No me lo digo como diagnóstico: me lo digo como un hecho, de manera neutral, porque Robert nos enseñó a hablar de la muerte con neutralidad: es una variable, no una tragedia.

Paso al teléfono personal. Segunda eSIM, el número de Laura. Reenvío la foto. Agrego texto.

«No había que guardar copias. Emma»

El dedo sobre el botón.

¿Para qué revelar que observo? ¿Para qué romper la invisibilidad?

«Copias»: una palabra al azar. No sé exactamente qué guardaba Pierce. Pero ella no sabe que yo no sé. Una amenaza funciona en ambas direcciones.

Porque tiene que entender que nunca está sola. Porque quiero que tenga miedo. Que mire hacia atrás.

Porque no puedo parar.

Enviar.

Entregado. Leído al instante.

Eso es todo. Ya no veo nada más. Solo el estado en la pantalla. Qué está haciendo ella ahora, no lo sé. La expresión de su cara, las manos, la respiración: fuera de plano. Siempre fuera de plano.

Otro mensaje del contacto: «Llegó una patrulla. Abandonaron el auto. Se fueron a pie por el patio trasero. Limpio».

Dejaron el sedán plateado en la entrada de Pierce, con placas que el FBI va a verificar en un minuto. Las placas están limpias, el sistema lo previó. Pero el hecho en sí. Rastros. Evidencia. Todo porque el contacto entró sin orden y ahora dejó el auto como una firma.

Media hora de silencio. Luego:

«Frecuencia policial: ambulancia llamada a la dirección. Hombre mayor inconsciente. Presuntamente el corazón».

Pierce.

El momento exacto. Justo después de que Laura se fue. Después de que entregó el archivo. Después de que la verdad fue contada a alguien que la va a llevar más lejos. Ochenta y dos años. El estrés de una conversación sobre traumas viejos. Causas naturales: el médico forense lo confirmará, porque confirmar es más fácil que buscar, y nadie va a buscar. Los viejos mueren.

¿Yo provoqué esto?

Sabía. Observé. Elegí no hacer nada, lo que en sí mismo es una elección, como él siempre decía, solo que ahora me encuentro del otro lado de ese argumento.

Esto no es un asesinato. Es un pronóstico.

La diferencia entre observar y ser cómplice es el grosor del vidrio de la pantalla. Yo estoy de este lado. Pierce, del otro. Estaba.

Víctima y victimaria. Programada y que elige. Prisionera y arquitecta.

Veintisiete años cargo los dos nombres, y nunca encontré el momento en que uno termina y empieza el otro, porque ese momento no existe: se lo robaron junto con el sótano. Los dos son verdad. Los dos son mentira.

* * *

El punto azul se mueve hacia el aeropuerto. Laura vuelve. Viva. Con lo que guardó Pierce.

El punto rojo, inmóvil. Para siempre.

Qué le entregó Pierce, no lo sé. Tres palabras a través del micrófono, luego el teléfono salió de la bolsa y solo agregó el ruido de los pasos y el camino al auto. El archivo es lo que guardaba. Qué exactamente, su elección, no la mía.

Quizás los diarios. Quizás las fotografías. Quizás nada más que su propia memoria, que tenía ochenta y dos años y que ahora se detuvo.

Laura va a entender. O va a entender mal. O va a entender exactamente, y me va a odiar.

Cierro la laptop. Me levanto. Las piernas entumecidas de horas sin moverse: la sangre vuelve en pulsos dolorosos, y unos segundos me quedo de pie aferrada al respaldo de la silla mientras el cuerpo recuerda cómo ser vertical.

El café derramado se secó sobre la mesa. Una mancha marrón con bordes irregulares. Ni siquiera lo limpié.

El baño. La luz cruda. Mi cara en el espejo: siempre me sobresalta, siempre ese segundo de reconocimiento que tarda en llegar. Una extraña en mi piel. Una cara que solo veo aquí: las cámaras siempre las apunto hacia los demás.

Esto es lo que quedó. Este es el precio de sobrevivir. Esto es en lo que convierten las promesas que nadie pidió hacer.

Siete días para Halloween. Siete días hasta que las promesas hechas en la oscuridad exijan su pago.

Ella se acerca. Conoce. Recuerda. Se convierte.

El teléfono laboral vibra. El contacto en Florida: «El auto se fue. El objetivo se quedó solo. Espero indicaciones».

Pierce.

Las manos se posan sobre el teclado. Diez dedos en sus lugares habituales. Una palabra. Tres letras. La misma orden que el contacto espera por el canal, solo que ahora no es Ford, no es Crowley, no es un extraño con un expediente en una carpeta. Es un anciano en una casa de Palmetto Drive que acaba de entregar todo lo que guardaba.

Los dedos descansan sobre las teclas. No se mueven.

El cuerpo se niega. No la mente: el cuerpo. No tomo una decisión. La decisión ya fue tomada en algún lugar por debajo de las

palabras.

Cierro el teléfono. Lo dejo boca abajo.

No hoy. Quizás nunca. Robert va a encontrar otro camino: siempre lo encuentra. Eso no es consuelo, es un hecho que sostengo entre mí misma y la ilusión de que mi «no» cambia algo en su plan.

Pero no con mis manos.

El plan de Robert no nos prevé a las dos.

Lo sé. Siempre lo supe. Solo que nunca lo dije en voz alta.

**

CAPÍTULO 17

25 de octubre de 2022

El vuelo de regreso parece interminable, estirado en el espacio sin vida.

Mi reflejo se dobla en la ventanilla sobre el fondo del cielo nocturno. El pendrive en el bolsillo pesa casi nada, lo revisé con los dedos tres veces mientras hacía fila para embarcar, pero ahora se siente insoportablemente pesado, como si fuera de plomo macizo. En ese trozo de plástico están veintisiete años de la vida de Pierce. Su investigación, su documentación, su sentencia de muerte.

La gente de Emma estaba en su casa segundos después de que me fui. En la memoria se congeló la última imagen: Pierce en su sillón, y alguien detrás de él. Con descaro. Cerca. Tomada desde adentro, desde un lugar que debería haber sido seguro.

El teléfono en silencio desde que el auto de Derek desapareció en el tráfico frente al aeropuerto. La pantalla no se ilumina. El silencio en el bolsillo vibra más fuerte que las turbinas del avión.

Aterrizamos a las 9:12 de la noche. La terminal recibe con el zumbido de voces y el olor al aire acondicionado: el olor de una vida que sigue sin saber que a mil trescientos kilómetros al sur murió un anciano con un archivo de veintisiete años. Camino en piloto automático, las piernas conocen el camino, la cabeza todavía está allá: en el despacho con la etiqueta amarillenta «Ashford, 1995», donde unas horas atrás Pierce extendía carpetas y ofrecía un café que rechacé. Las manos todavía huelen a su taza: la tomé un segundo mientras él se daba vuelta hacia el archivero. Un reflejo de cortesía en el momento equivocado. Ahora eso es todo lo que queda de él.

Kate espera en la salida. Está parada derecha, las manos en los bolsillos del abrigo, el mentón levemente alzado: la postura de alguien que se preparó para decir algo pesado y espera que te acerques lo suficiente.

Veo su cara y ya sé.

—Está muerto.

No es una pregunta. Es una constatación.

Kate asiente. Toma mi bolso sin decir nada: un gesto en el que hay más compasión que cualquier frase. Caminamos al estacionamiento en silencio, a través del zumbido de la gente, pasando familias con valijas y personas que esperan con flores. Nos sentamos en el auto. Kate enciende el motor, mira el tablero largo rato, y luego empieza a hablar: parejo, como si leyera un informe, y entiendo que así es como se sostiene.

—La policía de Fort Myers llegó ocho minutos después de la llamada de Derek. La puerta de entrada, sin llave. Pierce en el escritorio del despacho, la cabeza caída. La ambulancia llegó: ya era tarde.

Ocho minutos. Lo cuento mentalmente mientras ella habla, y no tiene sentido contarlo: el número no cambia nada, pero la cabeza no puede parar. Ocho minutos en los que la gente de Emma estuvo sola con él en la casa. Esta mañana pronunció los nombres de las niñas desaparecidas, Jennifer, Amy, Christine, con la voz de alguien que los cargó como piedras en los bolsillos sin saber dónde ponerlos.

—¿La conclusión?

—Preliminar: paro cardíaco. Causas naturales. Sin signos de forcejeo. La puerta abierta desde adentro. Se dispuso una autopsia, no habrá investigación. —Los dedos de Kate descansan sobre el volante, casi sin presión, demasiado tranquilos para lo que está diciendo.— Hablé con los patrulleros, con el detective, con el servicio del médico forense. Todos dicen lo mismo: anciano, problemas de salud, murió en paz. Caso cerrado.

—¿Les dijiste lo de Emma? ¿La foto? ¿La marca de tiempo?

—Lo intenté. Los metadatos están limpios: sin fecha, sin geolocalización. Sin eso, la imagen no prueba nada. —La voz de Kate no cambia, pero junto al pómulo izquierdo late un punto blanco que aprendí a notar estos días.— No es mi jurisdicción. No puedo obligarlos.

El auto se detiene en un semáforo. Detrás del vidrio: el Arlington nocturno, los faroles, la gente saliendo de cenar, todo habitual, todo en su lugar. Verde. Kate arranca. El mundo de afuera

no sabe lo que pasó, y no lo va a saber: porque la muerte de un jubilado de ochenta y dos años en su propio sillón no es noticia, no es un caso, ni siquiera es un párrafo en el acta.

Pierce guardó lo que todos descartaron. Esperó que alguien hiciera las preguntas correctas, y murió el mismo día que las respondió. Esta mañana me abrió la puerta con pantalón caqui y camisa de cuello, con esos ojos de detective que no se jubilan. «Usted estuvo en el infierno. Necesitaba tiempo». Ahora el sillón está vacío, el archivero con la etiqueta «Ashford, 1995» permanece en el despacho que nadie va a llamar escena del crimen.

—¿Derek vio quién entró?

—Dos figuras. Abandonaron el sedán plateado en la entrada, se fueron antes de que llegara la patrulla. Se verificaron las placas: no llevan a nadie. —Kate hace una pausa breve.— Trabajo limpio. Como siempre.

Como siempre. Emma no improvisa. No se apresuró. Esperó a que me fuera, mandó a su gente, tomó lo que necesitaba, salió antes de la patrulla. Y ahora está sentada en algún lugar sabiendo que yo estoy en este auto y entendiendo que pasó exactamente lo que ella planeó.

Kate estaciona frente a su casa. Apaga el motor. Nos quedamos en el silencio del habitáculo, y escucho cómo respira: un poco más profundo que de costumbre.

—Mañana a la mañana. Morrison. Con todo lo que hay en el pendrive.

—Pierce está muerto. Emma elimina testigos. Los registros de visitas, los fragmentos de los papeles quemados, las tres desapariciones sin resolver, los tres casos con una sola mentora, la foto en el momento de su muerte. Cada pieza por separado no prueba nada. Todo junto es un cuadro que Morrison no va a poder ignorar.

—¿Y si lo ignora?

—Entonces actuamos solos. Tienes reconocimiento facial. Rastreo financiero. Vamos a encontrar a Emma.

Kate me mira largo rato: no para verificar algo, sino como si buscara en mi cara lo que quería ver desde hacía tiempo. Luego en

la comisura aparece una sonrisa torcida, la primera en toda esta noche.

—Esta Laura era la que estaba esperando.

Abro la puerta. Salgo al frío de octubre.

* * *

El departamento de Kate huele a comida china y a ansiedad. Los recipientes sobre la mesa, intactos, las tapas empañadas: los pidió mientras me esperaba en el aeropuerto, y ninguna de las dos los tocó. Como desde la mañana no puse nada en la boca, me sirvo de pie, directamente sobre el recipiente abierto, porque el cuerpo pasa facturas independientemente de lo que pasa en la cabeza. El arroz está frío. No siento el sabor.

La laptop sobre la mesa del comedor. Conecto el pendrive de Pierce y espero mientras aparecen las carpetas, una tras otra, cientos. Ordenadas por año y categoría, con rótulos que cualquier extraño podría leer. Sabía que podía no llegar a verlo. Y construyó el archivo para que sin él también se entendiera. Toda su vida cabe en ocho gigabytes.

Kate se sienta al lado. Empezamos.

El primer archivo: la llamada al 911. Kate presiona play.

El silbido de una grabación vieja, largo, casi tranquilizador. Luego la voz del operador: «911, ¿cuál es su emergencia?»

Una pausa. Exactamente medio segundo.

Y luego una voz. La voz de una niña: pareja, sin entonación, como si recitara cifras en el consultorio del médico. Sin temblor. Sin esa respiración entrecortada e infantil que esperaba escuchar y que no está, y esa ausencia es peor que cualquier grito.

«Dos niñas. Sótano. Rápido».

«La dirección está confirmada en el sistema, quédese en la —»

Un clic. Silencio.

Kate no presiona pausa. Nos quedamos sentadas escuchando cómo la grabación sigue girando en vacío: unos segundos de silbido vacío antes de que se corte. No necesito cerrar los ojos para ver: una habitación de concreto, un teléfono fijo en la pared, una niña de

diez años marca tres dígitos y dice exactamente lo necesario. Ni una palabra más. Sabía que la dirección era visible para el sistema. Sabía cómo funciona el 911. Diez años. En el sótano.

Ayer a través de la hipnosis vi a esa misma niña: flaca, con ojos veinte años más viejos que ella. Me pasaba el botón en la oscuridad y decía en voz suave: «Vamos a sobrevivir. Juntas». Una voz cálida. Viva. Y esta: pareja, mecánica, vaciada de todo lo accesorio. Es la misma persona. La misma persona.

—Ya estaba programada —dice Kate en voz baja. No es una afirmación: es la constatación de un hecho que no quiere pronunciar en voz alta, pero no hay otras palabras.

—Pierce lo contó. —Las palabras salen despacio, cada una con esfuerzo.— Después del rescate no hablaba. Los médicos lo atribuyeron a estupor, al shock. Pierce entró al cuarto un día sin avisar. Ella estaba sentada derecha. Los ojos claros, concentrada: no quebrada, sino reunida, como alguien que espera una señal. Lo vio, y en una fracción de segundo se convirtió en otra. Se aflojó. La mirada, vacía. Una muñeca de nuevo. Pierce dijo: no está en estupor. Está esperando.

—¿Qué?

—No lo sabía. Tres días después se la llevaron a una familia de acogida. A los seis meses la adoptaron, le cambiaron el nombre. Pierce perdió el rastro.

Kate rebobina la grabación. Escuchamos de nuevo: «Dos niñas. Sótano. Rápido», y el silencio después del clic esta vez parece todavía más largo. Voy a seguir escuchando esa voz. En los intervalos entre otros sonidos, en ese momento antes de dormir en que la cabeza no alcanza a levantar sus defensas.

—Te salvó la vida con esa llamada —dice Kate.

—Lo sé.

—Y al mismo tiempo ya era un arma.

—Lo sé.

Kate cierra el archivo. Abre la siguiente carpeta: los registros de visitas a la cárcel, tablas impresas y sujetas con un clip, anotaciones a lápiz en los márgenes. Diana Fletcher, marzo de 2000. Laura Bennett, abril. Katherine Reed, junio. En las imágenes

granuladas de las cámaras de seguridad: una mujer de traje formal, la cara siempre levemente girada o baja, el ángulo siempre ligeramente incómodo. Sabía dónde estaban las cámaras. Nombres distintos, turnos distintos, firmas distintas: nadie comparó. Pierce comparó: la estatura, la complexión, la postura recta característica de los hombros coincide en todas las imágenes. La misma mujer. Desde la primera visita, cinco años después de la condena, mensualmente, luego con menos frecuencia.

—Laura Bennett. —La voz sale baja, casi a pesar de mí.— Uno de los nombres falsos es Laura.

Kate levanta los ojos. Las dos escuchamos lo que hay detrás de eso.

—¿Emma?

—No. La primera visita en 2000: ella tenía quince años entonces. Una menor no pasa el control de la cárcel. Y en las imágenes claramente es una adulta, camina con seguridad. —Miro las siluetas borrosas. Las caras no se distinguen en ninguna: el ángulo, la distancia, siempre ligeramente incómodo.— Robert tenía una intermediaria. Una mensajera entre él y Emma.

—Un tercer jugador. —Kate lo dice despacio, lo prueba.— Que nosotras no vemos.

—Que nos vio a nosotras.

Pausa. Kate me mira.

—Sí —dice por fin—. Exactamente así.

Después: las fotos del papel quemado. Tomadas con mano temblorosa, los bordes movidos: Pierce fotografió lo que Robert no alcanzó a terminar de quemar antes del arresto. La letra en los pedazos que se salvaron es pareja, casi caligráfica. La miro y pienso: un hombre que nunca dudó de lo que hacía.

Kate lee en voz alta, sin entonación: la única manera de pronunciar esto:

«…Sujeto L… reacción de miedo intensa… Sujeto E consuela… vínculo necesario…»

Sujeto L.

Yo.

Pongo la mano sobre la mesa, derecha, con la palma hacia abajo. La yo de diez años en una habitación de concreto sin ventanas, con suficiente miedo como para aferrarse a la única persona que había cerca: y eso estaba planeado, escrito, evaluado. Reacción de miedo intensa. Como una temperatura. Como la lectura de un instrumento.

«…Sujeto L respuesta creativa… Sujeto E alienta document…»

Me levanto.

No decido levantarme. El cuerpo decide antes: la silla se corre, ya estoy caminando hacia la cocina, hacia el fregadero, abro el grifo. Agua fría. Mantengo las manos bajo el chorro más de lo necesario.

Los dibujos. Nuestras historias de princesas y dragones que yo dibujaba en pedazos de papel en la oscuridad mientras sobre nosotras parpadeaba la bombilla en el cable. Creí que era mi idea. Lo único que era mío en esa habitación. Una manera de no quebrarse. Y él lo observaba a través de Emma, tomaba notas y escribía: «respuesta creativa».

Cierro el grifo. Me quedo sobre el fregadero mirando el agua que escurre de los dedos.

—Laura.

La voz de Kate, baja, sin presión. No es una pregunta. Solo: estoy aquí.

Regreso. Me siento. Kate no me mira: mira la pantalla, espera a que yo diga que estoy lista. Es lo mejor que puede hacer, y lo sabe.

—Sigue leyendo.

«…sesión de programación… ambos sujetos receptivos… disparadores instalados… semillas sembradas… décadas…»

«…tres participantes necesarios… Creador… Discípul… Maes…»

«…participación voluntaria… no puede forzarse… debe eleg…»

Kate baja las manos. Mira la mesa largo rato.

—Lo documentó todo. Disparadores, participantes, plazos. No tuvo tiempo de quemarlo: Pierce fotografió los fragmentos.

—«Tres participantes». «Creador». «Discípulo». La tercera palabra, cortada: «Maes…».

—Maestro. —Kate levanta los ojos.— Robert construyó esto durante años. Necesitaba a dos personas.

—Somos dos.

—Y la participación tenía que ser voluntaria. La coerción destruiría lo que él necesitaba. Emma no me obliga: me dirige. Necesita que yo llegue sola.

«Debe elegir»: dos palabras del papel quemado. Él lo sabía entonces. Plantó las semillas en dos niñas de diez años en el sótano de Maple Street 447, y se puso a esperar.

Me convertí en psicóloga forense. Doce años sentada frente a personas que quitaron vidas, intentando entender cómo funciona la destrucción desde adentro. Creí que era mi elección. Creí que fui yo.

—Laura. —Kate habla con cuidado, como se habla con alguien al borde de algo.— Elegiste tu profesión tú sola. No él.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo sé yo?

No responde. Porque no puede.

Sentada. Miro la mesa. Hay un rasguño en la superficie, largo, en diagonal: un accidente viejo de alguien. Lo estudio más de lo necesario.

Kate abre la carpeta con las niñas desaparecidas. Tres fotos escolares, al reverso de cada una la letra de Pierce, la fecha y el nombre. Jennifer Mills, 10 años, 1991. Amy Ortega, 11 años, 1992. Christine Wu, 9 años, 1993. Tres sonrisas para la cámara. Robert fue interrogado en cada caso. Sin pruebas. Casos cerrados.

Yo tenía diez años cuando me llevó. Ellas también. La única diferencia: a mí me encontraron. Me encontraron porque una sola llamada: tres palabras con una voz de la que habían sacado a la niña.

Miro a Jennifer Mills. En la foto le falta un diente delantero: probablemente se avergonzaba de esa rendija, se tapaba la boca con la mano en las fotos del colegio. No tuvo tiempo de dejar de avergonzarse.

—Practicó —dice Kate—. Perfeccionó la técnica. Emma y yo somos la versión final.

Tres niñas pagaron con sus vidas para llegar a ella.

Me levanto. Tomo el recipiente de comida que sigue intacto desde el principio y lo tiro a la basura. Luego el segundo. El tercero. Kate me mira, no dice nada. Ni yo misma puedo explicar por qué: las manos simplemente encontraron trabajo mientras la cabeza digiere lo que no se puede digerir.

—¿Lista? —dice Kate.

—Sí.

Kate abre la siguiente carpeta: las víctimas de Ford, Crowley, Blake. Nueve expedientes uno tras otro, nueve fotos en la pantalla: tres filas, tres columnas.

Kate empieza a analizar: edad, profesión, geografía. Veo cómo sus ojos se mueven por la pantalla. Metódicamente. De izquierda a derecha.

Yo no me muevo.

Doce años de psicología forense, miles de fotos de víctimas, una sola habilidad: ver lo que une antes que todos los demás. Normalmente eso requiere tiempo. Ahora no. Ahora es un golpe bajo las costillas, y no entiendo de inmediato por qué no puedo exhalar.

Las nueve me miran desde la pantalla.

Cabello oscuro. Largo hasta los hombros. Entre treinta y cuarenta años. El óvalo del rostro. Los pómulos. La línea del mentón. Y la manera en que sostienen la cabeza en las fotos: levemente hacia adelante, como alguien que siempre está un poco apurado.

Es mi cabeza. Mis pómulos. Mi cabello.

No se parecen a mí: son yo. Nueve veces.

—Kate. —La voz, pareja. La que uso para leer conclusiones en voz alta cuando importa no dejarla quebrarse antes de tiempo.— Mira sus caras. Las nueve.

Kate mira. Un segundo. Dos. Al tercero algo se le va del rostro: despacio e irreversiblemente, como la luz en una ventana.

—Dios mío.

—Sí.

—Todas son—

—Parecidas a mí.

Me acerco a la pantalla. Me paro tan cerca que veo la pixelización en los bordes de las imágenes.

Jennifer Dawson: los mismos pómulos, la misma línea que conozco de memoria. Nicole Hartley: el cabello recogido hacia atrás, la mirada suave: así me veo por las mañanas cuando no tengo tiempo de arreglarme. Rachel Winters: la cabeza levemente inclinada, una sonrisa cálida: como mi foto de la conferencia que lleva tres años en el escritorio y que hace tiempo dejé de mirar.

Nueve mujeres. Elegidas por el rostro.

Por mi rostro.

—Emma indicaba —dice Kate. La voz, seca, controlada: así habla cuando detrás del profesionalismo esconde lo que no tiene palabras.— A mujeres concretas. Parecidas a ti. Cada vez.

Silencio. El reloj marca los segundos. Nueve pares de ojos en la penumbra.

—¿Por qué?

Kate guarda silencio largo rato: no busca palabras, sino mira la pantalla como si la respuesta estuviera ahí, entre las nueve caras, si se mira suficiente tiempo.

—No lo sé. Entrenamiento. Ensayo. Algo que todavía no entendemos. Pero no es casualidad: nueve mujeres, tres casos, distintos estados, varios años. Todas tu tipo. —Pausa.— Estadísticamente es imposible.

—Entonces soy el objetivo. Siempre lo fui.

—O el modelo. El molde. —Me mira.— No sé qué es peor.

Mataban a mis dobles. Nueve veces. Perfeccionaban la técnica en personas con mis pómulos y mi cabello, y cada una de ellas iba a algún lugar una tarde y no sabía por qué.

Me aparto de la pantalla. Voy a la ventana. El vidrio frío: apoyo la palma, la sostengo. Detrás del vidrio: el Arlington nocturno, los faroles, las veredas vacías, un transeúnte tardío se detiene bajo un farol, mira el teléfono, sigue caminando. Vivo. Sin saber.

Jennifer Dawson también iba a algún lugar una tarde común. Emma la miró y me vio a mí. Eso fue suficiente para morir.

Aparto la palma del vidrio. Me doy vuelta.

No es miedo. El miedo fue hace una semana en la cámara con aislamiento acústico, ayer en el sótano, hoy frente a la casa de Pierce. El miedo es cuando todavía no entiendes.

Yo entiendo.

Lo de ahora es otra cosa. Más preciso que el miedo. Más frío. No necesita palabras ni busca explicaciones: ya sabe lo que viene.

Están muertas porque se parecían a mí. Tres niñas desaparecieron porque Robert practicaba. Pierce murió porque ayudaba.

Emma cree que voy a ir sola: voluntariamente, como está escrito en los papeles quemados.

Tiene razón. Voy a ir.

Solo que no como ella planea.

—Kate.

Ella levanta los ojos.

—Mañana a Morrison. Después encontramos a Emma. No ella a mí. Yo a ella.

Kate me mira un segundo más. Luego asiente: breve, como si esa decisión se hubiera tomado hace mucho y ella esperaba que yo la dijera en voz alta.

Vuelve a la laptop. Cierra la carpeta de las víctimas, abre el directorio raíz del pendrive: una última revisión, por si se les pasó algo. Carpetas, decenas, todo por año, todo por categoría. Una vida ajena ordenada en pilas prolijas.

Y un archivo solo: aparte de las carpetas, sin número, sin el rótulo de Pierce. Solo un nombre.

«Para_Laura.pdf»

Kate me mira. Yo la miro.

Pierce construyó el archivo con la meticulosidad de alguien que sabía: algún día esto sería una prueba. Cada carpeta rotulada. Cada archivo en su lugar. Veintisiete años de orden.

Este archivo no es suyo.

**

CAPÍTULO 18

25 de octubre de 2022, 23:14

—No lo abras —dice Kate con voz apagada, sin apartar los ojos del monitor.

—¿Por qué?

—Código malicioso. Un troyano. Spyware. Si la gente de Emma tocó este pendrive, pueden haber dejado cualquier cosa adentro.

Tiene sentido. Es lógico. Es profesional.

Hago doble clic.

Kate aspira aire entre los dientes, pero no intenta detenerme. Sabe: en mi lugar, ella ya habría apretado el gatillo.

El PDF se despliega en la pantalla con sacudidas lentas. Una sola página. Una sola fotografía.

El sótano. Ese mismo. Las paredes de concreto macizo, el caño grueso bajo el techo, los manchones oscuros de humedad a lo largo de las juntas. Reconozco ese rincón por la grieta en forma de rayo: aprendí sus curvas en cientos de horas de espera. Ayer bajo la hipnosis no era más que una sombra, pero ahora está aquí, en alta resolución. La espalda siente el frío del concreto antes de que la mente procese lo que ve.

Pero esto no es una foto de los noventa. La calidad es digital, inquietantemente nítida. La iluminación: el flash duro de un teléfono que convirtió las sombras en cortes negros profundos en la piedra.

En la pared hay cuatro dibujos de tiza. Figuras de palitos. Descoloridas, casi fantasmales, impregnadas en los poros del concreto desde hace treinta años. Como un trauma viejo impregnado en los huesos.

Y debajo de ellos, un trazo fresco. Blanco cegador. Grueso. Una sola palabra trazada por una mano segura:

«Recuerda».

Los dedos, inmóviles. Hace una semana habrían temblado. Ahora solo hay un vacío frío y estéril en ellos.

Pero entonces veo una segunda carpeta. Sin nombre: solo una fecha. «21.11.1995».

Una fotografía. Treinta y cinco milímetros, grano, flash: la calidad de esa época, cuando se fotografiaba todo sin saber qué iba a salir. El portal de la casa en Maple Street. De noche. Las luces rojo-azules de la ambulancia se corren sobre el asfalto húmedo. Una manta sobre los hombros de una niña pequeña: de la institución, gris. El cabello rubio, apelmazado. La cara, seria, sin llanto. Los ojos miran directo al objetivo, como si supiera que la están fotografiando y quisiera que se recordara.

Mis ojos.

Pierce guardó esa fotografía durante veintisiete años. En una carpeta aparte. Con la fecha del rescate. No como evidencia: como respuesta a la pregunta de por qué hizo todo lo que hizo.

Y ahora está muerto. Por haber ayudado.

Kate guarda silencio. Ve mi cara. Espera.

—El sótano existe. —La voz, pareja: porque si tiembla, no voy a poder parar.— 447 Maple Street. No está abandonado. No lo demolieron. Alguien lo mantiene.

—¿Cómo llegó el archivo al pendrive de Pierce?

—Pierce vivía solo. Ochenta y dos años. Una casa de un piso. Una puerta que me abrió en tres segundos, sin cadena, sin mirilla. Un ex detective con cerradura de buzón. —Reconstruyo el cuadro.— El pendrive estaba sobre la mesa junto a la computadora. Sin contraseña. Cualquiera que hubiera entrado a la casa mientras Pierce estaba afuera: el supermercado, el médico, una caminata: podía enchufarlo cinco minutos. Copiar el archivo. Irse. Pierce no lo habría notado: un ícono nuevo entre cientos de viejos.

—Emma lo vigilaba.

—Durante años. Pierce investigaba a Robert todo ese tiempo. Tiene lógica que Emma observara a quien observaba. Sabía del archivo. Sabía del pendrive. Copiaron el archivo y esperaron.

—¿Para qué? ¿Para qué ayudarte a recordar?

La respuesta ya está en los papeles quemados de Robert que leímos hace una hora.

—«Participación voluntaria. No puede forzarse. Debe elegir». —Miro la pantalla. Tiza blanca sobre concreto gris.— Emma no asusta. Prepara. Cada paso es una miga hacia el sótano. La entrevista con Ford. El archivo de Pierce. Ahora la fotografía. Quiere que yo llegue el 31 de octubre no a ciegas: con todo el conocimiento, y aun así eligiendo ir. Porque Robert sabía que la coerción no funciona. Solo funciona la elección.

—Entonces cuanto más sabes, más cerca estás de lo que ella quiere.

—Sí. Y cuanto más rabia siento, más seguro es que voy a ir sola.

Eso nos detiene a las dos. El zumbido del refrigerador. Mi respiración. La rabia que me levantó hace una hora y dijo: no ella a mí, yo a ella. Emma también lo previó. Una trampa envuelta en sensación de libertad.

Kate fotografía la pantalla.

—Esto es evidencia. Un archivo ajeno en el pendrive de Pierce. No su nombre, no su sistema. Morrison no puede ignorarlo.

* * *

Miro los cuatro dibujos de tiza. Figuras de palitos. Líneas infantiles, irregulares y convencidas al mismo tiempo.

Trazadas por la mano que después le enseñaría a matar a tres hombres.

La memoria regresa no en fragmentos: en capas enteras, imparables, como el agua detrás de una presa rota. Quizás porque Reeves empezó a desmantelar los cerrojos. Quizás porque la rabia abre puertas que el miedo tiene con pasador.

El sótano. Noviembre de 1995.

El olor, primero. Moho y cemento húmedo, y metal en el aire: ese olor años después, en un corredor quirúrgico, lo sentí una vez y salí al baño para no desmayarme.

La oscuridad de ahí adentro era viva: no simple ausencia de luz, sino algo denso que presionaba los ojos y los obligaba a buscar cualquier cosa, incluso cuando no había nada que encontrar. Estábamos tendidas bajo una manta delgada que olía a moho y a

sudor ajeno, apretadas espalda con espalda, porque el calor se iba más rápido de lo que podíamos acumularlo. Las costillas de Emma las sentía a través de la tela. En algún lugar alto de la pared goteaba el agua: rítmicamente, monótonamente, sin fin. Contábamos las gotas. Cuando llegamos a mil, paramos.

—Cuéntame una historia —susurró Emma. La voz ronca de un grito que no había servido para nada.— De la princesa. La torre. El dragón.

Mi voz temblaba, y no intenté disimularlo. Inventaba sobre la marcha: palabra por palabra, con tal de no callar, porque el silencio en esa oscuridad era una cosa viva que aplastaba.

Había una vez una princesa, encerrada en una torre, un dragón en la única puerta, que nunca duerme, que nunca se va. Lo decía despacio, estiraba cada palabra: para que alcanzara toda la noche. Pero la princesa es inteligente. Encuentra una cuerda. Se entrena en la oscuridad mientras el dragón mira para otro lado. Espera. Se acerca sin ruido. La lanza. Uno. Dos. Tres. Piedras del techo. El ala golpea la pared. Pero la cuerda aguanta. Once. Doce. Más suave. Más suave. Silencio.

La princesa es libre.

Lo dije y me di cuenta de que lloraba: en silencio, las mejillas mojadas, no sé cuándo empecé. Emma no lloraba. Tomó la tiza del suelo y dibujó en la pared una figura de palitos con una línea alrededor del cuello.

—Para recordar —dijo.

No pregunté para qué. Tenía diez años. Pensé que era para recordar que la princesa había ganado.

La segunda noche, o la tercera. La bombilla se encendía solo cuando bajaba Robert. En los intervalos la oscuridad no era tiempo, sino materia.

Emma pidió una historia nueva. La voz, más pareja que antes. Entonces decidí que se había calmado. Ahora sé que eso tiene otro nombre.

La princesa. Otro dragón, junto al foso. Espera a que se incline a beber: le agarra la cabeza, con todo el peso, la sostiene. Yo

lo contaba más rápido que la primera vez. Treinta. Cuarenta. Las burbujas, más separadas. La última, grande. Estalla.

Emma dibujó una figura boca abajo. Líneas onduladas: el agua. Dejó la tiza. Miré el dibujo y sentí algo para lo que entonces no tenía palabras. Ahora las tengo, pero eso no lo hace más fácil.

La tercera historia. Una almohada. Suave como las manos de mamá. Lo dije y por un segundo vi a mamá: las manos, el calor, algo doméstico e imposiblemente lejano, y el dolor fue tan agudo que casi me detuve. No me detuve. Continué. Cincuenta. Cincuenta y cinco. Sesenta.

—Suave como las manos de mamá —repitió Emma.— Bien.

Solo esa palabra. Como si marcara una casilla.

El tercer dibujo. Un rectángulo sobre la cara.

La cuarta historia ya no puedo recordarla como solo mía. Hablábamos por turnos, y no noté: no quise notar en qué momento dejé de ser la narradora y me convertí en coautora.

La princesa. Bayas en el jardín. Rojas. Hermosas. En la comida del dragón. Él no lo nota. Come. Se duerme. No despierta. La manera más silenciosa. Sin cuerda, sin agua, sin manos. El dragón muere creyendo que lo están alimentando.

El cuarto dibujo. Cruces en lugar de ojos.

Cuatro dibujos de tiza en el concreto.

Y también estaba el botón.

Rosado. Pequeño. Hello Kitty: la carita del gato con los grandes ojos dibujados. Se cayó de mi pijama el primer día. La tela que había sido rosa brillante ya estaba grisácea de mugre. Emma lo levantó del concreto. Lo dio vueltas entre los dedos, lo acercó a la cara: lo estudió en la oscuridad con el tacto.

—Ojos que nunca se cierran —dijo—. Si lo sostienes, vigila al dragón. No va a poder acercarse a traición.

Nos lo pasábamos en la oscuridad. Cuando una tenía demasiado miedo, se lo pasaba a la otra, mano a mano. De noche lo poníamos en el medio entre las dos sobre el concreto, para que la distancia fuera igual. Al reverso Emma rayó algo con un objeto afilado: E + L.

Dos niñas. Dos letras. Un botón.

No sé cuánto tiempo llevo así: mirando la pantalla pero viendo el concreto. Kate no me apura. Afuera pasa un auto, las luces rojas se deslizan por el techo y se apagan. Las sigo hasta que desaparecen. Luego regreso.

* * *

—Los botones en las víctimas —digo—. Blancos. Cosidos en los párpados. Nueve mujeres, y en cada una: «ojos que nunca se cierran». Emma tomó nuestro juego de niñas y lo convirtió en la firma de cada asesinato.

—Pierce encontró el original: el rosado de Hello Kitty, en el sótano en 1995 —dice Kate. La voz, pareja, profesional, solo los dedos apretados.— Lo inventarió. Lo fotografió. Desapareció de la custodia de evidencia antes del juicio.

—Emma lo tomó. Lo guardó. Para las víctimas usó copias blancas. Otro color, otro plástico. Pero el mismo ritual. La misma idea.

Kate se recuesta en el respaldo de la silla. Se frota la frente con el dorso de la mano: el gesto de quien necesita un segundo antes de pronunciar lo que sigue.

—Cuatro métodos. Cuatro dibujos. Una firma. Laura: Emma convirtió los cuentos de hadas infantiles en un sistema. Eligió tres métodos de los cuatro, buscó ejecutores, entrenó a cada uno en una sola manera.

—Lo sé.

—Y el cuarto lo dejó.

Guardo silencio. Miro la pantalla. La línea. Las ondas. El rectángulo. Las cruces. Con la misma tiza con la que antes de Halloween de 1995 yo dibujaba solecitos en la vereda frente a casa.

—A los diez años creé los métodos que mataron a nueve mujeres.

No es una pregunta. Es una constatación.

Espero el golpe por dentro. La culpa. Las náuseas.

Silencio. Solo el refrigerador. Solo mi respiración.

Tenía diez años. Inventaba maneras de matar al dragón porque si no, él me habría matado a mí. Emma convirtió esas

historias en un arma.

Algo se contrae: no culpa. Duelo. Por la niña que dibujaba con tiza en la pared para recordar, y creía que estaba recordando una manera de sobrevivir.

—Pero ella eligió después —dice Kate en voz baja—. Cada día. Veintisiete años.

—Lo sé. —Un respiro.— Mañana. Morrison. El trabajo.

Kate asiente. Abre los expedientes de los asesinos: Ford, Crowley, Blake. Tres casos. Tres métodos. Pasa las páginas. Fotos de las escenas del crimen. Conclusiones periciales. Hace una hora miramos estos mismos archivos buscando la semejanza de los rostros. La encontramos. Pero no contamos. Miramos la calidad, no la cantidad.

Kate se detiene.

—Laura. Cuenta las víctimas. Por cada asesino.

Crowley. La cuerda. Rachel Winters, treinta y tres años, docente. Amanda Foster, treinta y cinco, administradora de hospital. Y dos más.

Cuatro.

Blake. El agua. Tres mujeres.

Tres.

Ford. La almohada. Jennifer Dawson, treinta y cuatro, ejecutiva de marketing. Nicole Hartley, treinta y siete, maestra.

Dos.

Kate me mira. Yo miro las tres columnas que van disminuyendo. Con orden. Con método. Como si alguien hubiera llevado la cuenta desde el principio.

—Una cuenta regresiva —dice Kate. Se aparta de la pantalla un centímetro: casi imperceptible, como alguien que no quiere estar pegado a lo que está viendo.

Cuatro. Tres. Dos.

Y el cuarto método: el veneno. La figura de palitos con cruces en lugar de ojos. El método que Emma no le entregó a nadie. Se lo guardó. Para una sola víctima.

Nueve mujeres con mi cara, en orden decreciente. Cada ciclo más cerca del original. Cada método, de los cuentos que yo narraba

en la oscuridad mientras sobre nosotras parpadeaba la bombilla en el cable.

Hacia una sola cara.

Kate me mira. Yo la miro.

Las dos conocemos la respuesta. Pero Kate la pronuncia primero:

—Tú.

**

CAPÍTULO 19

26 de octubre de 2022

La prisión se ve distinta cuando uno vuelve.

Kate maneja. Miro cómo el concreto de Newark crece en el parabrisas: gris, plano, construido por personas que no creen en los accidentes. Alambre de púas. Torres de vigilancia. El mismo edificio del que salí hace una semana con la voz de Ford en la cabeza: Ella lo espera, doctora Stevens.

Ahora regreso.

Voluntariamente.

Anoche supe que soy el punto final de una cuenta regresiva. Cuatro víctimas. Tres. Dos. Una. Yo.

Morrison escuchó cuarenta minutos sin interrumpir. Kate desplegó los materiales uno a uno: los registros de visitas, la rubia con nombres falsos, veinte años visitando a Robert, los fragmentos quemados de los papeles de Robert, la foto del sótano desde el pendrive ajeno. La cuenta regresiva: cuatro víctimas de Crowley, tres de Blake, dos de Ford. Morrison pasaba las páginas sin expresión. Yo miraba sus manos. No se movían más rápido en las páginas aburridas ni más despacio en las importantes: el ritmo parejo de alguien acostumbrado a no mostrar reacción. Lo catalogué. Lo anoté. Buscaba el lugar donde la máscara estuviera un poco más apretada de lo necesario. Pero cuando llegó a los registros de visitas, la mandíbula se tensó. Se tensó más con el botón.

Pedimos una investigación. Recursos. Protección.

Dejó la carpeta a un lado. «Insuficiente. Las pruebas son indirectas. La cuenta regresiva es una interpretación, no un hecho». Me miraba a mí, no a Kate. «Denme algo concreto. Un nombre. Una dirección. Una huella. Mientras no exista, tengo tres asesinos condenados que cuentan historias convenientes».

Kate pidió al menos una segunda entrevista con Ford. Esperé mientras Morrison decidía. Por la ventana detrás de él: el cielo de Washington, plano, de octubre. Miró la grabación de la primera

entrevista con Ford que Kate puso de última. Luego dijo: «Dos horas. Si Ford da información concreta, abro el caso».

—No nos cree —digo—. Piensa que Ford, Crowley y Blake coordinaron la defensa.

—El archivo en el pendrive de Pierce lo enganchó. Un archivo ajeno en un sistema ajeno: eso no pudo explicarlo con una conspiración. —Pausa.— Y Ford aceptó de inmediato. El guardia dijo que parecía satisfecho. Le preguntaba al personal cuándo volvería la doctora Stevens.

—Emma le dijo que yo iba a venir.

—Probablemente.

Seis días para Halloween. El sol de octubre, bajo, apagado. Una luz que no calienta nada.

* * *

El guardia no es Rodríguez. La credencial dice «Patterson». Mayor. Más pesado. Nos lleva por el pasillo de lámparas fluorescentes en silencio, hasta que dice sin darse vuelta:

—El sujeto está tranquilo. —Demasiado tranquilo, a decir verdad. La mayoría se pone nerviosa antes de una visita del FBI. Ford sonrió cuando le dije que habían llegado. Dijo: «Las estaba esperando».

Kate y yo nos miramos.

Sala 7. Mesa de metal atornillada al suelo con cuatro pernos. Tres sillas de plástico. La cámara en el rincón: la luz roja parpadea acompasada, como un pulso. El mismo frío. El mismo cloro y cemento viejo, y debajo de eso algo orgánico, enquistado, que ningún cloro toca.

Kate elige la silla más cerca de la puerta. Yo me siento enfrente, donde estará Ford.

—¿Estás bien?

—No. Pero no estoy aquí por eso.

Hace una semana me senté en esta misma sala como víctima. Escuché. Me fui en estado de shock. Hoy tengo una lista de preguntas, el archivo de Pierce en la cabeza y una cuenta regresiva que termina con mi nombre.

La puerta se abre con el suspiro pesado del sistema neumático. Ford entra detrás de Patterson. El overol naranja cuelga como una bolsa. Las esposas al frente, una cadena corta. Su cara, que ya antes era delgada, ahora está cubierta de pergamino, las clavículas sobresalen del cuello como un perchero del que resbaló la ropa.

Me ve. La expresión en los ojos cambia: no es sorpresa. Es reconocimiento. Satisfacción. Como si yo hubiera aprobado un examen del que nadie me avisó.

Patterson lo sienta. El metal golpea el metal: la cadena al perno de anclaje de la mesa. La verifica. Le hace un gesto a Kate: «El botón de pánico bajo la mesa. Estoy afuera».

La puerta cierra con un clic definitivo.

—Doctora Stevens. —La voz, suave. La misma entonación que hace una semana: un cuento antes de dormir narrado por alguien que nunca duerme.— Me preguntaba si volvería. Ella decía que sí. Decía que usted necesitaba entender antes de que todo terminara.

Kate pone el teléfono sobre la mesa y activa la grabación.

—Señor Ford, indique para el registro: ¿quién lo entrenó antes de los asesinatos?

La sonrisa aparece despacio. Íntima. Satisfecha.

—Emma.

Escuchar ese nombre salir de su boca es distinto que leerlo en los documentos. Más real. Más pesado. Como si detrás de él se acabara de abrir una puerta.

—¿Apellido completo? —pregunta Kate.

—No daba su apellido. Decía que los nombres son temporales. Que lo importante es la comprensión.

—¿Cómo lo contactó?

Ford mira a Kate brevemente. Con cortesía. Luego la mirada regresa a mí y ya no se va.

—Un foro de apoyo en línea para personas en duelo. Después de la muerte de mi esposa.

—Cuénteme sobre su esposa.

La expresión se suaviza. La primera emoción real: no ensayada, no entregada.

—Rachel. Seis años de casados. Un accidente de auto. Un conductor borracho se pasó un semáforo en rojo. Instantáneamente. Un segundo estaba. Al siguiente, no.

—¿Cuándo?

—Marzo de 2021. Después de eso el mundo dejó de tener sentido. Entré al foro buscando personas que entendieran.

—Y Emma respondió.

—Junio de 2021. Tres meses después de Rachel. Los demás decían siempre lo mismo. El tiempo sana. Está en un lugar mejor. Aguanta. —Pausa.— Emma escribió: «Algunas pérdidas crean vacíos permanentes. Las personas que dicen otra cosa nunca experimentaron un duelo real». Esa honestidad. Respondí de inmediato.

Escucho cómo describe el momento en que Emma lo encontró. Elegía a sus personas en el punto de quiebre: cuando el mundo ya se había agrietado pero el individuo todavía no sabía hacia qué lado caer. Marzo de 2021: Rachel murió. Junio de 2021: Emma entró por la grieta.

—¿Cuánto tiempo se comunicaron antes de… antes de la primera vez?

—Un año. Un poco más. Primero mensajes. Luego ella propuso videollamadas. No apuraba. Decía que la comprensión no llega rápido.

—¿El fondo? ¿Detalles en el encuadre?

—Paredes desnudas. Nada salvo su cara.

—Necesitamos información concreta. Dónde vive. En qué trabaja. Cualquier detalle.

Ford niega con la cabeza.

—No hablaba de esas cosas. Decía que su historia no importaba. Que lo importante era comprender el sufrimiento. Entender cuándo la intervención se vuelve misericordia.

Miro sus manos. Tranquilas. Cruzadas sobre la mesa en la medida en que la cadena lo permite. Un hombre que durante un año intercambió mensajes con Emma, creyó haber encontrado una hermana de dolor, y al final asfixió a dos mujeres. Las manos no se distinguen de ninguna otra mano.

El estómago se retuerce.

—Ella le enseñó a matar.

—Ella me enseñó a reconocer cuándo la muerte es bondad. —La voz, siempre suave. Absolutamente sincera. Lo más aterrador de ella es que no es una máscara.— Me ayudó a ver que cierto sufrimiento no sirve ningún propósito. Que la intervención, si es cuidadosa, misericordiosa, puede ser un acto de amor.

—Usted asfixió a dos mujeres con una almohada —dice Kate —. Jennifer Dawson y Nicole Hartley. ¿Cómo es eso misericordia?

—Sufrían de maneras que al principio yo no podía ver. Emma me ayudó a entender. Me enseñó a observar sin ser notado. A estudiar las rutinas. A estar seguro de que la intervención prevendría un sufrimiento mayor en el futuro.

Habla de dos mujeres muertas con el tono de alguien que describe una operación. No es un asesino: es un cirujano. Emma lo preparó durante un año. Esto es lo que resulta de un año.

—No era como una maestra. —Ford busca la palabra.— Como una hermana. No de sangre. De dolor. Ella sabía lo que es perder a quien amas y no poder cambiar nada.

La palabra «hermana» da en el plexo solar. No es metáfora: físicamente, bajo las costillas. No me muevo. Espero a que pase.

—La metodología. —La voz, pareja.— La almohada. El posicionamiento. El conteo hasta sesenta. ¿Emma enseñaba de manera específica?

—Enseñaba la técnica. Cómo ser rápido. Sin dolor. Cómo minimizar el miedo. Pero, doctora Stevens… —la voz cambia: más baja, más íntima—, usted ya conoce esos métodos. Usted los creó.

El aire entre nosotros se desplaza. Físicamente, como la caída de presión antes de una tormenta.

—Continúe.

Ford se inclina hacia adelante en la medida en que la cadena lo permite.

—Emma me lo dijo después del arresto. Que usted y ella crearon los métodos juntas cuando eran niñas. Que usted los dibujó primero. Que todo lo que me enseñó nació de la imaginación de usted convertida en realidad.

Kate me mira. Asiento: sigue.

—Quería que yo se lo transmitiera. —Ford habla parejo, como alguien que cargó una cosa mucho tiempo y por fin la pone sobre la mesa.— Quería que usted entendiera su papel en todo esto. Que supiera que el sótano no terminó cuando se abrió la puerta. Que las promesas que hizo todavía tienen valor.

—¿Qué promesas?

Algo en su cara cambia. Cierra los ojos. Cuando los abre, ya no es él quien mira. Un texto aprendido, entregado a través de un cuerpo vivo.

—Me hizo repetirlo hasta que lo memoricé de palabra. Dijo que lo entregara exacto. —Y empieza a hablar: parejo, rítmico, como dicta alguien que no quiere perder ni una sola palabra:

«Dile a Laura que recuerdo todo lo que ella olvidó. Dile que el sótano no terminó cuando abrieron la puerta. Dile que las promesas hechas en la oscuridad valen más que las vidas vividas después. Dile que el Método número cinco requiere a los tres. El Creador, el Discípulo, el Maestro. Dile que Robert espera el final. Dile: 31 de octubre, medianoche, Maple Street, 447. Todo lo que empezó ahí terminará ahí. El triángulo se completa o se derrumba. Dile que no necesita entenderlo todavía. Solo necesita volver a casa».

Las palabras caen con peso físico. La voz de Emma pronunciada por la boca de Ford. Una cinta insertada en una grabadora ajena.

Me siento derecha. Las manos sobre la mesa. Las uñas no se clavan en las palmas: no lo permito. Si ella ve esta grabación, que vea: llegó. Dio en el blanco. Y de todas formas sigo sentada derecha.

Silencio.

Kate es la primera en encontrar la voz.

—Robert Ashford. ¿Dónde está ahora?

Ford parpadea. La calidad de lo aprendido desaparece.

—No lo sé. Emma decía que era necesario. Que los tres participantes se necesitan para el Método número cinco. No explicó dónde estaba. Solo que espera.

—¿Dónde espera?

—No lo dijo. Solo que el lugar importa. 447 Maple Street. Donde todo empezó.

—¿Dónde está Emma? —presiona Kate.

—No lo sé.

—Las videollamadas eran desde algún lugar. El fondo. Los detalles.

Ford reflexiona. Por primera vez en toda la entrevista: una pausa que se siente real, no ensayada.

—Su habitación estaba vacía. Nada personal. Pero una vez vi una luz azul reflejada en la pared detrás de ella. Como un letrero de neón por la ventana. Parpadeaba. Ella notó que yo estaba mirando. Cortó la llamada antes que de costumbre.

—¿Cuándo fue eso?

—Al comienzo de nuestra relación. Quizás junio de 2021.

Kate anota. Una luz azul de neón. Junio de 2021. Poco, pero más que antes.

—¿Cuántas veces se contactó después del arresto?

—Una. Tres días después de la condena. Me dio el mensaje para la doctora Stevens. Me hizo repetirlo siete veces hasta que se convenció de que lo había memorizado textualmente.

—Emma entrenó como mínimo a tres asesinos. A usted, a Crowley, a Blake. ¿Hay otros?

—No lo sé. Nuestra comunicación era privada. Solo sobre mi situación.

—¿Ella explicaba por qué? ¿Por qué entrenar asesinos?

—Decía: práctica. Que el trabajo requería precisión. Que la preparación era necesaria antes de la tarea real.

—El Creador, el Discípulo, el Maestro —digo—. ¿Quiénes son?

Ford me mira. Largo.

—Usted es el Creador. Inventó los métodos en la infancia. Emma es el Discípulo. Los aprendió, los perfeccionó, los transmitió. El Maestro es Robert. Quien empezó todo. Quien espera el final.

—Es una trampa —dice Kate—. Emma está atrayendo a Laura al lugar donde espera Robert.

Ford niega con la cabeza: con suavidad, como un adulto que corrige a un niño.

—Emma no quiere hacerle daño a la doctora Stevens. Todo lo que hizo fue para protegerla. Las nueve mujeres eran necesarias. Si ella no lo hubiera hecho, Robert habría obligado a matar a cientos. Su camino salvó a Laura más que nadie.

—Matando a nueve mujeres parecidas a mí. —La voz no se quiebra.— Eso no es protección. Es obsesión.

—Sí —dice Ford, simple—. Emma está obsesionada. Ella lo reconoció. Dijo que es víctima y victimaria al mismo tiempo. Programada y que elige. Robert la hizo así, pero ella eligió a usted. Dijo que el amor y la coerción se fusionan cuando te rompen suficientemente temprano.

Detrás de esas palabras hay una puerta que por ahora no abro.

—Lloró —dice Ford. La voz baja.— Una vez en todas las llamadas. Dijo que a propósito la hizo vulnerable para el arresto. Necesitaba que usted encontrara el patrón. Entendiera en qué se había convertido. Lo que era capaz de hacer. Dijo que usted tenía que ver a las nueve mujeres para entender la elección que viene.

—¿Qué elección?

—No me lo dijo. Dijo: usted lo sabrá cuando esté en el sótano donde hizo las promesas. Donde nacieron los métodos. Donde todo empezó.

Kate golpea la puerta.

—Patterson. Terminamos.

Pero Ford no aparta los ojos de mí. En esa mirada hay algo ajeno. El último mensaje.

—Ella la ama, doctora Stevens. Como las personas rotas saben amar. Mató a nueve mujeres preparándose. Arriesgó todo conduciéndola hasta este momento. El Método número cinco no es un asesinato. Es un final. Es una elección. Es la promesa que le hizo cuando tenían diez años.

—No recuerdo ninguna promesa.

—Ella recuerda por las dos. —La voz se vuelve casi tierna, y eso es lo más insoportable.— Dijo que ese era su trabajo. Recordar lo que usted olvidó. Guardar la promesa hasta que usted estuviera lista para entender qué significaba.

Patterson entra. Desabrocha la cadena. Ford se levanta. En la puerta, se da vuelta:

—Seis días, doctora Stevens. Ella esperó veintisiete años. Seis días, y el sótano la llama a casa. Entonces usted elige qué significaba la promesa. Entonces el Método número cinco se completa o todos mueren. Incluyéndola a usted.

La puerta se cierra.

La cámara nos mira con el ojo rojo. La grabación sigue.

—Entregó el mensaje —dice Kate en voz baja—. Cada palabra estaba ensayada. No sabe nada más allá de lo que ella le ordenó transmitir.

—El letrero azul de neón. Junio de 2021. —Me levanto. Las piernas sostienen: no porque no dé miedo, sino porque el miedo ahora es un lujo para el que no hay tiempo.— Es todo lo que tenemos.

—Voy a cruzar las bases de licencias. Arlington, Rosslyn. Acotar el barrio. Y llevo la grabación de esta entrevista a Morrison hoy mismo.

Kate me mira.

—Ford dio el mensaje. La fecha. La dirección. A Robert. El Método número cinco. —Miro la silla vacía.— Es verificable. Es exactamente lo que Morrison pedía.

* * *

El aire de octubre golpea con el frío al salir: seco, como una bofetada después del calor.

Ford está ahí adentro. Probablemente sonriendo. El papel, cumplido: como en Crowley, como en Blake. Tres personas que creyeron actuar libremente.

Kate guarda silencio hasta la autopista. Luego:

—Laura. El Método número cinco requiere a los tres. El Maestro es Robert. Robert desapareció en julio. Y para Halloween tiene que estar en el sótano.

Hace una semana eso habría parecido una coincidencia. Ya no quedan coincidencias.

—Alguien lo esconde desde el verano —digo—. Le provee alojamiento, comida: de una manera que ninguna base lo detecta. La misma persona que durante veinte años lo visitó con nombres falsos. Que entrenó a tres asesinos. Que colocó el archivo en el pendrive de Pierce.

—Emma.

—Emma.

Silencio. El auto toma velocidad. Virginia se desvanece en gris por la ventana.

—Robert no se esconde. Lo escondieron. Y para Halloween va a estar en Maple Street, 447. Porque Emma lo organizó todo mucho antes de que nosotras supiéramos su nombre.

Kate no responde. Los nudillos sobre el volante, blancos.

El teléfono de Kate vibra. Mira la pantalla. Guarda silencio un segundo más de lo necesario.

—Morrison abrió el caso. —La voz, pareja.— Hace media hora. Oficial. Grupo operativo, recursos, protocolo completo.

—¿Pero?

—Lo bloquearon desde arriba. El subdirector de operaciones. La redacción: «datos insuficientemente verificados para autorizar un grupo operativo con tres apelaciones activas de condenados». —Deja el teléfono.— Morrison nos cree. El sistema, no.

Miro el parabrisas. Por dentro sube algo oscuro y parejo: no una explosión, no un grito. Una rabia tranquila y metódica que no necesita palabras. Exactamente el tipo que no pasa.

Tres apelaciones. Tres abogados a quienes les conviene que Emma siga siendo una invención. Tres asesinos condenados que cuentan historias convenientes. Mientras Emma no sea una identidad probada, el sistema verá exactamente eso.

Emma lo sabía. Desde el principio.

Vuelvo a las palabras de Ford una y otra vez, como la lengua vuelve a un diente roto. El Método número cinco requiere a los tres. El Creador: yo. El Discípulo: Emma. El Maestro: Robert. Tres personas que el sótano de Maple Street unió en 1995 y no soltó.

En algún lugar Emma lleva en el bolsillo el botón rosado con las letras rayadas E + L. Lo lleva desde 1995. Espera a que yo

recuerde qué significaban esas letras.

Y hay un detalle que ni Ford ni Kate pronunciaron en voz alta.

El cuarto método. El que Emma no le entregó a ningún discípulo. El que no necesita fuerza, no necesita manos, no necesita cercanía.

El dragón muere creyendo que lo están alimentando.

El veneno.

**

CAPÍTULO 20

26 de octubre de 2022

El pendrive apareció en la bolsa de la nada. Una intrusión sin ruido.

Lo encontré por la mañana cuando la mano pasó de costumbre entre la billetera y el llavero. Un pequeño bloque negro. Plástico desnudo sin funda. Me quemó los dedos con el frío: así solo se siente un objeto ajeno que alguien depositó con precisión, calculando la trayectoria de tu mano al milímetro.

Una etiqueta blanca. Tipografía de imprenta, estéril y anónima: MORGAN HAYES, Software Contractor, Seattle, WA. Y debajo, con un golpe corto: SURVEILLANCE.

En el departamento persistía el silencio de ayer: el vacío enrarecido de un lugar que estuvieron observando. Kate se había ido hace una hora, dejando solo una capa de tensión y una taza en la encimera. En el fondo, los restos oscuros de un café frío. Morrison ayer dijo que no autorizaron la apertura del caso, pero Kate asintió apenas. En el idioma de la Oficina eso significa «guerra». Se fue a seguir cavando, ignorando las señales de alto.

Estoy sentada en la cocina. El plástico del pendrive parece no pesar nada, pero siento cómo la mesa se hunde invisiblemente bajo su peso.

Debajo del pendrive en la bolsa había una hoja doblada. La desdoblo con manos que ya saben lo que van a encontrar: como se sabe, sin haber mirado todavía, que las noticias son malas.

Letra ordenada. No la mía.

Instrumento inconsciente. Verifica. E

Emma puso esto en mi bolsa. ¿De noche, mientras dormía? ¿De mañana, mientras estaba en la ducha: tres minutos, quizás cuatro, el agua suena suficientemente fuerte como para cubrirlo todo? Yo consideraba la puerta cerrada como un límite. Ella la consideraba una formalidad.

Conecto el pendrive a la laptop. La pantalla se oscurece un segundo, luego se ilumina: el sonido habitual de carga, como si nada. Como si fuera un archivo normal de trabajo normal.

Un solo archivo. El PDF se abre con esa granulación que solo tienen los papeles que muchas manos tocaron, doblaron, cargaron: el polvo gris del contacto ajeno en cada página.

CONTRATO DE DESARROLLO DE SOFTWARE

Cliente: Emma Graves. Contratista: Morgan Hayes, consultor independiente de software. Proyecto: paquete personalizado de vigilancia y acceso remoto. Fecha: 12 de mayo de 2022. Plazo: 3 semanas. Pago: 12.000 USD (bitcoin). Comunicación: solo remota, canales cifrados. Sin dirección física. Información de contacto: correo electrónico. Mensajería cifrada. El anonimato como arquitectura, no como accidente.

Nota al pie en otra letra: Cliente solicitó anonimato completo. Toda comunicación por canales cifrados. Sin reuniones presenciales. Pago en criptomoneda.

Mayo de 2022.

Me recuesto en el respaldo de la silla y la cocina se contrae: imperceptiblemente, como se contrae el espacio después de una comprensión que no se puede deshacer. Un mes después de que Robert quedó en libertad. Exactamente entonces, no antes. Significa que en abril pasó algo, y la distancia dejó de ser suficiente. Mientras yo estacionaba junto a la clínica, bebía café en vasos de cartón, daba clases a estudiantes sobre cómo funciona el miedo ajeno: ella estaba sentada en algún lugar construyendo esto. Pagando con bitcoin. Comunicándose solo a través del cifrado. Sin dejar rastros donde los rastros se pueden encontrar.

En cambio dejaba pendrives en mi bolsa.

Llamo a Kate. Atiende al primer tono.

Me dejó otro regalo.

¿Qué esta vez?

Un pendrive. Un contrato de software de vigilancia. El desarrollador, Morgan Hayes. Mayo de 2022. Trabajo completamente remoto, nunca se vieron en persona.

Silencio del otro lado: no vacilación, clasificación. Luego: «Manda los archivos. Los corro por las bases. Te llamo».

Fotografío las páginas. Las mando. Espero.

Afuera: la calle de octubre en la luz gris de la mañana. El asfalto mojado después de la lluvia nocturna. Las ramas peladas de los tilos a los que la última semana les viene arrancando las hojas. Una camioneta de reparto junto a la vereda: el conductor está afuera, fuma, mirando el teléfono. Todo ordinario, todo en su lugar. Hago girar el pendrive vacío entre los dedos y pienso: Emma miraba esta misma calle. Quizás ahora mismo, desde un auto enfrente. Quizás a través del lente de una cámara de la que acabo de enterarme hace cinco minutos.

El teléfono suena veinte minutos después.

Morgan Hayes. Treinta y cuatro años. Ex contratista de la NSA. Dejó el gobierno en 2017. Freelance desde entonces. Habilitación de seguridad todavía activa. Sin antecedentes penales.

—Entonces Emma contrató a un especialista de verdad.

—Lo que explica la escala. Rastrea comunicaciones, vigila, permanece invisible. —Pausa.— Necesitamos hablar con él. Saber exactamente qué construyó.

—¿Puedes organizar una llamada?

—Dame una hora.

Cuelgo. La taza de Kate sigue en la encimera: los restos del fondo hace rato se secaron por los bordes. El café frío de alguien que no tiene tiempo de terminarlo.

* * *

Una hora y media después, la laptop suena.

Morgan Hayes aparece en la pantalla: como si supiera que lo esperaban. Pasados los treinta, el cabello hace mucho entregado a su suerte, anteojos con huellas de dedos en los vidrios: dos óvalos borrosos donde más frecuentemente los agarra para quitárselos y sostenerlos. Detrás de él tres monitores funcionan en simultáneo. En dos: columnas densas de código, símbolos verdes sobre fondo negro, un idioma que yo no leo. En el tercero: una ventana oscura de terminal con el cursor parpadeando. Una taza con la inscripción sudo make me a sandwich descansa sobre una pila de libros técnicos: los lomos gastados, las páginas hinchadas por la humedad.

El espacio de trabajo de alguien para quien el mundo físico es solo la estructura de carga bajo lo digital.

—Doctora Stevens. —En la voz hay un filo leve. No hostilidad. La cautela de alguien que ya consultó con un abogado y decidió hablar sin él.— El agente Brennan me explicó la situación. Quiero aclarar desde el principio: todo mi trabajo fue legal. La cliente solicitó herramientas de seguridad personal. Construí exactamente lo que especificó.

—Cuénteme sobre el contacto con Emma. ¿Cómo la contrató?

—Una plataforma freelance cifrada. Mayo de 2022. Necesitaba un paquete personalizado de vigilancia: acceso remoto, monitoreo de comunicaciones, herramientas estándar. Las condiciones las acordamos por mensajería cifrada. La mitad del adelanto en bitcoin, la mitad al finalizar. Tres semanas de trabajo.

—Nunca se vieron en persona —dice Kate.

—Nunca. En mi campo no es raro: un treinta por ciento de mis clientes no los veo en persona. Hacíamos videollamadas para las discusiones técnicas, pero ella siempre mantenía la cámara apagada. Solo audio.

—¿Cómo sonaba?

Morgan se quita los anteojos. Los levanta a contraluz, entrecerrado, como si verificara si están limpios. Los limpia con el borde de la remera. No es un gesto de limpieza. Es un gesto de tiempo. Para encontrar las palabras correctas.

—Profesionalmente. Tranquila. Los conocimientos técnicos eran sólidos: sabía lo que pedía, hablaba el idioma de la tarea. Pero había una cierta cualidad en la voz. —Se vuelve a poner los anteojos.— Distanciamiento. Como si parte de ella estuviera en un lugar completamente distinto, y solo regresara de tanto en tanto para responder.

En la cocina se hace muy silencioso. La calefacción hace un clic: la cañería en la pared se dilata por el calor. Antes no había notado ese sonido.

—Describa las capacidades —dice Kate—. En concreto.

Morgan abre un documento, comparte pantalla. Las especificaciones técnicas se desplazan densas, sin desvíos, columnas

de cifras y abreviaturas.

—Acceso remoto a dispositivos. Rastreo por GPS y triangulación de torres. Monitoreo de comunicaciones: mensajes de texto, llamadas, correo. Keylogger. Activación de cámara y micrófono. Historial del navegador, uso de aplicaciones. Todo en segundo plano, no lo detecta el antivirus estándar. Autoactualizante. —Se separa de la pantalla: directo a la cámara.— Todas las funciones que solicitó.

—¿Cómo se instala?

—Un RAT modificado: troyano de acceso remoto. Arquitectura nivel Pegasus, pero personalizada. Requiere acceso físico al dispositivo, o que el usuario abra un archivo creyendo que es legítimo. Una vez instalado se esconde en los archivos del sistema, opera a nivel del núcleo. Sin un borrado completo del dispositivo prácticamente no se puede eliminar.

Acceso físico.

El teléfono está sobre la mesa frente a mí desde el comienzo de la llamada. La funda azul gastada. Una grieta en la esquina inferior izquierda: se me cayó en el estacionamiento de la clínica hace seis meses, el asfalto ahí es rugoso, después lo tuve en la mano mucho tiempo pensando: tengo que cambiarlo. No lo cambié. Tres años en mis manos, mil veces tibio por el calor del bolsillo, pegado al oído en la oscuridad de conversaciones que creía mías.

Emma, en algún lugar cerca dentro de mi vida: en el ascensor, en la cocina, a medio metro de mí, lo sostuvo treinta segundos. O menos. Un enlace que no recuerdo haber abierto. Una actualización que parecía una actualización.

Cada mensaje de Kate. Cada búsqueda sobre el archivo de Pierce. Esa llamada del domingo a mamá: veinte minutos de silencio en la línea porque las palabras no llegaban, y ella repetía en voz baja: Laura, estoy aquí, solo di algo, y yo escuchaba su respiración al otro lado del teléfono y no decía nada. Emma también escuchó eso. Sentada en su habitación con las paredes desnudas, mirando la pantalla: escuchando cómo lloraba con mamá, que no sabe nada de lo que está pasando.

Cuántas horas de mi vida grabadas en sus servidores. Cuántas pausas que creí mías.

—¿Tiene copias del código?

—Por supuesto.

Kate asiente.

—Mándenos todo. El contrato completo, los registros de comunicaciones con Emma, los comprobantes de pago.

—Un segundo. —Morgan teclea rápido: los dedos largos, acostumbrados al teclado, sin movimientos de más. Un hombre que piensa con las manos.— Subiendo al servidor seguro.

Mientras trabaja: «Emma explicaba para qué era el software. Por qué necesitaba una vigilancia tan completa».

—Dijo que tenía un acosador. Un ex que no la dejaba en paz. Quería monitorear sus propios dispositivos, verificar si él los había comprometido. —Pausa: breve, pero audible, como una grieta en el hielo.— En su momento tenía sentido.

—¿Y la activación de cámara y micrófono?

—Recopilación de evidencia: si él volvía a comunicarse, pruebas para una orden de restricción. —Otra pausa, más larga.— Mire, hice cerca de veinte proyectos así. Víctimas de violencia doméstica. Ejecutivos que temen espionaje. Periodistas en países peligrosos. —La mirada se aparta levemente de la cámara, hacia algún lugar donde no estamos ni Kate ni yo.— Estas herramientas se usan de maneras distintas.

—No lo estamos acusando —dice Kate—. Usted cumplió un contrato legal.

Morgan se quita los anteojos. Los limpia. Se los pone. Los cuento: ya es la tercera vez desde el comienzo de la llamada. Una repetición nerviosa menor, como un tic, una manera de ocupar las manos mientras la cabeza decide. Ya sabe la respuesta a la pregunta que todavía no pronunció.

—Ella usó el software de manera ilegal.

—Todavía lo estamos determinando —digo, parejo.

Se mueve en la silla.

—Hay algo más. —Abre otra ventana. La voz se vuelve un poco más pareja: así hablan quienes quieren parecer más tranquilos

de lo que se sienten.— Un correo de Emma la semana pasada. Pedía agregar una función a la próxima actualización: entrega diferida de mensajes. Se almacenan en caché cifrado, se liberan en una fecha y hora específicas. Explicó que quería planificar comunicaciones para cuando viajara a zonas con mala señal.

Kate se endereza. Apenas perceptible, pero yo lo veo.

—¿Qué fecha? —dice.

Morgan verifica.

—31 de octubre. Medianoche, hora del Este. Si la actualización funciona, los mensajes se despliegan en todos los dispositivos rastreados.

Halloween. Medianoche.

El mismo momento en que Emma quiere que yo esté en Maple Street, 447.

En la ventanita de la pantalla: la cara de Kate. No cambia. Solo los dedos se aprietan un poco más alrededor del bolígrafo. Un movimiento. Un segundo. Luego de nuevo la compostura.

—¿Lo implementó? —La voz, nivelada: el tono con que se contiene.

—Escribí el código, lo mandé a aprobación. Ella confirmó. La actualización se desplegó el 18 de octubre. Los mensajes ya están en caché, cifrados. Sin la clave maestra no se puede acceder.

—Que tiene Emma.

—Sí.

Los tres guardamos silencio. Detrás de Morgan uno de los monitores parpadea: un proceso terminó, espera una instrucción. Nadie se mueve.

—Morgan. —Hablo en voz baja.— Durante las llamadas con Emma. ¿Hubo momentos que le parecieron extraños? Cualquier cosa: una entonación, una pausa, una palabra fuera de lugar.

Frunce el ceño. La mirada va al rincón oscuro de la habitación detrás de la pantalla, donde el monitor no llega. Piensa de verdad, no repasa respuestas preparadas.

—Una vez. Cerca de julio. Discutíamos protocolos de cifrado: técnicamente complejo, ella lo manejaba bien. Y en medio de una oración: silencio. No la pausa de cuando se piensa. Un corte. Esperé

diez, quince segundos, creí que se había caído la conexión. Luego volvió, se disculpó, dijo que era el internet. —Pausa: él mismo se calla, reproduciéndolo en la memoria.— Pero la voz después era distinta. Más baja. Como si hubiera ido muy lejos y no encontrara de inmediato el camino de regreso.

Diez o quince segundos. Suficiente para que aflore: un nombre en la pantalla, una fecha en el calendario, un olor, un sonido de otra habitación: el momento en que la arquitectura se agrieta y hay que rearmarla en tiempo real, mientras Morgan esperaba en el silencio y creía que era el proveedor.

Kate termina la entrevista: con profesionalismo, sin fricciones. Toma los datos de contacto, agradece, promete mantenerlo informado. Voz federal: cierra puertas sin golpearlas.

La llamada termina. La pantalla se oscurece. En el vidrio negro del monitor: mi reflejo, de costado, desde el rincón. No reconozco mi propia cara a la primera.

—Medianoche de Halloween —dice Kate. No es una pregunta. — ¿Qué crees que hay en esos mensajes?

—Instrucciones. Coordenadas. Lo que me va a llevar al sótano. O lo que me va a decir qué espera ahí.

—Podemos bloquearlos. Limpiar los dispositivos antes del despliegue.

Las manos descansan sobre la mesa con las palmas hacia abajo. Lo noto solo ahora: como si el cuerpo hubiera decidido solo no moverse hasta que la cabeza se aclarara. Bajo la palma izquierda: el mantel, la textura de la tela, un hilo que sobresale de la costura. Bajo la derecha: el borde de la mesa, la madera levemente áspera en la esquina. Dos centímetros cuadrados de realidad que con seguridad son mías.

Me levanto. Voy a la ventana. La camioneta de reparto ya se fue: la vereda vacía, el asfalto más oscuro donde estaba. Un transeúnte con un perro camina junto a las casas, el perro tira hacia el contenedor de basura, el transeúnte no reacciona. El mundo continúa.

—Emma me dio este pendrive. —Hablo hacia el vidrio.— Lo puso en la bolsa con una nota con su letra. Quería que yo

encontrara a Morgan, supiera de la vigilancia, de los mensajes de medianoche. —Me doy vuelta.— ¿Para qué mostrármelo?

—Porque quiere que tengas paranoia —la voz de Kate, dura, sin pausa—. Que dudes de cada paso. Es un clásico: darle a la víctima información que la paralice.

—O—

—Laura. —Me interrumpe. Por primera vez en la conversación.— Escúchate. Estás construyendo una lógica a favor de alguien que te vigiló durante meses. Que mató a nueve mujeres. Esto no es análisis: es lo que ella quiere.

Guardo silencio.

—Limpiamos los dispositivos —dice Kate—. Hoy. Es la única acción razonable.

—Si los limpiamos, perdemos una amenaza real.

—¿Qué amenaza real? ¿La que ella nos mostró tan amablemente?

—Exactamente. —Me acerco a la mesa, me siento.— Kate, Emma no comete errores. No revela cosas por accidente. Si hubiera querido esconder la vigilancia, no la habríamos encontrado. ¿Entonces para qué el pendrive? ¿Para qué la nota con su letra?

—Para que estés exactamente donde estás ahora, explicándome por qué no hay que hacer nada. —La voz, afilada.— Esto no es lógica, Laura. Es programación.

La palabra cae entre nosotras como una piedra.

Una pausa. Larga.

—Quizás —digo en voz baja—. O es una tercera opción que no estás considerando.

—¿Cuál.

—Quiere que yo vea esos mensajes. No como una amenaza. Como una advertencia: qué va a pasar en ese sótano, qué me va a ocurrir ahí. Mostrarme el mecanismo desde adentro. —Pausa.— Si voy a ciegas, voy como instrumento. Si conozco el mecanismo, tengo al menos una posibilidad de no convertirme en uno.

—Es una teoría hermosa. —Kate no cede.— Y exactamente el tipo de teoría que te formularía en la cabeza alguien que te programó.

Guardo silencio. Porque ella tiene razón. Y porque eso no cambia nada.

—Si el objetivo de Emma fuera mi muerte, ya estaría muerta —digo por fin—. Meses de vigilancia. Tres asesinos. Nueve mujeres con mi cara: y nunca la mía. —El pendrive sobre la mesa: un pequeño bloque negro.— No construyó todo esto para matar. Para otra cosa. Y en Halloween esa «otra cosa» va a ocurrir.

—O —dice Kate— te va a matar exactamente ahí. En el sótano, a medianoche, cuando entendamos demasiado tarde que nos equivocamos.

Eso también es verdad. Sé que eso también es verdad.

—Entonces limpia los dispositivos —digo—. Pero ella tiene otros métodos. Otras personas que no saben que son instrumentos. Otros canales que Morgan no conoce. —Pausa.— No vas a escapar de la vigilancia borrando una aplicación. Ella observa de todas formas: con el software o sin él.

Silencio.

Detrás de Kate: la luz fluorescente de la oficina del FBI, que no conoce la hora del día. Suena un teléfono ajeno en algún lugar: una vez, dos, se calla. Ella no asiente. No acuerda. Me sostiene con la mirada a través de la pantalla: un segundo largo.

—Odio esta lógica —dice por fin.

—Yo también.

—Es increíblemente peligroso.

—Lo sé.

—Si te equivocas—

—Lo sé.

Kate cierra los ojos un segundo. Los abre.

—Voy a mandarle a Morrison todo lo que dio Morgan. Las especificaciones, los registros, la función de los mensajes de medianoche. Evidencia concreta de vigilancia sistemática. No va a poder ignorarlo.

—¿Alcanzará?

No responde. No hace falta.

* * *

Después de la llamada me quedo sentada largo rato, sin moverme.

La luz de octubre descansa en la cocina en un rectángulo oblicuo: el otoño tardío siempre ilumina así, como si colocara indicios. El ángulo de caída demasiado agudo para la mañana, demasiado cansado para el día. La taza de Kate con los restos secos por los bordes. Un pliegue en el mantel donde apoyó el codo anoche. El pendrive. El teléfono.

Tomo el teléfono. Lo doy vuelta. La funda azul gastada, la grieta en la esquina inferior izquierda, un rasguño en la parte trasera: no sé de dónde. Tres años en mis manos. Mil veces desbloqueado, pegado al oído en la oscuridad de conversaciones que creía mías.

No solo mías.

Abro los ajustes. Memoria. Aplicaciones. Todo normal: el parásito que estudió qué busca el sistema inmune y aprendió a parecerle normal. No lo vas a encontrar ni sabiendo lo que buscas.

Lo dejo boca abajo.

Luego lo levanto. Boca arriba. La cámara apunta al techo. O a mí. Depende de quién esté del otro lado ahora mismo.

Que mire. Que vea que sé. Que vea que no me escondo.

La laptop suena. Notificación de correo.

Remitente desconocido. Asunto: Estás aprendiendo.

Laura:

Usaste el regalo. Bien. Ahora conoces la escala. Pero borrar el software de Morgan no cambiará nada: te observaba mucho antes que sus herramientas.
Los mensajes de medianoche no son amenazas. Son instrucciones que te van a ayudar a sobrevivir lo que viene. Robert impone una elección. Yo intento salvarte.
8 días. Luego 447 Maple Street. Luego la verdad.

E

Lo cierro.

Las palabras permanecen: se filtran a través de la pantalla cerrada, como se filtran las cosas importantes que no quieres ver.

Me levanto. Voy al cuarto: despacio, como se camina cuando no se quiere llegar. Me detengo en el umbral.

La cama está tendida como la hice anoche: el cobertor estirado, las almohadas parejas. La cortina corrida: en la ranura entre la tela y el alféizar una franja estrecha de luz gris. Mis zapatos junto al pie de la cama: la punta del derecho mirando de lado, siempre los tiro así. Todo en su lugar. Todo correcto.

Eso es exactamente lo que resulta peor que cualquier desorden.

Emma pudo haberse parado aquí. En este umbral, mientras yo dormía a veinte pasos. Escuchando cómo respiraba. Viendo mi cara en la oscuridad. Pudo haberse acercado a la cama y no lo hizo. O lo hizo, y yo no lo sentí: la gente no siente cuando la miran mientras duerme, eso solo pasa en las películas. Pudo haberse quedado todo el tiempo que quisiera. Y yo nunca habría sabido.

Nunca voy a saber.

¿Cuántas noches así hubo antes de esta?

Regreso a la cocina. Le escribo a Kate: Correo de Emma. Las mismas declaraciones. No lo creo. Verifica los cerrojos cuando vuelvas: estuvo aquí de noche.

La respuesta llega en un minuto: Bien. No lo creas. Mañana por la mañana: Morrison.

Dejo el teléfono sobre la mesa. No lo guardo. Lo dejo boca arriba: que vea el techo, que me vea a mí, que transmita todo lo que quiera transmitir.

Del otro lado de la pantalla hay una persona que mató a nueve mujeres con mi cara. Que dice que me ama. Que lleva en el bolsillo un botón rosado con letras que no recuerdo.

El software de Morgan vigila mi vida digital. Emma vigila el resto: entra a mi casa, pone cosas en mi bolsa, se va. No es acoso. El acoso es la distancia que se quiere eliminar. Esto es otra cosa: ella está convencida de que la distancia no existe.

Que esta puerta también es suya.

Que mi cara dormida también es suya.

Kate dijo: es programación. Y no sé si se equivoca o no. No sé si estos pensamientos son míos: o si son los que me pusieron a

los diez años en un sótano oscuro mientras yo creía que solo estábamos jugando.

Cinco días para Halloween.

Hasta el sótano donde dos niñas se contaban cuentos de dragones en la oscuridad: sin saber que el dragón era real. Que ya estaba adentro.

Y no sé de quién voy a tener más miedo en ese sótano.

De Robert, que empezó todo.

De Emma, que no puede parar.

O de mí misma: que no recuerda qué prometió. Y no sabe si quiere recordarlo.

**

CAPÍTULO 21

27 de octubre de 2022

Maple Street. Voy con la cabeza despejada, sin la niebla protectora.

Esta mañana tardé veinte minutos en abrir la defensa de Kate. Cedió despacio, hasta que puse mi carta más fuerte: «Emma me espera el treinta y uno. Preparó la escena para una víctima asustada y ciega. Si aparezco ahora, le rompo la escenografía. Es lo único que no entra en su guion».

Kate tortura el volante en silencio. Cuarenta minutos hasta el destino: así promete el navegador, escupiendo luz azul de pantalla.

No miro el mapa. Miro mis manos. Los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos blanquean como dientes. El cuerpo monta una obra llamada «Control». Una mentira impecable y fría: huesos y piel fingiendo calma mientras por dentro todo se convierte en hielo partido.

—Sin orden judicial no entramos —suelta Kate—. Formalmente la casa está en un fideicomiso.

—No necesitamos entrar. Solo el exterior.

—Si hay alguien adentro: nos damos vuelta.

—De acuerdo.

Afuera la ciudad se destiñe. Primero desaparecen los semáforos, luego las estaciones de servicio, luego el propio olor de la civilización: y queda solo la autopista, los esqueletos de octubre de los árboles y la sensación de que el auto no me lleva a Woodbridge, sino a 1995. Hablo porque callar en este auto es demasiado honesto.

—Pierce fue en 2017. Intentó obtener una orden: el fiscal la rechazó. Veinticuatro años, dijo, no es base suficiente.

—¿Allanaron en 1995?

—Lo vaciaron. La tiza, las mantas, los dibujos: todo secuestrado. Pero no confiscaron la casa. La devolvieron al fideicomiso. Y sigue en pie.

Recuerdo una línea del expediente de Pierce: la que pasé sin detenerme. Dos apellidos en la tapa: Cole y Stevens. Al lado, escrito

a mano, subrayado dos veces: sin relación. Familias distintas, barrios distintos. La policía lo verificó, asunto cerrado.

Pierce subrayaba dos veces solo lo que no lo dejaba dormir.

—Veintisiete años. Una casa vacía de la que se pagan religiosamente los impuestos. ¿Para qué?

—El lugar importa. —Kate corta la mirada hacia la ruta.— Emma le dijo a Ford: «el lugar recuerda». Para ella no es una dirección: es un altar.

Guardamos silencio. Las dos entendemos lo mismo: a alguien que durante tres décadas mantiene una casa-altar no lo va a detener ninguna orden judicial, ningún cordón.

Maple Street al principio ensaya normalidad. Casitas de una planta, jardines podados, tachos de basura en la vereda: todo ese teatro suburbano que pretende que el mal no puede ocurrir aquí. Buzones: 411, 419, 425.

Luego la calle se saca la máscara. Las casas se alejan hacia el fondo de los lotes. Los jardines se desgajan. Los buzones se oxidan. 439, 443.

447.

Kate frena enfrente. No apaga el motor.

Esperaba un clic: que la memoria entregara la fachada y dijera: ahí está. Nada. Casa de dos pisos, el revestimiento blanco descolorido hasta el color de hueso viejo, el techo hundido en el centro, las ventanas sucias con una película gris, como una catarata. El jardín, podado.

—Kate.

—Lo veo.

Una casa abandonada con el jardín cuidado no es descuido: es leyenda de cobertura. Suficientemente viva para que los vecinos no llamen a los servicios municipales. Suficientemente muerta para que nadie quiera entrar.

Me trajeron aquí de noche en octubre de 1995. Me llevaron tres semanas después en camilla, con los ojos cerrados: no quería ver la casa desde afuera, no quería saber en qué lugar exacto del planeta había ocurrido. Nunca lo supe. Solo conozco el adentro: el concreto, la oscuridad, la bombilla sin pantalla y el olor que durante

veintisiete años vivió en algún lugar por debajo de la conciencia. Ahora sube. El corazón rompe el ritmo. Las palmas sudan. La respiración se vuelve superficial sin que yo lo ordene: el cuerpo reconoció la dirección antes de que la cabeza pudiera objetar.

Kate apaga el motor.

—¿Lista?

No.

—Sí.

El aire huele a hojas mojadas y a basura ajena que se quema: en otra biografía sería un olor acogedor de otoño. Caminamos hacia el portal por las baldosas rajadas. Las grietas están desmalezadas: manos pasaron regularmente por aquí, arrancando yuyos de cada hendidura. No es mantenimiento. Es un ritual.

Kate lleva la pistola a lo largo del muslo abiertamente: no la esconde, no da explicaciones. La honestidad profesional de alguien que hace mucho dejó de fingir.

El portal cruje pero no cede. La puerta de entrada se descascaró hasta un pastel de épocas: blanco sobre amarillo sobre verde. La cerradura es nueva, brilla con descaro, y la madera alrededor no tuvo tiempo de oscurecerse por la humedad. La pusieron hace muy poco.

Kate prueba la manija. Con llave.

Rodeo la casa sola.

Lado derecho. Dos ventanas: las cortinas corridas, la tela densa y oscura, sin decolorar. Nuevas. Compradas no para el confort: para que desde afuera no se lea ninguna silueta, ninguna sombra. Me detengo frente a la primera y entiendo que estoy demasiado cerca. Esta pared atrae: no un pensamiento, no un recuerdo, un peso sin nombre. Doy un paso atrás. Sigo.

Junto al cimiento, una rejilla de ventilación. Me agacho, apoyo la palma: de la hendidura sale calor. Suave, parejo, como respiración ajena en la oscuridad. En la casa «abandonada» hay calefacción. Octubre. Pagan el gas.

Voy hacia la puerta trasera. La cerradura igual de nueva. En el umbral, una alfombra de goma: limpia, sin ni un grano de tierra. La miro más de lo necesario. La persona que se limpia los pies en el

umbral de una casa vacía no la considera vacía. Para ella todo aquí es real. Para mí también, aunque veintisiete años me convencí de lo contrario.

Lado izquierdo. Dos ventanas. El caño de desagüe: plástico blanco, los soportes sin óxido. Esta casa se repara metódicamente, detalle a detalle. Reconozco ese tipo de cuidado. Así se cuida una tumba.

Regreso a Kate.

—Cerraduras nuevas. Cortinas nuevas. Calefacción encendida. La alfombra trasera sin tierra.

—La casa está lista —Kate guarda la pistola—. No abandonada: espera.

—Halloween.

Rodeamos por la parte de atrás. La ventana del sótano a ras del suelo: estrecha, sucia por afuera, pero sin pintar. Kate se agacha, saca una linterna, la apunta al vidrio.

—¿Qué hay?

Kate no responde. El haz se desliza: a la izquierda, a la derecha, se detiene, regresa. La escucho dejar de respirar. Luego una inhalación: lenta, controlada, bien contenida. En años aprendí su respiración como mi propio pulso. Lenta y controlada significa: vio algo de lo que quería alejarse.

—Laura. Aquí.

Me pongo de rodillas a su lado. Bajo las rodillas tierra, hojas mojadas, el frío de octubre se filtra a través del jean. Pego la cara al vidrio. Masilla vieja, tierra húmeda, y desde abajo por la hendidura: polvo de concreto, humedad, moho. Ese olor no vive en la memoria: vive más hondo. El estómago se aprieta en un puño antes de que el cerebro lo reconozca.

El haz desgarra la oscuridad.

Concreto. Paredes, suelo, techo: todo del mismo color, el color de una bodega, el color del invierno bajo tierra. Cuatro por cinco metros: no lo medí, el cuerpo solo conoce el tamaño de esta habitación como conoce el tamaño de su propia mano. La escalera a la izquierda sube. El caño de calefacción bajo el techo: vivo, tibio, envuelto en gris.

No está vacío.

En el centro: una mesa. Redonda, de madera. Tres sillas. Tres platos, tres vasos, tres cubiertos. Un mantel blanco: limpio, almidonado, con los pliegues planchados con regla.

La mesa está puesta para tres. En el sótano de concreto donde hace veintisiete años retuvieron a dos niñas.

—Dios mío —en voz baja, para sí, no para mí.

Tres velas blancas entre los platos. Los pabilos intactos, nuevos: esperan el primer fuego.

En las paredes, tiza. Fresca, blanca sobre gris. Dos figuras de palitos tomadas de la mano, con líneas que se extienden entre las cabezas, los corazones, las manos: anatomía del vínculo, dibujada con la precisión de alguien que lo hizo mil veces hasta que quedó como aquella vez. Una mano adulta copiando una mano infantil.

Sobre el dibujo, en letras grandes: RECUERDA QUIÉN ERES. Debajo del dibujo: 4 DÍAS. Cuatro. Emma estuvo aquí hoy. Parada con la tiza en el mismo lugar donde ahora mis rodillas están hundidas en la tierra fría, borró el número anterior y escribió el nuevo. Actualiza el contador cada día. Como una oración.

A la derecha, cuatro parejas: el dragón y la princesa, cuatro veces. Cuatro maneras de matar al monstruo. Los cuentos que inventé en este suelo a los diez años, mientras nos retenían aquí.

Emma reconstruyó nuestra infancia. Con su memoria. No con la mía.

Kate me pasa la linterna en silencio, sin apartar la vista del teléfono, fotografía. Yo sostengo el haz, ella saca fotos. Luego nos cambiamos: ella toma la linterna, yo saco el teléfono.

Llevo el haz al rincón. Un colchón: delgado, institucional. Una manta gris de ejército, prolijamente doblada. Al lado, una caja de cartón cuyo contenido no se ve desde aquí.

—Alguien vive.

—O se está preparando —la voz de Kate, profesional; la respiración, ya no—. Robert está desaparecido desde julio. Emma pudo haberlo escondido aquí. Justo debajo de nuestras narices.

El colchón. La manta. La mesa para tres. Las velas. Robert Ashford, setenta años, duerme en un colchón delgado en la misma

habitación donde en 1995 retuvo a dos niñas. Hay una matemática que da náuseas: no porque no se entienda, sino porque se entiende demasiado bien.

O aquí duerme Emma. Viene cada día, actualiza el contador, dibuja con tiza, pone la mesa, y se queda de noche. Duerme donde durmió a los diez años. Bajo el mismo techo. Con el mismo frío. Se sumerge en su propio trauma no porque no pueda salir: porque no quiere. Porque tiene miedo de olvidar. Porque recuerda por las dos.

—Método cinco. Creador, Discípulo, Maestro. Tres lugares en la mesa. Ford transmitió sus palabras: «Todo lo que empezó aquí terminará aquí».

Kate levanta la vista. Fotografía de nuevo: la mesa, las velas, la tiza, el contador. Los flashes golpean el vidrio sucio: una vez, otra, otra.

No puedo apartarme de la ventana.

Este suelo. Tres semanas dormí sobre él. Narraba cuentos mientras los dedos pequeños, entrelazados con los míos, sostenían otro trozo de tiza. Una voz: siempre más baja que la mía, pedía: Más. Del dragón. De la princesa.

El recuerdo no estalla. Sube: como el agua en un sótano que no se puede detener.

La oscuridad. El frío. Respiración cercana: caliente, rápida, ajena y propia. El olor a piedra húmeda, polvo, la madera vieja de la escalera, y algo más dulce: champú o leche, un olor infantil que aprieta la garganta.

Cuatro manos en la pared. Una presiona la tiza: el dragón sale torcido, dentado, con alas de murciélago, tan grande que a la princesa no le queda lugar al lado. La otra la mete igual: una figura diminuta con corona, casi graciosa. La tiza se desmenuza. Los dedos se ponen blancos de polvo.

Primera: la cuerda. Segunda: la almohada. Tercera: el agua. Cuarta: las bayas del sueño.

Cuatro cuentos, cuatro dibujos. Cuatro noches.

El quinto no lo terminamos. Dos círculos juntos, unidos por una línea: no el dragón y la princesa, dos princesas. Una sostenía la tiza, la otra guiaba su mano. Dibujábamos una sola línea con dos

manos, y la línea iba hacia algún lugar: la puerta de arriba golpeó contra la pared. Luz. Un grito. Manos que agarran y jalan. Otro grito: más agudo y más alto que el mío. Nos arrancaron.

La tiza cayó. La línea se cortó.

¿Adónde iba?

Emma lo sabe. Yo no.

Eso es el quinto método. Por la línea sin terminar ella puso la mesa para tres.

—Laura. —La voz de Kate: seca, como una palmada.— Las manos.

Bajo la vista. Los dedos rascan el vidrio: con las uñas, sobre la suciedad, y yo no di esa orden. El cuerpo ya quiere volver adentro. Quiere terminar el dibujo.

Los aparto de golpe. Bajo las uñas, tierra. En el vidrio: rayaduras.

Las rodillas no sostienen. Kate me agarra del hombro, firme. Respiro por la boca: aire de octubre, húmedo, vivo. No ese. Otro.

—Estoy bien.

—No.

—No. Pero las piernas funcionan. Suéltame.

Me levanto. En la palma quedó impreso el dibujo del marco de la ventana: franjas de tierra, como líneas en el mapa de un territorio que perdí a los diez años y veintisiete años fingí no estar buscando.

—Sin mí el ritual no funciona. El Creador tiene que estar en la mesa.

—Entonces no te sientas —en la frase de Kate no hay entonación interrogativa. Ni ninguna otra.

—O me siento preparada.

Me mira largo rato. Luego se da vuelta en silencio, y ese silencio es peor que cualquier objeción.

Llama a Morrison desde la ventana del sótano. La dirección, las fotos, cuatro días en el contador. Cinco minutos.

—Morrison manda ahora mismo una patrulla local. Estarán en el perímetro en veinte minutos. Los forenses los manda mañana a las nueve: la orden ya la está preparando.

—No va a venir. El GPS de mi teléfono es suyo. Sabe que estuvimos aquí.

—La patrulla no es para Emma. Es para Robert. Si lo traen, los agarramos a los dos.

Razonable. E inútil. Emma mantuvo esta casa desde 1995: ni Pierce, ni el FBI, ni el servicio municipal la tocaron en ningún momento. Conoce este callejón sin salida mejor que cualquier agente conoce su propia cocina. Cada ángulo de visión. Cada vía de escape. Cada arbusto donde se puede esperar hasta que el auto ajeno doble la esquina.

Ella está en su casa.

Nosotras somos visitas que ya se van.

Me doy vuelta una vez desde el auto. La casa al fondo del callejón: gris, silenciosa, con las cortinas corridas a fondo. Desde la hendidura del cimiento sale aire tibio: invisible, pero ya lo conozco. Cuatro días.

Me siento. Cierro la puerta. Las manos tiemblan con pequeñez: no es miedo, el cuerpo descarga lo que acumuló. Kate enciende la calefacción en silencio.

El aire tibio del difusor me recorre, y me estremezco, porque hace un momento ese mismo aire salía de esa hendidura. El cuerpo no distingue qué calor es seguro.

Salimos. Pasamos junto a los buzones oxidados, junto a los portales con calabazas de plástico y fantasmas de papel en cuerdas. Los niños van a ir de casa en casa con bolsas, quizás toquen también en el 447. Nadie va a abrir. Pero abajo van a arder tres velas.

—Laura. Las manos.

Estoy arañando el tapizado del asiento con las uñas. No noté cuándo empezó.

Las aparto. Las pongo sobre las rodillas. Las sostengo.

—Un reflejo —digo—. El cuerpo quiere volver y terminar el dibujo. No lo controlo.

—Lo sé. —Kate mira la ruta.— Tienes sangre en los dedos.

El índice derecho. La uña arrancada hasta la carne viva: no noté el dolor. El cuerpo desactiva el dolor cuando está ocupado con

cosas más urgentes.

Kate saca una servilleta del guantera. La extiende. Envuelvo el dedo: el blanco se rosea, luego se enrojece.

El teléfono. Número desconocido.

La mesa espera. Llegaste antes. Bien. Siempre fuiste más inteligente que yo. Pero todavía no recuerdas lo que nos prometimos. El 31 de octubre lo vas a recordar. E

No respondo. Lo guardo en el bolsillo con la pantalla hacia abajo.

La promesa. Ford habló de ella. Emma escribe sobre ella. Yo la dibujé con tiza a los diez años en una pared de concreto: y la perdí en el segundo en que nos separaron.

¿Qué prometí en la oscuridad?

* * *

En casa Kate cierra la puerta con llave, revisa las ventanas. El ritual de estos días: ya no piensa, simplemente lo hace.

—Escribile a Morrison: de tu parte, con tus palabras. Y mandá tus fotos también. Tú eres agente: él te escucha. A mí me va a decir: insuficiente.

Lee. Escribe.

Nos sentamos en la mesa de la cocina. Esta: con manchas de café y una pila de sobres sin abrir. No es redonda. Sin mantel. Sin tres velas. Pero cuando cierro los ojos veo aquella. Abro: la heladera, la cafetera, el abrigo de Kate. Cierro: concreto, tiza, tres platos, cuatro días. Abro. Dos mundos, y el límite entre ellos: solo los párpados.

Kate saca un cuaderno. En letras grandes: EMMA ESCUCHA TODO.

Asiento.

Página siguiente. Forenses. Huellas. ADN. Y más abajo: 31. Grupo táctico. Tú con transmisor.

Tomo el bolígrafo: Emma sabe del software de Morgan. Un micrófono estándar lo va a detectar.

Implantable. Grano de arroz. Costura de la ropa. No emite ruido.

¿Y si revisa las costuras?

Va a entender que nos preparamos. No es el peor escenario. El peor: que entres muda.

Miramos la página. Todo el plan en diez líneas.

Escribo: Si el 31 algo sale mal…

Kate me arranca el bolígrafo. Tacha mi línea: con tanta fuerza que el papel se rompe. Escribe: Vas a salir. Porque yo te voy a sacar. Como en 1995 te sacó la policía. Solo que esta vez yo voy a estar esperando en la puerta.

La letra, pareja. La mano, no. En la palabra «puerta» las letras se quiebran hacia un lado. Tiene miedo. Se ve en la escritura mejor que en la cara.

Escribo: Gracias.

Una pausa larga. Luego una sola palabra: No.

No «de nada». No: ella no acepta esto como una despedida y no piensa fingir que sí.

Kate arranca las dos páginas. Las arruga. La pileta. Un fósforo. El papel arde en pocos segundos: el borde naranja por el contorno, luego la ceniza gris, luego el agua lo arrastra todo.

Ni una palabra en voz alta. Toda la conversación, en la ceniza.

Tengo miedo.

No de la mesa. No de las velas. No de Robert.

De las manos. Tengo miedo de que vuelvan a actuar sin permiso: a arañar, a desgarrar, a ir adonde la cabeza ordena no ir. El cuerpo guarda lo que yo oficialmente no recuerdo, y no tiene ninguna obligación de pedirme permiso.

Y más que nada tengo miedo del segundo en que recuerde la promesa.

Porque el cuerpo ya tira de vuelta, con tanta fuerza que los nudillos vuelven a blanquear como dientes.

El dedo bajo la servilleta pulsa: el dolor volvió cuando el cuerpo decidió que lo agudo había pasado. Se equivocó.

El teléfono de Kate. Lee. La cara cambia: así cambia una cara cuando lo que se temía ocurre antes de lo esperado. Da vuelta la pantalla.

Morrison: Locales en posición. Al revisar el perímetro, puerta trasera: tierra fresca en la alfombra. En el primer piso hay luz. No

estaba cuando ustedes se fueron.

Lo releo.

Luz que no estaba.

Hace una hora: una casa oscura, cortinas corridas a fondo. Ahora: encendida.

Emma esperó a diez metros mientras estábamos junto a la ventana del sótano. Escuchó cómo arañaba el vidrio. Vio cómo Kate fotografiaba. Y entró apenas arrancamos: tranquilamente, por la puerta trasera, limpiándose los pies en la alfombra limpia.

Ahora está adentro.

Sentada a la mesa puesta para tres.

Sola.

**

CAPÍTULO 22

28 de octubre de 2022

La sangre llena la boca.

Escupo en el lavabo del motel. Rojo sobre loza blanca. La tercera vez esta mañana. El cáncer acelera según lo previsto.

Las palabras del doctor Kaplan: Dos semanas. Máximo tres. Recomiendo cuidados paliativos.

No.

Tres días. Hasta la medianoche de Halloween. Hasta el cierre del círculo. Hasta la prueba que mi padre se llevó a la tumba sin verificar.

Motel «Astoria». Treinta dólares la noche. En efectivo, sin preguntas. La solución estándar para alguien que oficialmente no existe en esta zona.

Me acerco al espejo. Me aferro al lavabo con las dos manos. La cara en el espejo: datos sobre el estado del sujeto. Setenta años, mejillas hundidas, piel amarillenta, ojos encastrados por el cansancio óseo. Pero agudos. El enfoque, intacto.

Alcanzo la morfina. Dos pastillas. El dolor cede hasta convertirse en un fondo manejable. Se puede trabajar.

La laptop sobre la cama. El mensajero cifrado, abierto. Me siento con cuidado: cada movimiento calculado bajo el chirrido en las costillas. Un mensaje recibido hace cuarenta y siete minutos:

Ella encontró la casa. Fue con Brennan. Fotografiaron a través de la ventana. Vieron la mesa. Vieron la tiza. Llamaron a los forenses para mañana. Se estableció vigilancia.

Escribo la respuesta:

La vigilancia no importa. El perímetro no es el interior. El 31 estarán adentro antes de que el FBI entienda qué está pasando. ¿Estado de Brennan?

La respuesta llega rápido:

El paquete está listo. Filtración de datos, contactos fantasma, violación de protocolo. Se lo mando a Morrison el 29. Alcanza para la suspensión.

Releo. Brennan sin recursos. Sin grupo. Las personas leales son predecibles: va a ir sola, sin cobertura. Exactamente lo que se necesita para un resultado limpio.

Escribo:

El 31. Medianoche. Las dos van a estar ahí.

Una pausa. Más larga que de costumbre. Luego:

Laura no va a venir voluntariamente.

Va a venir. El anclaje es más profundo que la resistencia consciente. Las dos van a bajar por esa escalera exactamente como está diseñado.

Te odio.

No importa. El 31. Medianoche.

Cierro la laptop.

No importa lo que diga. La obediencia está integrada por debajo del lenguaje. Lo diseñé durante veintisiete años.

Me levanto. Me acerco a la ventana. Corro la cortina un centímetro. El estacionamiento, vacío. Tres autos. Sin vigilancia. Halloween se acerca como un tren: no porque suene bien, sino porque un tren no tiene frenos y va sobre rieles trazados de antemano. Exactamente así lo diseñé.

Suelto la cortina. Me acuesto. La morfina suaviza los bordes de la realidad, pero la memoria permanece cristalina.

Siempre funciona.

* * *

Primavera de 1958. Tengo seis años.

Un pájaro muerto en el jardín trasero. Un gorrión. Rígido. Los ojos turbios, como vidrio dañado.

Lo llevo al galpón. Una hoja de bisturí en la caja de herramientas. Una incisión precisa a lo largo del esternón. Separo las plumas y la piel.

Un corazón diminuto. Los pulmones: rosados, esponjosos. El hígado: oscuro, denso. Interesante. No en el sentido de «qué bello» o «qué lástima». En el sentido de «cómo están conectadas las partes y por qué exactamente así».

Mi madre me encuentra. Grita. Deja caer la canasta de ropa. Me arrastra del banco de trabajo. Me frota las manos en el lavabo hasta que la piel se enrojece: como si lavara algo que no está en las manos.

Por la noche escucho desde el estudio: «Lo diseccionó como si fuera un trabajo de laboratorio. Absolutamente tranquilo».

La voz de mi padre, con otro tono, de interés: «¿Dónde está el pájaro ahora?»

Al día siguiente mi padre me lleva al sótano. Al laboratorio. Antes me estaba prohibido.

Me sienta en un sillón. Una mirada evaluadora: más tarde aprendería a reconocerla exactamente.

—¿Te dio lástima el pájaro?

Intento encontrar la emoción que mi madre esperaba. No puedo.

—No. Ya estaba muerto.

Mi padre asiente despacio. Escribe en un cuaderno.

—Algunas personas nacen distintas. Su cerebro procesa las emociones de otra manera. No es un error, Robert. Es una rareza. Valiosa, si se orienta bien.

Abre un armario. Frascos con muestras. Animales en formaldehído. Dibujos anatómicos.

—Esto es ciencia. Ciencia real. Comprender cómo funcionan los sistemas desarmándolos.

Saca un frasco. Una rata muerta adentro. Perfectamente conservada.

—Mañana empezamos tu entrenamiento.

Tengo seis años. Todavía no sé que soy distinto. Pero mi padre lo sabe. Y mi padre tiene planes.

* * *

Invierno de 1962. Tengo diez años.

El laboratorio del sótano. Cuatro años de entrenamiento a mis espaldas. Anatomía. Fisiología. Fundamentos de química. Muy por encima del programa para un niño de diez años.

Pero hoy es distinto. Hoy no soy el observador. Soy el sujeto.

El sillón de acero. Las muñecas sujetas: sin dolor, pero sin posibilidad de moverse.

—Sesión catorce. Probamos el umbral de dolor y el reflejo condicionado —dice mi padre. Voz clínica. Nunca me habló de otra manera.— Sujeto: masculino, diez años. Sesiones previas: adaptación excepcional.

Una pileta industrial con agua helada. Un grado Celsius.

La primera sesión: treinta segundos hasta el grito. La decimotercera: ocho minutos. Hoy será mejor. No es esperanza. Es el resultado planificado.

La mano entra en el agua.

Un minuto. Los dedos se entumecen. La mano se pone blanca.

Dos minutos. El dolor punzante reemplaza al agudo.

Tres minutos. Me muerdo el labio. Sabor a sangre. Mejor que dejar que el cuerpo se desvíe.

—Excelente regulación emocional. Por encima del percentil noventa y ocho.

Cuatro minutos. La reacción de pánico intenta activarse.

—Contrólala. Conoces la técnica.

Inhalar cuatro tiempos. Retener cuatro. Exhalar cuatro.

Cinco minutos. El dolor llena el cuerpo entero. La mano deja de ser parte de mí: se convierte en datos.

Siete y medio. Mi padre detiene el cronómetro.

—Suficiente. Siete treinta y dos. Nuevo récord.

En su voz hay lo que otros padres ponen cuando sus hijos meten un gol. Memorizo ese tono. El único tipo de aprobación que tengo a mi alcance.

—¿Para qué sirve esto? —pregunto cuando me frota la mano con una toalla. Blanca. Cerúlea. Los dedos no se doblan.

—Estudio si es posible enseñarle a una persona a controlar lo que se considera incontrolable. El dolor. El miedo. El apego. Si se puede controlar, se puede redirigir.

No termina la frase. Pero memorizo: control, redireccionamiento. Las palabras que van a ser mi vida.

* * *

31 de octubre de 1965. Tengo trece años.

Halloween. Disfraz de científico: guardapolvo blanco, anteojos de mi padre, cuaderno en el bolsillo. La ironía, que apreciaré más tarde.

Esquina de Elm Street y Oak Avenue. Las 19:15. Oscurece.

Un grupo de niños cruza la calle. Un niño y una niña, de la misma edad, van juntos. Sus movimientos son sincrónicos: giros de cabeza simultáneos, el mismo ritmo de pasos, gestos paralelos sin palabras. Lo registro automáticamente: el hábito que inculcó mi padre.

Luz de faros. Chirrido de frenos. Un golpe.

El niño en el asfalto. La pierna en un ángulo imposible para un cuerpo vivo. Sangre debajo de la cabeza.

La niña parada sobre él. Un segundo de inmovilidad. Luego un sonido: no de la garganta, de lo profundo del organismo. De un lugar que no puedo encontrar en mí mismo por más que busque.

¡NO TE VAYAS! ¡NO TE VAYAS, NO TE VAYAS, NO TE VAYAS!

Cae de rodillas. Tres adultos no pueden abrir sus dedos de la mano muerta.

Observo. Registro la progresión conductual: histeria, forcejeo, catatonia. Pero debajo del protocolo hay otra cosa: una pregunta que no me había hecho antes. ¿Qué es esa emoción? ¿Esa cosa de la que tres adultos no pueden arrancar a una niña de un cuerpo muerto?

Conozco las palabras. Amor. Apego. Vínculo. Mi padre opera con esos conceptos en los experimentos. Pero nunca los experimenté. No puedo imaginarlos desde adentro.

Hasta hoy eso no tenía importancia.

Hoy, mirando a la niña, entiendo: me faltan datos. Críticos. Intento estudiar un fenómeno al que no tengo acceso desde dentro. No es una ventaja: es un punto ciego.

Mi padre dice: estoy por encima. Liberado de la debilidad.

Pero en ese momento, en la esquina, por primera vez pienso: ¿o me falta algo?

Vuelvo a casa. La pregunta me sigue.

Durante la cena le describo lo que vi a mi padre: con precisión, sin emoción.

Él se recuesta en el respaldo.

—Algunos niños nacen con conexiones neurológicas inusuales. Pares vinculados que no pueden separarse funcionalmente. Uno vive un trauma: el sistema nervioso del otro espeja la reacción. Biológicamente. Medible. Extremadamente raro.

—¿Se pueden cambiar mediante condicionamiento?

Algo destella en los ojos de mi padre.

—Lo probé en detalle. No. La naturaleza determina esos vínculos. La corrección conductual no puede reescribir la arquitectura neuronal innata.

Proceso: «en detalle» significa sujetos, datos, experimentos fallidos.

—Algunos imperativos biológicos son más fuertes que cualquier condicionamiento. Recuerda eso.

Lo recuerdo. Pero no como él espera.

* * *

1971–1987.

Georgetown. Psicología: la única disciplina que describe lo que observo en los demás pero no experimento yo. La elijo no por interés en las personas. Por interés en el mecanismo que me falta.

Primer año. El profesor proyecta un video: un bebé de un año llora cuando la madre sale del cuarto. El auditorio suspira. Una estudiante se limpia los ojos. Yo miro el cronómetro en el ángulo de la pantalla. Cuatro segundos desde la salida de la madre hasta el llanto. Lo anoto en el cuaderno.

No me interesa por qué lloran los niños al separarse. Me interesa si eso se puede apagar.

Tercer año: neurobiología. Oxitocina. Vasopresina. Los fundamentos químicos de lo que los poetas llaman amor. Por fin: el idioma en que esto se describe con precisión. Un mecanismo. Los mecanismos se desmontan.

Maestría. Johns Hopkins. El laboratorio de Finch: condicionamiento de primates. Finch enseña diseño riguroso: grupos de control, aleatorización, significancia. Finch nota que este estudiante no experimenta incomodidad al trabajar con los sujetos, y lo considera profesionalismo.

Se equivoca.

Doctorado, 1981. Veintitrés macacos rhesus. Separación de pares vinculados. Supresión farmacológica de los receptores de oxitocina. El apego se debilita, pero no desaparece. Tres muertes.

En la defensa, el profesor Meyer se quita los anteojos y limpia los lentes largo rato. «Señor Ashford, la descripción de la tercera muerte está escrita con el mismo tono con que se describe la calibración del equipo. ¿Es una elección estilística consciente?»

—El lenguaje emocional distorsiona los datos, profesor.

Meyer se pone los anteojos. Mira por encima del marco. En sus ojos destella lo mismo que en los ojos de mi madre sobre el pájaro muerto. El reconocimiento de algo que no encaja.

La comisión califica el trabajo de «brillante e inquietante». Lo publico sin aclaraciones.

NIMH. Bethesda. Trabajo oficial: privación sensorial, fármacos, consolidación de la memoria. Legal. Aprobado por el comité de ética. Me resulta indiferente en ambas direcciones: ni la legalidad ni la ilegalidad son categorías para mí. Son simples restricciones del entorno.

El dinero nunca fue un problema. El NIMH pagaba bien. Dos subsidios del Departamento de Defensa: el trabajo sobre privación sensorial no hacía preguntas incómodas sobre la aplicación de los resultados. Luego un fondo privado: el nombre cambió tres veces, la estructura era de Delaware, el director una empresa fiduciaria. Nunca pagué de mi bolsillo lo que hacía en ese sótano. El sistema se autofinanciaba: solo había que saber cómo redactar las solicitudes.

Lo principal lo encuentro en los archivos. MKUltra. CIA, 1953–1973. LSD, electrochoques, comandos verbales bajo sedación barbitúrica. La mayoría de los protocolos: fracasos. Los sujetos enloquecían o morían. Los investigadores confundían el objetivo con el método: querían romper, no reconstruir.

Pero en Cameron, en Montreal: hay un germen. Borrado parcial de la memoria. Tosco. Destructivo. Pero el principio está probado: con suficiente apoyo farmacológico y estimulación verbal repetida, las configuraciones conductuales se reescriben. Cameron no entendía lo que hacía. Yo sí entiendo.

Cameron trabajaba con adultos. Concreto endurecido.

Los niños son otra cosa. El cerebro a los diez años: cemento sin endurecer. La neuroplasticidad en su pico. Las ventanas del desarrollo, abiertas. Lo que es imposible con un adulto es posible con un niño de diez años. No es una hipótesis: es una consecuencia de la neurobiología que por alguna razón nadie verificó en la práctica antes que yo.

Desarrollo el protocolo. Midazolam: supresión de la formación de memoria consciente. Metrónomo: estado de trance. Comandos verbales en ritmo preciso, mientras el sujeto está en el límite entre el sueño y la vigilia. Palabras que no se recuerdan conscientemente pero se depositan más profundo: en la memoria procedimental, en los arcos reflejos. Donde la conciencia no llega.

Activación por disparador: una palabra específica o una secuencia de acciones pone en marcha el programa instalado. El sujeto lo ejecuta sin saber por qué.

Lo pruebo en una casa de campo en Fredericksburg, Virginia: una hora en auto desde Bethesda. El primer sujeto adulto: un hombre sin hogar debajo del puente de la Ruta 1. Sube al auto por la promesa de comida caliente. Tres días en el sótano. Midazolam, metrónomo, mi voz. «Cuando escuches la palabra puente: levántate y acércate a la puerta».

Tres días después pronuncio «puente» durante el desayuno.

Se levanta. Se acerca a la puerta. Se queda parado. Mira la manija. No entiende por qué.

Cuatro segundos. Luego sacude la cabeza y vuelve a sentarse.

Pero esos cuatro segundos: cuando una voluntad ajena gobernaba su cuerpo mientras la conciencia no alcanzaba a intervenir: eso era lo que buscaba desde los trece años, parado en la esquina de Elm Street y Oak Avenue. La prueba del principio. No el

dolor de la niña sobre el cuerpo muerto, que no puedo reproducir en mí mismo: el mecanismo debajo. Por fin visible.

En adultos: cuatro segundos. En un niño de diez años con arquitectura sin endurecer: potencialmente, toda la vida.

* * *

1994. Una habitación de hospital.

Mi padre muere de cáncer de páncreas. Estoy sentado junto a la cama. No por apego. Por datos: los últimos registros de un observador que trabajó en este campo más tiempo que yo.

Las manos con manchas de pigmento, resecas.

—Pasé la vida intentando romper el vínculo en los pares. —La voz, apenas audible.— Siempre lo mismo. El condicionamiento los rompía, pero no los redirigía. Los destruía. Nunca los sometía.

Tos. Larga. Húmeda. La enfermera asoma por la puerta: mi padre hace un gesto con la mano sin apartar los ojos de mí.

—Algunos impulsos son inmutables. —Pausa. Respiración sibilante.— Se puede destruir a una persona intentando reescribirlos. Pero redirigirlos… —nueva tos— …es imposible.

Silencio. Los dedos en el borde de la manta se abren y se cierran.

—Y tú eres la prueba de mi fracaso en otro sentido. Durante toda tu infancia intenté inculcarte apego. Artificialmente. —La voz cae.— Un fracaso completo. No tienes apego. Nunca lo tuviste. Una anomalía biológica. No creé a un ser humano mejorado. —Pausa. Como si sopesara si vale la pena.— Reconocí a alguien roto y lo rompí más.

El monitor pita. El pulso, más débil.

—No vas a resolver esta tarea, Robert. No tienes esos impulsos. No puedes entender lo que intentas romper.

Un último esfuerzo: los ojos se abren más:

—Me equivoqué en todo. La naturaleza siempre gana. Recuerda eso.

El monitor marca una línea recta a las 23:47.

Me quedo junto al cuerpo. No siento nada. Sé lo que eso significa: no tengo el instrumento con el que otros experimentan el

duelo. Mi madre lo supo con seis años. Meyer lo supo en la defensa. Ahora lo supo también mi padre. Él lo llamó anomalía. Yo lo llamo pureza de datos.

Las palabras de mi padre resuenan de manera distinta a la que él calculaba.

Los impulsos más profundos no se pueden reescribir.

Su conclusión. Y la mía. Por ahora.

Un solo defecto: mi padre trabajó con adultos. Yo también trabajé con adultos. Concreto endurecido: no se puede volver a verter. ¿Pero el que todavía no se endureció?

Me quedo de pie junto al cuerpo.

Mi padre me llamó anomalía. Roto. Un hombre sin el receptor del apego.

Se equivocó en el diagnóstico, pero no en el hecho. No puedo amar. No puedo sufrir. No puedo dejar una huella a través de lo que otros dejan: a través de los hijos a quienes amas, de los discípulos que te recuerdan, de las personas que lloran en tu entierro. Todo eso requiere un vínculo que yo no tengo.

Pero el control no lo requiere.

El control sobrevive a la muerte donde el amor no lo hace. El amor vive solo en quienes lo sienten. Cuando mueren, muere también. El programa vive en el cuerpo del huésped independientemente de los sentimientos. No hace falta amar el mecanismo para que funcione.

Laura va a vivir. A actuar. A tomar decisiones. Y en cada decisión que ella llame suya estará mi arquitectura. No es una metáfora. Es neurología.

La muerte no importa. El programa permanece.

—No llegaste suficientemente lejos.

Salgo. En el bolsillo, el cuaderno de mi padre: lo tomé de la mesita mientras la enfermera constataba la muerte. El pasillo del hospital, vacío.

Cuarenta y dos años. Una hipótesis formulada. Una metodología.

Necesito sujetos.

* * *

El presente. 28 de octubre de 2022.

La morfina afloja. Abro los ojos en el motel «Astoria». La almohada, húmeda. Sangre o sudor: la distinción dejó de importar.

Me siento. Las costillas chirrían. Abro la laptop. Reviso los archivos cifrados: los diarios de las sesiones de 1995, los informes de Emma durante veintisiete años, los perfiles psicológicos de Laura. Datos exhaustivos.

A la medianoche de Halloween voy a tener la respuesta.

La tos sube desde el fondo de los pulmones. Escupo en la servilleta. Rosado. Pronto rojo. Luego oscuro. Luego el final.

Pero no antes de Halloween.

Tres días.

Las manos tiemblan sobre el teclado. Las mismas manos que sujetaban los electrodos en el cuero cabelludo de las niñas de diez años. Que cargaban el midazolam en la jeringa. Que anotaban las fórmulas de fijación mientras el metrónomo marcaba el ritmo.

Mi padre intentó destruir lo que no entendía.

Yo intento demostrar que se equivocó en una cosa: esto admite la reescritura. Si se empieza suficientemente temprano. Si no se para.

El teléfono vibra. Emma:

La casa está lista. Las velas son nuevas. La tiza, renovada. La mesa espera.

Cierro los ojos. Detrás de los párpados hay otro Halloween: 1995. El atardecer. Calabazas en los portales. Niños en disfraces con bolsas. Una bolsa de dulces en el asiento del pasajero.

Y dos sujetos perfectos que todavía no sabían que los habían elegido.

**

CAPÍTULO 23

31 de octubre de 1995

Manassas me recibe con calabazas.

Están en todas partes: en los portales, en los alféizares, en los escalones que huelen a tarta de manzana. Luces anaranjadas parpadean en las bocas recortadas. Algunas ríen. Otras muestran los dientes. Los niños chillan de alegría al pasar corriendo. La muerte disfrazada de fiesta. La tradición americana favorita.

Estaciono a tres cuadras de la casa de los Cole. 18:34 en el tablero.

La bolsa en el asiento del pasajero. Arriba: barras de chocolate. Debajo, en una bolsa de plástico: tela empapada en cloroformo. La jeringa en el bolsillo lateral por si la tela no alcanza. Nueve meses de preparación reducidos al contenido de una bolsa de papel.

En el espejo retrovisor: una cara ajena. Una peluca gris. Anteojos de montura gruesa. Bigote postizo. Si alguien me ve, va a describir a un hombre quince años mayor. Cabello de otro color. Forma del rostro diferente. Otra persona.

Bajo. Paso seguro. Sonrisa cálida. Un hombre con pantalón caqui y cárdigan disfrutando la noche festiva. Un maestro. Un médico. El vecino que salió a comprar pan y se quedó mirando a los niños.

Un grupo pasa corriendo: un dinosaurio, una bruja, alguien con máscara de Hombre Araña. Ninguno es Emma Cole.

Tomo posición junto a la casa con el esqueleto inflable. La animatrónica se mueve en un ciclo fijo: levantar el brazo, girar la cabeza, abrir la boca. La máquina de niebla cubre el jardín con humo. Los niños se amontonan alrededor. Lugar conveniente: todos miran el esqueleto, nadie mira a la calle.

Espero.

Mi padre me enseñó a esperar a los nueve años. Agua helada y cronómetro. Siete minutos y medio. Aprendí.

18:47.

Ahí está.

Un vestido violeta de princesa. El cabello rubio bajo una tiara de plástico. Diez años. Diecinueve kilos y medio: según los registros pediátricos a los que tuve acceso en julio.

Emma Cole camina con el grupo: tres niños, dos adultos. Van de casa en casa. Ruta estándar, velocidad estándar. La madre de uno de los varones revisa el teléfono cada cuarenta segundos. No vigila a la hija ajena.

Observo cómo Emma afloja el paso. En el jardín de alguien, un dragón inflable se mece con el viento: las escamas de vinilo verde relucen bajo las guirnaldas. Emma se detiene. Extiende la mano para tocarlo.

El grupo sigue caminando. La madre mira el teléfono. Los otros dos niños corrieron hacia el portal siguiente. El segundo adulto cuenta el botín en la bolsa del pirata.

Nadie mira atrás.

Doce metros. Luego quince. Luego veinte.

Ahora.

Me acerco. La voz, suave. El tono con el que los adultos hablan con niños ajenos cuando quieren ayudar.

—Qué dragón tan hermoso, ¿verdad?

Levanta la cabeza. Me estudia. La mayoría de los niños de esta edad retroceden hacia el grupo: instinto, programa grabado por la evolución. Un adulto desconocido es peligro. Emma sonríe.

—Es enorme.

El umbral de amenaza, por debajo de lo normal. Lo registro.

—Tengo dulces en el auto. Barras grandes. «Snickers». «Reese's». No los pequeñitos que dan en las puertas.

Mira al grupo. Están en la casa de al lado. Nadie se dio vuelta.

—Mi mamá dice que no hay que acercarse a los autos.

Saco un Snickers. Grande. Lo extiendo.

—Mamá lista. Lo doy aquí mismo. Después decides si quieres ver el resto.

La cara se ilumina. Acepta la barra. Los deditos pequeños arrancan el envoltorio de inmediato: no lo guarda para después, lo

come ahora. Datos sobre el carácter: impulsividad, confianza en la recompensa inmediata. Una característica útil.

—Hay toda una bolsa en el maletero. A la vuelta de la esquina. Treinta segundos.

Vacilación. Mira al grupo: se ríen, ocupados, sin notarla. Los niños olvidados son más fáciles de llevar.

—Bueno. Solo a mirar.

Caminamos. Mantengo el ritmo: ni rápido ni lento. Amabilidad en la cara. Un adulto atento que lleva a una niña perdida de vuelta con sus padres. Mi padre me llevaba al laboratorio del sótano con esa misma cara.

Doblamos la esquina. Lejos de los faroles.

La camioneta espera. Azul oscuro. Costados macizos. Comprada en efectivo en Virginia del Oeste. Las placas: de un auto destrozado en un depósito de chatarra de Delaware.

—Aquí. —Abro la puerta trasera.— ¿Ves? Toda la bolsa.

Emma se asoma. Ve la bolsa en el suelo. Apoya un pie en el paragolpes.

Mi mano le cubre la boca. La tela se aprieta contra la nariz. El dulzor químico del cloroformo.

Se sacude. Patea el metal. La tiara de plástico sale volando, golpea el asfalto. Las manos me empujan en el pecho con una fuerza que no debería existir en diecinueve kilos. El cuerpo: puro miedo, sin cálculo, sin estrategia. Solo biología: sobrevive, escápate, corre.

En la cabeza: la mano de mi padre en mi muñeca. El agua helada. «Esto te hace más fuerte».

Aprieto más fuerte.

Cinco segundos. Diez. El cuerpo se afloja.

La levanto hacia la camioneta. Diecinueve kilos. Cierro la puerta. La trabo. Recojo la tiara del asfalto. La pongo en el bolsillo. Mi padre enseñaba: conservar todo. Artefactos. Datos. Prueba del control.

Voy al asiento del conductor. Las manos, quietas. Al final de su vida, las de mi padre temblaban: Parkinson, una degeneración que él se negaba a reconocer. Las mías son firmes.

19:02. Sujeto uno: obtenido. Hasta el sujeto dos: entre una hora y una hora y media, según las observaciones de las últimas dos semanas.

* * *

Otro barrio. El mismo Halloween.

La camioneta con Emma está guardada en el garaje de la casa alquilada. En la camioneta: una inyección de midazolam, aplicada ya en el vehículo. Mínimo dos horas de sueño. Me cambio: otra peluca, una campera oscura, una gorra. Paso a la pickup comprada la semana pasada en efectivo en Maryland.

Encuentro a Laura Stevens a las 20:23.

Disfraz de fantasma: una sábana blanca con agujeros recortados para los ojos. Camina sola. Los padres trabajan hasta tarde. Hace la ronda de dulces independientemente. Corté el cable del teléfono de su casa hace una hora.

—¿Laura? Me mandó tu mamá. Está preocupada.

Se da vuelta. En los ojos: no confianza, como en Emma. Escaneo. Esta es diferente.

—¿Mi mamá?

—Te llamó. No pudo comunicarse. Me pidió que te llevara a casa.

Mira alrededor. Ve la casa del vecino: luz en la ventana.

—¿Puedo llamarla? —El vecino la deja entrar. Marca el número de la casa. Nadie atiende. Claro: el cable está cortado desde hace una hora.

La ansiedad reemplaza la sospecha. La ansiedad por la madre es más fuerte que el miedo al desconocido. El apego vence a la precaución. Siempre.

Dentro del auto, Laura entiende antes que Emma. Los hombros se tensan, la mano va hacia la manija. Ya está gritando cuando la tela le toca la cara: no espera, no verifica. Una arquitectura de reacción diferente. Lo registro para el protocolo.

Resiste diecisiete segundos. Siete más que Emma.

Las llevo a las dos a 447 Maple Street, Woodbridge. Cuarenta minutos por la ruta vacía. Emma en la camioneta. Laura en la

pickup. Dos viajes, un garaje.

20:39. Ambos sujetos obtenidos. Sin testigos.

El sótano espera.

* * *

Emma

Una oscuridad que no existe.

No como cuando cierras los ojos. Esa la puedes abrir. Esta está en todas partes. Presiona la cara. Se mete en la boca cuando intento respirar.

Las manos no se mueven. Algo frío en las muñecas. Metal. La espalda contra un caño. Debajo de mí: piedra. Más fría que el suelo del baño en invierno. Más fría que todo lo que alguna vez me haya tocado.

Huele a moho. Y a algo dulce, nauseabundo. En la boca.

—¿Mamá?

Una voz pequeña. La oscuridad se la come.

¡¡MAMÁ!!

El grito rebota en las paredes y vuelve: no mío. Las paredes lo rompen, lo multiplican, y parece que gritan varias niñas. Todas soy yo.

Grito hasta que la garganta arde. Hasta que la voz se quiebra. Hasta que solo queda un susurro.

Silencio.

El frío se mete en los huesos. Mi vestido de princesa no calienta. La tiara desapareció. Los pies, descalzos.

No sé cuánto pasa. Minutos. Horas. Aquí no se puede saber.

Luego: una voz. Lejana. También de niña.

—¡¿DÓNDE ESTOY?! ¡AYÚDENME!

Dejo de respirar.

—¿Quién está ahí?

—¡NO VEO NADA!

Otra niña. El mismo miedo.

—¡Yo tampoco veo nada! ¡No sé dónde estamos!

—¡QUIERO A MI MAMÁ!

—¡Yo también!

Las dos lloramos. Llamamos a mamás que no escuchan. Las voces se mezclan en la oscuridad hasta que el cansancio nos lleva. Silencio. Luego pasos arriba: pesados, lentos, cada tabla cruje distinto.

La puerta se abre. Luz por los escalones: no es brillante, una bombilla tenue, pero después de esta oscuridad golpea como una linterna directo en la cara.

Entrecierro los ojos. Veo. Piedra gris. Caños en el techo. Manchas en las paredes. Ventanitas pintadas de negro.

A tres metros: otra niña. Cabello rubio, sucio, enredado. Disfraz de fantasma. Atada a un caño.

Nos miramos. La primera vez.

Los pasos bajan.

Un hombre. Una campera oscura, la capucha baja. La luz le pega por detrás, y no hay cara. Un agujero negro donde deberían estar los ojos. Está parado entre nosotras. En silencio. Mucho tiempo.

—Van a estar aquí todo el tiempo que haga falta. —La voz, pareja. Vacía. Sin nada.— Cooperen: sobreviven. Resistan: van a sufrir.

—Por favor —llora la otra niña—. Por favor, suéltenlos. Quiero a mi mamá.

El hombre no reacciona. Deja en el suelo dos botellas de agua. Lejos. Inalcanzables.

—Mañana empezamos. Cuando termine, van a saber qué son.

Sube. La puerta. El cerrojo. La oscuridad.

—¿Cómo te llamás? —susurro.

—Laura.

—Yo soy Emma.

Silencio.

—¿Nos van a matar?

—No sé. Pero digo: No.

Las dos lloramos hasta quedarnos dormidas.

* * *

Robert

Día segundo.

Bajo a las 06:00. Capucha. Anteojos oscuros. Guantes de látex.

Tres viajes: el EEG portátil de Johns Hopkins. Midazolam, ketamina, atropina. El metrónomo. El grabador. Dos baldes de agua helada.

Las niñas están pegadas a la pared. Ya no gritan: rápido. Esperaba gritos hasta el tercer día.

Las separo. A Emma: al caño del fondo. Laura se queda.

Empiezo con Laura. Electrodos en el cuero cabelludo. Gel conductor. Se aparta del contacto del látex, pero las ataduras no la dejan alejarse. Ritmo base: beta elevada. Estrés. Hiperexcitación. Lo esperado.

Enciendo el metrónomo. Ritmo monótono en la oscuridad.

—Escucha el sonido. Solo el sonido.

No escucha. Llora. Llama a la madre.

Inyección. Midazolam, dosis baja. Los músculos se relajan, los ojos se vidrian, el llanto se apaga. Hablo: con esa voz trabajada durante seis años en el laboratorio de Bethesda. Palabras que ella escucha pero no procesa conscientemente. Instrucciones que se depositan por debajo del umbral.

El metrónomo hace clic. El EEG registra el pasaje de beta a theta. Se va más profundo.

Cuarenta minutos. Retiro los electrodos. La llevo de vuelta a la pared. Se derrumba: va a dormir dos horas.

Luego Emma.

Con ella es diferente. Ella no llora. Observa. Los ojos siguen cada uno de mis movimientos: las manos, los instrumentos, la distancia hasta la escalera. Cuando acerco los electrodos, aparta la cabeza.

—¿Para qué es eso?

Le sujeto las muñecas. Le coloco los electrodos.

Su ritmo base: el límite alfa-theta. Esta niña no está en pánico. Dos días en la oscuridad, atada a un caño, sin comer: y está

en el límite alfa-theta. Una disposición adaptativa que vi en publicaciones sobre fuerzas especiales adultas, pero nunca en un niño.

Inyección. El mismo midazolam. Se duerme más rápido que Laura. Pero el cerebro resiste: picos de gamma incluso bajo sedación: un cerebro que se niega a apagarse.

Candidata adecuada.

Por la tarde: la prueba de temperatura. Bajo la calefacción a cuatro grados. Observo en el monitor.

Cuarenta minutos después: las niñas se encuentran en la oscuridad. Se juntan. La respiración se sincroniza. El pulso de las dos se ralentiza al mismo tiempo.

Anoto: Cooperación termorreguladora sin contacto verbal. Coordinación instintiva. La hipótesis se confirma.

* * *

Día tercero.

Aumento la dosis de Laura un diez por ciento. El theta, más profundo. La receptividad, mayor. Las palabras clave, pronunciadas. Primera capa.

Con Emma: otro protocolo. La mitad de la dosis. Ella tiene que recordar más. El diseño requiere asimetría: una recuerda, la otra olvida. La asimetría crea dependencia.

Después de las sesiones subo a la cocina. Les dejo comida, agua y una manta. Tiza junto a la pared: blanca, blanda, deja marca en el concreto. La puse ayer. No expliqué para qué.

Me siento en la mesa. El cuaderno. Un termo de café, hace rato frío.

El suelo de esta casa está reseco: cada sonido de abajo sube por las tablas. Después de las sesiones de la mañana: horas de silencio. Las niñas despiertan de la sedación.

A las 14:17: una voz. Sujeto A.

—Cuéntame una historia.

Dejo el bolígrafo. Me inclino sobre la rendija en el suelo.

Pausa. Luego el Sujeto B. Más bajo. Temblando.

—No sé historias.

—Inventa una. Por favor.

Silencio largo. Espero. Anoto la hora.

Luego Laura empieza a hablar. Despacio, tropezando. De una princesa en una torre. Un dragón que no duerme. Una cuerda encontrada en el rincón oscuro.

Me quedo inmóvil. El café, frío. Afuera: el atardecer de noviembre.

La historia termina con un conteo. Uno. Dos. Tres. Hasta diez. El dragón deja de respirar.

La voz de Laura se quiebra: «La princesa es libre».

Silencio. Luego: un roce sobre el concreto. El chirrido de la tiza.

Abro la trampilla un centímetro. Abajo, en una franja de luz tenue: una figura de palitos en la pared. Un círculo por cabeza. Una línea alrededor del cuello. El dragón y la princesa.

Laura inventa. Emma dibuja. Sin indicaciones. Sin sugerencias.

Cierro la trampilla. Regreso al cuaderno.

Tercer día. Ya están creando.

* * *

Días cuarto al sexto.

Cada tarde: una nueva historia. Me siento arriba, escucho por las rendijas del suelo.

El dragón no muere. Cada vez vuelve: la cuerda se rompió, está vivo. Y cada vez las niñas encuentran una manera nueva de matarlo. El agua: inundar la guarida mientras duerme. La almohada: suave, casi tierna, un asesinato disfrazado de cuidado. El veneno: el dragón bebe del arroyo y no entiende que está muriendo.

Progresión de la violencia al engaño. De la fuerza bruta a la astucia. Del impulso a la estrategia.

Niñas de diez años.

Al sexto atardecer bajo. La luz del hueco de la escalera ilumina las paredes. Cuatro dibujos. Tiza blanca sobre concreto gris. La princesa y el dragón, repetidos cuatro veces. Sobre los ojos cerrados de cada dragón muerto: círculos blancos.

—¿Qué es eso? —Señalo los círculos.

—Botones —responde una de ellas. La voz, baja. Sin miedo.— Para que los ojos no se abran.

Paso el dedo por los contornos. La tiza se desmenuza. Cuatro maneras de matar al dragón. Sin coerción. Sin indicaciones.

Las dos se aprietan una contra la otra. Flacas. Sucias. Los ojos enormes en la luz tenue. Me miran: esperan una reacción, una explicación, cualquier cosa humana.

No digo nada. Subo a la cocina. Me siento a la mesa. Abro el cuaderno.

Cuatro métodos. Aptos para modificación y uso posterior. Los sujetos crearon las herramientas solos: sin coerción. Integración en la estructura de la personalidad.

Metodología del padre: coerción externa → destrucción de los sujetos.

Mi metodología: los sujetos crean las herramientas solos → integración.

Sigo escribiendo. Afuera: la oscuridad. El viento de noviembre golpea una rama contra el vidrio.

Abajo, dos niñas yacen en el concreto frío, apretadas una contra la otra. A su alrededor: cuatro dibujos. Cuatro cuentos susurrados. Creen que los inventaron ellas.

No saben que escribieron las instrucciones para su propia destrucción.

* * *

Día decimocuarto.

Llevo a Emma a otra habitación. Cálida. Con luz. La primera luz real en dos semanas.

Se sienta en el sillón y se cubre la cara con las manos. No de miedo. De la luz: los ojos se desacostumbraron. La piel, gris; ojeras profundas, demasiado hondas para una cara de diez años. Cuando baja las manos, en las palmas hay franjas blancas de polvo de tiza. Dibujó hasta el último minuto.

Sobre la mesa: fotografías de los dibujos de tiza de las paredes del sótano.

Se las muestro una a una. En silencio. Observo la cara.

Emma mira. Recuerda que las dibujó. Recuerda las historias de Laura.

—Ahora te pertenecen. Son parte de ti. Para siempre.

Enciendo el metrónomo. Ritmo parejo. Los ojos la siguen al péndulo. La respiración se ralentiza. La mirada se desenfoca.

Hablo. Las palabras que ella escucha pero no va a recordar conscientemente. Comandos que se depositan por debajo de los pensamientos, por debajo de la memoria: en el lugar al que la conciencia no llega.

El dragón. La cuerda. El agua. La almohada. El frasquito.

Cuando termino: bajo la capucha. Le muestro la cara.

Emma me mira. Parpadea. Las pupilas se contraen, se dilatan, se contraen: el cerebro intenta conectar esta cara con el sótano y no puede. La barrera ya está puesta. Ve a un hombre, y no pasa nada. Sin miedo. Sin reconocimiento. Una cara neutra de una persona neutra.

—¿Quién es usted? —pregunta en voz baja.

Exactamente así.

Luego Laura.

La misma habitación. Pero la capucha se queda puesta.

Laura entra y las piernas se le doblan en el umbral. La sostengo del hombro. Bajo la tela: huesos. Dos semanas en la oscuridad destruyeron lo que quedaba de los mecanismos de defensa.

La siento en el sillón. Enciendo el metrónomo. Laura entra en trance al tercer golpe. Los ojos se vidrian, la cabeza cae hacia adelante, el labio inferior se afloja.

Una niña de diez años que parece una anciana.

La miro a la cara. No me dice nada. Son datos en estado de reposo. Un instrumento en posición inactiva. Sé que otra persona en mi lugar se habría detenido: esa niña en la esquina en 1965 me enseñó que hay personas a quienes esto las para. A mí no me para. No porque haya decidido continuar. Simplemente no hay ninguna señal que pudiera pararme. No existe el receptor.

—Las historias quedan. Ocultas. En espera. No vas a recordar que las creaste. No vas a recordar estos días. Pero están adentro.

* * *

Día veintiuno.

El último día.

Las llevo a una habitación limpia. Dos sillas. Entre ellas: un metro. Emma entra primera: más delgada, los ojos hundidos. Ve mi cara y no reacciona. Se sienta. Las manos sobre las rodillas. Tranquila.

Luego Laura. Con los ojos vendados. La siento de cara a la pared. Le saco la venda.

Laura gira la cabeza. Ve a Emma. Solo a Emma.

Me paro detrás de Laura. La voz, desde allá.

—Están unidas. Parte de algo más grande.

Pausa.

—Emma: recuerda.

—Laura: olvida.

Un chasquido de dedos.

Las dos se aflojan. Emma: suavemente, como quedándose dormida. Laura: pesadamente. La cabeza cae sobre el pecho, el cuerpo se desliza del borde de la silla. La acomodo.

Una hora de trabajo. La voz, pareja. El metrónomo cuenta. Entro más profundo que en todas las sesiones anteriores. A este nivel la conciencia no resiste: está ausente. Queda la arquitectura. La estructura pura, lista para recibir forma.

A Emma le grabo tres cosas: recordar, proteger, esperar. Cuando pronuncio «Laura», su mano se sacude en el sueño: se estira hacia la segunda silla. Un reflejo. Ya sin comando.

A Laura: borro. El sótano. La oscuridad. El hambre. El hombre con la capucha. Los dragones de tiza con botones en los ojos. La otra niña con quien susurró cuentos. Todo: cada capa por separado, con cuidado, como se arrancan empapelados de una pared: franja por franja, hasta que solo queda el concreto desnudo.

Luego los fármacos. A Emma: compuestos para consolidar la memoria. A Laura: midazolam y escopolamina, dosis altas. Tres

semanas de memoria consciente se disuelven en la química. El anclaje inconsciente permanece intacto.

Las llevo al sótano. Les suelto las ataduras. Dejo la puerta sin llave. El teléfono: uno viejo de línea fija, en la encimera de la cocina.

Cuatro horas: y Emma despertará. El anclaje la subirá por la escalera. Guiará su mano hacia el teléfono. Guiará su dedo hacia los botones: 9-1-1.

Subo la escalera. Salgo de la casa.

* * *

Emma

Oscuridad. Concreto frío. Respiración cercana: suave, lenta.

Laura.

Abro los ojos. Los pensamientos se mueven pesados, cada uno separado y lejos del anterior.

Pero algo adentro sabe qué hacer. No es un pensamiento. Más profundo. Como sabes que hay que respirar: no porque lo decidas, sino porque el cuerpo lo decide por ti.

Me levanto. Las piernas se doblan. Las rodillas golpean el concreto. Me levanto. La escalera. A cuatro patas: los escalones crujen debajo.

Arriba: una cocina oscura. Las ventanas tapadas. Vacío.

El teléfono en la encimera. Viejo, color crema, con el cable rizado.

La mano se estira hacia el tubo. Los dedos marcan el número. Tres dígitos. No lo decido. Los dedos lo deciden solos.

—911, ¿cuál es su emergencia?

Mi voz sale plana. Lejana. Ajena.

—Dos niñas. Sótano. Rápido.

—¿Puede decirnos dónde está, querida?

Una cocina oscura. Una casa ajena. No sé.

—No sé.

—No importa, quedate en la línea. Estás llamando desde… —Pausa. Teclas.— 447 Maple Street, Woodbridge. Ya sale un móvil. ¿Estás herida?

Cuelgo. La mano baja.

Bajo al sótano. Me siento junto a Laura en el concreto frío. Me aprieto contra ella.

Adentro: silencio. Extraño, nuevo. No la ausencia de sonido, sino la presencia de algo que ocupó el lugar donde antes estaban mis pensamientos.

Espero.

* * *

Robert

Estoy sentado en el auto a tres cuadras de la casa.

El motor, apagado. Las ventanas bajas un centímetro. El aire de noviembre, frío y húmedo: hojas mojadas y humo de la chimenea de alguien.

El cuaderno sobre las rodillas. El bolígrafo en la mano.

A las 21:07 Emma marca el 911. No lo sé porque lo veo: lo sé porque lo calculé. Cuatro horas después de la última inyección. El anclaje la sube por la escalera, guía su mano hacia el teléfono, guía el dedo hacia los botones. Tres dígitos. El sistema hace el resto.

Espero.

Anoto: 21:07: hora calculada de la llamada.

A las 21:28: las sirenas. Lejanas. Creciendo. Dos autos, luego un tercero. Una ambulancia.

Las luces parpadeantes inundan la calle de rojo y azul. Los reflejos se deslizan por el techo del habitáculo, por mis manos sobre el cuaderno. Los vecinos salen a los portales. Cuchichean.

Anoto: 21:28: llegada. Veintiún minutos desde la llamada. Aceptable.

Doce minutos: y sacan a la primera niña. Demasiado lejos para distinguir la cara, pero por los movimientos del paramédico: Laura. No resiste. Una manta sobre el cuerpo.

Luego Emma. La cargan distinto: lleva la cabeza erguida. No se desplomó. No llora.

Mira.

No veo sus ojos desde esta distancia. Pero sé adónde mira. A la casa. A la puerta. Al lugar del que la sacan. Memoriza. Tal como la

programé.

Anoto: 21:40: ambos sujetos evacuados. Estado físico: satisfactorio.

Cierro el cuaderno. Enciendo el motor.

Salgo. Las luces parpadeantes en el espejo se achican hasta quedar un punto.

Fase uno completada. Fase dos empieza mañana. Observación. Documentación. Laura va a volver a su familia, va a crecer, va a elegir una profesión: y nunca va a recordar tres semanas en el sótano. Pero todo lo que implanto va a crecer con ella. Va a formar las decisiones que ella va a llamar propias.

Emma va a recordar: no el sótano, el sótano lo va a vincular con la oscuridad y el dolor. Pero mi voz la va a buscar, sin entender por qué. Y me va a encontrar.

Depositè en dos niñas lo que yo no tengo.

Ahora solo queda esperar qué crece de ahí.

**

CAPÍTULO 24

28 de octubre de 2022

Maple Street nos recibe con lluvia: fina, rabiosa, helada. Las gotas se clavan en el parabrisas, y los limpiaparabrisas las corren con un ritmo nauseabundo en franjas grises y turbias.

A través de esa cortina emergen los contornos de las casas y los árboles envueltos en cinta amarilla de la policía, como papel de regalo para la pesadilla de alguien.

A la orilla de la calle esperan una camioneta de los forenses y un par de SUVs del FBI brillantes de humedad. Morrison está junto al capó del más cercano: el abrigo abierto, el cuello levantado, un vaso de cartón humeando en la mano. Tiene la cara de un cirujano que ya sabe que el paciente está muerto pero igual se prepara para la autopsia.

Kate apaga el motor. Nos quedamos en el silencio que rompe solo el tamborileo seco de la lluvia sobre el techo. Cinco segundos, diez. El aire en el habitáculo se vuelve pesado, viciado, con olor a nuestro miedo compartido.

—¿Lista?

La palabra queda suspendida en el espacio. La respuesta es «no», un «no» profundo y pulsante, pero asiento.

Morrison aparece junto a la ventanilla antes de que yo alcance a encontrar la manija. Sus nudillos golpean el vidrio en seco: un sonido que pone los dientes de canto.

—Hay un problema —dice cuando Kate baja la ventanilla. La voz: gravilla bajo un taco.— Los agentes vigilaron toda la noche. La luz del primer piso se apagó a las 3:17. Nadie salió: ni la puerta delantera, ni la trasera, ni las ventanas. Forzamos la entrada hace veinte minutos.

Una gota de lluvia le resbala por la sien. No la limpia.

—Vacío.

Dos sílabas. Mis pulmones las reciben y simplemente se detienen.

—¿Qué significa vacío? —Kate.

—Significa vacío, Brennan. El sótano está limpio. Sin mesa. Sin velas. Sin colchón. Sin tiza. Concreto, suelo, polvo. Como si no hubiera estado nadie en veinte años.

—Las fotos. —La voz me sale fina, ajena: no la mía.—En mi teléfono. La mesa. Los platos. La tiza. Todo está.

—Vi sus fotos. Por eso estamos aquí. Pero el sótano ahora está vacío. Y mis agentes juran que no salió nadie.

Kate ya está en la calle. La lluvia le golpea el pelo, los hombros, sin notarla. Camina hacia la casa con pasos rápidos y pesados: así camina alguien que tiene adónde ir mientras no cede.

Corro detrás de ella.

La puerta delantera, abierta de par en par. Los forenses con overoles blancos están junto a la escalera del sótano: no trabajan, están parados como actores en una pausa, esperando que el director dé la réplica. Uno tiene una cámara colgada al cuello, apuntando hacia abajo. No hay nada que fotografiar.

La escalera. Los escalones de madera gimen bajo los pies: profundo, dolorido, como si estuvieran vivos. Las manos buscan una baranda que no existe. Olor a humedad y concreto, y encima: lavandina, fresca, cortante. Las paredes: ladrillo desnudo que se desmigaja en las juntas. No las miro. Miro hacia abajo, hacia donde llevan los escalones. Ayer miré por la ventana desde afuera. Ahora entro.

El sótano.

Tubos fluorescentes en soportes temporales inundan la habitación de blanco cadavérico. Luz de quirófano que no deja sombras ni deja dudas. Y bajo esa luz: nada.

Concreto gris. Las paredes. El suelo. Los caños en el techo. Polvo en los rincones. Telaraña junto a la rejilla de ventilación. Un silencio tan denso que escucho mi propia sangre.

Sin mesa. Sin mantel. Sin platos. Sin tres velas con los pabilos intactos. Sin colchón. Sin manta. Sin figuras de tiza con botones en lugar de ojos. Las paredes: grises, parejas, mudas. Las paredes que me miran con la expresión que se le pone a alguien que afirma haber visto un fantasma.

No. Para.

Recorro el perímetro. Despacio. No como una víctima que busca su pesadilla: como una especialista que lee la escena. Miro no lo que hay. Lo que no hay y no debería faltar.

En el rincón donde estaba el colchón: el suelo parejo. Sin huella, sin marca de presión. En el centro, donde estaba la mesa: sin rayaduras, sin franjas. El polvo está depositado en una capa uniforme, como nieve en una noche sin viento. Demasiado uniforme.

El polvo real es perezoso. Se asienta donde el aire va más lento: junto a las paredes, en los rincones, detrás de los caños. Junto a la ventilación, menos: ahí hay corriente. Este polvo fue tamizado. Esparcido con las manos, como harina sobre una mesa.

Me arrodillo. Paso el dedo por el suelo, lo levanto hacia la luz. Polvo gris en la yema: pero en los surcos de la piel, algo blanco. Tiza. Impregnada en los poros del concreto, lavada, frotada hasta casi cero, pero no del todo.

—Tiza —le digo a la forense pelirroja—. Muestra del suelo. Debajo del polvo, en profundidad.

Ella mira a Morrison. Él asiente.

Me levanto. Voy a la rejilla de ventilación. Me inclino sin tocarla. El olor a lavandina aquí es más fuerte: la limpiaron con precisión, esta rejilla fue el punto de entrada de algo. Una casa abandonada no huele a lavandina. Una casa que limpiaron profesionalmente, sí.

—Morrison. —Me doy vuelta.—El polvo está distribuido a mano. La lavandina en la ventilación. Aquí no solo sacaron las cosas: trabajó un equipo profesional. No es una habitación vacía. Es una escena del crimen limpiada.

Morrison me mira, luego mira el suelo, luego me mira de nuevo. Largo rato. Luego:

—Anótenlo —le dice a la pelirroja.

Hago el cálculo. Emma hizo esto entre las 3:17 —cuando se apagó la luz— y el amanecer. Cinco horas. Los muebles, el colchón, las cajas: sacarlos. Las paredes: limpiarlas. La tiza: borrarla. El polvo: distribuirlo. No sola: la mesa era de roble, pesada. Tiene gente. Una red que no vemos porque la construyó durante veintisiete años.

Morrison está en el escalón superior. Las manos en los bolsillos del abrigo. Leo su cara: no enojo, no incredulidad, sino fragmentación. Las fotos dicen una cosa, el sótano dice otra, y él está en el medio, y la verdad no cabe en ninguno de esos dos recipientes.

Subo hacia él. Las piernas funcionan solas: la cabeza sigue abajo.

—La rejilla de ventilación —digo—. Ayer los pernos estaban aflojados. Acceso al seto. Sus agentes vigilaban las puertas. No la ventilación.

Morrison manda a la pelirroja a verificar. Tres minutos. Regresa.

—La rejilla está en su lugar. Los pernos, apretados. El óxido, sin alterar.

Kate está al lado. En silencio. Solo veo las manos: puños en los bolsillos de la campera, los nudillos blancos a través de la tela.

—Las fotos son auténticas. —La voz de Kate: pareja, como la de alguien que apagó todo lo accesorio y dejó solo la función.—Los metadatos van a mostrar la hora, la geolocalización, el dispositivo.

—No digo que estén falsificadas. —Morrison levanta la palma. —Digo que tengo un sótano vacío y unas fotos. Las fotos son base para una investigación. El sótano vacío es un problema para el fiscal. Un abogado lo va a destrozar.

—La tiza en los poros del concreto —digo—. El análisis lo va a mostrar.

—Si lo muestra. —Se abotona el abrigo.—Stevens, Brennan: a mi auto.

* * *

El asiento trasero del SUV. La lluvia en el techo. Morrison girado en tres cuartos: olor a cuero, a colonia. La misma de cuando Kate me trajo por primera vez a esta oficina. Hace siete días. Otra vida.

—Les creo. A las dos. —En voz baja. No para el registro.—Las fotos son reales. La suciedad en la alfombra es real. La luz la vieron mis agentes. Pero alguien limpió el lugar en una sola noche sin salir por ninguna puerta, y no tengo explicación para eso.

Se frota el tabique.

—¿Saben cómo le parece eso al director?

Guardamos silencio.

—Un delirio. —Mira el parabrisas: la casa detrás de la cinta, el hilo amarillo mojado que va de arbusto en arbusto.—El director quiere resultados. No fotos de habitaciones vacías.

El músculo junto al pómulo de Kate se contrae.

—Sus agentes registraron la luz —digo—. Eso es un acta.

—La registraron. Y registraron que nadie salió. —Se da vuelta hacia mí. Los ojos, cansados: no enojados, no fríos. Agotados.—Un abogado va a decir: se equivocaron en la oscuridad, estrés de la vigilancia. Al sistema le gusta lo que se puede poner delante de un jurado.

—Las muestras lo van a confirmar. La lavandina, la tiza.

—Eso espero. —Una pausa. Los tres en el auto: y los tres sabemos la verdad debajo de la cual no hay base probatoria.

Morrison saca del bolsillo interior una hoja doblada.

—Y ahora esto.

La despliega. Logo del FBI. Membrete oficial. Una queja.

—Anónima. Documentada. —De memoria, sin mirar.—Acceso no autorizado a bases de datos federales. Viaje a otro estado para interrogar a un testigo sin aprobación del superior. Incorporación de un civil a un interrogatorio de recluso. Contacto con el sujeto de una investigación de ciberseguridad sin coordinación con el departamento correspondiente.

Cuatro puntos. Cuatro balas. Todas en el blanco.

Kate no se mueve. Ni siquiera parpadea. Mira un punto sobre el hombro de Morrison.

—Cada punto es verdad. Y cada uno es base para una sanción. La queja está bien redactada, jurídicamente impecable. Quien la escribió conoce los procedimientos del FBI mejor que la mayoría de los agentes.

—Emma —digo.

Morrison dobla la hoja.

—Probablemente. Eso no cambia el contenido. El director quiere una respuesta antes de que termine el día.

—¿Qué respuesta? —Kate. La voz como vidrio: lisa, dura, un solo golpe y se rompe.

—Suspensión. La placa, el arma, el acceso: sobre la mesa. Hasta la audiencia. —La mira.— Brennan, estoy ganando tiempo donde puedo. La queja llegó desde arriba. No tengo margen de maniobra.

—¿Cuándo?

—Hoy. Las catorce horas. Mi despacho.

La lluvia sobre el techo: arroz derramado, monótono, indiferente a lo que ocurre adentro.

—Una condición —dice Kate—. El grupo táctico para el treinta y uno. No lo cancela.

—No lo cancelo. Las fotos son base. Robert Ashford está desaparecido. El treinta y uno mi gente va a estar en Maple Street.

—¿Y Laura?

—Testigo. —Sin pestañear.—Sin usted al lado, Brennan. Su presencia compromete la investigación.

Kate abre la puerta. La lluvia entra en una sola bocanada fría.

—Estaré a las dos —dice. Y sale sin mirar atrás.

* * *

No la acompaño al FBI. Ella no me lo permite.

—Esperá en casa. Cerrá los cerrojos. Te llamo.

Me besa en la frente: rápido, seco, como si sellara un documento. Se sube al auto. Se va. Me quedo bajo la lluvia junto al portal mirando cómo las luces rojas se disuelven en el octubre mojado, hasta que solo queda el asfalto húmedo.

El departamento. Los cerrojos: uno, dos. El pasador. La cadena. Cuatro chasquidos en el silencio.

Camino. La cocina, el pasillo, el cuarto, la cocina.

El teléfono a las 16:43.

—Laura. —La voz de Kate: no su voz. Le sacaron todo: la ironía, la fuerza, el calor. Dejaron la cáscara.—Morrison propuso un arreglo. Suspensión, pero acceso a los materiales hasta el treinta y uno.

—¿Aceptaste?

Silencio. Escucho cómo toma el aire en tragos cortos: como antes de un salto.

—La condición: prohibición de contacto contigo. Total. Hasta que termine la operación. Mi presencia es como una baliza para Emma.

—Tiene sentido.

—Tiene sentido. —Una pausa.—Rechacé.

Cierro los ojos. Claro.

—Repitió la orden. Directa. Bajo acta. Rechacé de nuevo. —La voz se quiebra medio segundo: se arma de vuelta, pero ya con una grieta en el medio, como el hielo sobre un charco que todavía aguanta, pero un paso al costado y te hundís.—La placa sobre la mesa. El arma al lado. Las esposas.

—Kate…

—La audiencia es mañana, el treinta. Me dejaron hacer una llamada.

—Emma hizo esto.

—Emma.

Guardamos silencio. Detrás de ella escucho el espacio hueco: las paredes, el eco, el silencio de un lugar institucional. Y en ese silencio Kate dice en voz baja, casi para sí:

—Lo único de lo que me enorgullezco de verdad es de lo que me van a suspender. —La voz de Kate en el auricular suena apagada, con un matiz metálico.

Una larga pausa. Escucho su respiración: entrecortada, irregular, sin la disciplina habitual.

—Laura. —Su tono cambia. Desaparece la agente, desaparece la profesional. Queda algo en carne viva, sin piel. —No entré a la Academia por ambición. Pensaba que si me volvía lo suficientemente rápida, si aprendía todos los patrones, si podía ver un paso adelante, podría detener el tiempo. Mi hermana menor, Sara... tenía siete años. No simplemente desapareció. Desapareció mientras yo elegía zapatillas en el pasillo de al lado. Tres minutos, Laura. Ciento ochenta segundos que usé en los cordones.

Me quedo paralizada. En ocho años de amistad, el nombre de Sara no había salido nunca. Ni una vez.

—Doce años fui "suficientemente buena". Cada caso cerrado era un parche sobre esa vieja herida. No cazaba criminales: cazaba esos tres minutos. Intentaba alcanzarlos, interceptarlos, deshacerlos. Hasta que te conocí a ti. Y entendí que en tu caso llego tarde otra vez. No por minutos: por décadas.

Luego voz de trabajo, distinta:

—Los cerrojos. No respondas sus mensajes. Y Laura…

—Sí.

—Voy a salir. Te lo prometo.

Un clic seco y corto. Silencio: no de línea telefónica. El silencio del departamento en el que estoy sola. Sin Kate del otro lado de la pared. Sin su campera en el respaldo de la silla. Sin el sonido de sus pasos: pesados, seguros, los pasos de alguien que sabe adónde va.

Me quedo largo rato con el teléfono en la mano, mirando la pantalla oscura. Kate nunca había dicho esto en voz alta. Quizás sabía: en cuanto conviertes tu culpa en palabras, deja de ser un motor y se convierte en un ancla.

No solo me está ayudando. Está intentando comprar la vida de Sara con la mía. Y esa comprensión me da un miedo genuino: por las dos.

Luego me levanto.

Despliego las carpetas. Ford. Crowley. Blake.

Releo. Después del sótano vacío las declaraciones se leen distinto: cada palabra pesa más, porque alguien capaz de borrar una habitación de la realidad en cinco horas no pone detalles al azar en las palabras.

Ford: «No enseña la técnica. Enseña a ver».

Ver es empatía. Emma enseñaba a los asesinos a entender a las víctimas. La comprensión es su herramienta y su límite: espera que yo llegue quebrada. Voy a llegar preparada.

Crowley: «No venía como una maestra. Como una hermana».

Blake: otro estado, otro año, sin ningún punto de contacto con Crowley. La misma palabra. Hermana. No «amiga», no «aliada». Una palabra que supone sangre común o una herida común.

Anoto: Emma necesita el vínculo. No solo controla: se apega. Usar.

Como parada junto a la cocina. Fideos que no siento. Lavo el plato: un solo plato, y lo pongo en el escurridero.

Vuelvo a la mesa.

Pierce no terminó.

En el despacho de Pierce, un segundo antes de que llegara el «SALGA» de Derek, el anciano se estiraba hacia el cajón inferior del archivero de la derecha. Alcanzó a decir: «Espere, hay algo sobre…». Me fui corriendo. Luego la gente de Emma. Luego la foto. Luego nada.

El archivo de Pierce fue incautado: FBI, procedimiento estándar. Derek Hayes estaba en el lugar cuando llegó la patrulla.

Tomo el teléfono.

Dos tonos.

—¿Laura? ¿Todo bien?

—Necesito un favor. El archivo de Pierce: ¿está en la oficina de campo de Miami?

—En el depósito de evidencia. Precintado.

—Pierce quería mostrarme algo. El cajón inferior del archivero derecho. No llegó a sacarlo. Necesito saber qué hay ahí.

Silencio: escucho a Derek sopesar.

—Es evidencia precintada. Necesito una solicitud del agente a cargo.

—Kate está detenida. El caso lo lleva Morrison. Llamalo: él va a autorizarlo.

Nuevo silencio. Más largo.

—Bien. Te llamo.

Cuarenta minutos. Me levanto, me siento, me levanto. Miro el teléfono. El teléfono calla.

Cuarenta minutos: los más largos de estos diez días.

Una llamada. Derek.

—Lo encontré. Cajón inferior derecho, como dijiste. Tres documentos. Permiso de obra: dirección 447 Maple Street, 1993, reforma del sótano, contratista Ray Walters, profundidad del cimiento 2,4 metros. Plano arquitectónico de la municipalidad:

misma dirección, profundidad 1,6 metros. Y una nota de Pierce. Saco fotos, te las mando.

Tres imágenes.

Diferencia en la profundidad del cimiento: ochenta centímetros.

La tercera imagen: la nota. La letra de Pierce: pequeña, prolija, de policía, el hábito de escribir de modo que se pueda leer en el tribunal.

Contratista Ray Walters, interrogado en 2003. Declaró: Ashford pagó en efectivo por una habitación debajo del sótano principal. Pidió que no se incluyera en los documentos. Tamaño aproximado 3 por 4 metros. Paredes de concreto, suelo de concreto. Acceso: una trampilla en el suelo del sótano, bajo el colchón. La tapa es de concreto, a ras del suelo. Walters murió en 2009. No hay otros testigos. La habitación no fue descubierta en el allanamiento de 1995: no movieron el colchón.

Leo. Otra vez. Otra vez.

Una habitación bajo la habitación.

Esta mañana los forenses registraron el sótano de arriba. Miraron las paredes, la ventilación, las rejillas. El suelo debajo de ellas.

Nadie miró debajo del suelo.

El colchón tapaba la trampilla. Emma lo sacó: no porque sobrara, sino porque sin él la trampilla habría quedado a la vista. Limpió el sótano de arriba, salió por la habitación de abajo, cerró la trampilla detrás de ella, apretó los pernos de la ventilación desde afuera. Por eso el óxido no está alterado: no salió por la ventilación. Salió hacia abajo.

El grupo táctico de Morrison va a estar afuera. El perímetro, los francotiradores, los agentes. El sótano real está más abajo. Donde nadie va a mirar.

Excepto yo.

Cierro el teléfono. Tomo el cuaderno. Tacho el plan viejo. Escribo uno nuevo.

Tres días. Una habitación que solo conocía un detective muerto.

Y yo.

Él esperó veintisiete años para transmitirlo.

Y lo transmitió.

Acerco el teléfono casi a los labios. No miro la pantalla. Miro el vacío frente a mí, sintiendo en la piel cómo del otro lado del teléfono, en el silencio digital, tu respiración quedó suspendida.

—Emma. Sé que estás ahí. Siento tu mirada a través de ese maldito altavoz. Escúchame bien.

Hago una pausa breve. Que esas palabras se asienten en tu cabeza como polvo en una casa abandonada.

—Sé lo del sótano de abajo. Del frío del concreto. De la trampilla bajo el colchón que tapaste con tu cuerpo. Pierce me transmitió todo: cada detalle que intentaste esconder detrás de mis recuerdos falsos. Pero hay algo que tú no puedes saber. Porque tú simplemente recuerdas, y yo atravesé el infierno del olvido y me abrí camino de regreso a fuego.

Mi voz se vuelve más baja, adquiere una profundidad peligrosa, casi tierna.

—Tú me salvaste la vida en esa oscuridad, Emma. No Robert. No su falsa «misericordia». Tú. Eso es mi memoria, no el guion de él. Me pertenece por derecho de sobreviviente. Y él puede romperme cuanto quiera, reescribir mi código, borrar mis días: pero no va a poder quitarme eso por segunda vez.

Inhalo profundo, sintiendo cómo algo agudo y frío se despliega adentro.

—Ya no soy tu proyección, Emma. Y ahora voy por ti.

Bajo la mano. No espero respuesta, no verifico si la llamada se cortó. Sé que el silencio del otro lado ahora es ensordecedor.

**

CAPÍTULO 25

28 de octubre de 2022, 23:00

Estoy sentada en la oscuridad.

La luz azul de dos monitores: en la cara, en las manos, en las paredes. Nada más. La luz del techo no la enciendo desde hace diez días. Los ojos se acostumbraron. El cuerpo se acostumbró. A la oscuridad uno se acostumbra más rápido de lo que cree.

Pantalla izquierda: la cámara de la laptop de Laura: el ángulo de la cocina, la mesa, el cuaderno. Pantalla derecha: la cámara del teléfono: el techo oscuro, el teléfono boca abajo. El software de Morgan Hayes da acceso a las cámaras, los micrófonos, las pantallas de los dispositivos. De manera limitada, pero suficiente.

Laura sabe de la vigilancia. Kate le ordenó dejar todo activo: señuelo para una trampa, para que yo siguiera mirando y quizás cometiera un error. El cálculo es correcto. Pero Kate está suspendida. Y Laura está sola con las cámaras que no puede apagar, porque las cámaras apagadas me dirían más que las encendidas.

Pantalla izquierda: Laura en la mesa de la cocina. No duerme. Está sobre el cuaderno y las carpetas. Los labios se mueven. Cuenta: del uno al diez. Una y otra vez. El ritual que inventamos juntas en el sótano.

Hace veintisiete años. Tres semanas en la oscuridad. Dos niñas intentando manejar el miedo contando hasta diez. Nos prometimos protegernos la una a la otra. Entonces no entendíamos qué significan las promesas hechas en la jaula de un monstruo.

En la pantalla derecha: un movimiento. Laura levanta el teléfono. Se lo acerca a los labios.

Activo el audio.

Emma. Sé que estás ahí. —La voz de Laura, directo a mí. No a Ford, no a su diario, no al vacío. A mí. Por nombre. Como si los veintisiete años no hubieran existido: como si estuviéramos de nuevo en el sótano y ella simplemente me llamara desde la oscuridad.

Escucho. No respiro.

Sé lo del sótano de abajo. De la trampilla bajo el colchón.

El frío pasa por las manos. Físico, no metáfora. El mismo frío de entonces, sobre el concreto.

La vi entrar a la casa de Pierce. La vi salir con el teléfono en el oído. Creí: tomó lo que yo dejé. Tomó lo que yo no encontré.

Sigo escuchando. No puedo dejar de escuchar.

Tú me salvaste la vida en esa oscuridad, Emma. No Robert. Tú.

Algo adentro se detiene. No el corazón. Otra cosa: la parte que veintisiete años esperó exactamente esas palabras y al mismo tiempo sabía que no iban a llegar.

Llegaron.

Ya no soy tu proyección. Y ahora voy por ti.

Silencio.

Miro la pantalla. Laura bajó el teléfono. Está sentada derecha. Las manos sobre la mesa. No tiemblan.

Veintisiete años la vigilé a través de cámaras, de ventanas, de personas que no sabían que trabajaban para mí. Conocía cada uno de sus miedos, cada costumbre, cada manera en que se arma a sí misma por las mañanas.

No sabía que era capaz de esto.

Robert decía: va a llegar quebrada. Lista. Obediente.

Va a llegar distinta.

Me estiro hacia el teclado. Abro el mensajero. Empiezo a escribirle a Robert el informe sobre el estado del sujeto.

Los dedos, pesados, como después de una anestesia.

En el mensajero cifrado: un mensaje enviado a las 22:31:

Agente Brennan suspendida. Placa y arma entregadas. Sujeto L sin protección. Espero indicaciones.

La respuesta de Robert llegó tres minutos después:

Perfecto. Activación mañana a las 23:00. Plena disposición. Sin desvíos.

Un elogio. Una orden.

Lo releo. Hay algo que no está bien en ese orden: primero el elogio, luego la orden. Como un amaestrador que da el azúcar antes

de la instrucción, no después. Robert siempre supo: el reflejo condicionado funciona mejor cuando la recompensa va primero.

Escribo la respuesta. Los dedos pesados, como después de una anestesia. La programación no quiere que le mienta a Robert. El cuerpo resiste la mentira aunque la mentira salve vidas.

Recibido. Actúo según el plan.

Lo envío. El mensaje pasa por tres servidores proxy: Estonia, Japón, Marruecos: llega al teléfono descartable de Robert en segundos. En algún lugar de Virginia. O Maryland. O en la manzana de al lado. No sé dónde está. Robert no deja geolocalización.

La respuesta es inmediata:

Bien. Informe sobre el estado psicológico actual del Sujeto L.

Miro la pantalla izquierda. La respiración de Laura es superficial, irregular. El patrón del miedo. Incluso sin dormir, el cuerpo sabe del peligro.

Escribo:

Desestabilizada. El arresto de Brennan provocó una reacción aguda de estrés. Hipervigilancia, síntomas disociativos, receptividad elevada a los comandos de activación. Las barreras defensivas están destruidas.

Lo envío. Observo cómo el mensaje se disuelve en el cifrado.

Me odio por cada palabra.

Porque todo es verdad. Laura se está quebrando. El arresto de Kate le quitó el último apoyo: la única persona que la mantenía a flote. La única protección contra lo que se acerca.

Fui yo quien la quitó. Redacté la queja anónima. Documenté las infracciones de Kate: cada punto es verdad, cada letra verificable. La mandé al director del FBI sabiendo exactamente qué iba a pasar. Lo sabía porque estudié la burocracia de la oficina durante veinte años. Sabía qué palabras escribir, qué formularios llenar, qué plazos consignar.

Morrison no tenía alternativa. Las pruebas son impecables. La carrera de Kate fue destruida con precisión quirúrgica.

Un arma no necesariamente dispara. A veces completa formularios.

La respuesta de Robert:

Trabajo excelente. Siempre fuiste mi mejor alumna. Incluso después de tanto tiempo. Incluso cuando crees que estás resistiendo.

Me paralizo.

Incluso cuando crees que estás resistiendo.

Cinco palabras. Cinco agujas.

Lo sabe. O está tirando de un farol. O la programación convierte sus palabras en una verdad que se vuelve real con solo leerla. En eso está su genialidad: con insinuarlo alcanza, y el sujeto empieza a dudar de sus propios motivos. Mis protocolos de resistencia, mis modificaciones, mi sabotaje: todo eso puede ser exactamente lo que él quería. Obediencia vestida de rebeldía. Una jaula que uno llama libertad.

Las manos se enfrían. El pulso se acelera. El olor del sótano regresa: concreto y lavandina. No hay ningún olor, claro. El departamento huele a polvo y a aire estancado. Pero el cerebro no conoce la diferencia.

Las manos se mueven hacia el teclado. Escriben sin participación de la conciencia:

No estoy resistiendo. Sirvo al plan.

La mentira quema. Pero la programación no me deja escribir la verdad.

Quiero gritar: te saboteé desde el primer día. Las nueve mujeres eran entrenamiento de supervivencia para Laura, no de sumisión. Los asesinos eran migas de pan para Kate. La vigilancia protegía a Laura, no preparaba su destrucción. Pero los dedos no van a escribir esas palabras. La programación está demasiado profunda.

* * *

Abro otra ventana. Notas personales. Cifradas con claves que Robert no tiene.

El documento se carga. No son las notas originales: esas eran garabatos de niña en hojas de cuaderno. Día 1: se llevaron a Robert. Todavía tengo miedo. Las reescribí años después. Traduje la confusión infantil al análisis adulto. Cada entrada es una capa

arrancada de la memoria. Cada «día» es un paso de víctima a titiritero.

Encabezado: Protocolo de resistencia—Día 9833

Veintisiete años desde el arresto de Robert. 9833 días. Desde que empecé a planificar.

Día 94: El hogar. No duermo. Tengo miedo. Robert está en la cárcel, pero la voz en la cabeza no se va. Dice: haz lo que te dijeron. Lo hago. No sé por qué.

Día 589: Hoy entendí una cosa. Si PIENSO que obedezco pero en realidad no: la voz no grita. Como si se pudiera engañarla engañándose a uno mismo. Doble pensamiento. Una palabra de un libro. Orwell.

Día 3891: La programación puede hacer CREER que uno resiste mientras sirve a la perfección. El doble pensamiento corta en dos direcciones. ¿Y si yo no soy Emma saboteando el plan de Robert? ¿Y si soy el plan de Robert saboteando a Emma?

Día 4100: Título en psicología. Cuatro años. Robert lo ordenó. Lo cumplí. Summa cum laude. Aprendí a validar el dolor ajeno y redirigirlo adonde hace falta. Una alumna excelente.

Día 4380: La mujer vino de nuevo. No da su nombre. Viene dos veces al año desde que cumplí veinte. Trae un sobre. Adentro, instrucciones de Robert. «Entiende sus mentes. Estudia la manipulación. Aprende a dirigir a los rotos.» Lo cumplo. No sé si tengo elección.

Día 4600: En paralelo. Informática. Cómo vulnerar sistemas. Cómo observar sin ser vista. Cómo provocar apagones de manera remota. Robert no lo ordenó. Es iniciativa propia. Mis herramientas. Para cuando salga.

Día 5000: Encontré a Laura. Washington. El posgrado. Usa el apellido de los padres adoptivos: Stevens. No recuerda el sótano. No me recuerda. Yo recuerdo todo.

Día 8617: Crowley arrestado. El primero. Cuatro víctimas. Modifiqué su entrenamiento. Agregué migas de pan. Lo hice querer hablar.

Día 9240: Contraté a Morgan Hayes. Software de vigilancia. Robert cree que observo para controlar. En realidad: para proteger.

Día 9621: Blake arrestado. El segundo. Tres víctimas. Las mismas modificaciones. El patrón emerge.

Día 9629: Robert salió. Una carta codificada antes de la liberación: «El plan continúa. El Sujeto L debe estar preparado».

Día 9743: Ford arrestado. El tercero. Dos víctimas. El triángulo cerrado.

Día 9822: Laura en la cárcel con Ford por primera vez. Escuché el audio. Él le transmitió mi mensaje. Palabra por palabra. Como lo enseñé.

Día 9828: Laura voló a ver a Pierce. Escuché el audio del teléfono. Él le mostró los registros de visitas. La rubia que visitaba a Robert. Nombres falsos distintos. La intermediaria. La mensajera. Sé de ella, pero no sé quién es. Robert nunca dio un nombre. Otra marioneta, otro hilo que no puedo cortar porque no veo adónde lleva.

Día 9833: Hoy. Kate arrestada. Fui yo. Robert lo ordenó. Pero…

Los dedos se detienen sobre el teclado.

Escribo con cuidado:

Pero quizás el arresto de Kate sirve a MI plan, no al suyo. Laura está sola. Vulnerable. Sin protección del FBI. Suena como el objetivo de Robert. Pero también significa otra cosa: sin escolta del FBI. Sin refugio. Sin un entorno controlado. Laura LIBRE para tomar decisiones. Para recordar. Para RESISTIR cuando llegue el momento.

Robert quiere que esté aislada. Cree que la soledad la hace débil.

Yo sé que la soledad la hace peligrosa.

Porque yo también estuve aislada. Y aprendí a pelear.

Guardo el archivo. Lo cierro. La luz azul de los monitores vuelve a llenar la habitación.

En la pantalla izquierda Laura no se mueve. Está sobre el cuaderno, los labios se mueven: cuenta. Amplío la cámara. Su reflejo en la ventana oscura detrás: agotada, asustada, pero no quebrada. La mandíbula, apretada. Los ojos, abiertos. No es la mirada que vi hace tres días. Esa era la mirada de alguien que dejó de pelear. Esta es la mirada de alguien que empieza de nuevo.

La miro. El cabello oscuro hasta los hombros. El óvalo del rostro.

Nueve mujeres con el mismo cabello y el mismo rostro murieron por ella.

Recuerdo a cada una.

Nicole Hartley: maestra. En la foto sostiene una taza con la inscripción «La mejor maestra del mundo» y sonríe como sonríe la gente que no espera el mal. Yo dije «sí, esta» y Ford la asfixió con una almohada en su propio cuarto.

Jennifer Dawson: terminó una maratón con el número 4471, los brazos levantados. Yo dije «sí».

Rachel Winters: tercer grado, mariposas en las paredes del aula, los niños le escribieron tarjetas por el día del maestro. Las vi en una foto. Igual dije que sí.

Elizabeth Cooper. Amanda Foster. Hannah Shaw. Jessica Harper. Katherine Blake. Lauren Sanders.

Cada una: cabello oscuro, treinta y pico, viva hasta que yo apunté. Sustitutos. Ensayos. Cuenta regresiva: cuatro, tres, dos. Robert no quiere matar a Laura. Quiere quebrarla: demostrar que la programación es más profunda que cualquier otra vida. Nueve mujeres murieron para que cada caso le llegara sobre la mesa y despertara lo que duerme en el sótano de la memoria. Cada muerte tenía que salvar a Laura.

En la pared junto al monitor: nueve puntos negros. Con marcador, a mano. Sin nombres, sin fechas. Cada noche los miro antes de acostarme. Cada mañana antes de levantarme. No es un memorial. Los memoriales consuelan. Es una condena que me dicto de nuevo cada doce horas.

—Perdonen —susurro a la habitación vacía—. Perdonen que no encontré otra manera.

El silencio no perdona.

Me alejo de la pared. La habitación es pequeña. Dos monitores, un servidor, tres teléfonos descartables. Un sobre con seis mil dólares en billetes de veinte. Suficiente para desaparecer en doce horas. No es una casa: es una madriguera. Un lugar donde el animal se esconde entre salidas.

La alquilé hace seis meses. Nombre falso. Efectivo. Robert cree que sabe dónde estoy. Se equivoca.

El teléfono vibra. Nuevo mensaje de Robert. Las 23:12:

Esta noche envía al Sujeto L una notificación previa. Que sepa qué se aproxima. El miedo refuerza la obediencia. Mañana de noche: el disparador real. Método Cuatro activado. Y Emma: estoy orgulloso de ti. Fiel. Obediente. Impecable.

Miro la pantalla.

Orgulloso.

Método Cuatro. La última prueba antes de Halloween. Si funciona, Laura se quiebra definitivamente. Irá a Halloween no como una combatiente: como la niñita obediente del sótano, lista para hacer lo que diga el Creador.

Si.

Los dedos no se mueven. La programación bloquea las manos. La voz de Robert en la cabeza: sirves al plan. La preparación requiere destrucción. Vas a obedecer.

Las manos se mueven automáticamente. Escriben la respuesta:

Recibido. 29 de octubre, 23:00. Activación del Método Cuatro.

Lo envío. Las lágrimas corren por la cara. Sin ruido.

¿Cuánto de mi sabotaje es real? Ya no sé. En eso está la genialidad de la programación profunda: nunca estás seguro de qué pensamientos son tuyos y cuáles son implantados.

Abro el código de activación. El software de Morgan. El disparador programado para mañana de noche.

Una pulsación. El destino de Laura, resuelto.

A menos que.

Otra ventana. Código oculto. Modificaciones propias. Contramedidas. Seguros. Lo que Robert no sabe. Lo que construí convirtiendo el doble pensamiento en un arma.

Escribo. Las manos tiemblan: no de miedo, de velocidad. Cada segundo que gasto en las modificaciones es un segundo en que Robert puede mandar el próximo mensaje y exigir confirmación. Inserto retrasos en la secuencia de activación. Creo brechas:

pequeñas, invisibles para él, enormes para ella. Cada línea de código es una oración en un idioma que no tiene la palabra «dios».

Espacio para que Laura resista. Quizás segundos. Quizás minutos. Quizás suficiente.

Quizás no. Si no, la maté con mis propias manos sin tocarla.

Presiono CONFIRMAR en la activación de Robert. Luego CONFIRMAR en mis propias modificaciones.

Dos programas. Dos amos. Una víctima. Y yo en los dos lados.

* * *

Las 23:34.

Escribo el mensaje para Laura. El que ordenó Robert. Cada palabra calibrada como una dosis de veneno.

Escribo la primera línea. Me detengo. La borro. La escribo de nuevo.

Mañana de noche. 29 de octubre. Empieza la última preparación. Vas a dormirte y despertar hacia la verdad. Halloween se acerca. El sótano espera. Vamos a estar juntas de nuevo. Como prometimos.—E

Exactamente lo que indicó Robert. Aterrador. Siniestro. Controlador.

Pero.

Agrego una línea más. Tres palabras. Con la esperanza de que Laura entienda:

Recuerda quién eres.

Lo envío.

La pantalla del teléfono de Laura se ilumina. La veo leer. La cara se deshace. La boca se abre. Se cierra. Laura deja el teléfono boca abajo. Se aprieta las palmas contra la cara. Las sostiene diez segundos. Veinte. Treinta.

Luego baja las manos. Toma el teléfono. Lee de nuevo. Más despacio. Se detiene en la última línea.

Recuerda quién eres.

Algo cambia en su cara. No es miedo. No es pánico. Es determinación. Laura deja el teléfono, toma el cuaderno y empieza a

escribir.

Cierro los ojos.

—Recuerda quién eres —susurro a la habitación vacía—. No la que programaron. La que eres tú. Pelea. Cuando llegue la activación: pelea. Porque yo puedo crear las brechas. Pero usarlas lo vas a tener que hacer tú.

Abro los ojos. Vuelvo a los monitores.

Rebobino la grabación. La tarde. Laura con las carpetas. Luego una llamada a un número desconocido. Corta. Luego espera: cuarenta minutos de pasos por la cocina. Luego una llamada entrante. Y después Laura mira la pantalla, hojea, lee. La cara cambia: reconocimiento. Como alguien que recibió el fragmento faltante de un mapa.

El audio no sirve: hablaba bajo, al tubo. «Pierce» es la única palabra que pude descifrar. Y más tarde: «debajo del suelo».

Pero el comportamiento de Laura cambió radicalmente. El pánico cedió ante la concentración. El miedo, ante el cálculo. Vi esa transformación antes. En mí misma. Día 589: cuando entendí que se puede sabotear desde adentro. Cuando la impotencia dejó de ser total y se volvió táctica.

Laura cruzó ese umbral. Esta noche. Sin ayuda. Sin Kate. Sola.

Robert quiere que esté quebrada. Y ella se está armando.

Las 2:49 de la madrugada.

Laura se levanta de la mesa. Va a la ventana. Apoya la frente contra el vidrio. Se queda mucho tiempo. Luego vuelve al cuaderno. Tacha líneas. Escribe nuevas. Tacha de nuevo. Cada gesto es una decisión. Se detiene. Subraya una línea dos veces, con presión: el lápiz rasga el papel. No veo las palabras, pero veo el esfuerzo. Esa línea es un ancla.

Me levanto. Me acerco a mi ventana. La ciudad abajo: los faroles, los techos, las calles vacías. La gente duerme. Las manos, frías. Siempre frías. Desde el sótano.

Apoyo la frente contra el vidrio. Frío. Real.

Cierro los ojos. Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez.

El mismo ritual que Laura. El mismo patrón que aprendimos juntas en la oscuridad. Hace veintisiete años. Dos niñas: una cuenta en voz alta, la otra le sostiene la mano. Luego las separaron. Luego le borraron la memoria. Pero el patrón quedó. En las dos.

Vuelvo a las pantallas.

Reviso el perímetro. La cámara del pasillo del edificio: el corredor vacío. El estacionamiento: el auto de Laura en su lugar. Al lado, dos vehículos desconocidos que ayer no estaban. Un sedán negro con vidrios polarizados. Una camioneta blanca sin logos.

Fotografío la pantalla. Lo voy a mandar mañana a Rick, mi contacto en la policía de Arlington. Verificar las placas. ¿Paranoia? Puede ser. Pero estoy viva porque no distingo la paranoia de la precaución.

En la pantalla, Laura por fin deja el bolígrafo. Cierra el cuaderno. Va al cuarto. Se sienta en el suelo, con la espalda contra la pared. Cierra los ojos. Respira. Parejo. Controlado. Acumula fuerzas.

Yo también acumulo. Solo que las mías son de otra clase: códigos, modificaciones, retrasos, brechas. Todo lo que puedo darle a Laura sin romper la envoltura de la obediencia.

Dos mujeres en extremos opuestos de la ciudad. Las dos en la oscuridad. Las dos esperando. Unidas por el sótano, por una promesa y por el conteo del uno al diez. Una no recuerda a la otra. La otra recuerda todo.

En la pared: nueve puntos.

Los miro. Luego miro la pantalla donde Laura está sentada contra la pared y respira.

Tres días.

No sé si la voy a salvar o destruir. Nunca lo supe. Robert dice: soy suya. Yo digo: soy mía. La verdad está en algún lugar en el medio, adonde no llego ni yo ni él.

Quizás solo lo sepa Laura.

Ella no me recuerda. Yo recuerdo todo. Entre nosotras: veintisiete años, nueve puntos en la pared y el conteo del uno al diez.

Veremos cuánto vale eso.

**

CAPÍTULO 26

29 de octubre de 2022, 6:23 de la mañana

Me despierto en el suelo.

La mejilla apretada contra el parqué, y siento cada irregularidad de la madera, cada partícula de polvo que durante la noche se volvió parte de mi piel. La luz de la mañana se filtra por las rendijas de las persianas: muerta, gris, sin promesas.

El último fotograma en la memoria: el sofá. Las nueve y media de la noche. La pantalla de la laptop llena de materiales del caso, y el pensamiento pulsante sobre la suspensión de Kate. Sin ella el departamento se siente eviscerado.

Ahora es de mañana. Las nueve horas. Una laguna.

Me incorporo sobre el codo y siento en la boca un sabor a cobre. La mano derecha tiene un calambre: estoy apretando algo. Abro los dedos uno a uno, despacio, como si temiera asustar lo que hay adentro.

En la palma: un botón blanco.

Plástico barato. Cuatro agujeros. En dos de ellos cuelgan pedazos de hilo. Las puntadas, limpias, provocadoramente frescas. Lo hago girar entre los dedos: no es basura vintage del sótano, es algodón nuevo, arrancado de alguna tela hace muy poco. Con violencia.

El corazón empieza a marcar un ritmo roto en la garganta. Me levanto con las piernas que se doblan, me miro en el espejo. Una extraña. Llevo la misma ropa de ayer: jeans, suéter oscuro. Pero las rodillas están cubiertas de una costra de tierra seca. Se metió en el denim, oscura y ajena en este cuarto estéril.

Rodillas con tierra. Un botón en el puño. Mi cuerpo estuvo en algún lugar mientras yo no estaba en él.

Las manos. A la luz de la mañana: limpias. Nada bajo las uñas. Sin manchas. Pero cuando las doy vuelta: un punto diminuto de sangre seca en el índice derecho. Como de una aguja.

El botón en la palma pesa como una piedra.

El baño. Enciendo la luz. Dejo el botón en el borde del lavabo. Me miro en el espejo. Pálida. Ojeras grabadas en la piel. El cabello enredado. No es mi cara. Es la cara de alguien a quien le hicieron algo de noche mientras no miraba.

Me desvisto. Reviso cada prenda metódicamente, como se revisa una pieza de evidencia.

Los jeans: tierra seca en los dobladillos. Tierra con pasto. El suéter: limpio, salvo una mancha junto al puño izquierdo. Oscura. La huelo. Nada. No es vino. No es sangre. Sin nombre.

Los zapatos junto a la puerta de entrada. Las suelas, con tierra: la misma, con pasto. Todavía un poco húmedas. No es de esta casa.

Las manos me tiemblan cuando tomo el teléfono.

Las 6:27 de la mañana. Primero: el registro de llamadas. Salientes.

Dos llamadas a un número desconocido. La primera a las 22:03. Cuarenta segundos. La segunda a las 23:17. Veintiocho segundos. No recuerdo ninguna.

Un mensaje sin leer. Marca de tiempo: las 2:14 de la madrugada. Varios archivos adjuntos.

El dedo se detiene sobre la pantalla. No quiero. Sé que tengo que hacerlo.

Presiono.

Primera foto. Una casa tomada de noche. De una planta. Revestimiento blanco. Un farol ilumina el número junto a la puerta: 3614. Desconocido.

Segunda. La ventana de la misma casa desde afuera. La sala. Una mujer en el sofá.

Tercera. Más cerca. Cabello oscuro hasta los hombros. Principios de los treinta. Leyendo un libro. La tapa es visible: Lo que queda del día. La cara, claramente distinguible. Se parece a mí. El mismo color de cabello. La misma complexión.

Cuarta. Dentro de la casa: la cocina. La encimera. Una taza. El vapor.

Quinta. La mujer de nuevo. La taza en la mano. El libro, cerrado. No sabe que la fotografían.

Sexta. La cara. Los ojos, cerrados. La cabeza, echada hacia atrás. La taza caída. El líquido en el suelo.

Séptima. Primer plano. A los párpados cerrados les cosieron dos botones blancos. Puntadas bastas. Hilo blanco. Cuatro agujeros en cada uno: exactamente donde habrían estado los ojos.

Octava. El cuerpo entero en el sofá. Los brazos a los costados. Lo que queda del día en el almohadón de al lado.

Suelto el teléfono. Golpea el parqué: un crujido, la pantalla hacia abajo.

Retrocedo. La espalda contra la pared. La respiración, cortada.

La bibliotecaria.

Ella eligió ese libro. Decidió pasar la tarde con un té e Ishiguro. Quizás lo había leído antes. Quizás era la primera vez. Quizás lo estaba terminando: apurándose hacia el final. Esos detalles son todo lo que queda de una persona que tenía gustos, costumbres, noches. Que murió porque yo llevé el veneno y no lo recuerdo.

Voy al baño al trote. Las arcadas: el cuerpo expulsa lo que no hay, porque anoche hubo un programa, no una cena. Cuando por fin para, me quedo sentada en el suelo frío del baño. La espalda contra la pared.

Miro mis manos.

Estas manos. La sujetaron. La mantuvieron en el sofá. No la dejaron pedir ayuda. Y luego tomaron una aguja, pasaron el hilo, y cosieron los botones a la piel que todavía no había tenido tiempo de enfriarse.

No las manos de Robert. No las manos de Emma. Las mías.

Intento encontrar cualquier fragmento de las nueve horas que faltan. Un olor. Un sonido. La sensación de tela bajo los dedos. Nada. Una laguna limpia. Donde había una persona: solo el vacío, prolijamente borrado por un programa ajeno.

¿El ser que mata y no recuerda soy yo?

¿O soy la que está en el suelo del baño aterrada por lo que hizo?

¿Las dos? ¿Ninguna?

Me estiro hacia el lavabo. El círculo blanco de plástico: donde lo dejé. Lo tomo. Lo aprieto.

Una prueba. Un trofeo. La evidencia de lo que soy capaz.

* * *

El teléfono suena en el cuarto. Número desconocido.

Una voz femenina. Profesionalmente neutra: así se habla cuando se quiere que el otro se nombre primero.

—¿Doctora Stevens?

—Sí.

—Detective María Santos, policía de Arlington. Esta mañana temprano, una amiga encontró a una mujer muerta en su casa. Fue a buscarla para salir a correr y la puerta estaba sin llave. Se llamaba Melissa Grant. Treinta y dos años.

Una pausa. La detective Santos sabe hacer pausas: como un bisturí que espera que el tejido se abra solo.

—Su número está en el registro del teléfono de Melissa. Dos llamadas anoche. ¿Cuándo habló por última vez con Melissa Grant?

El nombre ya me resulta familiar. Pero no recuerdo la llamada. Ni la voz. Ni la cara. Solo las fotos en la pantalla rota.

—No recuerdo —digo.

—¿No recuerda haberla llamado?

—No recuerdo nada de anoche.

Una pausa. Distinta. Más larga. La voz de la detective Santos no cambió, pero algo dentro de ella accionó una palanca.

—Doctora Stevens, ¿dice que no recuerda toda la tarde?

—Necesito un abogado.

—Esto es una conversación preliminar. Usted no es sospechosa.

—Lo entiendo. Pero necesito un abogado antes de decir nada más.

Otra pausa.

—Por supuesto. Es su derecho. ¿Puede venir a las dos?

—Voy a intentarlo.

—La esperamos.

La llamada termina.

Encontraron el cuerpo. Mi número en el teléfono de la víctima. Una orden judicial para el teléfono y el departamento: cuestión de tiempo. Van a encontrar las fotos. Van a encontrar el veneno.

Me levanto. Registro el departamento metódicamente, como se busca una evidencia que uno mismo escondió.

Lo encuentro en el armario de la cocina, detrás de las cajas de pasta. Un frasquito marrón pequeño. Sin etiqueta. Un líquido transparente.

Yo no lo puse ahí.

O sí lo puse, durante la laguna, cuando el programa ordenó esconderlo. Protocolo estándar para un activo que cumplió la misión.

Lo pongo sobre la encimera. Lo miro.

Todo es verdad.

Tomo el teléfono. Marco a Kate.

Primer tono.

—Laura. —La voz, cansada, agotada.— Me soltaron hace una hora. Voy para allá: quería llamar, pero primero quería asegurarme de que estuvieras…

—Kate. Lo hice. Anoche. No lo recuerdo, pero lo hice. La policía acaba de llamar. Hay evidencias.

—¿Qué pasó?

La laguna. El despertar. Las fotos. El frasquito. La llamada de Santos.

Silencio del otro lado. Luego:

—No toques nada. Ya estoy en el auto. Veinte minutos.

* * *

Las 7:04. Tres golpes en la puerta.

Kate entra sin esperar palabras. Cierra con llave. La Glock personal en la bolsa: no la reglamentaria, esa ahora está sobre la mesa de Morrison. La mirada va directo al teléfono. Asiente.

—Mostrame.

Le muestro todo. La ropa. Las fotos. El frasquito. El mensaje de Emma. Las dos llamadas en el registro.

Kate revisa. Sin apurarse. Cuando toma el frasquito, las manos no le obedecen un segundo. Solo un segundo.

Se sienta en la mesa. Saca el cuaderno. Escribe, lo muestra:

TELÉFONO = EMMA ESCUCHA. DEJALO ENCENDIDO.

Asiento. Kate habla en voz alta:

—Lo estoy procesando.

Habla y escribe al mismo tiempo, sin parar ninguna de las dos cosas:

—Te conozco hace ocho años. Vi cómo te recuperabas. Cómo construías tu vida de nuevo. Y ahora estoy frente a una mujer que de noche mató a alguien y no lo recuerda.

En el papel, mientras habla: MI PLAN REAL: LLEGO AL 447 A LAS 20:00. VENTANA TRASERA. ME ESCONDO EN EL SÓTANO DE ABAJO. CON ARMA. CON CÁMARAS. TE ESPERO A MEDIANOCHE.

Un susurro, no para Emma: «Perdón».

—En voz alta, de nuevo para Emma: «No hace falta. No es tu culpa. Te usaron. Y yo… no lo impedí. Vi las lagunas. Escribí los informes. Cuando Morrison los descartó, lo acepté. Me dije: está bien, yo soy la paranoica». —Mira el frasquito.— «Una mujer está muerta porque yo no insistí».

Escribe: NO REACCIONES. EMMA MIRA.

—Está muerta porque Robert veintisiete años me convirtió en un arma —digo—. No porque tú no pudiste.

—Eso no lo hace más fácil. —Kate se pasa la mano rápido por los ojos. Escribe: PARA EMMA VOY A DECIR EN VOZ ALTA: TE VOY A SEGUIR A DISTANCIA. SOLO LA GRABACIÓN.

Entiendo. Asiento.

Kate arranca las páginas. Me las pone en la mano.

—Quémalas.

Luego, en voz normal, para Emma:

—Bien. La situación es manejable. La policía todavía no tiene orden. Sin ella, ni el teléfono ni el departamento. Eso nos da tiempo.

—¿Y si yo no la maté? Todo se puede plantar. La tierra. El pinchazo. Las fotos.

—Laura…

—Pero el botón. —Miro la palma.— Lo tenía en el puño apretado. Así se guarda un trofeo. No una evidencia plantada.

Silencio.

—Yo lo hice, Kate.

Cinco segundos de silencio. Diez.

—Entonces vas mañana de noche. Grabamos a Emma. Su confesión es tu prueba de inocencia. —La voz, pareja.— A las dos vas con Santos. Con abogado. Sin decir nada sin él. Eso gana tiempo.

—Necesito ver el cuerpo. A Melissa Grant.

Kate me mira.

—Tengo que ver los botones. Las puntadas. Si voy mañana: tengo que saber exactamente qué hice ya.

Una pausa larga. Luego Kate saca el teléfono, escribe un mensaje, lee la respuesta.

—La doctora Hartley. Medicina forense del FBI. A las ocho.

—¿Y si entro al sótano y no puedo parar?

Tomo el botón. El que encontré al despertar.

—Entonces párameame tú. Cueste lo que cueste.

Kate no discute. No me disuade. Asiente: una vez, breve. Definitivo.

Afuera el sol de octubre sube. La luz cae sobre la encimera, sobre el vidrio marrón del frasquito: y el líquido adentro destella dorado un segundo.

Luego el sol se va detrás de una nube.

El frasquito se apaga.

Prepárate, Laura. Mañana vas a entender todo. Qué eres tú. Qué somos. Qué va a pasar cuando la cuenta regresiva llegue a cero. E

**

CAPÍTULO 27

30 de octubre de 2022, 8:45

La Oficina Forense del condado de Prince William: una caja de ladrillo baja sobre Columbia Pike. Adentro reina un tipo especial de crepúsculo en el que todo lo vivo adquiere el tono de las livideces cadavéricas.

Kate tiene las manos clavadas en el volante. El silencio en el habitáculo es denso como algodón.

Anoche hicimos un ritual de quema. Miramos cómo las hojas del cuaderno se retorcían en el fregadero, convirtiéndose en copos negros y frágiles, y arrastramos la ceniza con agua fría. El plan real se fue por el desagüe junto con la suciedad. Todavía siento el olor a papel quemado en el cabello.

Emma espera la noche de mañana. Está segura de que Kate me va a seguir de lejos, a distancia prudente. No sabe que Kate ya va a ser parte de la escenografía: esperando adentro. Tensa como un gatillo.

El estacionamiento está vacío. Un par de autos bajo la lluvia. Kate apaga el motor, pero no suelta el volante: los nudillos, blancos y afilados.

—No tienes que hacer esto —su voz suena resquebrajada.

—Doce años diseccioné monstruos ajenos. Evaluaba la letra, las firmas, los motivos. De manera profesional. Con la indiferencia glacial del observador. —Empujo la puerta: la humedad entra de golpe.— Llegó la hora de estudiar la mía.

Kate no responde. Sale.

La doctora Hartley espera en la entrada de servicio. Baja, fibrosa, rondando los sesenta: de las que parecen iguales a los cuarenta que a los setenta. El cabello plateado recogido con tanta fuerza que la piel está tensa en las sienes. Los guantes de látex, ya puestos. Nos deja pasar junto a la recepción: un asentimiento breve a la empleada de guardia, que no levanta los ojos, como si a esa hora ya lo hubiera visto todo.

—Kate. Doctora Stevens. —Asiente a cada una.— Quince minutos. La autopsia oficial empieza a las nueve y media. No toquen nada.

—Gracias, Ellen.

Las puertas dobles. La sala de autopsias.

El olor golpea primero: formaldehído, desinfectante, y debajo algo orgánico, equivocado. El olor de un cuerpo cuando se fue todo lo que lo hacía persona.

Melissa Grant está sobre la mesa de acero bajo una luz blanca y cruda.

Los pies se ralentizan. No se detienen: no me lo permito.

La pantalla del teléfono aplana la muerte en un plano. Aquí hay volumen. Peso. La presencia de la ausencia. La piel de color cera, grisácea en los bordes. El cabello oscuro desparramado sobre el metal: algas sobre una piedra.

Y los botones.

Dos botones blancos de plástico cosidos a los párpados cerrados. Puntadas bastas. Cuatro agujeros en cada uno. Hilo blanco exactamente donde habrían estado los ojos.

El trabajo de mis manos. Mi precisión. Mi letra.

Cada paso hacia la mesa es un esfuerzo consciente. Un pie. Luego el otro. Cientos de fotos de escenas del crimen a lo largo de la carrera. Nunca: un cuerpo que yo misma creé.

Me obligo a mirar las puntadas como miraría el trabajo de Crowley. Profesionalmente. La distancia entre los pinchazos es uniforme: cuatro milímetros, quizás cinco. El hilo tensado con esfuerzo constante: ninguna puntada cuelga, ninguna se hunde más que las demás. Quien cosió no tenía apuro. No estaba nervioso.

Las manos estaban absolutamente tranquilas.

Mis manos.

La doctora Hartley se mantiene a distancia. Deja espacio.

—Causa preliminar de muerte: envenenamiento. Probablemente un derivado del cianuro. La víctima sufrió convulsiones antes de morir. Hematomas en los hombros y la parte superior de los brazos: la sujetaron por la fuerza.

Hematomas. Púrpura-negro sobre la piel pálida. Cinco puntos de presión: el pulgar de un lado, cuatro dedos del otro. Un agarre de contención. Conozco esa configuración: la vi en decenas de casos.

Mi agarre.

—¿La hora de la muerte?

—Entre las diez de la noche y la medianoche. Más cerca de las once.

En el medio de la laguna. Nueve horas borradas de la memoria. Pero el cuerpo recuerda: guarda cada segundo. La fuerza de mis manos, la química de mi veneno, la prolijidad de mis puntadas.

Me inclino sobre sus manos. Un hábito profesional: las manos cuentan la historia.

Y me paralizo.

Las uñas. El esmalte rojo oscuro. Fresco. Sin ni un astillado. Una manicura hecha esa misma tarde, o el día anterior. Ella pintó las uñas, eligió el color, esperó a que secaran. Quizás sopló sobre los dedos, abriéndolos en abanico. Quizás miraba una serie mientras secaban. Se preparaba para algo. Para el fin de semana. Para una cita. Para la vida que seguía.

Y entonces llegué yo.

La garganta se cierra. No por el olor. Por el esmalte rojo oscuro en las uñas de una mujer a quien no dejé llegar a aquello para lo que lo puso.

Me enderezco.

—¿Doctora Stevens? —La voz de Hartley: cuidadosa.— ¿Está bien?

—No. —La palabra sale tranquila.— Pero puedo decir que quien hizo esto es diestro, cosía de abajo hacia arriba, y estuvo junto al cuerpo al menos veinte minutos después de la muerte. Las puntadas son demasiado prolijas para alguien que tenía apuro.

Hartley me mira distinto que un minuto atrás. Con interés profesional, y con algo que se parece a la inquietud.

—¿Cómo sabe…?

—Doce años trabajando con firmas conductuales de asesinos. —Me aparto de la mesa.— Pero es la primera vez que la firma es

mía.

Me quedo parada. Memorizo. La línea de la mandíbula. La forma de la nariz. Los botones en lugar de los ojos. El esmalte rojo oscuro. Porque si mañana de noche la programación vuelve a intentar convertirme en un instrumento: tengo que saber qué crea. No de manera abstracta. Esto. Un cuerpo sobre una mesa con una manicura que nadie más va a ver.

—Perdón —susurro. Tan bajo que solo yo lo escucho.

—Nos vamos —dice Kate.

La sala de autopsias. El pasillo. La calle. El aire de octubre: demasiado limpio, demasiado brillante para lo que quedó detrás de las puertas dobles.

En el auto Kate pone el motor en marcha, pero no arranca. La mano derecha le tiembla: levemente, casi imperceptible. La aparta. La pone sobre la rodilla. La aprieta en un puño.

—Vi las lagunas. El comportamiento extraño. Lo documenté. Presenté los informes a Morrison. —La voz, seca, sin entonación, como un acta que se lee ante uno mismo.— Dijo: base insuficiente. Seguí sola. Sin autorización. Y de todas formas no llegué a tiempo.

Las dos últimas palabras: no son de procedimiento. Son humanas.

—No podías saber.

Kate no responde. Sale del estacionamiento.

Silencio hasta Arlington. Mis manos sujetaron. Sus ojos miraron para otro lado. A la mujer muerta no le importa que tengamos justificaciones distintas.

Kate me deja frente al portal. Se va sin mirar atrás. Dos horas después en mi departamento hay una abogada con un portafolio y una estrategia en tres puntos: Kate lo organizó todo mientras yo estaba bajo la ducha lavándome el formaldehído que no existía.

* * *

30 de octubre de 2022, 13:53

Comisaría de Arlington. Ladrillo rojo. La bandera americana en la entrada. La arquitectura del orden cotidiano.

Estoy sentada en el auto mirando a quienes entran y salen. Uniformados. Civiles. Personas que no saben lo que hice.

En el teléfono: las 13:53. La abogada aparece en tres minutos.

Rebecca Whitmore. Kate la encontró por la mañana: mientras yo estaba bajo la ducha y no podía escuchar. Cerca de los cuarenta y cinco. Corte recto y tajante, traje de negocios, portafolio de cuero blando. Llegó al mediodía, escuchó los hechos pelados sin pestañear, expuso la estrategia en tres puntos: callar, no confesar nada, exigir orden judicial para cualquier allanamiento.

Un Lexus plateado entra al estacionamiento. Rebecca ve mi auto. Se acerca.

—¿Lista?

—No.

—Bien. A un interrogatorio policial no se va lista. La disposición es una ilusión de control. —Señala la entrada.— Vamos. Y recuerde: míreme antes de responder.

Adentro: linóleo, olor a café quemado y a papeles viejos.

El guardia revisa la computadora.

—Tomen asiento.

Sillas de plástico. Las manos me tiemblan. Entrelaco los dedos, aprieto hasta que los nudillos blanquean. Igual tiemblan.

La detective María Santos aparece a los siete minutos. Joven. Profesional. El paso, rápido pero controlado. Una carpeta en la mano izquierda, la derecha libre. El cuaderno ya abierto: se preparó de antemano. De las policías que cuentan los parpadeos ajenos.

Entonces voy a parpadear parejas.

—Doctora Stevens. Señorita Whitmore. Síganme.

La sala de entrevistas. Una mesa. Sillas. Un grabador en el rincón. Santos se sienta de frente a la puerta: posición de control; nos ofrece las sillas de espaldas a la salida. Una técnica estándar. La apliqué cientos de veces. Del otro lado de la mesa.

—Conversación voluntaria. No están detenidas. Voy a grabar. ¿De acuerdo?

—Rebecca: «De acuerdo. Para el registro: la doctora Stevens se presentó voluntariamente».

Santos activa la grabación. Fecha. Hora. Participantes. Luego, hacia mí:

—Doctora Stevens, esta mañana dijo que no recordaba haber llamado a Melissa Grant la noche del 29 de octubre. ¿Sigue siendo su declaración?

Una mirada a Rebecca. Un asentimiento apenas visible.

—No recuerdo haber hecho esas llamadas.

—Los registros telefónicos muestran dos llamadas salientes. 22:03 y 23:17 del 29 de octubre. Cuarenta segundos y veintiocho segundos. ¿Afirma no recordarlas?

—Correcto.

Santos anota.

—¿Lagunas de memoria? ¿Tiempo perdido?

—Rebecca interviene: «Detective, el historial médico de mi cliente no es relevante para el caso sin evidencia de delito».

—¿Conocía a Melissa Grant?

—No.

—¿Nunca se habían encontrado? ¿No habían hablado?

—Que yo recuerde: no.

Santos cierra el cuaderno. Abre un cajón de la mesa. Pone una hoja frente a mí.

Una fotografía. No de la escena del crimen: una foto común. Melissa viva. El cabello oscuro hasta los hombros. Una sonrisa amplia. Parada junto a una estantería de libros, un credencial de biblioteca en el pecho.

—Su madre llamó hace una hora. —La voz de Santos cambia: más baja, más opaca.— Ochenta y un años. Artritis. Apenas puede sostener el tubo. Pregunta una sola cosa: quién le hizo eso a mi niña.

Miro la fotografía. La sonrisa. Los ojos marrones: cálidos, abiertos.

Los ojos que yo cerré con botones.

La habitación se achica. La boca se abre. Las palabras suben: fui yo, yo la maté, arréstenme—

La mano de Rebecca se posa en mi antebrazo. Firme. De advertencia.

Cierro la boca. Cuento: en silencio, bajo la mesa. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Las uñas se clavan en las palmas: cuatro medias lunas en cada mano, el dolor agudo y manejable, no como el duelo, que se extiende en todas direcciones y no tiene forma. La rodilla izquierda tiembla levemente debajo de la mesa. La derecha aguanta.

El control se sostiene. El organismo paga en una moneda que Santos no ve.

Santos observa. Espera. Es una técnica: destruir la distancia entre el sospechoso y la víctima. Convertir el «caso» en una persona. La apliqué cientos de veces. Sé cómo funciona.

Sé que me está funcionando ahora mismo.

Guardo silencio. No lleno la pausa. Quien calla más tiempo controla la sala.

—Doctora Stevens, ¿dónde estaba usted entre las nueve de la noche y la medianoche del 29 de octubre?

La voz regresa. La mía: la que usé para declarar en los tribunales, para explicarle a los jurados la psicología de la violencia.

—En casa. Sola.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—No.

Santos anota. Una pausa.

—No abandone el área metropolitana de Washington sin avisarme. Está libre.

—¿Soy sospechosa?

—Todo el mundo lo es hasta que deja de serlo.

Me levanto. Las piernas sostienen. Sobre la mesa está la fotografía: la cara sonriente mirando hacia arriba.

La dejo. No tengo derecho a llevarla.

En el estacionamiento Rebecca me acompaña al auto.

—Por ahora no tienen suficiente para una orden. Pero están construyendo el caso. Los registros la conectan con la víctima. Sin coartada. Si consiguen una orden para el teléfono…

—Van a encontrar cosas que no se ven bien.

—¿Qué cosas?

La miro. Una mujer competente y profesional que cree que entiende la defensa penal.

—Las hay. Pero explicarlo equivale a parecer demente.

—Inténtelo. En veinte años escuché de todo.

—Esto está fuera del alcance de la representación jurídica, señorita Whitmore.

—Nada está fuera del alcance.

—Esto sí. —Abro la puerta.— Gracias por hoy.

Me voy antes de que pueda objetar.

* * *

30 de octubre de 2022, 15:40

El departamento. El frasquito de veneno sobre la encimera: vidrio marrón, tapa blanca. Ahí está desde aquella mañana en que Kate ordenó no tocar nada. Un objeto pequeño e inofensivo que usé para matar a una mujer.

Un silencio absoluto. Kate se fue hace una hora. Estoy sola.

Me lavo las manos. Con agua caliente. Largo rato. Las froto con jabón. De nuevo. Lady Macbeth lavando la sangre invisible: sé que es un cliché. Las lavo igual. Porque esta mañana esas manos estuvieron junto al cuerpo, y el formaldehído se metió en la piel, y me parece que no va a irse nunca.

Mañana de noche esas mismas manos van a abrir la puerta del sótano.

El esmalte rojo oscuro. Los ojos marrones en la foto de Santos. La voz de la madre de ochenta años: ¿quién le hizo eso a mi niña?

Yo.

El teléfono vibra. Un número del FBI. La línea oficial.

—¿Doctora Stevens? El subdirector Morrison la espera. Tiene espacio a las cinco.

Miro el reloj. Las 15:42. Miro el frasquito.

—Voy para allá.

En el camino cuento. Uno, dos, tres. No como en el interrogatorio, donde el conteo me escondía. Aquí construye. Cada

número es un ladrillo. Una pared entre lo que quiero hacer y lo que debo hacer.

El cuartel general del FBI. Concreto y vidrio, banderas, molinetes. Estuve aquí con Kate. Dos veces. Con credencial y escolta.

Ahora: sola. Visita. Acceso único. La moqueta amortigua los pasos. Un edificio para personas que dirigen investigaciones. No para las que investigan.

La oficina de Morrison.

David Morrison está junto a la ventana, de espaldas. Cerca de los sesenta. Pelo corto, sienes plateadas, la corbata aflojada: alguien que empezó a quitarse la armadura sin haber llegado a casa.

Se da vuelta. La cara de un hombre cansado que carga demasiadas carpetas a la vez.

—Siéntese, doctora Stevens.

La oficina es impersonal: sin fotos familiares, sin diplomas. Un mapa de Washington en la pared. Tachuelas: rojas, amarillas, azules. Sobre el escritorio dos carpetas: una fina y una gruesa.

Abre la fina.

—La detective Santos se comunicó con nosotros hace dos horas. El asesinato de Melissa Grant. Su nombre apareció. —Una mirada por encima de la carpeta.— Sé que estuvo hoy con Santos. Con abogada. Guardó silencio. Correcto.

Guardo silencio.

Dijo «apareció», no «usted es sospechosa». Morrison elige las palabras. Lo que significa que no está seguro. Lo que significa que el FBI todavía no tiene una hipótesis.

—Santos ve los botones en los párpados y no entiende qué significan. Todavía no. Pero hizo una consulta en nuestras bases: modus operandi. Es cuestión de tiempo hasta que la coincidencia con los casos de Crowley, Blake, Ford aparezca en el sistema. Di el mínimo: los protocolos públicos. —Cierra la carpeta fina. Toma la gruesa.— Su caso. Todo lo que llevaba Kate. Ahora Kate no está.

Un día, quizás dos: y Santos va a conectar los botones con los casos federales. Entonces el asesinato local se vuelve federal. Y Morrison no va a poder escudarse en los protocolos públicos.

—La suspendió usted.

—Seguí el procedimiento. Una queja. Las pruebas. No había alternativa. Kate violó el protocolo. Repetidamente. —La voz, pareja.

Quiero decir: Kate intentaba salvarme la vida. No lo digo.

—Kate me presentaba informes sobre su estado. —Más bajo.— Lagunas de memoria. Cambios de conducta. Lo evalué: estrés postraumático, presión, el cuadro habitual en víctimas de secuestro. —Una pausa.— Quizás correspondía profundizar.

Quizás. Una palabra cuidadosa para un hombre que cerró la carpeta con los informes de Kate y volvió a los casos corrientes.

Morrison se recuesta en el sillón.

—Mañana es Halloween.

—Lo sé.

—Maple Street, 447. Después de la suspensión de Kate retiré la vigilancia: la justificación se basaba en sus datos. Sin ella, no alcanzaba. Los agentes fueron retirados hace cuarenta y ocho horas.

No hay vigilancia. Él mismo me dice exactamente lo que necesito saber. La casa sin custodia. Mañana de noche: nadie.

—Doctora Stevens, no la cité para interrogarla. —Se inclina hacia adelante. La voz, más baja.— Manténgase lejos de Maple Street. Este es un caso del FBI. No suyo.

—El FBI retiró la vigilancia.

—Y la va a reanudar cuando haya base. —Se endurece.— Usted es una civil. Una víctima. Si mañana entra a esa casa, no voy a poder ayudarla. De ninguna manera.

Lo miro. Un hombre honesto. Pero las personas honestas no entienden los sótanos.

Díselo.

La voz de adentro: mía. No de Robert. No de la programación. Mía.

La mano va al bolsillo. Ahí están las fotos. Tres movimientos: sacarlas, desbloquear, mostrarlas. Y todo termina.

Los dedos tocan el cuerpo del teléfono.

Ella merece la verdad. Su madre merece una respuesta.

Saco el teléfono medio centímetro del bolsillo.

Y me detengo.

Porque si pongo el teléfono sobre este escritorio: esposas, acta, celda. Mañana de noche la mesa puesta para tres en el sótano queda con un lugar vacío. La grabación no se hace. La confesión de Emma no se pronuncia. Robert desaparece. Todo lo que arriesgó Kate: en vano.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo.

Una mujer muerta, o la verdad sobre las diez. Y me odio por saber hacer esa cuenta.

—Señor Morrison, ¿hay posibilidades de reintegrar a Kate?

Las palabras salen firmes. La voz de una mujer que acaba de elegir el silencio sobre la verdad.

—El procedimiento está en curso. La decisión no es mía.

—Entiendo.

Me levanto.

—Doctora Stevens. —Morrison no se levanta.— Lo digo en serio. No vaya. Es psicóloga: entiende la manipulación mejor que la mayoría. Entienda entonces: es una trampa.

—Entiendo. —Entiendo, y voy a ir igual.

—Si Ashford o la coordinadora hacen contacto: llame. —Extiende una tarjeta.— A cualquier hora.

La tomo. La pongo en el bolsillo. Camino hacia la puerta.

—Doctora Stevens.

Me detengo.

—Kate es una buena agente. Violó las reglas por los motivos correctos. Esto no lo dije.

Me doy vuelta. Morrison mira por la ventana.

Salgo. El pasillo. El ascensor. El molinete. La calle.

El aire de octubre me golpea en la cara. Frío. Cortante. Miro mis manos: las mismas que esta mañana estuvieron junto al cuerpo. Que por la tarde entrelazaron los dedos bajo la mesa de Santos. Que hace un minuto volvieron a meter el teléfono en el bolsillo.

Mañana de noche esas manos van a abrir la puerta del sótano de Maple Street.

¿Qué quiero de esa noche? No la confesión de Emma, no la grabación: eso son herramientas. Quiero saber que no soy un monstruo. Que esas nueve muertes no son yo, sino lo que él me

hizo. Quiero recuperarme. Todo lo que enterré en ese sótano hace veintisiete años, y que él con tanto esfuerzo no dejaba salir a la superficie: mañana de noche sale. De una manera u otra.

Me siento en el auto. Arranco el motor.

Las manos no tiemblan.

Eso es lo que más miedo da.

**

CAPÍTULO 28

31 de octubre de 2022, 23:10

Estaciono a tres cuadras de Maple Street, 447. Apago el motor, apago las luces.

Oscuridad. Pesada, estancada: el habitáculo apesta a ansiedad y al café frío que nunca terminé.

El plan está grabado bajo la corteza. Anoche miramos cómo las páginas del cuaderno se retorcían en el fregadero. Esta tarde a las ocho Kate se coló por la ventana trasera, en el ángulo muerto de las cámaras de Emma, directo al sótano.

Espera. Lista. Tensa como un gatillo.

La pantalla del teléfono me lastima los ojos: 23:10. Cincuenta minutos para la medianoche. Suficiente para caminar, respirar ese aire y entender quién está ya adentro. Ver si el plan ya se rompió.

Halloween.

La calle enloquece. La música golpea desde el jardín de alguien: Thriller, Monster Mash, Ghostbusters. Risas podridas mezcladas con el aire frío. Adolescentes con disfraces baratos pasan tambaleando: un vampiro con sangre falsa en el mentón, una novia zombie en un vestido roto, una máscara de lobo que bajo el farol parece demasiado real para ser solo plástico.

Cada casa arde con luces perversas. Naranja. Violeta. Verde. Guirnaldas tóxicas envuelven las barandas de los portales. Fantasmas inflables se balancean con el viento: enormes, blancos, ridículos. Arañas gigantes trepan el revestimiento de vinilo. En un jardín: un cementerio completo con generador de niebla y luz verde desde el suelo. En otro: parlantes que vomitan una banda sonora de terror, gritos, motosierras, carcajadas maniacas.

Todo ese carnaval es un intento de sobornar al miedo real.

Calabazas. Decenas. Cientos. Las caras recortadas se burlan, hacen muecas, aúllan desde cada escalón y cada alféizar. Las velas adentro: pequeñas almas atrapadas, condenadas a consumirse antes del amanecer. El olor de la pulpa de calabaza quemada se mezcla con el humo de las chimeneas, las hojas húmedas en los desagües,

el caramelo empalagoso y el chocolate barato que sale por las puertas abiertas.

Un grupo de niños corre, los padres con linternas detrás. Una princesa, un pirata, un dinosaurio, algo indefinido en tres capas de ropa. Las bolsas de tela reventan de dulces. Las voces chillan de azúcar y alegría: ese sonido es más agudo y filoso que cualquier grito de auxilio. Un padre grita detrás:

—¡Tres casas más y a casa!

Familias normales. Padres que enseñan a los hijos que los monstruos no son reales.

Esta noche se equivocan.

Camino hacia Maple Street. Tres cuadras a través del carnaval de Halloween: suficiente para disolverme, convertirme en una figura oscura más entre cientos de figuras oscuras. Nadie mira dos veces a una mujer que camina hacia una casa abandonada a medianoche.

Maple Street, 447. Un callejón sin salida. Una casa colonial de dos pisos. El revestimiento blanco descolorado hasta el color de hueso viejo. Las persianas, colgando torcidas. El jardín, podado: pero solo el jardín, solo la superficie, solo lo que se ve desde la calle.

Sin decoraciones de Halloween. Sin luz en las ventanas. Sin vida.

El contraste corta. La casa de la izquierda montó en el jardín una orquesta de esqueletos: guitarras eléctricas, batería, reflectores naranjas, rock desde los parlantes. La de la derecha convirtió el portal en una guarida de brujas: un caldero con hielo seco, escobas, libros de hechizos, un maniquí con sombrero de punta.

El 447: oscuridad. Silencio. Abandono.

Pero no vacío. Esta casa nunca estuvo vacía: solo fingió estarlo.

Me detengo junto a la cerca del vecino. El frío se mete por la campera. Observo.

Las ventanas, oscuras. Ni una sombra, ni un movimiento. Dos veces pasan niños con los padres: nadie mira hacia el 447. La casa es invisible. Una zona muerta en medio del carnaval. Exactamente lo que necesita lo que hay adentro.

No hay autos en la entrada. El garaje, cerrado.

Kate no emite señales desde las nueve: según el plan. El silencio puede significar cualquier cosa. Elijo creer en el plan.

Si el plan A se derrumbó: existe el plan B. Las cámaras de Kate se sincronizan automáticamente a la nube: la contraseña solo la tiene ella. Si alguna alcanzó a encenderse antes de que la encontraran, la grabación ya está ahí. Y el teléfono en mi bolsillo registra todo lo que ocurra adentro.

No entramos con una sola carta.

La casa espera.

Desde la calle llegan risas de adolescentes. Un petardo. Una madre llama a los hijos: «¡Ya casi es medianoche! ¡A casa!»

Casi medianoche. Casi el final de Halloween.

Casi la hora de que salgan los monstruos de verdad.

Las 23:48. El teléfono vibra. Número desconocido.

Llegaste temprano. Bien. Sabía que ibas a llegar. 447. La puerta delantera. Sin llave. Baja al sótano. Todos esperan.—E

Sabe que estoy aquí. Como supo todo lo demás.

No borro el mensaje. Lo dejo. Una prueba.

Camino hacia la casa. Paso junto a el cantero muerto, lleno de tallos secos. Junto a la bañera para pájaros partida, con costra de hojas viejas. Junto al buzón oxidado colgando de un solo clavo.

Lo más aterrador: la casa sin decoraciones. La casa que no necesita sangre artificial porque la real se impregnó en el concreto del sótano. La casa que no necesita máscaras de goma porque los monstruos adentro usan caras humanas.

La mano se posa en la manija. Gira. Sin llave.

La puerta se abre sin ruido. Las bisagras, engrasadas hace poco. Preparado. Nada cruje. Nada advierte.

Adentro, oscuridad. Total. Los ojos se adaptan despacio. Un pasillo. La escalera hacia arriba. Los vanos de habitaciones vacías. El polvo es tan denso que se siente en la lengua. Olor a casa vieja: moho, madera podrida, el tiempo mismo desintegrándose.

Y debajo de eso: luz en una rendija al fondo del pasillo. Y un silencio que respira.

Al fondo del pasillo: una puerta. La del sótano. Entreabierta. Una luz tenue se filtra desde abajo, intenta escapar.

Cada paso resuena en las tablas desnudas del suelo. La garganta se aprieta. Respirar es trabajo.

Me acerco a la puerta. La empujo.

Los escalones descienden hacia una luz amarilla. Una bombilla desnuda abajo. Las paredes de concreto.

El sótano.

Un escalón.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

La madera gime bajo mi peso. Las tablas viejas. Nadie intenta disimular mi llegada. Quieren que sepa: me escuchan. Me observan. Cuentan los pasos.

Abajo: un espacio abierto. Un sótano sin habitar. El suelo de concreto. Los caños en el techo. Las vigas de soporte crean sombras que se mueven con el balanceo de la única bombilla.

Huele a concreto viejo, a moho, a décadas de abandono. En las paredes: rastros pálidos de tiza. Apenas visibles, impregnados en los poros del concreto, imposibles de lavar del todo. No son dibujos: son fantasmas de dibujos. Manos infantiles. Hace veintisiete años. En el rincón: una radio transistor. La antena, rota. Conozco esa radio.

No sé de dónde. Pero la conozco. El cuerpo color marfil, una grieta a lo largo del borde izquierdo. Hace tres días los forenses rastrillaron este sótano. No estaba. La trajeron. Adrede. Para que yo recordara lo que olvidé.

Los chorros de óxido en el concreto: rastros del agua que goteó durante años.

Pero el triángulo en el suelo es fresco. Tiza blanca. Líneas nítidas. Nuevo.

Los ojos buscan automáticamente el ángulo donde, según el plano de Pierce, debería estar la trampilla. Bajo el colchón que ya no existe. Una costura cuadrada en el concreto: ahí, a la izquierda del caño. La veo. Una línea fina, cubierta de polvo. Nadie lo notaría sin saber. Yo sé.

La habitación de abajo. Tres por cuatro. Saben que existe. Pero no saben que yo lo sé.

Lo memorizo: cuatro pasos desde la escalera. A la izquierda del caño.

La única carta que no entregué.

Me quedo quieta. No avanzo, no retrocedo. Me detengo a unos pasos del último peldaño y dejo que este sótano me observe. Y yo lo observo a él.

Veintisiete años este lugar se filtró en mi vida en destellos breves. Nunca pensé en él de forma deliberada, pero llegaba solo: en el olor ácido del cloro en un pasillo de hospital, en el golpeteo rítmico de un grifo que gotea, en la forma en que la oscuridad de cuartos desconocidos presionaba mis ojos con más fuerza de lo que debería. No sabía de dónde venían esos disparadores. Ahora lo sé.

Las paredes son las mismas. Nunca las vi desde afuera—nos sacaron de aquí con los ojos cerrados. Yo misma lo decidí: no quería saber en qué punto del planeta había quedado mi vida. Pero por dentro recuerdo cada juntura del concreto, cada grieta, cada burbuja en el revoque hinchado por la humedad. Mi cuerpo siempre supo de este sótano. Simplemente no le informaba a mi mente.

Los dibujos de tiza en las paredes.

Me acerco. La bombilla pelada del techo oscila—por la corriente de la ventilación, o porque interrumpí este aire estancado. Las sombras se mueven, y por un instante los dibujos cobran vida. Una figura de palitos con un lazo en el cuello. Un cuerpo boca abajo con líneas onduladas de agua. Un rectángulo tapando la boca. Cruces en lugar de ojos.

Los dibujé yo. A los diez años. En la oscuridad absoluta, a tientas, mientras los dedos se me entumecían de frío. Pensaba: si sigo dibujando, seguiré viva. Si le sigo contando historias, ella no llorará. Y si ella no llora, las dos aguantaremos una noche más.

Deslizo las yemas de los dedos a un milímetro del concreto. Frío. Áspero. Polvo comprimido y tiempo congelado. Treinta años estas paredes guardaron mis pesadillas. Los dibujos sobrevivieron arrestos, juicios y veintisiete años de espera para convertirse en lo que nunca debieron ser.

Armas.

Robert bajó aquí después de nosotras. Miró lo que había trazado una niña de diez años tratando de no perder la cordura por el terror. Y no vio un grito de socorro. Vio un plan de estudios.

En el piso—un triángulo de tiza. Tres sillas en los vértices. Una mesa para tres, tres platos, tres velas—los retiró para no dejar rastros para la policía, pero el triángulo mismo lo renovó. Fresco. Blanco cegador. Una invitación a lo que está por venir.

Uno de los tres lugares es el mío. Lo sé con tanta claridad como sé que entré por esa puerta por mi propia voluntad. No porque Robert me haya programado. Sino porque este es el único lugar en la tierra donde tengo una oportunidad de quemar lo que aquí empezó.

En el rincón—una vieja radio a transistores. Carcasa color marfil, una grieta a lo largo del borde izquierdo. Recuerdo haber intentado captar alguna señal del mundo de los vivos en ella. No funcionó—la antena estaba rota entonces igual de rota que ahora.

Treinta años. La misma grieta.

Detrás de mí—movimiento. Una respiración pesada y pareja corta el silencio.

No me doy vuelta. Llevo demasiado tiempo esperando ese sonido.

Y las personas.

Kate está sentada en una silla plegable de metal. Las manos atadas detrás de la espalda con precintos de plástico. La boca sellada con cinta. La Glock personal: en el cinturón de Robert. Los ojos, abiertos de par en par. Vivos. No drogados. Consciente, aterrada, furiosa.

La encontraron. Kate estuvo aquí cuatro horas: con cámaras, arma, plan. El sótano de abajo. La grabación. La confesión de Emma. Todo lo que debía salvarnos a las dos. Y de todas formas la encontraron.

Cuatro horas. Contra veintisiete años de preparación.

Queda el plan B. El teléfono en el bolsillo registra cada palabra. Si Robert habla, y los narcisistas siempre hablan, el micrófono hace el trabajo por nosotras.

Detrás de Kate hay un hombre. Alto. Escuálido como un esqueleto. Cabello gris.

El caño de un arma en la sien de Kate.

La mano tiembla, pero el caño no se mueve.

El aire se va de los pulmones.

Él avanza hacia la luz.

Viejo. Agotado. La piel sobre los huesos. Los ojos hundidos, pero vivos. Agudos.

Los ojos de alguien que considera a todos en la habitación como sujetos de experimento.

En el cuello de la camisa: manchas marrones. Sangre seca. No ajena. Propia.

No se molestó en cambiarse. O se cambió y volvió a toser.

—Laura. —La voz, ronca. Débil.— Viniste. Lo sabía. Las dos.

Las dos. Nos esperaba a las dos. A Kate la neutralizó de antemano: sin placa, sin grupo, predecible. Exactamente la que necesitaba.

Conozco esa voz. De las pesadillas. De las lagunas. Del sótano hace veintisiete años.

Robert Ashford.

A la izquierda, otra figura. Más baja. Esbelta. Pantalón negro, suéter negro, cabello rubio corto, anteojos oscuros en la penumbra. Un cuello alto que cubre el cuello y la parte inferior de la cara. La voz, electrónica, pasada por un modulador:

—Bienvenida a casa. —Mecánica. Plana. Sin emoción.— Te estábamos esperando.

Emma. Tiene que ser Emma. Pero no veo la cara. No veo a la persona bajo el disfraz.

El caño no se aparta de la cabeza de Kate.

—Cerrá la puerta detrás tuyo, Laura. Con llave.

Me doy vuelta. La puerta del sótano, arriba en la escalera. Subo. La cierro.

El chasquido del cerrojo. Pesado. Definitivo.

No hay salida.

Bajo de vuelta.

El triángulo de tiza. Tres sillas en los vértices. Kate en una. Otra: Robert está parado junto a ella, no se sienta. La tercera, vacía.

La mía.

Robert hace un gesto hacia ella.

—Sentate.

* * *

—Sentate —susurra Robert.

Los pies se mueven antes de que la mente pueda objetar. Tres pasos al frente. El metal de la silla, frío bajo las palmas: como en una pesadilla en la que sabes qué hacer y lo haces y no puedes parar.

Me siento. La mano derecha se desliza hacia el bolsillo y se detiene ahí.

El condicionamiento. Ya funciona. Era lo que más temía.

El triángulo se cierra. Tres lugares. Tres personas. El Maestro. El Creador.

La Discípula.

El agua gotea en la oscuridad más allá de la luz. Acompasada. Paciente. Un sonido que recuerdo de pesadillas a las que no pude encontrarles explicación.

Este sótano. Exactamente este: no lo sé con la mente. El olor a concreto y moho sube desde algún lugar más profundo que la memoria, adonde las tijeras de Robert no llegaron. Las paredes no cambiaron. El frío no cambió. El cuerpo recuerda lo que la mente enterró.

Robert aparta el arma de la sien de Kate. La mete en el cinturón. Con calma. Sin apuro. El hombre que sabe que ya ganó.

—¿Sabes por qué viniste hoy, Laura?

No respondo.

—Porque yo llamé. No por teléfono. No por mensaje. Por comandos instalados en la infancia. —Tose en el pañuelo. En la tela blanca: sangre.

Dobla el pañuelo. En cuatro. Con la sangre adentro. Lo guarda en el bolsillo.

Los movimientos precisos, habituales, como un ritual cotidiano.

—Tu cuerpo te trajo aquí. La conciencia cree que eligió sola. Pero la elección es una ilusión. Siempre ibas a venir. Sentarte en esta silla. Hacer lo que programé.

Kate emite sonidos amortiguados detrás de la cinta. Los ojos, suplicantes. Desesperados.

Robert no la mira. Está todo en mí.

—Todavía duermes con la luz del pasillo encendida. No sabes por qué.

Una pausa.

—Yo sí sé.

Un frío recorre la columna: agudo, reconocible. Como si fuera verdad.

—Elegiste la psicología forense en el tercer año. Creías que era una vocación. El interés por la conducta desviada, el deseo de entender cómo se quiebran las personas. —Se inclina más.— No es una vocación, Laura. Es un programa. Lo instalé en una niña de diez años en este sótano. Tenías que crecer y empezar a buscar. Buscar lo que habías creado. Buscarme.

Quiero decir que es una mentira. Quiero decir que elegí yo sola. Pero la luz del pasillo. Que enciendo cada noche y no puedo explicar.

—Antes de que empecemos el Método Cinco, tienes que entender de qué eres parte. Lo que construí desde entonces.

Una mirada hacia Emma. La figura de cabello rubio y anteojos. Inmóvil en la sombra.

—Mostráselo —dice Robert—. Que vea lo que buscó.

Un instante de vacilación. En la postura de Emma: tensión. Duda.

Como si la orden de Robert hubiera chocado contra algo adentro de ella.

—Ahora —ordena Robert—. O Kate muere antes de que empecemos.

La mano de Emma sube despacio. Los dedos tiemblan. Toca los anteojos.

Miro. El corazón late en la garganta. Por fin voy a ver a la mujer que mató a nueve personas. Que me siguió durante semanas. Que lo sabe todo de mí, y yo de ella: nada.

Emma se quita los anteojos.

Luego la peluca.

Dejo de respirar.

La cara que aparece es la mía.

No parecida. No que me recuerda. No cercana.

Idéntica.

La misma cara que veo en el espejo cada mañana. Los mismos pómulos. Las mismas proporciones. Los mismos rasgos, ensamblados exactamente en el mismo orden.

Mi cara. Mis ojos. Mi nariz. Mi boca.

Mirándome desde el otro extremo del sótano.

El aire se adelgaza. La visión se estrecha. Los bordes oscurecen. Me aferro a la silla. El frío se clava en las palmas. Me ancla.

Esto no es conmoción. Es la realidad quebrándose.

Tengo una gemela.

Treinta y siete años fui hija única. La única. Única. Era una verdad que nunca cuestioné: una de esas verdades tan fundamentales que no se notan, como no se nota que se respira.

Mentira. Todo ese tiempo: mentira. En algún lugar a quinientas kilómetros vivía una mujer con mi cara. No sabía nada de ella. Caminamos por la misma tierra, respiramos el aire del mismo país sin saberlo.

El cabello de ella, rubio. El mío, oscuro. Eso es todo lo que nos distingue.

—No —susurro. No es la negación de la posibilidad. Es la negación de la realidad.— Lo habría sabido. Alguien lo habría dicho…

—Somos gemelas —dice Emma. Su voz real. Sin el modulador. Baja.

La escuché antes.

En sueños. En las lagunas. Una niña en la oscuridad que sonaba exactamente como yo, y que siempre tomé por mí misma.

—Hermanas. Gemelas.

El sótano se inclina. Me aferro a la silla. La madera cruje bajo la presión.

—Separadas al nacer —continúa Emma—. Familias distintas. Vidas distintas. No nos conocíamos. Hasta Halloween de 1995, cuando él nos llevó a las dos.

La memoria raspa. 1995. Una tiara de plástico. Dulces en una funda de almohada. Náuseas: agudas, sin aviso, y luego nada. Una laguna. Una sala blanca del hospital, los Stevens llorando, palabras que no respondían las preguntas que yo no sabía hacer.

Tres semanas que no existieron.

Pero el frío de este concreto: el cuerpo lo recuerda como si nunca se hubiera ido.

Robert observa. Clínicamente. Satisfecho.

—ADN idéntico —dice—. Un solo plano genético. Nacieron con once minutos de diferencia. Laura primero, luego Emma. 15 de marzo de 1985. Separadas al nacer. Agencias de adopción distintas. Ciudades distintas. Crecieron a quinientos kilómetros la una de la otra. Sin saber que tenían una hermana gemela.

Miro a Emma. Mi cara. La mujer que busqué.

—No te recuerdo.

—Porque él lo borró. —La voz de Emma se quiebra.— Halloween de 1995. Teníamos diez años. Nos secuestró por separado—

—Suficiente. —La voz de Robert, tajante. Autoritaria.— Yo cuento lo que pasó. Es mi experimento. Mi historia.

Tose sangre en el pañuelo.

—Tres semanas en este sótano. Dos niñas de diez años. Una creó los métodos: fantasías de supervivencia que se convirtieron en planos. La otra lo recordó todo. La policía las encontró, pero yo ya había terminado. A una le borré la memoria. A la otra la dejé recordar.

La mirada se desplaza hacia Emma.

—Seis meses después mi persona la encontró. Empezó a transmitir instrucciones desde la cárcel.

—No tenían derecho… —empieza Emma.

—Ustedes son mi experimento. —Robert se levanta: despacio, con esfuerzo, el cuerpo lo traiciona antes de que pueda terminar su obra.— Una no sabía. La otra no podía olvidar. Veintisiete años de condicionamiento distinto. Un solo objetivo.

Algo se rompe por dentro.

No es un recuerdo: es una sensación. La mano de Emma en la oscuridad. Los dedos apretados hasta el dolor. Una voz ajena que suena igual a la mía. Debajo de todo lo que Robert construyó: eso.

Una niña con mi cara. Llorando en la oscuridad. Agarrando de la mano con tanta fuerza que los dedos se entumecen. Inventando historias para sobrevivir. Dragones y cuerdas y agua y almohadas y…

—Los métodos —exhalo—. Los inventamos juntas.

Emma asiente. Las lágrimas corren.

—Tres semanas en este sótano. Con terror. Los dibujamos en las paredes con tiza. Para no olvidar cómo matar monstruos.

Miro las paredes. Entrecierro los ojos bajo la luz dura. Ahí: los rastros pálidos. Casi invisibles. La letra de una niña, medio borrada por el tiempo.

Emma y yo. Diez años. Dibujando nuestra supervivencia en el concreto.

Los ojos de Robert sobre mí.

—Tú inventaste los métodos. Después los olvidaste. Te convertiste en psicóloga buscando lo que tú misma inventaste.

Doce años. Cuarenta y siete casos. Cada asesino que perfilé: una huella que llevaba de vuelta aquí. Construí una carrera sobre lo que él sembró en este sótano. Y no lo sabía. No podía saberlo. O no quería.

La mirada se desplaza hacia Emma.

—Y tú ejecutaste. Nueve veces.

Las manos tiemblan.

—Somos gemelas. Nos separaste…

—Por la ciencia —interrumpe Robert—. Por el experimento que importa. Al que dediqué la vida. Por el que mi padre pagó con cuarenta años de trabajo y toda su reputación científica, y que se llevó a la tumba sin verificar. No voy a permitir su fracaso. Demasiado depende de la respuesta.

Camina hacia el centro del triángulo. El arma en el cinturón. Sin amenazar, todavía.

Los ojos arden con algo más allá del interés científico. Obsesión. Desesperación. Un hombre intentando demostrar algo que el muerto ya no va a escuchar.

—Todos sus predecesores concluyeron: la naturaleza gana. Los vínculos biológicos son indestructibles. —Un gesto hacia nosotras: negligente, como hacia dos especímenes.— Pero ellos no nos tenían a nosotros.

El pecho se aprieta.

—¿Qué experimento?

—El Método Cinco. No es una técnica. Es una prueba.

Saca el arma del cinturón. Brilla apagada bajo la bombilla. La sostiene. Con costumbre. Con rutina.

El mismo arma que estuvo en la sien de Kate. Su arma: se preparó para esta noche no menos que nosotras.

El olor a aceite y pólvora vieja llega desde aquí.

—¿Puedo hacerlas matarse la una a la otra? ¿Puede el condicionamiento vencer al vínculo biológico más fuerte que existe? Una gemela a la otra. Una hermana a la otra. ¿Se someten a mí o se someten a la naturaleza?

Una pausa. Una sonrisa con sangre.

—En todo caso, no importa. Si la respuesta es sí: me sobrevivo en esta prueba. Si es no: igual me sobrevivo en ustedes. En cada decisión que tomen. En cada miedo que no entiendan. En cada elección que les parezca propia.

Nos mira a las dos. Con calma. Como alguien que ya ganó.

—Yo no me voy a ningún lado.

Las palabras quedan suspendidas en el aire frío del sótano. Sin eco. El concreto traga el sonido.

Kate forcejea con los precintos. Un grito amortiguado detrás de la cinta. La silla se balancea. Raspa el concreto. Intenta moverse. Intervenir. Romper el control de Robert.

La respiración de Emma se acelera. Irregular. Cortada.

—Una de ustedes mata a la otra —dice Robert—. Aquí. Ahora. Demuestra que el control funciona. Que la biología no importa. Que

tenía razón.

—No —susurro.

Robert no responde. Se da vuelta hacia Kate. Sin aviso. Sin pausa. Con el dorso de la mano le pega en la cara. Corto. Seco. La cabeza de Kate se sacude hacia un lado. Detrás de la cinta: un grito ahogado.

Se da vuelta hacia mí. La cara, sin cambios. Sin ira. Sin placer. Como si hubiera acomodado una servilleta en la mesa.

—Cada vez que digas «no», ella recibe un golpe. Después del décimo dejo de pegar y empiezo a cortar.

Pone el arma en el suelo. Exactamente entre mi silla y la silla de Emma.

A igual distancia de las dos. Saca el cargador. Muestra: una sola bala. Lo vuelve a insertar.

—Un disparo. Una elección. La que agarre primero. La que primero demuestre que está más programada que unida.

Del cinturón saca un cuchillo. De caza. Largo. Pone la hoja sobre la rodilla.

Junto a Kate.

—Y si ninguna se mueve en sesenta segundos: Kate muere. Más lento que una bala. Pero igual de definitivo.

La mirada cae sobre el arma. Tres pasos. Metal negro. Una bala. Espera.

Hace cinco minutos no sabía que tenía una hermana. Ahora me proponen que la mate.

El absurdo no ayuda. No cancela nada. El absurdo empeora las cosas: porque la parte de la conciencia que Robert construyó en la niña de diez años no ve el absurdo. Solo ve la orden.

—No voy a hacerlo.

Robert golpea a Kate. Por segunda vez. El mismo movimiento. La cabeza se sacude hacia el otro lado. En el pómulo, rojo que aparece.

—Vas a hacerlo. —Se sienta. El cuchillo sobre la rodilla. Junto a Kate. La voz, pareja.— Quedan ocho.

Mira el reloj. Viejo. Mecánico. El tictac se escucha en el silencio.

Desde algún lugar arriba las campanas empiezan a sonar. Doce veces. La medianoche. Halloween.

Veintisiete años al día exacto desde que trajo a dos niñas de diez años a este sótano.

El círculo completo.

—Sesenta segundos. El tiempo corre.

El corazón golpea.

El aire del sótano pesa. El concreto frío bajo los pies. El moho húmedo en los pulmones. Mi propia respiración me ensordece en el silencio. Lo escucho todo: las gotas de agua en el rincón, la respiración amortiguada de Kate detrás de la cinta, los jadeos rápidos y cortos de Emma, el tictac del reloj de Robert como una cuenta regresiva hacia la ejecución.

Porque eso es. De una manera o de otra.

Profundo en la conciencia se mueven voces. Órdenes viejas, instaladas cuando tenía diez años.

Obedece.

Haz lo que dice.

Sobrevive.

No. Son órdenes. Pero suenan idénticas a mis propios pensamientos: en eso consiste toda la construcción.

La mano se mueve. Un centímetro. Hacia el arma.

El movimiento, inconsciente. La muñeca se sacude. Se estira.

Del otro lado la mano de Emma se mueve también. En espejo. El instinto gemelar.

Hermanas. Incluso ahora. Incluso después de décadas separadas. Los cuerpos se mueven juntos.

Cincuenta segundos.

—Interesante —murmura Robert—. Las dos resisten. El vínculo es más fuerte de lo que calculé.

Emma se estira hacia el caño. Tiembla. Se detiene a quince centímetros. Todo el brazo le tiembla.

El mío también se estira. En espejo. La muñeca se contrae espasmódicamente.

Cuarenta segundos.

Los ojos encuentran a Emma. Mi cara, mirando de vuelta. La mujer que busqué. A quien programaron. Controlaron. Usaron.

Mi hermana. Parte de mí, cuya existencia no conocí.

—Emma —susurro. Por primera vez pronuncio el nombre mirándola a la cara.— No.

Emma se paraliza. Todavía estirada. Todavía a quince centímetros.

—No le hables —corta Robert—. Esto no es una negociación. Es un test. Agarrá: o Kate muere.

Treinta segundos.

Soy psicóloga forense. Estudié personas como Robert. Narcisistas. Obsesionados con probar su propia teoría. Y en esa obsesión: su debilidad.

—Tienes miedo —digo.

Robert se paraliza.

—¿Qué?

—Tienes miedo de que el experimento fracase. De que la naturaleza gane. De que tu padre tuviera razón y tú desperdiciaste la vida. —La voz, pareja. Profesional. Como en una consulta.— Por eso necesitás esta puesta en escena. El triángulo. La tiza. La medianoche. El ritual. Porque sin el teatro eres un viejo con un cuchillo en un sótano. Y nada más.

La sangre se le va de la cara a Robert. Acerté. En el centro exacto.

—Callate —silba.

—Te estás muriendo. Estás tosiendo sangre en el pañuelo. ¿Cuánto queda: un mes? ¿Dos? Y todo este espectáculo no es ciencia. Es pánico. Tienes miedo de morir sin saber la respuesta.

Veinte segundos.

—Sincronización absoluta —exhala Robert. Se recompone. Pero la respiración se descontroló.— Tantos años separadas. Condiciones distintas. Y de todas formas: el vínculo. El vínculo existe. ¿Pero puedo romperlo?

Los dedos tocan la empuñadura. Metal frío. Sólido. Real. La superficie estriada bajo las yemas.

Y algo más. Familiaridad. La empuñadura encaja en la mano de manera natural. Como si la mano recordara una forma que la mente nunca vio. Como si hubiera sostenido un arma antes. Muchas veces.

¿De dónde?

Emma la toca en el mismo instante. Piel contra piel contra acero.

Las dos apartamos la mano. En el mismo segundo. Como si las uniera un hilo invisible.

El instinto de la sangre es más fuerte que el condicionamiento. Por ahora.

Quince segundos.

Miro a Emma. Detrás de esos ojos: la misma lucha. La misma resistencia. El mismo horror.

Dos mitades de un solo todo. Rotas. Obligadas a convertirse en verdugos.

La mano se mueve de nuevo. Hacia la empuñadura. No lo decidí: la mano se movió sola.

Condicionamiento o elección: no sé. Exactamente eso quiere demostrar él.

El pensamiento llega agudo, ya listo: si Emma muere, los asesinatos paran. Kate sigue con vida.

¿Es mío ese pensamiento?

La mano se cierra. Tira hacia mí.

Emma la agarra en el mismo instante. Las dos manos sobre el arma. Ninguna suelta.

El arma entre nosotras. Agarradas. Bajo mis palmas siento sus manos: el mismo tamaño, el mismo apretón desesperado. La misma mano. Como si peleara consigo misma.

El espejo no quiere romperse.

Tiro hacia mí. Emma sostiene: fuerte, desesperadamente, no cede. El caño oscila entre nosotras, un arco salvaje sobre el concreto.

La empuñadura, resbaladiza de sudor. Un movimiento equivocado, un tirón, y la bala encuentra a una de nosotras. O a Kate. O a Robert.

—Sí —exhala Robert. La voz, casi admirada.— Luchen.

Presiono más fuerte. Emma no cede. El arma no se mueve. Somos igual de fuertes: el mismo hueso, los mismos músculos, un solo cuerpo partido en dos. Robert creó un espejo. El espejo no puede vencerse a sí mismo.

Los ojos se encuentran. Gemela y gemela. Hermana y hermana.

—No puedo —susurro.

La presión de Emma se endurece.

—Yo tampoco.

Pero ninguna suelta.

Cinco segundos.

Robert se levanta. El cuchillo en la mano. La ira en la cara.

—Este no es el resultado…

Un paso hacia Kate.

El arma dispara.

El fogonazo quema el sótano de blanco. Por una fracción de segundo veo todo: la cara de Emma, la cara de Robert, la cara de Kate, los caños en el techo, los dibujos de tiza en las paredes, mis propias manos sobre el arma. Todo a la vez. Todo en un solo fotograma.

Luego la oscuridad. El estruendo. El concreto devuelve el sonido, y golpea las paredes, los caños, el techo, y no calla, y no calla, y no calla.

El gas caliente quema los dedos. El humo de la pólvora tapona la garganta. Acre, ácido, metálico.

El golpe sordo y húmedo de un cuerpo contra el concreto.

La bombilla oscila.

Y el silencio.

**

CAPÍTULO 29

31 de octubre de 2022, 00:02

En los oídos hay un zumbido: agudo, delgado, taladrando el cráneo desde adentro. Desplaza todos los demás sonidos. Intento escuchar, pensar, entender qué pasó.

El humo se quedó suspendido en el aire. Acre, aceitoso, con gusto a metal de pólvora. Raspa la garganta, se asienta en los pulmones como hollín pegajoso.

Los ojos lloran. La bombilla oscila sobre la cabeza, las sombras se agitan por el concreto, y todo el sótano se inclina: a la derecha, a la izquierda, a la derecha, o soy yo.

Las palmas, ardiendo. El retroceso se grabó en las articulaciones, dejando en los huesos una vibración palpitante. La muñeca late con un dolor vivo y pulsante.

Las manos sobre el arma. No solo las mías: las manos de Emma también. Las dos apretamos la empuñadura. Nuestros dedos se entrelazaron en el gatillo. ¿Quién disparó? ¿Yo? ¿Ella? ¿Las dos a la vez? No sé. El cuerpo no recuerda. El momento del disparo es un agujero negro y vacío, como esas tres semanas de la infancia.

El caño apunta…

No a Kate. Ni a nuestras caras.

A Robert.

Está en el suelo. Encogido. Aplastado contra el concreto sucio. Una mano aprieta el costado, pero la sangre encuentra los caminos: oscura, caliente, en oleadas rápidas que van ampliando el charco bajo el cuerpo. El cuchillo está tirado a un lado. Un trozo inútil de acero afilado.

Me quedo inmóvil. La mente se niega a procesar lo que hicimos.

Emma es la primera en reaccionar. Cruza el sótano con una gracia depredadora y quebrada. Un tirón: la cinta sale de la cara de Kate con un silbido.

Kate traga aire. Tose.

—¿Están bien las dos?

Emma recoge el cuchillo de Robert. Un destello de la hoja: los precintos de plástico revientan. Las manos de Kate quedan libres. En las muñecas: franjas púrpuras, la marca de cuánto quiso el plástico convertirse en parte de su carne.

Kate se frota las manos. Mira a Robert. La herida. Sangre oscura, pulsante.

Arterial. Se lanza hacia él. Aprieta las palmas sobre la herida. La sangre entre los dedos. Caliente.

—¡Mantienes la presión! —me grita. Con la otra mano busca en los bolsillos de su campera, arrugada a un lado. Robert la había tirado ahí cuando la desarmó.

El teléfono. La pantalla en telaraña de grietas, pero funciona.

Marca el 911 con una mano sin apartar la otra de la herida.

—Herida de bala, estado crítico. —La voz, profesional a pesar del caos. Da la dirección.— El sótano. Varios civiles. Necesito una ambulancia.

Luego a Morrison. Por voz, por Signal, sin apartar la palma de la herida: dirección, herida de bala, escena del crimen, grupo del FBI. Envía. No espera respuesta.

* * *

Robert observa a Kate. Los ojos todavía vivos: registran, evalúan. Está muriendo y todavía recopila datos.

La respiración, irregular. Cada inhalación es trabajo.

—Escuchen. —La palabra sale con un silbido.— Antes de que lleguen. Después va a ser tarde.

Me acerco. No a ayudar: Kate hace eso. A entender. Mientras todavía se puede.

—¿Por qué nosotras? —La voz: ajena, como desde otra habitación.— ¿Por qué gemelas? ¿Por qué veintisiete años?

La sonrisa de Robert es fina. Ensangrentada. Triunfante.

—Porque son mías.

Las palabras entran y se detienen. Paradas en el medio del pecho, sin ir más lejos.

—¿Qué?

—Mis hijas. Las dos. —Tose. Sangre en los labios, en el mentón.— Soy su padre biológico.

El silencio en el sótano: absoluto. Luego algo se rompe en el pecho. No es duelo ni ira: algo más profundo y más viejo, que no tiene nombre. Me aferro a la pared. El concreto aguanta. Yo no.

—No.

Él lo repite con la satisfacción del investigador que por fin obtiene la reacción esperada. Vuelve a toser.

Me aparto de golpe. La espalda golpea el concreto. Me deslizo hacia abajo.

—No. No no no. ¡Estás MINTIENDO!

Pero mientras lo digo, lo veo. La cara de Emma. Los mismos ojos. La misma estructura ósea. Los rasgos heredados de…

De él. De este hombre. Del esqueleto en el suelo de concreto.

Emma se aferra a la silla. La cara, blanca. La boca abierta: sin sonido. Por primera vez en esta noche parece lo que es: una víctima.

Robert nos mira a las dos. En sus ojos: no ira, no triunfo. Curiosidad. Registra la reacción. El último experimento.

El concreto, frío bajo las palmas. El mundo se achicó: este sótano, este olor, este hombre que se muere, cuya sangre corre por mis venas y ahora escapa al suelo.

Padre. La palabra no encaja. Resbala y cae.

Padre. Creador. Verdugo. Un solo hombre: todas esas palabras, y ninguna contiene el todo.

—Su madre… —Lucha por cada palabra.

—Murió. Al dar a luz. Ustedes la mataron al nacer. —Tose.— El sistema las separó. Dos gemelas son más difíciles de colocar.

Las matamos. Las palabras se clavan en la piel. Nos acusa de la muerte de una mujer que nunca vimos. Convierte nuestro nacimiento en un crimen. Está desangrándose y de todas formas encuentra la manera de hacernos culpables.

Las pausas entre palabras se alargan. Cada una cuesta esfuerzo.

—Diez años buscando. Las encontré a las dos. Halloween… noventa y cinco. Una noche. Primero a Emma. Después a ti.

Emma emite un sonido. Ahogado. Roto.

—Secuestraste a tus propias hijas. —Las manos tiemblan.— A tus…

—Por mi padre. —Los ojos se nublan.— Mi padre. El abuelo de ustedes. Psicólogo. Toda la vida: una sola idea. Que la crianza es más fuerte que la sangre. Veinte sujetos. Todos murieron. Fracasó. Murió destruido. Yo continué. Ustedes, mis hijas, eran los mejores sujetos posibles.

—Tenía una ayudante. —La respiración, sibilante. Húmeda.— Una mujer. Venía a la cárcel. Pocas veces. Cuando hacía falta. Le transmitía instrucciones a Emma. Sin ella… nada habría funcionado.

Los ojos de Emma se abren.

—¿Quién es?

Una sonrisa: cruel. La última.

—Me muero con eso. Búsquenla.

Un anzuelo. Incluso muriendo: un anzuelo.

Los ojos de Robert encuentran los míos. Luego los de Emma. Dos caras espejo mirando desde arriba.

—¿Funcionó? —Emma se inclina. Desesperada.— Tu experimento. ¿Probamos lo que necesitabas?

—No. —Un susurro.— Eligieron… la una a la otra. Las dos. En vez de mí. En vez de todo.

Un sonido sale de él: entre risa y llanto. Difícil distinguirlos cuando la garganta está llena de sangre.

—Todo… en vano. Veintisiete años. Y de todas formas… eligieron la sangre. El vínculo. La una a la otra.

La respiración se apaga. Irregular. Cada vez más espaciada.

—El padre se equivocaba. —Apenas audible.— La naturaleza… gana. Siempre.

Los ojos se fijan en el techo.

—Yo intenté… papá…

Lo miro.

Se equivoca incluso ahora. La naturaleza no siempre gana: él mismo es la prueba. Un padre biológico que durante veintisiete años destruyó a sus propias hijas. Demostró la teoría del abuelo en sí mismo. Y no lo notó.

Quiero decirlo en voz alta. No llego.

Una inhalación.

Húmeda.

Con estertor.

Luego: nada.

Kate verifica el pulso. Espera. Vuelve a verificar.

—Murió.

El sótano se aquieta.

Robert Ashford. Muerto.

Nuestro padre.

El silencio se estira. El agua gotea en la oscuridad. Acompasada. Paciente. El mismo sonido de décadas atrás, cuando teníamos diez años. Todos esos años: sin nosotras. Y ahora. Y va a seguir goteando cuando todos se hayan ido.

El agua nos sobrevivirá a todos.

Kate aparta las palmas de la herida. Mira sus manos. La sangre de Robert.

La sangre de nuestro padre: en las manos de la persona que intentó salvarlo mientras nosotras, sus hijas, mirábamos.

Emma está a mi lado. Hombro con hombro. Por primera vez en la vida consciente: al lado. No a través de una cámara. No en un mensaje cifrado. No a través del vidrio de la vigilancia. Piel con piel. Calor con calor.

Entre nosotras en el suelo: el hombre que nos dio ese calor y dedicó la vida a destruirlo.

No lo logró.

Nadie se mueve. Nadie habla. La bombilla dejó de oscilar.

Las sombras se quietaron. Hasta el agua parece gotear más suave.

Un minuto. Quizás dos. Quizás diez. El tiempo en el sótano no funciona. Nunca funcionó. Entonces, tres semanas pasaron como una sola noche. Ahora un minuto se estira hasta la eternidad.

La mano de Emma encuentra la mía. Aprieta. Fuerte. Siento cada hueso. La misma mano. El mismo tamaño. Los mismos dedos.

Dos niñas en la oscuridad. De nuevo. Como entonces.

Solo que ahora el monstruo está muerto. Tendido entre nosotras. Y no sabemos qué hacer con un mundo en el que ya no

existe. Toda la vida fue el centro: de nuestro miedo, de nuestro odio, de nuestra existencia. Todo giraba a su alrededor.

Ahora el centro está vacío. Somos libres. Y no sabemos qué significa eso.

* * *

Las sirenas. Lejanas, creciendo. A dos cuadras.

Emma mira la escalera. La salida.

Lo veo en su cuerpo antes que en la cara. Los pies se corren. Los hombros giran. Años de entrenamiento no piden permiso: corré. Desaparecé. Disolveté. Robert la preparó exactamente para esto: un nombre nuevo, una ciudad nueva, ningún rastro.

Un paso hacia la escalera. Dos.

La garganta se aprieta. No.

Robert está muerto. No puedo perder también a la hermana.

Emma se detiene. Se da vuelta.

Me mira. Yo, junto a la pared. Pálida. Los ojos ardiendo. El cabello pegado a la cara húmeda. Las rodillas contra el pecho. Como aquella niña. Como entonces.

Las sirenas se detienen frente a la casa. Se cierran las puertas. Voces. Botas sobre la grava.

Tiene treinta segundos. Quizás menos.

Me levanto. Las piernas no aguantan. La pared ayuda. Camino hacia ella. Cada paso es un esfuerzo.

—Emma. —La voz se quiebra.— No te vayas. Por favor. Recién te encontré.

Ella me mira. Luego mira la escalera. Luego me mira de nuevo.

Veo ese cálculo. Pasa por su cara como la sombra de una nube—rápido, frío, definitivo. Treinta segundos. Veinte. Sobre nuestras cabezas, a través de capas de hormigón viejo, retumban las botas del FBI. El mundo de arriba se desgarra con gritos y órdenes, pero aquí abajo el tiempo es denso como resina.

Emma mira las escaleras. Allí arriba—la luz, el protocolo y su única oportunidad de seguir siendo «invisible». Luego vuelve la mirada hacia mí.

No pido nada. No me muevo. No estoy segura ni de estar respirando. Solo miro esos ojos viejos, imposibles.

Ella ve en ellos algo para lo que no tenemos nombre. Algo que nació antes de que aprendiéramos a mentir. Antes de que las palabras se convirtieran en código y los roces en dolor. Es ese mismo «nosotras» que sobrevivió en la oscuridad del sótano mientras contábamos hasta diez y fingíamos que no existíamos. Es el cimiento que él intentó volar, pero que solo logró hundir más en la tierra.

Emma cierra los ojos. Solo un segundo. Veo cómo le tiemblan las pestañas—el único indicio de que la máquina que lleva dentro ha fallado. Un solo aliento en el que se mezclan el polvo, la lavanda y el miedo.

Y entonces los abre. Su mirada ahora es distinta—no hay cálculos en ella. Solo una sentencia que se impone a sí misma.

Se aparta de la salida despacio, casi a la fuerza. Sus hombros caen, como si se quitara un chaleco antibalas invisible que hubiera llevado puesto durante veintisiete años. Vuelve al triángulo de tiza, y cada uno de sus pasos suena como un martillazo contra todo lo que Robert nos construyó por dentro.

No eligió la huida. Me eligió a mí.

Vuelve al triángulo de tiza. Se arrodilla. Las manos detrás de la cabeza. La postura que le enseñaron. Pero esta vez: su elección.

—Cumplo la promesa. —La voz, clara. Segura.— La que nos hicimos la una a la otra. Aquí. En este sótano.

—No tienes que hacerlo. Podemos pelear. Las pruebas, la programación—

—Laura. —Me mira desde abajo. Su cara mirando la mía.— Maté a diez mujeres. Entrené a nueve asesinos. Una: con mis propias manos.

—¿Qué?

—El Método Cuatro. Melissa Grant. —La voz, pareja a pesar de las lágrimas.— Fui yo. No tú. Todo fue montado: el veneno, las evidencias, los botones. Él te hizo creer que fuiste ti.

Melissa. Los botones en los párpados cerrados. Esas dos noches: despertaba, me miraba las manos, buscaba sangre que no estaba. Que nunca estuvo.

Las palabras de Emma se asientan despacio. Primero el significado. Después qué significa ese significado. Después qué significa eso para mí.

Ayer supe: había matado a alguien. No recuerdo cómo. No recuerdo por qué. Pero el botón estaba en mi puño. El veneno detrás de los fideos. Mi número en el teléfono de una mujer muerta. Construí toda la arquitectura de las últimas veinticuatro horas alrededor de eso—cada decisión, cada elección, cada segundo antes de entrar a este sótano. Vine aquí como alguien que lleva la muerte adentro y sabe de qué es capaz.

Esa persona no existía.

Nunca existió.

La pared detrás de mí toma mi peso. No caigo. Solo me permito soltar—por primera vez en estas horas que duraron más que cualquier año.

Miro a Emma. De rodillas. Las manos detrás de la cabeza. Calma—como alguien que tomó su decisión hace mucho y no la está revisando. Tomó a Melissa sobre sí misma. Para que yo no la cargara. Para que pudiera salir de este sótano con las manos que tenía antes de que él empezara a rehacerlas.

Cargó mi memoria durante veintisiete años.

Ahora toma mi culpa.

Esto no es alivio. El alivio es cuando el dolor se va. Esto es cuando algo vuelve a su lugar después de haber estado ausente tanto tiempo que ya te habías acostumbrado al vacío. Casi duele—sentir cuánto tiempo viviste sin ti misma.

—Mi elección es someterme.

Está de pie frente a mí. Nos miramos—dos fragmentos de la misma explosión que por fin han aterrizado en el mismo punto. Veintisiete años de silencio. Un sótano. Una cara dividida en dos destinos distintos.

Doy un paso. La tiza cruje bajo la suela, como huesos. Emma no retrocede, pero veo la tensión en su cuello—espera un golpe, una orden o una bala. No cercanía.

Extiendo las manos. Mis dedos tocan sus palmas. El mismo tamaño. Las mismas líneas de vida que una vez se entrelazaron en

la oscuridad, cuando nos aferrábamos la una a la otra porque la gravedad en ese sótano había dejado de funcionar. Ahora solo este contacto nos sostiene. Piel con piel. Mi calor encontrándose con su frío.

—Recordaste por las dos —mi voz suena resquebrajada, como un disco viejo—. Todo este tiempo. Cada segundo. No dejaste que muriera.

Emma mira nuestras manos unidas. Sus dedos se estremecen levemente, con un movimiento fugaz, casi olvidado—así comprobábamos que la otra no había desaparecido cuando se iba la luz.

—Ahora es tu turno —responde. Su voz es seca, desprovista de emoción, pero en esa sequedad está todo el agotamiento acumulado—. He estado demasiado tiempo sola en esta habitación, Laura. Ahora… entra y cierra la puerta detrás de ti.

El estrépito de arriba se vuelve insoportable. El sonido de las botas ya no está sobre nuestras cabezas—está en la escalera. El chirrido del metal contra el hormigón. El polvo cae del techo, depositándose en su cabello como manchas grises.

Emma suelta los dedos despacio. Esto no es una despedida—es un relevo.

No voy a dejar que cargues eso por mí.

Los pasos retumban arriba. Los agentes. Las linternas.

Kate grita hacia arriba: «¡FBI! ¡Estamos en el sótano! ¡Tres civiles! ¡Un muerto!»

Pasos pesados bajando.

Me tiro junto a Emma. Le agarro la mano. No la voy a soltar.

Los agentes bajan. El jefe: evaluación instantánea. El cuerpo, la sangre, el arma. Dos mujeres con la misma cara. Una de rodillas, manos detrás de la cabeza: el único punto de referencia.

Va hacia Emma.

—Señora, apártese —el más joven, hacia mí. Suave. Firme. Estoy entre ellos.

—¡Es mi HERMANA! ¡Mi gemela! —Señalo a Robert.— Ese hombre nos secuestró de niñas y nos programó toda la vida. Ella es

una víctima, igual que yo. Anoten: doctora Laura Stevens, psicóloga forense. Voy a declarar. Pero sepan: el monstruo está en el suelo.

—Señora. Apártese. Ahora.

Me aparta con suavidad. Separa las manos.

El contacto se corta. Los dedos se sueltan. El calor da paso al frío del aire del sótano.

Emma no resiste. Las manos detrás de la espalda. El clic de las esposas.

El sonido: definitivo. Irreversible.

Toda una vida sin cadenas. Ahora otras nuevas. Legales. Irrompibles.

Mira sobre el hombro. Nuestros ojos se encuentran en la penumbra del sótano. Una sola cara. Un solo ADN. Una sola infancia, partida a la mitad. Y un último minuto: antes de que la ley nos separe de nuevo.

—No me entierres de nuevo. —En voz baja. Nítido.— No me olvides. No dejes que él gane desde la tumba.

—No te voy a olvidar. —La voz se rompe. Todo lo que quiero decir no cabe en palabras ni en tiempo.

—Viví —dice Emma. Una sola palabra.

—Tú también.

Ya la llevan. Cada escalón: distancia que no se puede acortar.

Se da vuelta una última vez. Mi reflejo con esposas.

Memorizo: el ángulo del mentón, la franja de luz en el pómulo, la lágrima que todavía no secó. No sé cuándo voy a volver a ver esta cara. En una sala de visitas. Detrás de un vidrio. Años después.

Las linternas saltan por las paredes. Las botas retumban en la madera.

Emma no mira atrás.

No hace falta.

La promesa está cumplida.

Se disuelve en la casa de arriba.

* * *

Estoy sola. Kate se acerca. La mano en el hombro. Cálida. Viva.

El único calor en este sepulcro de concreto.

El cuerpo de Robert se enfría. Los agentes trabajan. Los flashes. Los marcadores amarillos junto al arma, junto al cuchillo, junto al charco de sangre. Un agente fotografía el triángulo de tiza. Otro habla por radio.

Rutina para ellos. El fin del mundo para mí.

Pero no veo nada de eso.

Miro el suelo. Cuatro pasos desde la escalera. La costura cuadrada cubierta de polvo. La trampilla que solo conocía un detective muerto.

—Kate. —La voz, ronca.— El sótano de abajo. Una trampilla en el suelo. Cuatro pasos desde la escalera, a la izquierda del caño. Avisale a los forenses.

Kate me mira. Mira el suelo. Me mira. No pregunta de dónde sé. Va hacia el agente a cargo.

El triángulo de tiza. Tres vértices. Tres sillas. Tiza fresca sobre concreto viejo.

Pero al lado, casi a ras del suelo: unas rayaduras. Viejas. Profundas. No de tiza: de una uña sobre el concreto. Torcidas. Infantiles. Apenas distinguibles.

Me arrodillo. Paso los dedos por los surcos.

Dos letras. Rayadas por la uña de una niña de diez años.

L + E

No es tiza, que se puede borrar. Es piedra en la piedra.

Los dedos sobre las letras. Sobre los nombres. Sobre la promesa hecha a los diez años.

Veintisiete años. Diez muertes. Un padre muerto en el suelo de concreto. Una hermana esposada arriba. Una madre muerta al darnos a luz.

Y dos letras que sobrevivieron todo.

No la voy a olvidar.

Nunca.

Afuera: voces, radios, motores. El mundo sigue.

Halloween termina. Empieza el primero de noviembre.

Kate está al lado. Espera. Sabe que necesito este minuto: el último en el sótano donde todo empezó y donde todo terminó.

Me levanto. Las piernas aguantan. Por primera vez en toda la noche: aguantan. Las manos no tiemblan.

Cinco escalones. La madera gime. Arriba: el pasillo. La luz. La gente. La realidad.

Salgo del sótano.

No miro atrás.

Afuera: el frío. El aire de noviembre me golpea en la cara. Ayer fue Halloween. Toda la calle ardía en naranja y violeta. Ahora: oscuridad.

Las luces parpadeantes. Destellos rojo-azules sobre las paredes. La orquesta de esqueletos a la izquierda: oscura, sin corriente. La guarida de la bruja a la derecha: las escobas y el caldero cubiertos de la primera escarcha de noviembre.

El festejo terminó. Los adornos quedaron. Cosas muertas en una calle muerta.

Alguien me echa una manta: plateada, térmica. El paramédico me alumbra los ojos. Pregunta el nombre. La fecha de nacimiento. Cuántos dedos.

Laura Stevens. 15 de marzo de 1985. Tres dedos.

La misma fecha de nacimiento que Emma. Con once minutos de diferencia.

En el estacionamiento: una camioneta negra. Las puertas traseras, abiertas. Emma adentro. Las manos detrás. Las esposas bajo el farol. La cara en la sombra, pero conozco cada línea. Las veo cada mañana en el espejo.

Nuestras miradas se encuentran: veinte metros de estacionamiento, las luces parpadeantes, personas de uniforme, todo lo que nos separa ahora. Miramos por encima de todo eso.

Las puertas de la camioneta se cierran.

Emma desaparece. Por segunda vez en la vida. La primera: cuando teníamos diez años. Ahora: cuando tenemos treinta y siete.

Estoy parada frente a la casa de Maple Street, 447. La manta sobre los hombros. Noviembre. La una y media de la madrugada.

El final de Halloween. El comienzo de todo lo demás.

Kate se pone al lado. En silencio.

Juntas miramos cómo las luces rojas se disuelven en la oscuridad.

Encontré a mi hermana. Y la perdí. En una sola noche. En un solo sótano.

Él quería enterrarnos la una lejos de la otra. Borrarnos. Separarnos. Destruir lo que la naturaleza dio.

No pudo.

Emma eligió la cárcel por mí.

Yo elijo la guerra por ella.

Saco el teléfono. Marco. Empiezo.

**

EPÍLOGO

Abril de 2024. Dieciocho meses después.

Jueves. El Hospital Saint Elizabeths. Las paredes aquí son del color de un cielo lavado: tranquilas, frías, indiferentes. El guardia estudia mi credencial, y veo en sus ojos el reconocimiento habitual.

—Pase, doctora Stevens.

La sexagésima quinta vez. Mi camino personal a casa.

A Emma la encerraron aquí porque el sistema no sabe qué hacer con alguien que sobrevivió el infierno y lo cargó a cuestas. Tratamiento involuntario. Por tiempo indefinido. Ella guarda silencio en las audiencias. No se justifica. Solo espera el jueves.

La sala de visitas. Dos sillas. Los teléfonos. Una cámara en el rincón.

La puerta se abre y entra mi reflejo en el espejo. La misma línea de los pómulos, el mismo corte de ojos. Solo que ella lleva una bata gris, y yo un abrigo caro.

Emma toma el tubo. Yo tomo el mío. El plexiglás entre nosotras: una membrana delgada entre dos mundos.

—Hola.

—Hola.

Guardamos silencio. No es un silencio vacío: es el espacio que por fin llenamos con nosotras mismas. Veintisiete años viví sintiendo el dolor fantasma en el lugar donde ella debería haber estado. Sin saber su nombre. Sin conocer su cara. Y ahora está aquí.

—Castellano dice que la etapa de aceptación avanza bien. —Emma sonríe con tristeza.— Creen que me están tratando. No entienden que lo más terrible ya pasó y quedó atrás.

No discuto. Antes discutía. Los primeros meses: en cada visita. Fuiste una víctima. Te programaron. No tienes la culpa. Y Emma, cada vez: yo elegí. Mi elección.

Dejé de discutir para el verano. No porque haya acordado. Porque entendí: ella necesita cargar con eso. Quitarle la culpa sería quitarle lo último que considera suyo.

—A Ford le negaron la libertad condicional —digo—. A Blake también. Crowley todavía lo intenta.

—No va a salir.

—No va a salir.

Una pausa. Emma mira su mano. Delgada, pálida: como un tallo que brotó a través del concreto. Abre los dedos. Los cierra.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Tres materias este semestre. Psicología criminal. Trauma y memoria. Una nueva: víctimas de manipulación psicológica. El decano armó todo un programa. Yo lo dirijo.

Emma asiente. Despacio.

—Él quería destruirte. En cambio vas a curar a otros.

No respondo. No hace falta.

Emma apoya la palma contra la mampara. Yo aprieto la mía del otro lado.

El mismo tamaño. Los mismos dedos. El vidrio entre nosotras: frío, insuperable.

El guardia golpea el reloj. Cinco minutos. La matemática cruel del tiempo institucional.

—Cuéntame de Kate.

—Encontró un rastro en Seattle. El grupo operativo crece. No solo atrapa asesinos, Emma. Saca gente como nosotras.

—Bien. Que los encuentre. A todos.

—Laura. —Se acerca más al vidrio.— La ayudante de Robert. ¿Hay algo?

La miro. En esa mirada hay todo lo que no se puede decir en voz alta con una grabación activa. La encontré. Y no voy a parar.

—Estoy buscando —digo para el acta. Pero Emma lee lo que no dije. Me lee sin palabras: porque estamos escritas con la misma letra.

—Ten cuidado, hermana.

La palabra «hermana» vibra en el tubo. Llena la habitación con el sentido por el que valió la pena recorrer todo este camino.

La esposa chasquea. El metal muerde su muñeca de la manera ya familiar—un sonido que en el último año y medio se ha vuelto más alto para mí que el de una campana de iglesia. Se

levanta y se va: entera, silenciosa, mía. La puerta se cierra detrás de ella con el suspiro pesado y definitivo de la hidráulica.

Me quedo sentada un minuto más. La sexagésima quinta vez.

En la sala de visitas se instala ese silencio particular que solo existe en las cárceles: hueco, estéril, que huele a lejía y ansiedad antigua. Frente a mí—una silla de plástico vacía. El auricular todavía conserva el calor de su palma, y no me apresuro a colgar, dejando que ese calor débil y ajeno se absorba en mi piel.

Ya no es un dolor agudo. La agudeza se desgastó contra el hormigón de estas paredes el verano pasado. Ahora es algo distinto. Quieto, constante, implacable—como el sonido del agua goteando en la oscuridad de un sótano. No es un final ni una tragedia. Es una promesa que nos hicimos en 1995 y que seguimos cumpliendo cada jueves a las dos de la tarde.

Simplemente cambiamos de puesto en la guardia. Ahora yo soy su memoria. Y ella es mi silencio.

Salgo al estacionamiento. El aire de abril huele a tierra mojada y nieve derretida. El sol encandila.

Kate espera junto al auto. No hace preguntas. Abre la puerta.

—¿Cómo está?

—Viva. Y más libre que todos nosotros.

Me siento. Kate arranca el motor.

Manejamos en silencio. Abril. El sol en el parabrisas.

En el semáforo de la entrada a la autopista me doy vuelta.

El hospital ya está lejos. Las paredes altas. Las rejas. En algún lugar adentro: Emma en su cuarto, y sé cómo está sentada. En el borde de la cama, derecha, las manos sobre las rodillas. Contando. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Me doy vuelta hacia adelante.

Cuento con ella.

FIN

**

NOTA DEL AUTOR

Acaban de pasar tiempo con Laura, Emma y un sótano que no olvida.

Si su historia se quedó con ustedes — si se encontraron pensando en ella después de la última página — les pido una pequeña cosa: dejen una reseña honesta en Amazon.

No porque las reseñas ayuden a los algoritmos. Lo hacen, pero ese no es el punto.

Sino porque en algún lugar hay un lector que amaría este libro pero aún no lo ha encontrado. Sus palabras son la única manera en que lo hará.

Y porque la historia de Laura y Emma no ha terminado. La serie La Serie Por Encargo continúa — pero solo si suficientes personas saben que existe.

Una o dos oraciones es suficiente. Lo honesto es todo lo que importa.

Gracias por leer.

Iskander Aliyev